TARZÁN

Y LA "LEGIÓN EXTRANJERA"



Edgar Rice Burroughs



En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, un extraño capricho del destino lleva a Tarzán a la selva de Sumatra, la cual se encuentra ocupada por los japoneses. Ahí se ve obligado a salvar de las manos de unos hombres sedientos de sangre a una atractiva joven holandesa y a un grupo heterogéneo de soldados, quienes forman la «Legión Extranjera» del hombre-mono.

Este fue el último libro en ser publicado en vida del autor.



Edgar Rice Burroughs

Tarzán y la «Legión Extranjera»

Tarzán - 22

ePub r1.0

abogard 14.01.15

Título original: *Tarzan and the «Foreign Legion»*
Edgar Rice Burroughs, 1947
Traducción: Tomás R. Couto

Editor digital: abogard
ePub base r1.2



Para
el general brigadier
Truman H. Landon

Mis conocimientos de Sumatra, en la época en la que la escogí como escena de esta aventura de Tarzán, eran deficientes, ya que ni en la biblioteca pública de Honolulú, ni en ninguna de las librerías de aquella ciudad había un solo libro acerca de Sumatra.

Deseo expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que bondadosamente me proporcionaron la información que buscaba. Si este libro llega a las manos de cualquiera de ellas, espero que no sienta que abusé de su bondad.

Doy, por tanto, las gracias a los señores K. van der Eynden, S.J. Rikkers y a Willem Folkers, del gobierno de las Indias Orientales Holandesas; al señor C.A. Mackintosh, cónsul de Holanda en Honolulú; al señor director N.A.C. Slotemaker de Bruine y a los señores B. Landheer y Leonard de Greve, del departamento de información holandesa en Nueva York, y a mi buen amigo el capitán John Philip Bird, A.A.C. de S., G-2, USAFPOA, quien concertó mi primera entrevista con los holandeses.

EDGAR RICE BURROUGHS

Honolulú,

Sept. 11 de 1944

1

Quizá no todos los holandeses sean obstinados, aunque la testarudez, junto con otras muchas virtudes, sea una de sus principales características. Pero si algunos holandeses carecían de tenacidad, el promedio general de esa cualidad se conservaba en la persona de Hendrik van der Meer. En la forma en que él la practicaba, la terquedad se convertía en un arte. Además, llegó a ser su pasatiempo principal. Su ocupación era la de plantador de caucho en Sumatra. En ella, tenía éxito, pero era su testarudez y no su éxito la que sus amigos ponían como ejemplo a los extraños.

Así, aun después de que las Filipinas fueron invadidas, y Hong Kong y Singapur cayeron, él no admitió que los japoneses pudieran apoderarse de las Indias Orientales Holandesas, y no puso a salvo a su esposa y a su hija. Tal vez podría acusársele de estupidez, pero él no había sido el único. Había millones en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos que menospreciaban el poderío y los recursos del Japón. Algunos de ellos en las altas esferas.

Además, Hendrik van der Meer odiaba a los japoneses, si es que uno puede detestar a quien considera tan desdeñosamente como a una sabandija.

«Aguarden —había dicho—, no pasará mucho tiempo antes de que los hagamos volver a los árboles».

Su profecía fue errónea únicamente en cuestión de cronología, lo cual fue su ruina.

Los japoneses llegaron y Hendrik van der Meer huyó hacia los cerros. Lo acompañaban su esposa, cuyo nombre de soltera había sido Elsje Verschoor, y a quien había traído de Holanda hacía dieciocho años, y su hija Corrie. Dos sirvientes chinos iban con ellos, Lum Kam y Sing Tai, a quienes impelían dos motivos de

mucho peso: el primero era el miedo a los japoneses, de los que sabían demasiado bien lo que podían esperar. El otro, su sincero afecto hacia la familia van der Meer. Los trabajadores javaneses de la plantación se quedaron. Tenían la certeza de que los invasores continuarían explotando la hacienda y de que ellos conservarían su empleo. Además, la gran Coprosperidad Asiática Oriental les atraía. Sería agradable invertir los papeles: ser ricos y tener hombres y mujeres blancos que los sirvieran.

Los japoneses llegaron y Hendrik van der Meer huyó hacia los cerros, pero no con tiempo suficiente, pues los nipones estaban siempre pisándole los talones. Rastreaban metódicamente a todos los holandeses. Los habitantes de los *kampongs*, donde los van der Meer se detenían a descansar, los mantenían informados. Se ignora por qué medios, naturales o misteriosos, los aborígenes sabían cuándo los japoneses se encontraban a varios kilómetros de distancia. Se enteraban, como muchos pueblos primitivos, de tales cosas en forma más rápida que la gente civilizada lo hace por medio de la radio o el telégrafo. Llegaban a saber, inclusive, cuántos hombres componían cada patrulla: un sargento, un cabo y nueve soldados.

—Muy malo —dijo Sing Tai, quien había luchado contra los japoneses en China—. Quizá uno de esos soldados sea un poco humano en tiempos de paz, pero no cuando hay guerra —y añadió, mirando a las dos mujeres—: debemos impedir que nos capturen.

Conforme avanzaban hacia los cerros, el ascenso se hacía más pesado. Llovía todos los días y las veredas estaban convertidas en lodazales. Van der Meer ya no era un joven, pero conservaba sus energías y su indomable testarudez. Y aunque sus fuerzas hubieran flaqueado, su terquedad lo hubiera impulsado a seguir.

Corrie tenía dieciséis años y era rubia y delgada, pero gozaba de salud, fuerza y vigor. Siempre había mantenido su paso al parejo del de los hombres del grupo, pero Elsje van der Meer era diferente, ya que tenía voluntad, mas no resistencia, y no había reposo en aquel viaje. No bien llegaban a un *kampong*, muertos de cansancio, y se acostaban en el suelo de una choza, húmedo y lodoso, cuando ya los indígenas los obligaban a continuar. Algunas veces, porque una patrulla japonesa ganaba terreno, y otras, las más frecuentes, debido a que los aldeanos temían que el enemigo se enterase de que

albergaban blancos.

Aun los caballos se rindieron, y ellos se vieron obligados a caminar. Se encontraban en las altas montañas y los *kampongs* estaban allí muy separados. Los aborígenes estaban temerosos y ninguno se mostraba amigable. Apenas unos cuantos años antes habían dejado de ser caníbales.

Durante tres semanas avanzaron tropezando, en busca de un *kampong* hospitalario en donde pudieran esconderse. Para entonces, era evidente que Elsje van der Meer no podía llegar mucho más lejos. En los dos últimos días no habían encontrado un solo *kampong*. Su comida se limitaba a la que el bosque y la selva les ofrecían. Aunado a esto, estaban siempre mojados y padecían frío.

Esa tarde, poco antes del anochecer, llegaron a una mísera aldea. Los aborígenes eran ariscos y desconfiados, pero no les negaron la pobre hospitalidad que podían ofrecerles. El jefe escuchó su relato y les dijo que no podrían permanecer en la aldea, pero que los haría guiar a otra, apartada de todo camino, donde los japoneses nunca pudieran encontrarlos.

Van der Meer, que unas pocas semanas antes hubiera dado órdenes, tuvo entonces que tragarse su orgullo y suplicarle al jefe que les permitiera quedarse por lo menos aquella noche, con el fin de que su esposa pudiera recobrar las fuerzas para el viaje que los esperaba.

—Váyanse ahora —contestó Hoesin, el cacique— y les daré guías. Quédense y los haré mis prisioneros y los entregaré a los japoneses cuando lleguen.

Al igual que los jefes de las otras aldeas por las que habían pasado, Hoesin temía la ira de los invasores si llegaban a descubrir que había dado refugio a los hombres blancos.

Por lo tanto, aquel viaje de pesadilla se reanudó a través de un terreno cortado por un gran abismo y socavado por un río que dejaba al descubierto sus estratos de roca ígnea, acumulados durante varias eras por los volcanes cercanos. Y este río cortó la marcha de los viajeros no una vez, sino varias. En algunas ocasiones podían vadearlo. En otras, lo cruzaron en frágiles puentes colgantes, de soga. Todo esto después del anochecer y en noches sin luna.

Elsje van der Meer estaba demasiado débil para caminar. Lum Kam la llevaba atada a su espalda en una angarilla improvisada. Los

guías, ansiosos de llegar al abrigo de un *kampong*, los urgían constantemente a que avanzaran más de prisa, ya que por dos veces habían oído unos rugidos de tigres que hacían helar la sangre.

Van der Meer caminaba junto a Lum Kam para servirle de apoyo en el caso de que llegase a resbalar en el sendero lodoso. Corrie avanzaba detrás de su padre, y Sing Tai atrás de ella. Los dos guías iban a la cabeza de la pequeña columna.

—¿Estás cansada, ama? —le preguntó Sing Tai—. Quizá será mejor que te lleve sobre mis hombros.

—Todos estamos rendidos —contestó la joven—, pero continuaré avanzando mientras los demás lo hagan. Me pregunto cuántos kilómetros faltan todavía.

Habían comenzado a subir por un sendero escarpado.

—Dentro de poco tiempo llegaremos arriba —dijo Sing Tai—. El guía dice que el *kampong* está en la cima del risco.

Pero la ascensión se prolongó, ya que aquella era la parte más difícil del viaje. Tenían que detenerse a menudo para descansar. El corazón de Lum Kam latía violentamente, pero su gran voluntad de acero le impedía desplomarse de cansancio.

Por fin llegaron a la cumbre, y el ladrido de unos perros les advirtió que estaban aproximándose a un *kampong*. Los aborígenes, congregados, los miraban recelosamente. Los guías les explicaron quiénes eran, y el grupo fue recibido. Taku Muda, el cacique, les dio la bienvenida con palabras amables.

—Aquí se encontrarán a salvo —dijo—. Están entre amigos.

—Mi esposa está rendida —le explicó van der Meer—. Debe descansar antes de que continuemos, pero no quiero exponer a ustedes a la ira de los japoneses si llegan a descubrir que nos ayudaron. Permítanos dormir aquí, y mañana, si el estado de mi esposa permite que la transportemos, nos iremos en busca de un refugio en lo profundo de las montañas. Quizá haya alguna cueva en un barranco aislado.

—Hay cuevas —contestó Taku Muda—, pero ustedes se quedarán aquí. Este es un sitio seguro. El enemigo no dará con la aldea.

Les dieron alimentos y les proporcionaron una cabaña construida sobre un árbol para que pernoctaran, pero Elsje van der Meer no pudo probar alimento alguno.

Estaba ardiendo de fiebre, y ellos no podían hacer nada por ayudarla. Hendrik van der Meer y Corrie se quedaron sentados a su lado el resto de la noche. ¿Cuáles habrán sido los pensamientos de este hombre, cuya testarudez había traído tantos sufrimientos a la mujer que amaba? Poco antes del mediodía, Elsje van der Meer murió.

Existen ciertas penas demasiado grandes para llorar. Padre e hija permanecieron sentados durante varias horas con los ojos carentes de lágrimas, junto al cadáver, aturdidos por la magnitud de aquella catástrofe. Como en sueños, alcanzaron a oír un repentino estrépito y una gritería que se había desatado en la aldea. Sing Tai se acercó corriendo a ellos.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Vienen los japoneses! Un hombre los guío hasta aquí. Hoesin es un hombre malo. Él los envió.

Van der Meer habló mientras se incorporaba:

—Iré y hablaré con ellos. Nada hemos hecho y quizá no nos hagan daño alguno.

—Usted no conoce a esos caras de mico —dijo Sing Tai.

Van der Meer se encogió de hombros y contestó:

—No puedo hacer otra cosa. Si fracaso, Sing Tai, llévate a mi hija. No permitas que caiga en sus manos.

Se dirigió a la puerta de la cabaña y descendió por la escalera hasta llegar al suelo. Lum Kam se le acercó. Los japoneses estaban en el extremo más apartado de la aldea. Van der Meer caminó atrevidamente hacia ellos, con Lum Kam a su lado. Ninguno de los dos llevaba armas. Corrie y Sing Tai los observaban desde el obscuro interior de la choza. Desde allí, podían ver sin ser vistos.

Vieron cómo los japoneses rodeaban a los dos hombres. Oyeron la voz del hombre blanco y los gritos, semejantes a los de los simios, de los japoneses, pero no alcanzaban a escuchar lo que decían. De repente, vieron cómo la culata de un rifle se elevaba sobre la cabeza de los hombres, y cómo descendía rápidamente. Sabían que en el otro extremo del arma había una bayoneta. Oyeron un grito. Luego, más culatas se alzaron y bajaron. Los gritos cesaron y solo la risa de los soldados se dejó oír.

Sing Tai sujetó a la muchacha del brazo y la llevó a la parte trasera de la choza. Había una abertura, y abajo, el duro suelo.

—Yo me dejaré caer —dijo Sing Tai—. Luego, usted hará lo

mismo y yo intentaré atraparla en el aire.

Corrie asintió con la cabeza, y una vez que el chino estuvo en el suelo, se asomó por la abertura para examinar el terreno. Se dio cuenta de que podía descender sin necesidad de dejarse caer en los brazos de Sing Tai, lo cual hubiera podido lastimarlo. Tomada esa decisión, se descolgó hasta quedar a poca altura del suelo, de donde Sing Tai la ayudó a bajar. Poco después, él la conducía a la espesura que crecía cerca del *kampong*.

Antes del obscurecer encontraron una cueva en un peñasco de piedra caliza, y allí estuvieron durante dos días, al cabo de los cuales Sing Tai regresó al *kampong* a investigar si los japoneses ya se habían ido, y a tratar de conseguir provisiones.

Ya casi al caer la noche regresó, con las manos vacías, y explicó a la joven:

—Todos están muertos y a las chozas les pegaron fuego.

—¡Pobre Taku Muda! —suspiró Corrie—. Esa fue su recompensa por un acto de humanidad.

***

Transcurrieron dos años. Corrie y Sing Tai habían encontrado asilo en un remoto *kampong* en la montaña, del que Tiang Umar era el jefe. Ocasionalmente recibían noticias del mundo exterior. Las únicas que hubieran recibido con agrado, serían las que anunciaran la expulsión de los japoneses de la isla. Pero aquellas noticias no llegaban. En algunas ocasiones, cuando un aldeano había ido a vender sus productos en otras regiones, a su regreso relataba lo que había oído comentar acerca de las grandes victorias de los japoneses y el hundimiento de la flota norteamericana, y las victorias alemanas en África, Europa o Rusia. Para Corrie, el futuro parecía desesperado.

Un día llegó un aborigen que no pertenecía a la aldea de Tiang Umar. Se quedó mirando fijamente a Corrie y a Sing Tai, pero no comentó nada. Después que se fue, el chino dijo a la muchacha:

—Ese hombre nos acarreará dificultades. Es del *kampong* del jefe Hoesin y les dirá a los caras de mico que vengan. Será mejor convertirte en muchacho, alejarnos de aquí y ocultarnos en otra parte.

Sing Tai le cortó a Corrie el pelo y después se lo tiñó de negro y le pintó las cejas. Como ella tenía el cutis tostado por el sol ecuatorial, con los pantalones azules y la camisa suelta que el chino le proporcionó, pasaría por un muchacho aborigen si no la examinaban muy de cerca. Hecho esto, continuaron su interminable huida. Tiang Umar les facilitó unos hombres para que los guiaran a su nuevo refugio. Este no quedaba retirado de la aldea: era una cueva cercana a un arroyo que descendía de la montaña. Allí podrían encontrar muchas variedades de plantas comestibles, que crecen en la selva de Sumatra, y podrían pescar en el arroyo. De vez en cuando, Tiang Umar les enviaba huevos y un pollo, y en otras ocasiones, carne de cerdo o de perro. Como a Corrie no le gustaba esta última, Sing Tai se la comía. Un mozalbete llamado Alam era el que les llevaba siempre las provisiones, y los tres se hicieron buenos amigos.

El capitán Tokujo Matsuo y el teniente Hideo Sokabe iban al frente de un grupo de soldados que recorría las montañas con el fin de localizar posiciones estratégicas en donde se pudieran instalar cañones de gran calibre y de construir caminos de acceso a dichas posiciones.

Llegaron al *kampong* de Hoesin, el jefe que había traicionado a los van der Meer. Lo conocían por referencias que les habían dado de que colaboraba con los japoneses, pero era necesario impresionarlo haciendo un alarde de superioridad. Así, cuando Hoesin no bajó la cabeza en son de respeto al verlos aproximarse, lo abofetearon. Uno de los soldados le hundió la bayoneta a un aborigen que rehusó inclinarse ante él. Otro, arrastró a una joven hasta la selva. El capitán Matsuo y el teniente Sokabe sonrieron, mostrando toda la dentadura, y exigieron que les sirvieran de comer.

Hoesin hubiera preferido cortarles el cuello, pero no tuvo más remedio que llevar comida para ellos y sus soldados. Los oficiales le dijeron que iban a honrar tanto a él como a la aldea, estableciendo allí su cuartel mientras permanecieran en aquella región. Hoesin comprendió que eso sería su ruina y trató desesperadamente de encontrar un artificio para deshacerse de sus no bien recibidos huéspedes. Recordó de pronto lo que uno de sus hombres, que había ido a otra aldea, le había dicho unos cuantos días antes.

Aquello no le parecía muy adecuado para librarse de los caras de mico, pero nada perdería con intentarlo. Caviló durante toda la noche acerca de ello.

A la mañana siguiente, les preguntó si estaban interesados en capturar a los enemigos que se habían refugiado en las montañas. Como le respondieron afirmativamente, les dijo:

—Hace dos años, llegaron a mi aldea tres blancos y dos chinos. Los envié a otro poblado, porque yo no albergo enemigos del Asia Oriental. El hombre blanco se apellidaba van der Meer.

—Hemos oído hablar de él —dijeron los japoneses—. Ya murió.

—Sí. Envié guías para que mostraran a los soldados en dónde estaban ocultos —contestó Hoesin—, pero la hija y uno de los chinos escaparon. La muchacha es muy hermosa.

—¿Y eso qué?

—Sé en dónde está.

—¿Por qué no lo habías dicho?

—Porque hasta hace poco supe en dónde se esconde. Les proporcionaré guías para que los lleven hasta ella.

El capitán Matsuo se encogió de hombros y ordenó:

—Tráenos de comer.

Hoesin estaba aplastado. Mandó que les llevaran comida y luego fue a su choza para rezarle a Alá, o a Buda, o al dios a quien acostumbraba rezarle, para pedirle que acabara con los caras de mico, o por lo menos que los obligara a partir.

Matsuo y Sokabe discutieron el asunto mientras comían.

—Quizá debamos atender eso —dijo el primero—. No es conveniente tener enemigos a nuestras espaldas.

—Además, dicen que la joven es muy bonita —añadió Sokabe.

—Pero no podemos ir los dos —le contestó Matsuo.

Como era perezoso y era el que mandaba, decidió enviar al teniente Sokabe con un destacamento de soldados para que localizaran a la muchacha y la trajeran a la aldea.

—Matarás al chino —le ordenó—, y me traerás a esa joven, sin hacerle daño. ¿Entendido? Sin hacerle daño.

El teniente Hideo Sokabe llegó al *kampong* del jefe Tiang Umar varios días después. Por ser de una raza superior, golpeó al anciano jefe, con tal fuerza, que le hizo caer. Luego, lo pateó en el estómago y en la cara.

—¿Dónde están la muchacha blanca y el chino? —exigió.

—Aquí no hay ninguna muchacha blanca, ni ningún chino.

—¿Dónde están?

—No sé de qué habla.

—¡Mientes! Pronto me dirás la verdad.

Sokabe le ordenó al sargento que consiguiera unas astillas de bambú y, cuando las tuvo en su poder, encajó una bajo una uña del dedo de la mano de Tiang Umar.

El pobre anciano daba gritos de agonía.

—¿Dónde está la muchacha blanca? —le preguntó el japonés.

—No conozco a ninguna muchacha blanca —repitió Tiang Umar.

El teniente encajó otra astilla debajo de otra uña, pero aun así, el anciano insistió en que no conocía a ninguna muchacha blanca.

Cuando Sokabe se disponía a continuar el tormento, una de las esposas del jefe se acercó y se arrodilló a sus pies. Era una mujer de edad, la esposa más vieja de Tiang Umar.

—Si no lo tortura más, le diré cómo podrá encontrar a la muchacha blanca y al chino.

—Eso está mejor —dijo Sokabe—. ¿Cómo?

—Alam sabe dónde se esconden —dijo la mujer, señalando hacia un muchacho.

Corrie y Sing Tai estaban sentados frente a la entrada de la cueva. Había transcurrido una semana desde la última vez que Alam les había llevado comida, y aguardaban su llegada. Quizá les llevaría huevos, un cerdo o un pedazo de carne de perro. Corrie tenía la esperanza de que fueran huevos y un pollo.

—Alguien se acerca —dijo Sing Tai de pronto, y añadió—: Son varios los que vienen. Entremos en la cueva.

Alam indicó la cueva al teniente Hideo Sokabe. Las lágrimas brotaban de los ojos del muchacho. Si solo su vida hubiera estado en juego, él hubiera preferido morir antes que conducir a los caras de mico al escondite de la joven, a quien idolatraba sin malicia. Pero el teniente había amenazado con matar a todos los de la aldea si él no los conducía al escondite, y Alam sabía que mantendría su palabra.

Hideo Sokabe y sus hombres entraron en la cueva. Sokabe llevaba la espada desenvainada, y los soldados la bayoneta calada.

En la penumbra de la gruta, Sokabe alcanzó a ver a un chino y a un muchacho aborigen. Dio orden de que los sacaran.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó a Alam—. Tú y todos los tuyos morirán por esto. ¡Mátenlos! —les ordenó a sus soldados.

—¡No! —gritó Alam—. Esa es la muchacha. Lleva puestas ropas de hombre.

Sokabe le arrancó la camisa a Corrie y sonrió. Un soldado atravesó a Sing Tai con la bayoneta y el destacamento se alejó con su prisionera.

2

El sargento Joe «Vago» Bubonovitch, de Brooklyn, ayudante de maquinista y artillero de babor, estaba parado debajo del ala de su «Bella Dama» con los otros miembros de la tripulación de combate de la gran fortaleza voladora.

—Para mí, ellos son unos tipos excelentes —dijo, en completo desacuerdo con lo que acababa de decir el sargento Tony «Camarón» Rosetti, de Chicago, artillero de la torre giratoria.

—¿Sí? Supongo que George Toid era un tipo excelente. Tuvimos un alcalde que lo desafió a ir a Chicago. Prometía partirle la nariz.

—Tú estás confundiendo los hechos, «Camarón».

—¿Sí? Bueno. De todos modos, no me gusta que ningún inglés viaje en la «Bella Dama». Además, he oído decir que ese tipo es un duque, o algo por el estilo.

—Creo que ahí viene el duque —dijo Bubonovitch.

Un *jeep* hizo alto debajo del ala de la fortaleza B-24 y tres oficiales se apearon: un coronel de la Real Fuerza Aérea y un coronel y un mayor de la Fuerza Aérea Americana. El capitán Jerry Lucas; de Oklahoma, piloto de la «Bella Dama», se adelantó, y el coronel americano le presentó al coronel Clayton.

—¿Está todo listo? —preguntó el coronel americano.

—Sí, señor.

Los electricistas y los mecánicos, después de haber revisado minuciosamente los aparatos y las armas, bajaron del avión por la compuerta de las bombas. La tripulación de combate de la fortaleza subió.

El coronel John Clayton iba en calidad de observador de la misión de reconocimiento y de fotografía sobre el terreno javanés ocupado por los japoneses en las Indias Orientales Holandesas. Al

subir al avión, se dirigió a la cabina de mando y se mantuvo en pie, durante el despegue, detrás de los pilotos. Más tarde, ya en pleno vuelo, ocupó el sitio del copiloto y de vez en cuando, el del piloto. Habló con el oficial de navegación y con el radiooperador. Caminó por el pasillo y cruzó el compartimiento de bombas, entre los tanques auxiliares de combustible. El avión no llevaba bombas.

«Camarón», Bubonovitch, el artillero de popa y el de babor estaban recostados sobre las balsas salvavidas y los paracaídas. «Camarón» fue el primero en darse cuenta de que Clayton abría la pequeña puerta que daba acceso a la torre giratoria.

—¡Shh! —les advirtió—. Ahí viene el duque.

Clayton se acercó, pasó sobre «Camarón» y Bubonovitch y se paró a un lado del fotógrafo, quien jugaba nerviosamente con la cámara fotográfica. Ninguno de los soldados se levantó. Cuando un avión militar está en el aire, las formalidades entre los tripulantes se quedan en tierra. El fotógrafo, un sargento del cuerpo de señales, levantó la vista y sonrió. Clayton sonrió a su vez y se sentó junto a él.

Un viento frío se colaba por la torre giratoria y por la escotilla abierta del artillero de popa. El ruido de los motores era ensordecedor. Clayton acercó los labios a la oreja del fotógrafo y a voz en cuello le hizo preguntas acerca de la cámara. El fotógrafo le contestaba gritando. Un
B-24
en vuelo no propicia la conversación, pero Clayton obtuvo la información que deseaba.

Luego, se sentó en la orilla de una balsa salvavidas entre «Camarón» y Bubonovitch y les ofreció cigarrillos. «Camarón» fue el único que rehusó. Bubonovitch le encendió su pitillo. «Camarón» parecía disgustado. Recordaba al rey
Jorge III
, pero no podía acordarse de lo que había hecho. Todo lo que sabía era que a él no le simpatizaban los ingleses.

A gritos, Clayton preguntó su nombre y procedencia a Bubonovitch. Cuando este le dijo que era de Brooklyn, Clayton pareció complacido.

—He oído hablar mucho de esa ciudad —dijo.

—Probablemente, de los vagabundos de esa ciudad —contestó

Bubonovitch.

Clayton sonrió e hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—A mí me apodan «Vago» —explicó Bubonovitch, sonriendo.

Momentos después, mostraba al coronel una fotografía de su esposa y de su hijo. Luego, intercambiaron autógrafos. Los dos artilleros y el fotógrafo se acercaron y pidieron su autógrafo al inglés. «Camarón» se mantuvo apartado del grupo, dándose aires de superioridad.

Después que Clayton se hubo marchado, «Camarón» les explicó que él apreciaría más el autógrafo de Tojo o de Hitler, que el de un «sucio» inglés.

—No olviden lo que los ingleses hicieron en el Álamo.

—Querrás decir en las Termopilas —lo corrigió Bubonovitch.

—¡Bah! No hay diferencia alguna.

—Es un buen tipo —comentó el artillero de popa.

—Es igual que nuestros oficiales —agregó el artillero de babor —. No hace distingos.

Empezaba a amanecer cuando observaron la punta noreste de Sumatra. Era un día perfecto para una misión de fotografía. Había nubes por encima de las montañas que formaban la columna vertebral de las islas, que se extendían a lo largo de mil ochocientos kilómetros, al sur de la línea ecuatorial y al oeste de la península de Malaca; pero la línea costera, hasta donde su vista alcanzaba a ver, estaba libre de nubes, y era precisamente la costa en la que se concentraba su interés.

Los japoneses tal vez fueron tomados por sorpresa, ya que ellos tomaron fotografías durante más de media hora antes que los nipones abrieran fuego antiaéreo. Este era totalmente ineficaz. Conforme volaban acercándose al litoral, aumentó en volumen y en puntería. El avión fue alcanzado por algunos fragmentos de metralla de los proyectiles que estallaban cerca, pero la buena suerte lo acompañó durante mucho tiempo.

Cerca de Padang, tres «ceros» aparecieron repentinamente en la dirección del sol. Bubonovitch derribó al que venía al frente. Todos vieron cómo el «cero» se precipitaba a tierra envuelto en llamas. Los otros dos se abstuvieron de atacar y se mantuvieron a una distancia prudente durante algún rato. Luego, viraron y se alejaron, pero el fuego antiaéreo siguió aumentando en volumen y en puntería. Uno

de los motores de estribor recibió un impacto directo y la metralla roció la cabina de mando. A Lucas lo salvó el chaleco, que llevaba puesto, pero el copiloto fue alcanzado directamente en el rostro. El oficial de navegación le quitó el cinturón de seguridad, y lo retiró de la cabina de mando para hacerle una curación de emergencia. Pero al sacarlo, vio que estaba muerto.

Tan nutrido y certero era el fuego antiaéreo en esos momentos, que el enorme avión daba tumbos como un potro salvaje. Con el objeto de evitarlo, Lucas viró hacia el interior de la península, alejándose de la costa donde sabía que estaba situada la mayor parte de las baterías antiaéreas. En el rumbo que había tomado, había nubes encima de las montañas, y él se proponía internarse en ellas para esconderse y poder regresar a la base.

Las fortalezas «Liberator» habían hecho largos vuelos con solo tres de sus motores funcionando. El capitán, de veintitrés años, tenía que pensar rápidamente. Su decisión fue instantánea, pero correcta. Ordenó que arrojaran todo —armas, municiones, balsas salvavidas— excepto los paracaídas. Aquella era la única forma de llegar a la base. Los «ceros» no preocupaban a Lucas, pues esos aviones procuraban mantenerse alejados de los pesados «Liberators». Excepto al cruzar el estrecho de Malaca, él procuraría mantenerse volando a baja altura durante todo el trayecto, siguiendo la costa noreste de la península de Malaca. Si tenían que arrojarse mientras volaban sobre el agua, estarían cerca de la costa y los cinturones salvavidas los sacarían del apuro. Por ello tomó la decisión de deshacerse de las balsas salvavidas.

Cuando viraron hacia las montañas y las nubes, el fuego antiaéreo se hizo más graneado. Los japoneses tal vez adivinaron el plan del piloto. Lucas sabía que los picos montañosos se elevaban a tres mil seiscientos metros. Él volaba en esos momentos a esa altitud, pero perdía altura lentamente. Pero estaban dejando atrás las baterías antiaéreas de la costa.

Se encontraban sobre el macizo montañoso cuando, de repente, una batería antiaérea de montaña abrió fuego. Lucas escuchó una tremenda explosión y el avión se ladeó como si estuviera herido. Lucas luchó con el timón y pidió por el aparato de intercomunicación que le reportaran los daños. No obtuvo respuesta. El aparato de intercomunicación debía estar destrozado.

Envió entonces al radiooperador a inspeccionar los daños sufridos. Clayton, en el asiento del copiloto, lo ayudaba con los controles. Se requería el esfuerzo combinado de ambos hombres para evitar que el avión se precipitara a tierra.

Lucas llamó al oficial de navegación y le dijo:

—Asegúrate de que todos salten y después salta tú.

El oficial de navegación metió la cabeza en la torre delantera para decir al artillero de proa que saltara, pero el hombre estaba muerto. El radiooperador regresó a la cabina de mando e informó:

—La cola está desprendida. «Butch» y el fotógrafo cayeron con ella.

—Bueno —dijo Lucas—. Salten rápidamente.

Dirigiéndose a Clayton, agregó:

—Salte usted también, señor.

—Lo esperaré, si no tiene inconveniente, capitán —contestó el coronel.

—Salte —ordenó Lucas.

Clayton sonrió.

—De acuerdo —dijo.

—Ya abrí la compuerta de las bombas —dijo el piloto—. Por allí será más fácil salir. ¡Vamos! ¡Salten rápidamente!

Clayton llegó al pasillo del compartimiento de bombas. El avión caía de costado y era evidente que pronto entraría en barrena. Un solo hombre no podía gobernarlo, y Clayton quería permanecer en la nave hasta que Lucas saltara, o sea hasta el último minuto, que no tardó en llegar. El avión empezó a entrar en barrena, arrojando a Clayton al suelo. Su cuerpo golpeó contra el costado de la escotilla de las bombas y rodó hasta caer en el vacío.

Sin sentido, se precipitaba a la muerte. Su cuerpo caía a través de las nubes que lo rodeaban. Tres de los motores de la «Bella Dama» aún funcionaban; y era casi seguro que, al estrellarse, se incendiaría el avión, no dejando que el enemigo rescatara cosa alguna.

Repentinamente, aunque bastante aturdido, Clayton recuperó el conocimiento, pero le llevó varios segundos el darse cuenta de su situación. Aquello era como despertar en un ámbito diferente. Había dejado ya atrás el banco de nubes y se encontraba en medio de un torrencial aguacero tropical. Quizá debió su salvación a la

fría lluvia, pues esta lo despejó aún a tiempo de tirar del cordón.

El paracaídas se abrió, y el tirón que se produjo al abrirse sacudió grotescamente su cuerpo, al aminorar la velocidad de la caída. A sus pies, se extendía un vasto tapete de vegetación. Unos cuantos segundos después caía pesadamente entre las ramas y las hojas, hasta que, al engancharse el paracaídas en una altísima rama, Clayton quedó colgado a unos sesenta metros del suelo. Se había salvado por una fracción de segundo.

Simultáneamente, oyó un gran crujido de ramas y un tremendo choque, como a medio kilómetro de donde estaba, e instantes después una explosión seguida de un flamazo. La pira funeraria de la «Bella Dama» incendiaba el bosque.

Clayton se asió de una rama para acercarse a un grueso tronco, que soportó su peso fácilmente. Luego, se quitó las correas del paracaídas y el estorboso chaleco salvavidas. Tanto su uniforme como sus ropas interiores estaban empapados. Su gorra se había perdido durante la caída. Se desató los zapatos y los tiró. Los siguieron la pistola y el cinturón de municiones. Después, los calcetines, la chaqueta, el pantalón y la ropa interior. Solo se quedó con el cinturón de lona y con el cuchillo en su funda.

Sin perder más tiempo, subió a la copa del árbol para desenredar el paracaídas. Cortó todas las cuerdas, enredó la tela, amarró el bulto que había hecho y se lo echó a la espalda. Comenzó a descender columpiándose de rama en rama hasta llegar a las más bajas. Unas enormes enredaderas cubrían el tronco, y Clayton se sujetó de ellas. Con la agilidad de un simio, se deslizó y pronto estuvo en el suelo.

Con la tela del paracaídas se confeccionó un taparrabo. Una sensación de bienestar recorrió todo su cuerpo. Ahora había recobrado lo que antes perdiera. Aquello era por lo que más había suspirado: la libertad. Las prendas de vestir de los hombres blancos, y aun el uniforme de las fuerzas armadas de su país le parecían emblemas de esclavitud. Ellas le habían mantenido sujeto, como las cadenas mantienen presos a los esclavos en las galeras, aunque él había portado el uniforme con orgullo. Pero era preferible ser libre, y un presentimiento interno le decía que el destino había dispuesto que él serviría mejor a su patria sin uniforme que con él. De no ser así, ¿por qué el destino lo había atraído a la plaza fuerte del

enemigo?

La lluvia escurría por su bronceado cuerpo y enmarañaba su negro peló. Levantó la cabeza para que el agua le mojase el rostro. Un grito de júbilo estuvo a punto de escaparse de su garganta, pero él lo contuvo, pues estaba en territorio enemigo.

Su primer pensamiento fue para sus compañeros. Aquellos que habían caído cerca del lugar donde el avión se estrellara, sin duda alguna se reunirían allí, y, conforme avanzaba, iba examinando el suelo. Buscaba cierta planta, aunque no tenía muchas esperanzas de encontrarla en esa extraña y lejana región. Pero se había equivocado, pues la encontró, y se dio cuenta de que crecía abundantemente. Cortó varias hojas y las estrujó en las palmas de las manos. Luego, se untó el jugo en el torso, la espalda, los brazos, las piernas y el rostro.

Después de eso, subió a los árboles, donde era más fácil avanzar que entre la maraña de vegetación que crecía en el suelo. Pasó por encima de un hombre que, tambaleándose, se dirigía hacia los restos del avión.

Era Jerry Lucas. Se detuvo y lo llamó por su nombre. El piloto, al oír que lo llamaban, buscó en todas direcciones, excepto hacia arriba, y no vio a nadie, pero había reconocido la voz.

—¿Dónde diablos está usted, coronel?

—Si saltara, aterrizaría sobre su cabeza.

Lucas levantó la vista y quedó boquiabierto. Un gigante desnudo estaba colgado de una rama encima de él. Un pensamiento se le ocurrió: quizá el coronel se había golpeado en la cabeza al caer y aquello le había hecho perder la razón. Tal vez su locura era pasajera, por lo que, fingiendo no advertir la falta de ropas, le preguntó:

—¿Está usted bien?

—Sí —contestó Clayton—. ¿Y usted?

—Afinado como un violín.

Los dos se encontraban a corta distancia de la «Bella Dama». Las llamas se elevaban a gran altura, y algunos de los árboles estaban ardiendo. Cuando se acercaron, tanto como el calor se los permitía, vieron a Bubonovitch. Este, al ver a Lucas, lo saludó con una expresión de alegría. A Clayton no lo vio, hasta que este bajó del árbol y cayó delante de él. Bubonovitch echó mano a su .45, pero

reconoció a tiempo al inglés.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué le pasó a sus ropas?

—Las tiré.

—¿Las tiró?

Clayton asintió y a continuación aclaró:

—Eran demasiado molestas y, además, como estaban empapadas, pesaban mucho.

Bubonovitch meneó la cabeza y examinó al inglés. Al ver que solo llevaba el cuchillo, le preguntó:

—¿Y su pistola?

—También la tiré.

—Usted debe de estar loco —le dijo el sargento.

Lucas, que estaba parado detrás de Clayton, hizo señas a su subalterno. Pero la observación del sargento no pareció excitar a Clayton como el piloto temía. El coronel ser limitó a contestar:

—No. No estoy loco, y ustedes dentro de poco también tirarán sus armas. En menos de veinticuatro horas estarán oxidadas y de nada les servirán. Pero no se deshagan de sus cuchillos. Manténganlos limpios y afilados. Con ellos podrán matar sin hacer ruido.

Lucas estaba observando las llamas que lamían la cabina de su querido avión.

—¿Alcanzaron a saltar todos de la nave? —preguntó a Bubonovitch.

—Sí. El teniente Burham y yo saltamos juntos. Él no debe de haber caído muy lejos de aquí. Todos los que estaban con vida saltaron, capitán.

Lucas echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gritar:

—¡Aquí estamos! ¡Soy Lucas!

Instantes después, se escuchó una voz que gritaba:

—¡Soy Rosetti! ¡Vengan a bajarme pronto de aquí!

—¡Allá vamos! —gritó Lucas, y los tres hombres se pusieron en marcha, rumbo al sitio de donde la voz de «Camarón» había salido.

Lo encontraron colgando de las cuerdas del paracaídas, a unos treinta metros del suelo. Lucas y Bubonovitch lo miraron atentamente y se rascaron la cabeza.

—¿Cómo piensan bajarme? —inquirió «Camarón».

—Lo ignoramos —contestó Lucas.

—Cuando madures, caerás solo —dijo Bubonovitch.

—Te, crees muy gracioso, ¿eh? ¿De dónde sacaron a ese tipo desnudo?

—Es el coronel Clayton, que está medio loco —le contestó Bubonovitch.

—¡Oh! —exclamó «Camarón».

Es increíble lo que puede expresar un vocablo de dos letras. Aquella exclamación que dejó escapar el sargento Tony Rosetti, reveló lo más profundo de sus sentimientos. Lucas se sintió apenado.

—¿Es el muchacho alérgico a los ingleses? —preguntó Clayton sonriendo.

—Disculpe sus malos modales, coronel. No tiene la culpa, pues creció en Cicero, un suburbio de Chicago.

—¿Cómo piensan bajarme de aquí? —volvió a preguntarles «Camarón».

—Eso es precisamente lo que no sabemos —le contestó el piloto.

—Quizá de aquí a mañana se nos ocurra algo —dijo Bubonovitch.

—¡No pensarán dejarme aquí colgando toda la noche! —gimió el artillero de la torre.

—Yo lo bajaré —dijo Clayton.

En el árbol de cuyas ramas estaba suspendido «Camarón» no había bejucos al alcance de Clayton. Se dirigió a otro árbol y trepó por las enredaderas como un simio. Luego, encontró un bejuco suelto como a quince metros del suelo. Después de probarlo para asegurarse de que soportaría su peso, se impulsó apoyando la planta del pie sobre el tronco y se columpió. Falló en dos ocasiones en su intento de alcanzar uno de los bejucos que colgaban del árbol donde se encontraba «Camarón». Sus dedos extendidos casi lo rozaron. A la tercera vez, logró sujetarse.

Probó la resistencia del bejuco, al igual que había hecho con el otro, y al encontrarla satisfactoria, se enrolló el primer bejuco en un brazo y empezó a subir hasta donde estaba «Camarón». Cuando se encontró a la misma altura, estiró el brazo, pero como el soldado colgaba demasiado lejos del tronco, no pudo alcanzarlo.

Clayton le arrojó la punta del bejuco que llevaba enrollado en el brazo, al mismo tiempo que con voz imperiosa le ordenaba:

—Sujeta la punta y no la sueltes.

Rosetti obedeció y Clayton empezó a tirar hasta qua pudo alcanzar una de las cuerdas del paracaídas. El inglés estaba sentado a horcajadas en una rama gruesa y tiró con mayor fuerza para atraer hacia sí a Rosetti.

—Quítate el paracaídas y el chaleco salvavidas.

Una vez que Rosetti hizo lo que se le ordenaba, Clayton se lo echó al hombro, sujetó el bejuco que le había servido para columpiarse y se desprendió de la rama.

—¡Cáspita! —exclamó el artillero al darse cuenta de que el vacío se abría a sus pies.

Sujetándose con una mano, Clayton se columpió, y después de alcanzar el otro árbol, se deslizó por el bejuco hasta llegar al suelo. Cuando bajó a Rosetti de su hombro, los nervios del muchacho lo traicionaron y comenzó a temblar de pies a cabeza.

Lucas y Bubonovitch se quedaron mudos de asombro por breves momentos.

—¡Nunca lo hubiera creído, si no lo hubiera visto! —exclamó el piloto.

—Yo aún no lo creo —dijo Bubonovitch.

—¿Buscamos a los demás? —les preguntó Clayton—. Sugiero que los localicemos y luego nos alejemos del avión. El humo puede ser visto a varios kilómetros de distancia y los japoneses sabrán exactamente de qué se trata.

Buscaron y llamaron a gritos a sus compañeros durante varias horas, pero todo fue inútil. Poco antes del anochecer encontraron el cadáver del teniente Burnham, el oficial de navegación. Su paracaídas no se había abierto. Cavaron una fosa con sus cuchillos, envolvieron el cuerpo en el paracaídas y lo sepultaron. Jerry Lucas pronunció una breve oración, y luego se alejaron.

Siguieron a Clayton sin decir palabra. Su vista recorría los árboles por donde pasaban. Era evidente que el coronel buscaba algo. En forma casi espontánea, todos tenían ahora una confianza ilimitada en el corpulento inglés. Los ojos de «Camarón» casi no se apartaban de él. Era difícil saber lo que el diminuto muchacho pensaba en aquel momento, ya que desde que lo había rescatado del árbol no había articulado una sola palabra, ni siquiera para darle las gracias a Clayton.

Había cesado de llover y los mosquitos formaban una nube densa sobre sus cabezas.

—No me explico cómo puede usted soportarlos, coronel —dijo Lucas, al mismo tiempo que mataba a palmadas algunos mosquitos.

—¡Lo siento! —exclamó Clayton—. Había olvidado ese detalle.

Buscó por los alrededores y encontró unas plantas iguales a las que había hallado esa misma tarde.

—Machaquen estas hojas —les dijo—, y úntense la savia en las partes descubiertas del cuerpo. Así no volverán a molestarles los mosquitos.

Al poco rato, Clayton localizó lo que desde hacía media hora había estado buscando: unos árboles, cuyas ramas se entrelazaban como a unos seis metros de altura. Ascendió por un tronco con toda facilidad y comenzó a construir una plataforma.

—Si alguno de ustedes puede subir, hágalo y venga a ayudarme. Tenemos que dejar esto listo antes de que obscurezca.

—¿Qué es? —preguntó Bubonovitch.

—El lugar en que dormiremos esta noche, y quizá muchas otras.

Los tres hombres ascendieron lenta y penosamente. Cortaron las ramas y las extendieron sobre los troncos que Clayton había seleccionado, formando una plataforma sólida de aproximadamente tres metros de largo por dos de ancho.

—¿No hubiera sido más sencillo construir un refugio en el suelo? —preguntó Lucas.

—¡Por supuesto! —asintió Clayton—. Pero de haberlo hecho allí, uno de nosotros, por lo menos, hubiera amanecido muerto.

—¿Por qué? —exclamó Bubonovitch.

—Porque estamos en los dominios de los tigres.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Los he venteado toda la tarde.

El sargento Rosetti miró de reojo rápidamente a Clayton y luego se volvió hacia el otro lado.

3

El inglés anudó varias tiras de tela del paracaídas hasta que tuvo una cuerda de suficiente longitud para alcanzar el suelo. Dio uno de los extremos a Bubonovitch y le ordenó:

—Tira de ella cuando yo te lo indique.

Sin decir media palabra más, se dejó caer al suelo.

—¡Los venteó! —dijo el sargento Rosetti con tono escéptico.

Clayton cortó unas hojas de gran tamaño, las juntó, las ató con la cuerda y después ordenó a Bubonovitch que las subiera. Una vez que otros dos bultos semejantes al primero estuvieron arriba, Clayton regresó a la plataforma. Con la ayuda de los demás, extendió unas cuantas hojas en el piso y, con el resto, construyó un techo.

—Mañana conseguiremos comida —les dijo Clayton—. Aún no estoy familiarizado con las frutas y los vegetales de esta región. Tendremos que observar cuáles son los que comen los simios.

Había muchos monos alrededor de ellos. Allí habían estado toda la tarde, chillando, refunfuñando y criticando a los recién llegados.

—Allí veo una fruta que se puede comer —dijo Bubonovitch—. ¿Ven aquella, en ese árbol? Es un *Durio zibethinus*, dicho en términos vulgares, un durión. Aquel simio que está comiendo uno ahora es un *Symphalangus syndactylus*, el gibón de Sumatra, el mayor de todos los gibones.

—«Vago» ya volvió a las andadas —comentó «Camarón»—. Ni siquiera sabe distinguir una hormiga de una mosca y ahora presume hablándonos en chino.

Lucas y Clayton sonrieron.

—Iré por unos *Durio zibeth* o como se llamen —dijo este último.

Se columpió ágilmente hasta alcanzar el árbol opuesto, cortó

cuatro de los duriones más grandes y los arrojó uno por uno a sus compañeros. Luego, volvió a columpiarse y se reunió con ellos.

Rosetti fue el primero en partir la fruta.

—¡Qué mal huele! Debe de estar podrida —exclamó.

Cuando se disponía a tirarla, Bubonovitch lo detuvo.

—¡Espera! He leído que los duriones apestan, pero que su sabor es delicioso. Los aborígenes tuestan las semillas como nosotros tostamos las castañas.

Clayton había estado escuchando atentamente lo que decía Bubonovitch, y mientras todos saboreaban la fruta, él pensaba: «¡Qué país! ¡Qué ejército! Un sargento de Brooklyn que se expresa como profesor. ¡Qué poco conoce la gente acerca de América! ¡Los nazis, mucho menos que nadie!». Recordó la forma tan hábil en la que sus compañeros manejaban las armas, cómo Lucas había insistido en que todos saltaran del avión antes de hacerlo él, y cómo aquel muchacho había luchado en vano por salvar la nave.

La noche había caído. Los ruidos de la selva y los chillidos de los animales eran distintos ahora. Había movimiento por todas partes alrededor de ellos, un movimiento invisible y furtivo. Un rugido retumbante se dejó oír al pie del tronco del árbol sobre el cual se encontraban.

—¿Qué fue eso? —preguntó «Camarón».

—Franjas —le contestó Clayton.

«Camarón» quería saber lo que aquello significaba, pero como no le había dirigido la palabra al inglés, se abstuvo de hacerlo. La curiosidad lo vendó y, tragándose su orgullo, inquirió:

—¿Franjas?

—Sí, el tigre.

—¡Cáspita! ¿Quiere usted decir que allá abajo hay un tigre?

—No. Dos de ellos.

—¡Atiza! Hace tiempo vi un animal de esos en el parque zoológico de Chicago y no creo que sea muy saludable estar allá abajo ahora. He oído decir que se comen a la gente.

—Debemos agradecerle, coronel, que no nos hayamos quedado en el suelo —comentó Jerry Lucas.

—Creo que no hubiéramos durado mucho tiempo vivos en esta selva, sin su ayuda —agregó Bubonovitch.

—Yo aprendí mucho acerca de la selva en el campo de

entrenamiento del coronel Saffarans —dijo «Camarón»—, pero no nos explicaron qué debíamos hacer si llegábamos a toparnos con una de esas fieras.

—Cazan principalmente de noche —les explicó Clayton—. Es entonces cuando uno debe mantenerse alerta.

Al poco rato, se volvió hacia Bubonovitch y le dijo:

—Por lo poco que he oído acerca de Brooklyn, suponía que los brooklynianos tenían una pronunciación especial, pero tú hablas sin el menor acento.

—Al igual que usted.

Clayton sonrió y contestó:

—Yo no me eduqué en Oxford.

—«Vago» tuvo una educación brooklyniana —le explicó Lucas—. Pasó del sexto año.

Bubonovitch y Rosetti se quedaron dormidos al poco rato. Clayton y Lucas, con las piernas colgando desde la orilla de la plataforma, hacían planes para el futuro.

Los dos estaban de acuerdo en que el mejor medio para salir con vida de la selva sería conseguir una embarcación de los aborígenes amigos —si es que los había— en la costa sudoeste de la península, y, con ella, tratar de llegar a Australia. Hablaron de esto y de otras muchas cosas. Lucas se refirió, no sin cierto orgullo, a sus compañeros. Mostró preocupación por los que no habían sido encontrados. Por los que estaban muertos, solo sentía tristeza, pues ya no había nada que pudiera remediarlo.

Clayton podía adivinar, por el tono de voz, cuáles eran los sentimientos de Lucas hacia ellos.

—Es un buen muchacho —dijo Lucas al referirse a Rosetti—, y un excelente artillero de torre. Tiene una disposición natural para desempeñar ese puesto. En la torre no hay mucho espacio para moverse, y «Vago» comentaba el otro día que el Ministerio de Guerra debía hacer una cruza de enanos con pigmeos para que quepan en las torres. «Camarón» obtuvo la Medalla por Servicios Distinguidos y la Medalla Aérea de tercera clase. Es un buen muchacho.

—Pero no acepta abiertamente a los ingleses —dijo sonriendo Clayton.

—Con tantos irlandeses e italianos en Chicago, eso no es nada

sorprendente. Además, «Camarón» nunca ha tenido la oportunidad de aprender nada útil. Cuando era apenas un niño, a su padre lo mataron en Cicero en una batalla entre «gangsters». Si no me equivoco, su madre se mezclaba con los pandilleros y «Camarón» le estorbaba. Con antecedentes como esos, no se puede culpar al muchacho. Le faltó escuela; sin embargo, se comporta bien.

—Bubonovitch me interesa —dijo el inglés—. Es un joven sumamente inteligente.

—No solo es inteligente, sino también muy culto.

Recibió muy buena educación. Lo segundo no necesariamente implica lo primero. Bubonovitch se graduó en la Universidad de Columbia. Su padre, que es profesor, se encargó de que estudiara. «Vago» se interesó por los fósiles y los objetos que se exhibían en el Museo de Historia Natural de Nueva York cuando estaba en la escuela secundaria, y se especializó en zoología, botánica, antropología y otras ciencias terminadas en «logía», de las que se debe tener un extenso conocimiento para ser de utilidad en el museo. A él le agrada mencionar las cosas por sus nombres científicos, exclusivamente para confundir a «Camarón».

—Entonces, el hecho de que yo no tenga el acento oxfordiano no disgustará al sargento Rosetti —comentó Clayton, en tono un poco burlón.

***

Mientras Corrie avanzaba en medio de sus captores, su mente estaba ocupada en solucionar dos problemas importantes: cómo escapar y cómo darse muerte en el caso de no lograrlo. Alam, que caminaba a su lado, le hablaba en su lengua, dialecto que comprendía Corrie, mas no los japoneses.

—¡Perdóname por haberte delatado! —suplicó—. Torturaron a Tiang Umar, pero él no habló. Luego, su esposa no pudo resistir más la tortura que daban a su marido, y les dijo que yo sabía dónde te escondías. Me dijeron que matarían a todos los de la aldea si yo no los conducía a tu escondite. ¿Qué podía yo hacer?

—Hiciste bien, Alam. Sing Tai y yo éramos únicamente dos. Es preferible que mueran dos personas y no todos los habitantes de un *kampong*.

—No quiero que mueras —dijo Alam—. Prefiero morir en tu lugar.

La joven meneó la cabeza y le contestó:

—Lo que temo, es no encontrar el medio de morir en el momento oportuno.

El teniente Sokabe, su pelotón y su prisionera pernoctaron aquella noche en el *kampong* de Tiang Umar. Los aldeanos se mostraban ariscos e irritados, por lo cual Sokabe mandó poner dos centinelas a la puerta de la choza donde él y su prisionera dormirían. Como precaución adicional, para evitar que la joven escapara, le ató las muñecas y los tobillos. Fuera de esto, la dejó en paz. Temía, y con sobrada razón, al capitán Tokujo Matsuo, cuyo carácter era notablemente violento. Además, tenía un plan.

Cuando se puso en marcha a la mañana siguiente, se llevó a Alam para que le sirviera de intérprete, en caso necesario.

A Corrie le agradó la compañía del muchacho. Charlaron como lo habían hecho la víspera. Corrie le preguntó si había visto alguna de las bandas de guerrilleros acerca de las cuales había oído rumores. Eran bandas integradas por los holandeses —plantadores, empleados y soldados— que se habían refugiado en los cerros.

—No. No las he visto, pero he oído hablar de ellas. Se dice que los guerrilleros han matado a muchos japoneses. Son hombres desesperados y los caras de mico los buscan sin descanso. Ofrecen buenas recompensas a los aborígenes para que les muestren dónde se esconden, y, por eso, los guerrilleros desconfían de los naturales que no conocen, pues temen que sean espías. Se dice que todo indígena que cae en sus manos no vuelve, a menos que los convenza de que pueden confiar en él. ¿Quién puede culparlos? Además, supe que varios aborígenes se les han unido. Ahora que todos saben que la gran Coprosperidad Asiática Oriental es solamente para los japoneses, los odiamos.

Pasaron por el sitio donde la aldea de Taku Muda había estado.

No se veía el menor rastro de que el hombre hubiera puesto allí sus plantas, pues la vegetación había vuelto a cubrir totalmente el lugar.

—Esa es la prosperidad que los japoneses nos traen —comentó Alam.

La mañana transcurrió. El grupo avanzaba bajo un torrencial

aguacero tropical. La tenebrosa selva despedía un olor intenso de vegetación podrida. Corrie sabía que cada paso que daba la acercaba más a la muerte. A menos que… Los jóvenes no pierden fácilmente la esperanza. Pero no parecía haber solución posible.

En el cielo se oyeron ruidos de motores, pero aquello no extrañó a Corrie, pues estaba acostumbrada a escuchar el rugido casi constante de los aviones japoneses sobre la isla. Segundos después, llegó hasta sus oídos el ruido de un tremendo choque, seguido por el de una explosión. Pensó, claro está, que algún avión enemigo se había estrellado, y eso la llenó de contento. Los japoneses comentaron excitadamente el suceso. El teniente Sokabe pensó que valdría la pena investigar y discutió el asunto con el sargento, pero llegaron a la conclusión de que el avión había caído demasiado lejos de allí, y que sería casi imposible localizarlo en medio de tan tupida vegetación.

Ya había obscurecido cuando llegaron al *kampong* donde el capitán Tokujo Matsuo había establecido su base de operaciones. De pie, en el umbral de la choza que los dos oficiales habían escogido como alojamiento, observó acercarse al grupo.

—¿Dónde están los prisioneros? —gritó a Sokabe.

El teniente agarró bruscamente a la joven por un brazo y la empujó fuera de la hilera de los soldados, hacia el capitán.

—Aquí está —contestó.

—Lo envié a que trajera un chino y a una muchacha holandesa rubia, y trae a un muchacho aborigen de pelo negro. Explíqueme esto.

—Matamos al chino —dijo Sokabe—. Esta es la muchacha holandesa.

—¡No estoy ahora para bromas! —gruñó Matsuo.

Sokabe empujó a la muchacha hacia la escalera que conducía a la puerta de la cabaña.

—No bromeo —contestó—. Esta es la joven. Se disfrazó tiñéndose el pelo y poniéndose las ropas de un aborigen.

Con un brusco ademán separó los cabellos de Corrie y, al hacerlo, quedó al descubierto el tono rubio del pelo de la base del cuero cabelludo.

Matsuo examinó de cerca las facciones de la joven y asintió con la cabeza.

—Eso me basta. Yo la guardaré.

—Ella me pertenece —le reclamó Sokabe—. Yo la encontré y la traje aquí. Es mía.

Matsuo escupió. Su rostro se puso, rojo de ira, pero logró contenerse.

—Olvida que usted es solo un teniente, Sokabe. Recuerde que recibe órdenes de mí, pues soy el oficial al mando. Búsquese un alojamiento en otra parte y deje aquí a la prisionera.

—Usted será capitán —contestó Sokabe—, pero ahora, debido al gran tamaño del ejército imperial y a las muchas bajas sufridas, muchos oficiales son de cuna plebeya. Mis honorables antepasados fueron *samurais*. Mi honorable tío es el general Hideki Tojo. Usted no puede jactarse de sus antepasados, pues no negará que su padre y todos sus tíos son campesinos. Si le escribo una carta a mi honorable tío, usted dejará de ser capitán. ¿Me llevo o no a la muchacha?

Había odio en el corazón de Matsuo, pero decidió disfrazar su cólera hasta que Sokabe encontrara una muerte accidental.

—Creí que éramos amigos —dijo—, y ahora usted se vuelve en mi contra. No hagamos nada precipitado. La muchacha no vale nada. Los descendientes de los dioses no deben pelear por una criatura tan baja como ella. Sometamos el asunto a la consideración del coronel. Él vendrá muy pronto a inspeccionar.

«Pero antes de que llegue», pensó Matsuo, «un grave accidente le ocurrirá».

—Eso me parece acertado —consintió Sokabe.

«Será un golpe de suerte», pensó este último, «que el capitán muera antes de que el coronel se presente».

La muchacha no entendió una sola palabra de lo que los japoneses habían dicho. Ignoraba que por un tiempo estaría completamente a salvo.

Al día siguiente, muy temprano, Alam partió del *kampong* para regresar a su aldea.

4

Jerry Lucas despertó a causa de una brusca sacudida de la plataforma, que despertó también a Bubonovitch y a Rosetti.

—¿Qué diablos ocurre? —exclamó este último.

Bubonovitch inspeccionó los alrededores y dijo:

—Lo ignoro.

Jerry sacó la cabeza de su improvisado refugio y dirigió la mirada hacia arriba. Vio una enorme mole negra, a pocos metros de donde ellos se hallaban, que estaba sacudiendo violentamente el árbol.

—¡Cáspita! ¿Ven ustedes lo que yo veo?

Los otros dos levantaron la vista.

—¡Recórcholis! —exclamó Rosetti—. ¡Qué monstruo! ¡No creí que hubiera monos de tan enorme tamaño!

—Ese no es un mono, tonto —dijo Bubonovitch—. A ese animal se le conoce con el nombre de *Pongo pygmæus*, aunque no alcanzo a comprender a qué se debe el adjetivo *pygmæus*. Debían llamarlo *Pongo giganteus*.

—¡Habla en cristiano! —gruñó «Camarón».

—Es un orangután, «Camarón» —le dijo Lucas.

—De las raíces malayas *oran utan*, que significan «hombre salvaje» —agregó Bubonovitch.

—¿Qué busca aquí y qué quiere? —preguntó «Camarón»—. Para qué está sacudiendo el árbol, ¿eh?

¿Trata de tiramos? ¿Se come a los hombres, profesor Bubonovitch?

—No. Es un animal primordialmente herbívoro —le contestó este último.

Rosetti se volvió hacia Lucas y le preguntó:

—¿Se comen los monos a la gente, capitán?

—No —contestó Lucas—, pero más vale no meterse con él y dejarlo en paz. Si lo molestas, lo más probable es que se enfurezca y te ataque.

«Camarón» se puso a examinar su .45 y, sin levantar la vista, comentó:

—No me atacará mientras yo esté empuñando a «Bertha».

El orangután, una vez que hubo satisfecho su curiosidad, se alejó lentamente. «Camarón» comenzó a descargar su .45 y, de pronto, exclamó:

—¡Cáspita! Ha empezado a oxidarse, tal y como… —interrumpió lo que iba a decir y buscó por todas partes—. ¡Oigan! ¿Dónde está el duque?

—¡Epa! —exclamó Lucas—. No había notado su ausencia.

—Quizá se cayó —sugirió Rosetti, al mismo tiempo que se asomaba hacia abajo—. Después de todo, no era un mal tipo, para ser inglés.

—¡Vaya! Ese es un cumplido digno de ti —le dijo Bubonovitch.

Dirigiéndose a Lucas, afirmó:

—Yo creí que «Camarón» nunca cesaría de menospreciar a los ingleses.

«Camarón» se incorporó y, recorriendo con la vista a los demás, dijo:

—Ahora que me acuerdo, ¿alguno de ustedes escuchó un grito anoche?

—Yo sí —contestó Lucas—. ¿Por qué?

—A mí me pareció que asesinaban a alguien. ¿No les pareció?

—Sí, se oyó como si fuera un ser humano.

—Entonces ya no hay la menor duda: el duque se cayó de la plataforma y el tigre se lo comió. Él fue quien gritó.

—Allí viene su fantasma —dijo Bubonovitch, señalando con la mano.

—¡Zambomba! ¡Qué tipo! —exclamó Rosetti.

Columpiándose ágilmente entre los árboles, y con un ciervo muerto a cuestas, avanzaba el inglés, quien, al llegar a la plataforma, les dijo:

—He aquí el desayuno. Acérquense.

Clayton puso el ciervo entre las hojas, sacó su cuchillo y

desprendió una porción generosa. Ayudándose con los dedos, rasgó la carne. Después, fue a sentarse en un rincón e hincó los dientes en la carne cruda.

Los ojos de «Camarón» parecían salirse de sus órbitas; abrió asombrado la boca y, sin poder contenerse más, le dirigió la palabra:

—¿No piensa asarla?

—¿Con qué? —le contestó Clayton—. Todo lo que hay en los alrededores está mojado y es difícil que arda. Si quieren carne, tendrán que aprender a comerla cruda.

—Bueno —comentó «Camarón»—, no importa. Tengo suficiente apetito para comer lo que sea.

—Al igual que yo —dijo Bubonovitch—, y pienso saciarlo cuanto antes.

Jerry Lucas cortó un pedazo de carne y comenzó a masticarlo. Clayton observó a los tres hombres que masticaban la carne con gran trabajo, y les indicó:

—Esa no es la forma de comerla. Corten pedazos más pequeños y tráguenselos. No los mastiquen.

—¿Quién diablos le enseñó todo eso? —le preguntó Rosetti.

—Los leones.

Rosetti dirigió una mirada a los demás, meneó la cabeza y luego intentó tragarse un pedazo de carne cruda de tamaño regular. Se atragantó y empezó a toser.

—¡Atiza! —suspiró, después de que hubo logrado que la carne pasara a su estómago—. Yo nunca fui a la escuela de los leones.

Después de ese incidente, procuró tragar trozos más pequeños.

—No tiene tan mal sabor tragándosela entera —admitió Lucas.

—Le llena a uno el estómago y le da energías —aclaró Clayton.

Luego, empleando un bejuco, fue al otro árbol y momentos más tarde regresó con varios duriones, que todos saborearon con mayor gusto que el día anterior.

—Después de esto —dijo «Camarón»—, no hay nada que yo no sea capaz de comer.

—Hay un arroyo cerca de aquí —dijo Clayton—. Allí podremos beber. Sugiero que reconozcamos el terreno antes de hacer planes definitivos. Llévense trozos de carne en los bolsillos si creen que pronto sentirán hambre. Pero nadie morirá de inanición, pues en

toda la región hay bastante caza.

Como ninguno quiso llevar carne, Clayton arrojó al suelo lo que quedaba del ciervo.

—Para el amigo «Franjas» —dijo riendo.

El sol brillaba y la vida de la selva bullía por doquier. Bubonovitch estaba en su elemento. Aquí había animales y aves de los que había estudiado en los libros, o cuyos fósiles había visto en las salas de los museos. Pero existían muchas otras especies que nunca había oído mencionar.

—Esto es un museo de historia natural al aire libre —comentó.

Clayton los había llevado al arroyo y, una vez que todos hubieron saciado su sed, los condujo a un sendero bien delimitado que había descubierto mientras perseguía al ciervo que había matado para el almuerzo. La vereda serpenteaba a lo largo del riachuelo en dirección hacia la costa occidental de la península, que era la dirección que él y Lucas habían decidido seguir.

—Ningún ser humano ha pasado por aquí recientemente —dijo Clayton—, pero sí animales como elefantes, tigres y ciervos. En esta vereda encontré nuestro almuerzo.

«Camarón» quería preguntarle cómo había atrapado al ciervo, pero recordó que ya había cruzado muchas palabras con el inglés. «Probablemente Jorge III le enseñó a cazar», pensó, y sintió un escalofrío al imaginar lo que sus compañeros de pandilla dirían cuando supieran que había intimado con un duque inglés. Pero aun así, admitió que Clayton no era un mal tipo después de todo, aunque detestaba admitirlo.

El grupo avanzaba. De pronto, Clayton se detuvo y levantó el brazo en señal de advertencia.

—Allí adelante marcha un hombre —dijo en voz baja.

—No veo a nadie —comentó Rosetti.

—Tampoco yo —dijo Clayton—, pero allí está.

Se quedó inmóvil durante unos segundos y volvió a susurrar:

—Lleva el mismo rumbo que nosotros. Me adelantaré para echarle un vistazo. Síganme ustedes, pero procuren no hacer el menor ruido.

Dicho esto, se subió a un árbol y desapareció.

—No se ve ni se oye a nadie, pero el inglés dice que hay alguien

delante de nosotros y, además, conoce la dirección que lleva —comentó Rosetti en tono de incredulidad.

—Hasta ahora, Clayton no se ha equivocado ni una sola vez —dijo Jerry.

***

Sing Tai no murió. La bayoneta del japonés le causó una herida profunda, pero no atravesó ningún órgano vital. Durante dos días, Sing Tai yació en medio de un charco de su propia sangre, en lo profundo de la cueva. Cuando se sintió con un poco de fuerzas, se arrastró hasta la entrada. Su estado era grave, pues estaba débil por la pérdida de sangre que había sufrido y por la falta de agua y alimento; pero, haciendo acopio de sus fuerzas para no desmayarse por el dolor, se incorporó y empezó a avanzar lentamente por el sendero que conducía a la aldea de Tiang Umar. Los orientales se resignan a morir más fácilmente que los occidentales. En esto precisamente difieren sus filosofías. Pero Sing Tai no quería morir. Al menos, mientras hubiera la esperanza de que su querida ama estuviera con vida.

Tal vez en la aldea de Tiang Umar alguien le daría informes sobre Corrie, o hallaría rastros que le indicaran si estaba viva o muerta. Con este pensamiento fijo, avanzaba, pero había momentos en los que se preguntaba si tendría fuerzas suficientes para poder llegar a la aldea. Tales pensamientos lo deprimían, cuando, de pronto, vio aparecer en la vereda, a pocos pasos de él, a un gigante semidesnudo, un gigante bronceado de pelo negro y ojos grises. «Esto quizá es el fin», pensó Sing Tai.

Clayton se había dejado caer del árbol unos cuantos momentos antes. Habló en español a Sing Tai, y este le contestó en el mismo idioma, aunque su acento delataba su nacionalidad. Él había vivido muchos años en Hong Kong, cerca de una colonia española, y por eso dominaba el idioma español.

Clayton vio las ropas manchadas de sangre y notó el estado de debilidad en que el chino se encontraba.

—¿Estás herido? —le preguntó.

—Los caras de mico me atravesaron con una bayoneta —contestó, y, señalando el lugar donde estaba la herida, agregó—:

Aquí.

—¿Por qué? —Quiso saber Clayton.

Sing Tai le relató todo lo que había ocurrido.

—¿Hay japoneses cerca de aquí?

—No. No lo creo.

—¿Está muy lejos la aldea a la que te diriges?

—No. Aproximadamente a un kilómetro.

—¿Son los habitantes de esa aldea simpatizadores de los japoneses?

—No. La mayoría los odia.

Los compañeros de Clayton aparecieron en ese momento en una curva del sendero.

—Vean —comentó Lucas—. Volvió a acertar.

—Ese tipo siempre tiene la razón —murmuró «Camarón»—. Ignoro de qué medios se vale.

—Ten la seguridad de que no usa ni varita mágica ni esfera de cristal —dijo Bubonovitch.

Sing Tai los miraba recelosamente, conforme los tres recién llegados se aproximaban.

—Son mis amigos —le explicó Clayton—. Aviadores norteamericanos.

—¡Americanos! —dijo con animación Sing Tai—. Ahora sé que podré salvar a mi ama.

Clayton repitió el relato de Sing Tai a los demás. Cuando lo hubo hecho, todos discutieron y decidieron ir a la aldea de Tiang Umar. Clayton levantó al chino en sus brazos y se lo llevó como si fuera un niño.

Cuando Sing Tai les dijo que estaban en las proximidades de la aldea, el inglés lo bajó y lo depositó en el suelo. Luego, ordenó a todos que no se movieran del lugar, mientras él se adelantaba para ir a investigar, pues el pelotón de soldados japoneses aún podría estar allí. Minutos después, Clayton estaba de regreso.

Tiang Umar los recibió calurosamente después que Sing Tai le explicó quiénes eran. Luego, con el chino sirviéndole de intérprete, Tiang Umar les dijo que los japoneses habían partido en la mañana de la víspera llevándose a la muchacha holandesa y a Alam, uno de los jóvenes aborígenes de la aldea. ¿Cuál era su destino? Lo ignoraba. Todo lo que sabía era que el campamento de los caras de

mico estaba a un día de camino, en dirección suroeste. Quizá se habían dirigido hacia allá. Él estaba seguro de que Alam regresaría y les diría el sitio exacto adonde habían ido los japoneses, pues los había acompañado con el solo propósito de servirles de intérprete, por lo que les propuso esperarlo en su *kampong*.

Decidieron esperar. Clayton fue el que más insistió, y cuando todos estuvieron de acuerdo en hacerlo así, el inglés se internó solo en la selva.

—Quizá vuelva con un búfalo debajo del brazo —comentó «Camarón».

Pero cuando Clayton regresó, solo llevaba unas cuantas ramas delgadas y algunos bambúes. Con estos y unas plumas de ave que le proporcionó Tiang Umar, construyó un arco, varias flechas y una lanza. Endureció con fuego los extremos de sus armas primitivas. Con la tela del paracaídas, hizo un carcaj.

Sus compañeros observaban atentamente lo que hacía. Rosetti no quedó muy impresionado cuando el inglés le explicó que con aquellas armas no solo cazaría, sino que también servirían como armas defensivas y ofensivas contra los japoneses.

—¿Detendremos los animales mientras Clayton toma puntería y les dispara? —dijo en tono burlón «Camarón» a Bubonovitch, y agregó—: Dudo mucho que con unas flechas o una lanza se pueda matar a una persona.

Para Rosetti, la palabra «arma» significaba una .45, una ametralladora o un cañón, no astillas de bambú con plumas en uno de los extremos.

Esa tarde Alam regresó. Fue rodeado inmediatamente por todos los naturales. Una vez que Sing Tai hizo hablar al muchacho, repitió su relato a Clayton. Alam sabía que los dos oficiales japoneses habían reñido por la muchacha y que ella aún estaba a salvo cuando él salió de la aldea aquella misma mañana.

Sing Tai, con lágrimas en los ojos, suplicó a Clayton que rescatara a Corrie de las manos de los japoneses. El inglés y los americanos discutieron acerca del asunto y todos estuvieron de acuerdo en hacerlo, pero no por las mismas razones.

Clayton y Bubonovitch deseaban rescatar a la muchacha. Lucas y Rosetti solo querían hacerlo por molestar a los japoneses. A ninguno de los dos les interesaba la joven, pues ambos eran

misóginos. Lucas odiaba a las mujeres desde hacía dos meses, porque su novia, a quien había dejado en Oklahoma, se había casado con un amigo suyo mientras él cumplía con el servicio militar en Ultramar. Rosetti las detestaba quizá por el odio que tenía a su madre.

Al día siguiente, muy de mañana, los cuatro partieron de la aldea guiados por Alam.

5

Avanzaban lenta y cautelosamente. Clayton iba adelante reconociendo el camino. «Camarón» no comprendía por qué habían traído a Alam, y estaba seguro de que se extraviarían en poco tiempo. Por señas, preguntaba constantemente a Alam si iban en la dirección correcta. El aborigen, sin tener la menor idea de lo que los ademanes de «Camarón» significaban, asentía con la cabeza y sonreía cada vez que Rosetti señalaba y hacía muecas.

Lucas y Bubonovitch no estaban tan preocupados como «Camarón». Ellos tenían más confianza en el inglés. Sin embargo, ignoraban que Clayton no necesitaba de ningún guía para conocer el camino tomado por el pelotón de japoneses a quienes habían acompañado la muchacha blanca y el joven aborigen. A lo largo de todo el trayecto, las señales de su reciente paso eran obvias para sus agudos sentidos.

Era de noche cuando se aproximaron a la aldea. Clayton hizo esperar a los demás mientras se adelantaba para reconocer el terreno. Encontró la aldea pobremente vigilada y la recorrió a sus anchas. No había luna, y las nubes ocultaban las estrellas. Había luces pálidas en algunas de las chozas. Las condiciones eran magníficas para llevar a cabo el plan que Clayton había trazado.

Cerca del sitio por donde había entrado, su agudo olfato localizó a la muchacha blanca. Escuchó la agria discusión que sostenían dos japoneses en la choza donde estaba la joven. Sin duda alguna eran los dos oficiales, que seguían disputándose a su prisionera blanca.

Abandonó la aldea por el mismo lugar por donde había llegado, y la rodeó hasta localizar su parte más baja. Allí había un centinela, que marchaba de un lado a otro. Clayton se agazapó detrás de un árbol. Cuando el guarda se acercó, el inglés saltó sobre él y, antes

de que el hombre pudiera lanzar un solo grito que alertara a los demás, le enterró la aguda punta del cuchillo en la garganta.

Clayton arrastró el cadáver fuera de la aldea y volvió a reunirse con sus compañeros. Después, los guío a la parte baja y les dio sus instrucciones.

—Sus .45 —les dijo— quizá solo disparen la bala que está en la recámara, ya que el mecanismo puede estar oxidado, y, al no botar el cartucho vacío, no cargará una nueva bala. Pero de todos modos, opriman el gatillo hasta que cese el arma de disparar. Cuando se encasquille, arrojen piedras para atraer la atención en esta dirección. No olviden gritar y hacer algarabía. Comiencen dentro de tres minutos y a los cuatro minutos retírense a toda prisa. Procuren que las carátulas de sus relojes no se vean.

Una vez que dijo esto, se alejó. Cruzó rápidamente la aldea y se escondió debajo de la choza donde estaban los dos oficiales y la muchacha. Un minuto después, se escucharon disparos en la parte baja de la aldea y unos gritos rompieron el silencio de la noche. Clayton sonrió. Parecía que todo un ejército estaba atacando el *kampong* en aquel momento.

Un segundo más tarde, los dos oficiales salieron corriendo de la cabaña, dando órdenes, exigiendo explicaciones. Los soldados aparecieron y todos corrieron en la dirección de la que provenía la algarabía. Clayton subió por la escalera que conducía a la puerta de la choza y entró. La muchacha estaba acostada en unas esteras cerca de un rincón de la habitación posterior. Sus muñecas y tobillos estaban atados.

Corrie vio a un hombre semidesnudo que se le acercaba, se detenía a su lado, la levantaba fácilmente en sus brazos, la sacaba de la choza y se la llevaba hacia la espesura. Estaba aterrorizada. ¿Qué nuevo peligro la acechaba?

Bajo la pálida luz de la habitación, ella solo había podido notar que el hombre era de alta estatura y que su piel era muy morena. Aquel desconocido corrió casi medio kilómetro, en medio de la obscuridad. Luego, se detuvo y la depositó en el suelo. Sintió una cosa fría en sus muñecas, e inmediatamente sus manos quedaron libres. A continuación, el hombre cortó las ligaduras de sus tobillos.

—¿Quién es usted? —le preguntó en holandés.

—¡Silencio! —Fue la respuesta que obtuvo.

Al poco rato, otros cuatro hombres se les unieron y el grupo avanzó silenciosamente por la vereda. ¿Qué querían de ella? La única palabra que el hombre le dirigiera, dicha en inglés, había tranquilizado un poco a la muchacha. Por lo menos, aquellos hombres no eran japoneses.

Avanzaron durante una hora, tan calladamente como habían iniciado la marcha. Clayton se mantenía alerta, tratando de percibir cualquier ruido de persecución. Pero no oyó ninguno.

—Creo que los confundimos —dijo Clayton—. Si están buscándonos, quizá lo estén haciendo en la dirección opuesta.

—¿Quiénes son ustedes? —volvió a preguntarles Corrie, esta vez en inglés.

—Amigos —le contestó Clayton—. Sing Tai nos habló de usted, y vinimos a rescatarla.

—¿No murió Sing Tai?

—No, pero está gravemente herido.

Alam se acercó a la joven, quien al verlo, ya no guardó el menor recelo.

—Ya estás a salvo —le dijo Alam—. He oído decir que los americanos pueden lograr cualquier cosa y estoy convencido de que así es.

—¿Son ellos americanos? —preguntó ella en tono incrédulo—. ¿Han desembarcado por fin?

—No. Son unos cuantos. Su avión fue derribado por los japoneses.

—Fue un buen plan el suyo, coronel —le dijo Bubonovitch—. Engañó totalmente a los japoneses.

—Pudo haber fracasado, pues olvidé decirles hacia dónde debían disparar. Dos balas me pasaron rozando.

Dirigiéndose a la muchacha, le preguntó:

—¿Se siente usted con fuerzas suficientes para caminar todo el resto de la noche?

—Sí —contestó la joven—. Estoy acostumbrada a caminar. He estado haciéndolo durante los dos últimos años, para huir de los japoneses.

—¿Durante dos años?

—Sí —contestó la joven—. Desde que comenzó la invasión. He estado oculta en las montañas, con Sing Tai, todo ese tiempo.

La muchacha relató a Clayton todas sus desventuras: la huida de la plantación, la muerte de su madre, el asesinato de su padre y de Lum Kam, la traición de algunos aborígenes y la lealtad de otros.

Llegaron a la aldea de Tiang Umar al amanecer y allí permanecieron solo el tiempo necesario para comer. Todos reanudaron la marcha, excepto Alam. Habían trazado un plan la noche anterior. Se basaba en la creencia de que los japoneses llegarían a la aldea en busca de la muchacha. Además, Corrie no quería hacer nada que pusiera en peligro a aquella gente, que le había brindado su amistad y protección.

Corrie y Sing Tai conocían muchos escondites de difícil acceso en las montañas. Se habían visto obligados a acercarse a la aldea de Tiang Umar por lo difícil que les era conseguir comida suficiente para los dos. Pero ahora sería diferente. Contaban con la ayuda de los americanos.

Se habían visto obligados a dejar a Sing Tai, quien no estaba en condiciones de viajar. Tiang Umar les había asegurado que, en el caso de que los japoneses regresaran, escondería al chino donde no lo pudieran encontrar.

—Si puedo, te mandaré decir dónde estoy, Tiang Umar —le dijo Corrie—, para que, cuando Sing Tai esté totalmente recobrado, se reúna conmigo.

Corrie guío al grupo a través de la vegetación que se extendía sobre las montañas. Frecuentemente, tenían que salvar hondonadas profundas, riachuelos, bosques de teca, matorrales de bambú y vastas llanuras, cuya hierba era más alta que la estatura de un hombre.

Lucas y Clayton habían decidido internarse en las montañas y luego desviarse hacia el suroeste, antes de dirigirse a la costa. En esta forma, evitarían tener que pasar por la zona donde el avión se había estrellado, pues probablemente los japoneses ya habían iniciado una búsqueda minuciosa. Además, siguiendo aquella ruta, encontrarían muy pocas aldeas cuyos habitantes pudieran informar a los japoneses de su paso.

Clayton se adelantaba muy frecuentemente para ir en busca de comida, y siempre regresaba con algo: perdices, faisán o venado. Cuando acampaban, hacía una fogata para que todos pudieran saborear la carne asada.

Mientras avanzaban, Clayton y Corrie iban adelante. Los seguía Bubonovitch. Lucas y «Camarón» marchaban a la retaguardia, para mantenerse lo más lejos posible de la muchacha holandesa. No se acostumbraban a soportar la presencia de una mujer. Su antipatía hacia Corrie no se debía al hecho de que su presencia obstaculizaba su marcha, sino el de que ellos rechazaban a todas las mujeres, por razones personales.

—No habrá más remedio que cargar con esa holandesa —dijo Rosetti—. No podemos permitir que la capturen los japoneses.

—Si se tratara de un hombre, o siquiera de un simio, no me preocuparía —asintió Lucas—, pero yo acababa de proponerme no volver a dirigir la palabra a una mujer.

—¿Te traicionó alguna? —le preguntó «Camarón».

—Le perdonaría el haberse casado con un amigo mío tan pronto como me ausenté —comentó Jerry, como si estuviera hablando consigo mismo—, pero lo que no le paso, es que lo haya hecho con uno del partido republicano.

—Esta holandesa no es fea —concedió «Camarón», de mala gana.

—No, pero todas son interesadas e insaciables —gruñó Jerry—. Siempre reclaman y exigen algo. Si algún día decides casarte, «Camarón», hazlo, pero que sea con una venerable jamona, que se sienta agradecida de que la lleves al altar.

—¡Bah! ¿Quién quiere casarse con una venerable jamona? —comentó «Camarón».

—Así, no tendrás que temer a los donjuanes.

—Quien se case con esa muchacha holandesa, tendrá mucho de qué preocuparse. Todos los hombres aullarán detrás de ella. ¿Te has dado cuenta de su expresión cuando sonríe?

—¿Estás enamorado de ella, «Camarón»?

—No, pero son detalles en los que uno se fija.

—Yo nunca la he observado —mintió Jerry.

En ese momento, una bandada de codornices levantó el vuelo. Clayton, quien llevaba puesta una flecha en el arco, estiró la cuerda sin tomar puntería y una codorniz cayó. Sus movimientos habían sido tan precisos y rápidos como los de un rayo de luz.

—¡Atiza! —exclamó Rosetti—. ¡Me rindo! Ese tipo no es humano. ¿Cómo supo que las aves iban a volar, si ni siquiera las

había visto? ¿Cómo logró matar una con esa arma primitiva?

—Lo ignoro —dijo Jerry moviendo la cabeza—. Tal vez las venteó o las oyó. Él hace muchas cosas a las que yo, francamente, no les encuentro explicación.

—Voy a aprender a disparar con un arco —dijo, como comentario, «Camarón».

Rosetti, olvidándose de su anglofobia, se acercó a Clayton y le pidió que le enseñara a construir un arco y flechas. Lucas y Bubonovitch expresaron deseos similares. Al día siguiente, cuando Clayton hubo reunido los materiales necesarios, se puso a enseñarles a todos, incluyendo a Corrie, cómo se construían esas armas.

La muchacha tejió las cuerdas para los arcos con la fibra obtenida de las largas hojas de las palmeras. Clayton cazó aves para obtener las plumas, y les enseñó cómo debían montar estas correctamente en los extremos de las flechas. La construcción de las armas fue un intermedio agradable entre los largos y penosos días en que tenían que escalar los riscos, abrirse paso a través de la vegetación y marchar cuesta abajo por las inclinadas pendientes. Aquella había sido la primera vez en que los cinco habían tenido un intercambio, ya que al final de cada largo día de viaje, su necesidad más imperiosa había sido la de dormir.

La muchacha se sentó cerca de Jerry Lucas. Él observaba cómo tejía diestramente las fibras y llegó a la conclusión de que sus manos eran hermosas, pequeñas y bien formadas. También se dio cuenta de que, a pesar de los dos años de penalidades, sus uñas estaban bien cuidadas. Él se miró las suyas para compararlas con las de ella. Para Jerry era un misterio inexplicable cómo mantenía la joven su buen aspecto.

—Será divertido cazar con esto —le dijo Corrie a Lucas.

—Si es que logramos acertar a lo que le apuntemos. Debemos practicar mucho. No es correcto que cuatro adultos tengamos que depender de Clayton para todo, como si fuésemos niños.

—Él es maravilloso.

Jerry murmuró un «sí» casi inaudible y continuó su trabajo. Con sus dedos, faltos de habilidad manual, trataba de ponerle las plumas a una flecha. Quería que la muchacha no se moviera y deseaba al mismo tiempo que ella estuviera lejos de allí. No era justo que las

mujeres estropearan el mundo de los hombres.

Corrie lo miraba intrigada y se dio cuenta de los vanos esfuerzos que hacía Jerry para mantener fija la flecha mientras arrollaba el cordel en la vara.

—Permíteme que te ayude. Sujeta la flecha y yo arrollaré el cordel. Eso es, inserta más la pluma en la ranura.

Sus manos, al estar arrollando el cordel, varias veces tocaron las de Jerry. Aquel roce era agradable, pero lo puso de mal humor.

—¡Dámela! —le dijo con rudeza—. Yo puedo hacerlo solo. No necesitas molestarte.

Corrie lo miró sorprendida, y sin decir una sola palabra, se puso a hilar el cordel. En aquel breve momento, cuando sus miradas se cruzaron, Jerry había visto la sorpresa y el sentimiento en los ojos de la joven, expresión que en cierta ocasión vio en un venado al que le había disparado. Desde entonces nunca más volvió a cazar venados.

«Eres un asno», se dijo a sí mismo. Luego, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, se disculpó:

—Perdóname. No fue mi intención ser rudo.

—Yo no te agrado, ¿verdad? ¿Por qué? ¿He hecho algo para ofenderte?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué te hace pensar que no me agradas?

—Eso es palpable. Al sargento tampoco parezco caerle bien. En varias ocasiones lo he sorprendido viéndome como si quisiera morderme.

—Algunos hombres son tímidos delante de las mujeres —contestó Jerry en tono avergonzado.

—No lo creo de ti —dijo la joven.

Los dos se quedaron callados un breve momento y al poco rato Jerry le dijo:

—¿Quisieras ayudarme de nuevo? Soy muy torpe.

«Después de todo, es un caballero», pensó Corrie.

La muchacha se puso a arrollar el cordel en la vara de la flecha y sus dedos rozaban los de Jerry, quien procuró acercarlos a fin de que el roce fuera un poco más continuo.

6

Todos practicaban al tiro al blanco con las flechas mientras avanzaban. Corrie hacía avergonzarse a los hombres, pues era rápida y certera. Tiraba del cordel, con el brazo bien estirado, hasta que las plumas de la flecha tocaban su oreja.

Clayton la felicitó. «Camarón» le dijo a Bubonovitch que aquel era un deporte para mujeres. Jerry admiraba en secreto la destreza de la joven, y al mismo tiempo se sentía avergonzado de hacerlo. Intentaba concentrarse en la muchacha de Oklahoma y en su amigo, el republicano.

Corrie le explicó que en un club, en Holanda, ella había practicado el deporte del arco durante dos años y que había continuado ejercitándose en la plantación de su padre.

—Si no supiera tirar ahora, me consideraría muy tonta —comentó.

En poco tiempo, aun «Camarón» comenzó a jactarse de la buena puntería que había desarrollado. Todos disparaban bien y, ¡pobre del ave o del animal que se cruzaba a su paso!

Habían encontrado dos cuevas en un risco de piedra caliza y Clayton había decidido que se quedaran allí para hacer ropa y calzado, ya que sus botas estaban rotas y sus vestidos hechos jirones.

El inglés curtió burdamente una piel de ciervo e hizo una lezna y una aguja de una vara de bambú. Con la misma fibra tosca que usaban para el arco y las flechas, Corrie cosía las toscas sandalias con esos materiales y herramientas.

Una mañana, ella trabajaba sola, mientras los hombres habían ido a cazar. Sus pensamientos se remontaban a los dos años que habían transcurrido —años de penalidad, sufrimiento y peligro.

Años de dolor, odio y lágrimas contenidas—. Cavilaba sobre su situación actual: sola en la inmensidad de la vegetación montañosa, con cuatro hombres extraños, cuatro extranjeros. Comprendió que ella nunca se había sentido más segura que ahora, y que por primera vez en dos años era feliz.

Sonrió al recordar lo asustada que había estado cuando aquel hombre semidesnudo la había llevado en brazos al bosque, y la sorpresa que le había causado el enterarse que era un coronel de la Real Fuerza Aérea. Él y el sargento Bubonovitch le habían sido simpáticos desde el primer momento. Su simpatía hacia el sargento había aumentado cuando él le mostró las fotografías de su esposa y de su hijo. El pequeño sargento y Lucas no le habían agradado. «Los dos son unos patanes», había pensado, «pero lo es más el capitán, pues él es un hombre educado y debería saber cómo portarse mejor conmigo».

Esto es lo que Corrie había opinado, pero desde aquel día, en que lo había ayudado a construir las flechas, Jerry era otro. Él aún no buscaba su compañía, pero tampoco la evitaba como anteriormente lo había hecho. Bubonovitch había comentado que era muy buen piloto y que sus subalternos lo estimaban. Citó varios ejemplos del valor inaudito de Lucas y de las buenas cualidades que poseía.

Aquello sirvió para que Corrie confirmara que Lucas era todo un hombre y que posiblemente era también un gran enemigo del sexo débil, idea que la dejó perpleja, pero divertida al mismo tiempo. Sonrió al imaginar cómo se sentiría Lucas en semejante situación: forzado a tener que vivir día tras día en compañía de una mujer. Mujer que además era joven y guapa. Corrie tenía dieciocho años y sabía que era más guapa de lo que aparentaba en aquel momento, con la ropa hecha jirones, la cabellera suelta, enmarañada y mal teñida. Carecía de espejo, pero había visto su imagen reflejada en los charcos de agua. Aquello le causaba risa, una risa jovial que demostraba lo alegre que estaba.

Se preguntaba si le hubiera gustado al capitán Lucas, de haberla conocido en condiciones normales: con ropa elegante y con su pelo rubio cuidadosamente peinado. Si Corrie se hubiera puesto a analizar, tal vez se hubiera preguntado por qué pensaba tanto en Lucas. Claro está que era bien parecido y muy varonil. Ella suponía

que él tenía mayor edad, y hubiera quedado sorprendida al enterarse de que Jerry contaba solo veintitrés años de edad. La responsabilidad y las muchas horas de intensa tensión nerviosa lo habían hecho envejecer más rápidamente de lo normal. Manejar una nave de treinta toneladas de aluminio y explosivos de alta potencia en el aire y en el combate, sentir que de uno solo depende la seguridad de un avión sumamente costoso y que a su cargo y cuidado van también las vidas de nueve de los mejores amigos, es responsabilidad más que suficiente para hacer que las arrugas de la madurez se marquen en el rostro prematuramente. Todo eso había dejado sus huellas en las facciones del piloto.

Los pensamientos de Corrie fueron interrumpidos por unas voces. Al principio, creyó que eran de los cazadores que regresaban. Luego, al hacerse más claros los sonidos, reconoció que se trataba de alguien que hablaba en el dialecto de la isla; y momentos después, varios aborígenes aparecieron en la entrada de la cueva. Eran diez en total, sucios y repugnantes. Se llevaron a Corrie.

De su conversación, ella averiguó pronto el motivo: los japoneses habían ofrecido una recompensa por su captura y por la de Sing Tai.

***

El sol se estaba ocultando cuando los cazadores regresaron a la cueva. La penumbra ecuatorial pronto se disipó y la obscuridad abarcó todo. Los hombres notaron inmediatamente la ausencia de la muchacha y comenzaron a especular acerca de eso.

—Tal vez nos abandonó —dijo «Camarón»—. Uno no puede confiar en las mujeres.

—No seas tonto —le contestó Lucas.

Aquella respuesta asombró a «Camarón», pues estaba seguro de que el capitán pensaba igual que él.

—¿Por qué tenía que abandonamos? —le dijo Lucas—. Nosotros la rescatamos de los japoneses y estaba a salvo a nuestro lado. Probablemente fue a cazar.

—¿Qué te hace pensar que ella nos abandonó? —le preguntó Clayton a Rosetti mientras examinaba detenidamente la entrada de la cueva.

—Conozco a las mujeres —respondió «Camarón».

—Eso que dices no es prueba suficiente —contestó el inglés.

—No creo que haya ido a cazar —dijo Bubonovitch, desde el fondo de la cueva.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Lucas.

—Aquí están sus flechas y el arco.

—No. Ella no fue a cazar ni tampoco nos abandonó. Un grupo de aborígenes se la llevó por la fuerza. Eran diez naturales y se alejaron en esa dirección —dijo Clayton, señalando con el dedo.

—¿Tiene usted acaso, coronel, una esfera de cristal? —le preguntó Bubonovitch en tono escéptico.

—No. Cuento con algo mejor: con dos ojos y una nariz. Ustedes también los tienen, pero no son muy buenos. Los suyos se han atrofiado durante generaciones debido a la vida fácil que les proporciona el tener leyes, policías y soldados que los rodean y protegen en forma eficaz.

—¿Y de usted qué dice, coronel? —le preguntó Lucas, en tono resentido.

—Yo he sobrevivido simplemente porque mis sentidos son tan agudos como los de mis enemigos y se combinan con mi experiencia e inteligencia y que me sirven en donde no hay leyes, ni policías ni soldados que me protejan.

—¿Como en Londres? —dijo Bubonovitch, y Clayton se limitó a sonreír.

—¿Qué lo hace estar tan seguro de que la muchacha no se fue voluntariamente con los aborígenes? —le preguntó Lucas—. Ella pudo tener muy buenas razones, que ignoramos, para acompañarlos. De lo que estoy absolutamente seguro, es de que ella no huyó de nosotros, Clayton.

—Ella fue llevada por la fuerza después de oponerles resistencia. Las huellas de la lucha que sostuvieron están muy visibles en el suelo. Aquí, como ustedes pueden ver, se aprecia que fue arrastrada, más allá cesan sus huellas y eso significa que la levantaron y se la llevaron. En la hierba quedó impregnado el olor peculiar de los aborígenes.

—¿Qué esperamos entonces para ir a rescatarla? —preguntó Bubonovitch.

—¡Vayamos cuanto antes a salvarla! —exclamó «Camarón», pero

no completó la frase, pues se quedó sorprendido por la extraña reacción que lo había impulsado a proferir aquellas palabras, que demostraban el cambio de su modo de pensar respecto a la muchacha.

Había comenzado a caer uno de los repentinos diluvios tropicales. Clayton regresó al refugio de la cueva, y comentó:

—Es inútil que partamos ahora. La lluvia borrará las huellas y, además, no podríamos rastrear en la obscuridad las pocas que llegaran a quedar. Por otra parte, los aborígenes no nos sacarán mucha delantera, pues no les gusta caminar en medio de la obscuridad por temor a los animales, y acamparán esta noche. Mañana, en cuanto haya luz suficiente, nos pondremos en marcha.

—¡Pobre muchacha! —exclamó Jerry Lucas.

Al día siguiente, el grupo empezó a seguir el rastro dejado por los captores de Corrie. Los americanos no descubrían la menor señal, pero la vista habituada del inglés lo descubría fácilmente. Vio a pocos metros de la cueva dónde habían bajado a la muchacha para que avanzara por su propio pie.

A media mañana, Clayton se detuvo y venteó la brisa que soplaba suavemente en la dirección hacia donde avanzaban.

—Será mejor que nos subamos a los árboles —les dijo a los demás—. Un tigre se acerca detrás de nosotros y pronto nos dará alcance.

***

Los captores de Corrie acamparon en la ladera de una montaña en cuanto obscureció. Hicieron una fogata para mantener alejadas a las fieras y se durmieron; solo uno de ellos se quedó despierto para cuidar que el fuego no se apagara.

El cansancio venció a la joven e hizo que durmiera durante varias horas. Cuando despertó, se dio cuenta de que la fogata estaba apagada y eso le hizo suponer que el guarda se había quedado dormido. Comprendió que aquello la favorecía si emprendía la fuga. Dirigió su vista hacia la espesura, la cual, por su obscuridad, era impenetrable. Allí, aguardaba la muerte. En la dirección opuesta, hacia donde aquellos hombres la llevaban, la esperaba algo peor que la misma muerte. Corrie sopesó las posibilidades y tomó

rápidamente una decisión.

Se incorporó silenciosamente. El guarda estaba dormido a un lado de las cenizas apagadas de la hoguera. Corrie avanzó sigilosamente entre los hombres, e instantes después, entraba en la espesura. Avanzó por una sinuosa vereda, pero esta, debido a la obscuridad, era difícil de seguir y la muchacha no adelantaba tan rápidamente como lo hubiera deseado. Además, tropezaba casi a cada paso. A pesar de eso, no se desanimó y continuó avanzando para aumentar lo más que fuera posible, y antes que amaneciera, la distancia que la separaba de sus captores, pues estaba segura de que en cuanto notaran su desaparición, irían en su busca.

Corrie estaba asustada: El bosque, lleno de extraños ruidos, la sobresaltaba aún más, pues cualquiera de ellos podría provenir de los pasos o del batir de alas que significarían la muerte. Avanzó, internándose más y más en la obscuridad impenetrable, hasta que oyó un ruido que le hizo helar la sangre: el rugido de un tigre. Escuchó el sonido que hacían las ramas al quebrarse, señal inequívoca de que la fiera la había descubierto.

Se apartó de la vereda, con los brazos extendidos para buscar a tientas un árbol por el que pudiera subir. Un bejuco le pegó en la cara, y al apartarlo, lo sujetó y empezó a ascender por él. El ruido que hacía la fiera al avanzar, indicaba que ya estaba cerca. Corrie siguió subiendo y, de pronto, a sus pies, se oyeron los rugidos del animal y los golpes que daba al saltar. El impacto de uno de aquellos golpes casi hizo desprender el bejuco de donde estaba colgando la joven, pero el miedo y la desesperación la hicieron asirse con mayor fuerza.

El bejuco se balanceó violentamente cuando la fiera volvió a saltar, pero la muchacha sabía que mientras el bejuco no se desprendiera, el animal no la alcanzaría. Dos veces más volvió a saltar el tigre, pero ya para entonces Corrie estaba sujeta de una de las ramas más bajas del árbol y, sin perder tiempo, empezó a subir hacia la copa. Pero no solo en el suelo había amenazas en la selva. Las boas eran la más seria de todas.

El tigre permaneció allí largo rato, rugiendo de vez en cuando al pie del árbol. Poco después, la muchacha lo oyó alejarse. Titubeó entre bajar y continuar huyendo. Estaba segura de que Clayton la buscaría, pero que no lo haría hasta que amaneciera. Sus

pensamientos la hicieron recordar a Jerry Lucas, y sabía que aunque ella no le agradara, no porque fuera Corrie van der Meer, sino por ser mujer, él ayudaría a buscarla. Por supuesto que Bubonovitch también contribuiría en la búsqueda y que cosa igual haría el pequeño sargento que la detestaba.

Decidió esperar hasta que se hiciese de día. Sabía que los tigres cazaban de preferencia en la noche, y por esa costumbre, los aborígenes los designaban con el nombre de fieras silenciosas.

Al empezar a aclarar el día, Corrie bajó del árbol y continuó por el sendero su interrumpida huida. Avanzaba con paso seguro, apresuradamente.

7

Encaramados en la rama de un árbol cercano a la vereda, los sobrevivientes de la «Bella Dama» esperaban a que el tigre pasara y les permitiera bajar. No tenían la menor intención de interrumpirle su paseo, así como tampoco de dejar que los descubriera. Los americanos confiaban en que la fiera pasaría de largo y sin notar su presencia.

Habían subido tantas veces a los árboles, en los pocos días que tenían de vivir en la selva, que para todos ya era la cosa más natural el hacerlo.

—Cuando salgamos de aquí —comentó «Camarón»—, seremos más hábiles que los simios en escalar los árboles.

A su alrededor solo se oían los ruidos que se escuchan en la selva de día, y a los cuales ya todos estaban acostumbrados: los agudos gritos de las aves, los estridentes chillidos de los gibones y el bullicio incesante de los simios de menor tamaño, pero ningún rugido provenía del tigre. «Camarón» pensó que todo había sido una falsa alarma.

Abajo de ellos, a unos treinta metros, la vereda era visible entre dos curvas. Repentinamente, el tigre apareció caminando sigilosa y silenciosamente. Simultáneamente, en la dirección opuesta, una figura delicada hizo su aparición. Era Corrie. Tanto la joven como el animal se detuvieron, viéndose uno al otro a poco menos de treinta metros de separación. La fiera lanzó un rugido y se dirigió hacia ella al trote. La joven se quedó paralizada de miedo. Por un instante no se movió. De pronto, vio caer de un árbol y detrás del carnívoro a un hombre semidesnudo, y, momentos después, otros hombres que empuñaban cuchillos aparecieron también. Vio cómo corrían hacia la bestia y la atacaban. Entre los primeros estaba el sargento

Rosetti, aquel que detestaba a los ingleses.

Un brazo con músculos de acero oprimió el cuello del tigre, y dos piernas musculosas le apretaron el estómago. Con la mano libre, el hombre hundió la afilada hoja de su cuchillo en el costado izquierdo del animal. Gruñidos de furia y de dolor salieron de la garganta del felino al debatirse en agonía. Y, para asombro de Corrie, el hombre semidesnudo emitió unos extraños rugidos, mientras peleaba con la fiera. Estupefactos, los tres americanos observaban la breve lucha sostenida entre los dos, sin saber si debían intervenir, ya que el tigre, aunque herido de muerte, no cesaba de luchar por librarse de aquella otra fiera que lo atacaba.

Lo que les pareció un largo tiempo, solo fue cuestión de unos cuantos segundos. El tigre lanzó un estertor y su cuerpo quedó rígido y se desplomó sin vida. El hombre se incorporó, puso un pie sobre el cadáver y, levantando la vista hacia lo alto, emitió un grito agudo, el grito de victoria de aquel ser extraordinario. Corrie se quedó aterrada al ver aquello en aquel hombre al que ella había considerado tan civilizado y tan culto. Los demás también se quedaron sorprendidos.

De pronto, Jerry Lucas comprendió.

—¡John Clayton es lord Greystoke, Tarzán de los Monos! —exclamó.

—¿Es Johnny Weismuller? —preguntó en tono de duda «Camarón».

Tarzán sacudió la cabeza como para librar de su mente una obsesión. Su delgada capa de civilización se le había caído en el fragor de la batalla. Por breves momentos, había sucumbido a los impulsos salvajes de los animales con los que se había criado. Su otro yo había salido a relucir.

Dio la bienvenida a Corrie con una sonrisa, y le dijo:

—¡Conque lograste escapar de ellos!

Corrie asintió con la cabeza. Aún estaba asustada, su cuerpo entero temblaba y en sus ojos estaban próximas a brotar las lágrimas, lágrimas de alivio y de agradecimiento hacia Tarzán.

—Sí. Me escapé anoche, pero de no haber sido por usted, de nada hubiera servido.

—Fue casi un milagro que estuviéramos tan cerca y en el momento preciso. Será mejor que te sientes para que te recobres.

La muchacha obedeció y se sentó en una roca, a la orilla de la vereda. Los cuatro hombres la rodearon. Jerry Lucas mostraba alegría y satisfacción. Aun «Camarón» se sentía feliz.

—Me alegra tenerla con nosotros, señorita —le dijo sonrojándose.

«Camarón» estaba sorprendido consigo mismo. No alcanzaba a comprender aquellos cambios que había experimentado: admiraba al inglés y le simpatizaba una mujer.

Corrie les relató su captura y cómo había logrado huir. Luego, ella y los americanos discutieron acerca de la muerte del tigre.

—¿No tuvo usted miedo? —le preguntó Corrie a Tarzán.

Este, como nunca había sabido lo que era el miedo, no le pudo contestar en forma satisfactoria a la muchacha y se limitó a decir:

—Lo único que yo sabía era que tenía que matar al tigre.

—Pensé que usted había perdido la razón cuando lo vi descolgarse del árbol —le dijo Bubonovitch, y agregó—: Yo estaba muerto de pánico.

—Pero aun así, usted y los demás saltaron para ayudarme. Eso demuestra que todos son unos verdaderos valientes.

—¿Por qué no nos había dicho que usted era Tarzán? —le preguntó Jerry.

—¿De qué hubiera servido?

—¡Qué tontos fuimos al no reconocerlo desde hace tiempo! —exclamó Bubonovitch.

Corrie dijo que se sentía mejor, y con fuerzas para caminar. Los hombres reunieron los arcos que habían tirado cuando se descolgaron del árbol, y emprendieron la marcha hacia su campamento.

—Es curioso que a ninguno de nosotros se nos ocurriera dispararle al tigre con flechas —comentó sonriendo «Camarón».

—Eso lo hubiera hecho enfurecer —le contestó Tarzán, y agregó—: Claro está que si una flecha le hubiera atravesado el corazón, lo hubiera matado, pero el animal hubiera causado mucho daño antes de morir. Muchos cazadores han sido heridos de muerte por leones que ya tenían alojada una bala de grueso calibre. La resistencia de los felinos es asombrosa.

—Caer en las garras de un león o de un tigre debe de ser la peor de las muertes —comentó Corrie, con un estremecimiento.

—Al contrario —dijo Tarzán—, esa es la mejor forma de morir, si es que a uno le llegó la hora. Varios hombres que han estado a punto de morir en las garras de un felino, han relatado sus sensaciones. Todos han declarado, en forma unánime, que no sintieron dolor ni miedo.

—Yo no opinaría igual —comentó «Camarón».

Tarzán marchaba detrás de la pequeña columna. Había decidido ir a retaguardia, ya que *Usha*, el viento, le llevaría el aroma de los aborígenes que perseguían a Corrie y le advertiría cuando se acercaran.

«Camarón» marchaba a su lado y observaba con admiración sus movimientos. «Nunca creí», pensaba, «que yo vagaría entre la selva en compañía de Tarzán de los Monos». Bubonovitch lo había convencido de que no era Johnny Weismuller. Jerry y Corrie iban al frente. Lucas avanzaba un paso detrás de ella, y aquello le permitía estudiar el perfil de la joven, perfil que por lo delicado de sus líneas en nada se comparaba con el de la que había sido su novia en Oklahoma. Para Jerry, en aquel momento lo que había a su alrededor no existía.

—Debes estar cansadísima —le dijo, al recordar que la muchacha había caminado casi toda la noche y lo que había transcurrido de la mañana.

—No mucho. Estoy acostumbrada a caminar.

—Temimos por ti cuando no te encontramos en la cueva y Tarzán dijo que te habían raptado.

—¡Pero si a ti no te importan las mujeres!

—¿Quién te dijo semejante cosa?

—Tú y el pequeño sargento.

—Yo nunca te he dicho eso, y dudo mucho que «Camarón» lo hiciera.

—No era necesario que me lo dijeran. Simplemente lo adiviné.

Lucas no le contestó y se limitó a platicarle de la novia que había tenido en Oklahoma.

—¿La quieres mucho?

—En aquel tiempo estaba enamorado de ella, pero después de lo que me hizo, la odio. No creo que ningún hombre pueda albergar un sentimiento de simpatía hacia una mujer que lo abandona por irse con un tipo republicano.

—¿Es un republicano una persona terrible?

Jerry sonrió y después de un rato le contestó:

—En realidad, no. Es más, ese tipo era amigo mío y aunque no lo creas, ya le perdoné lo que me hizo.

—Quizá sea mejor conocer del todo bien a una persona antes de enamorarse de ella para evitar ser víctima de una traición como lo fuiste tú, Jerry.

—Lo único que podría contestarte, es que no me gustaría estar actualmente enamorado de ella.

Corrie reflexionó y no expresó sus pensamientos. Cuando, a los pocos minutos, llegaron a su campamento, ella tarareaba una alegre canción.

Después que ella hubo entrado en la cueva, Bubonovitch se acercó a Jerry y le preguntó:

—¿Cómo se siente hoy el que odia a las mujeres?

—¡Bah! —Se limitó a contestarle Jerry.

Tarzán, al interrogar a Corrie acerca de sus captores, confirmó que eran diez y que todos estaban armados con *kris* y *parangs*. No tenían armas de fuego, porque los japoneses se las habían confiscado en su totalidad.

Los cinco, reunidos en la entrada de la cueva, discutían sus planes para el futuro, que incluían la estrategia que deberían seguir en el caso de que los aborígenes regresaran y se mostraran hostiles. Todos los presentes tenían voz y voto en las discusiones, pero la autoridad de Jerry, desde que habían abandonado el avión, había decrecido. Existía un reconocimiento tácito de la posición de Tarzán como jefe. A Jerry no le importaba aquello, ni a los demás tampoco, porque todos sabían que el inglés estaba mejor capacitado por su vasta experiencia y conocimiento de la selva, su aguda percepción y destreza y sus habilidades físicas para protegerlos mejor que cualquiera de los demás miembros del grupo. Aun «Camarón» tenía que reconocerlo y, claro está, al principio le fue difícil. Ahora, él hubiera sido uno de los defensores más ardientes de los ingleses si hubiera habido alguien que no simpatizara con ellos.

—Corrie me dijo —les comunicó Tarzán— que el grupo que la raptó está formado por diez hombres que, en su mayoría, están armados con *kris* rectos y largos, no del tipo de hojas onduladas que nosotros conocemos. Además, me informó que llevan *parangs*, una

especie de machete, que sirve más de instrumento para cortar que de arma. Ninguno de ellos lleva armas de fuego. Si vienen, tendremos que detenerlos y evitar a toda costa que se acerquen a nosotros. Corrie servirá de intérprete. Mientras no nos superen en más de dos por cabeza, no tendremos dificultad alguna en derrotarlos. Contamos con cuatro arcos…

—Cinco —le corrigió Corrie.

Tarzán sonrió y rectificó:

—Bien. Disponemos de cinco arcos y todos nosotros sabemos tirar con puntería, pero trataremos de convencerlos que será mejor que se alejen y nos dejen en paz. No dispararemos, a menos que sea absolutamente necesario.

—¡Bah! —exclamó «Camarón»—. Yo opino que les demos su merecido por haber raptado a Corrie.

La muchacha se sorprendió por lo que había oído. Jerry y Bubonovitch sonrieron. «Camarón» se sonrojó.

—Escucha lo que dice uno de los tipos que detesta a las mujeres —susurró Bubonovitch al oído de Jerry.

—Sé cómo te sientes, Rosetti —le dijo Tarzán—, y creo que es el sentir de todos nosotros. Hace años aprendí a matar solo por necesidad y en defensa propia. Lo aprendí de los animales a los que ustedes llaman bestias, y creo que es una buena regla. Aquellos que matan por razones distintas, tales como por placer o por venganza, se rebajan ellos mismos. Yo les diré cuándo deben disparar.

—Quizá no lleguen a venir —comentó Corrie. Tarzán meneó la cabeza y dijo:

—Ellos vendrán, y puedo agregar que en este momento están casi aquí.

8

Cuando Iskandar despertó, los rayos del sol le daban de lleno en el rostro. Se incorporó apoyándose en un codo, y con la vista recorrió todo lo que había a su alrededor. Sus nueve compañeros dormían, y uno de ellos, el que se había quedado de centinela, roncaba tirado sobre las cenizas donde la noche anterior había estado la hoguera. La prisionera no estaba allí.

Sus facciones se distorsionaron de ira. Tomó su *kris* y se levantó rápidamente. Los ayes de dolor despertaron a los demás aborígenes.

—¡Cerdo! —exclamó Iskandar, al mismo tiempo que acuchillaba a su víctima, la que a rastras intentaba, sin poder conseguirlo, apartarse de su verdugo—. Los tigres pudieron haber venido y devorarnos a todos. Además, por culpa tuya, la mujer logró escapar.

Un golpe dado en la nuca, el cual separó la cabeza de la columna vertebral, terminó la tortura. Iskandar limpió el ensangrentado *kris* en las ropas del hombre muerto y se encaró con los demás aborígenes.

—¡Vengan! —les ordenó—. No puede haberse alejado mucho. ¡Dense prisa!

En pocos minutos localizaron en la vereda las huellas de las pisadas de Corrie e iniciaron la persecución. Casi a la mitad del camino que conducía a la cueva en donde la habían capturado, encontraron el cadáver de un tigre. Iskandar lo examinó detenidamente y vio las heridas del cuchillo en el costado izquierdo del animal. Descubrió que había varias huellas de pisadas: unas pertenecían a la muchacha y otras habían sido dejadas allí por el mismo tipo de sandalias que las de la joven, pero de mayor tamaño. Eran huellas de hombres. Además, vio las pisadas de un hombre descalzo. Iskandar estaba intrigado. No había la menor duda de que

alguien había dado muerte al tigre de una cuchillada; y aquello era imposible, pues nadie, por osado que fuera, sería capaz de acercarse a aquellas terribles garras y fauces y quedar con vida.

Continuaron avanzando, y poco después del mediodía llegaron a las inmediaciones de la cueva.

—¡Allí vienen! —gritó Lucas.

—Solo hay cuatro hombres —dijo Iskandar—. Acaben con ellos, pero no le hagan daño a la mujer.

Los nueve aborígenes avanzaron confiadamente con los tris en la mano.

Tarzán los dejó que se acercaran y cuando estaban como a unos treinta metros de la cueva, le dio una orden a Corrie.

—¡Alto! —les gritó la muchacha en el dialecto aborigen—. No den un paso más.

Cada uno de los cinco había colocado la flecha en el arco. En su mano izquierda llevaban flechas adicionales. Iskandar soltó una carcajada y dio a sus hombres la orden de atacar.

—¡Disparen! —dijo Tarzán al mismo tiempo que soltaba una flecha, que atravesó la pierna del cabecilla, haciéndolo perder el equilibrio. Otros cuatro aborígenes quedaron heridos por la primera lluvia de flechas. Dos de los restantes se detuvieron, pero otros dos siguieron avanzando, gritando como demonios. Tarzán les atravesó el corazón de dos certeros flechazos. Se habían acercado demasiado para perdonarles la vida, como lo había hecho con Iskandar; tan cerca, que uno de ellos cayó casi a los pies de Tarzán.

Él se volvió hacia Corrie y le explicó:

—Diles que si tiran sus armas y alzan las manos no los mataremos.

Después que la muchacha hubo transmitido las instrucciones, los aborígenes cambiaron varias palabras en voz baja y rehusaron rendirse.

—Pongan flechas en los arcos y avancen lentamente —dijo Tarzán a sus compañeros—. Al primer movimiento sospechoso que hagan esos aborígenes, disparen a matar.

—Tú quédate aquí, Corrie —le dijo Jerry—. Puede haber pelea.

La muchacha sonrió, pero no hizo caso de la orden. Jerry, al ver que nada haría cambiar de opinión a la joven, se puso delante de ella cuando comenzaron a avanzar. Tarzán había colocado en su

arco una larga y pesada flecha. La apuntó al corazón de Iskandar y susurró algo a Corrie.

—Él contará hasta diez —explicó la joven al jefe de los aborígenes—. Si para entonces no han tirado sus armas y se han rendido, él te matará y nosotros haremos lo mismo con todos los tuyos.

Tarzán comenzó a contar y Corrie a traducir. Al llegar a cinco, Iskandar se rindió. Había visto los ojos grises del gigante que estaba parado junto a él, y sintió miedo. Los demás siguieron el ejemplo de su jefe.

—Rosetti —dijo Tarzán—, recoge sus armas y recobra nuestras flechas. Nosotros los mantendremos bien cubiertos.

Rosetti reunió primero las armas y después arrancó las flechas de los cuerpos de los cinco aborígenes que solo habían sido heridos. Con los muertos fue un poco más moderado.

—Diles que recojan a sus muertos y se vayan de aquí, Corrie —dijo Tarzán—. Explícales también que si vuelven a molestarnos, los mataremos.

Corrie tradujo, pero agregó algo por cuenta propia:

—Ese hombre que acaba de hablar no es un hombre cualquiera. Armado solo de un cuchillo, saltó encima de un tigre y lo mató. Si ustedes son listos, será mejor que hagan lo que él les ordena.

—Aguarda, Corrie —le dijo Jerry—. Pregúntales si han visto o sabido de algunos aviadores americanos cuyo avión haya sido derribado recientemente por los soldados japoneses.

Corrie tradujo la pregunta y recibió una negativa de Iskandar. El jefe se incorporó y dio órdenes a sus hombres, ninguno de los cuales estaba seriamente herido. Levantaron a sus compañeros muertos y emprendieron la marcha. De pronto, Iskandar se detuvo y dirigiéndose a Tarzán le dijo:

—¿No nos devolverás nuestras armas?

Corrie tradujo las palabras y la respuesta de Tarzán fue negativa, contestación que no hubo necesidad de traducir, pues el jefe comprendió su significado al ver la expresión de aquel gigante que había matado al tigre cuyo cadáver él y sus hombres habían visto en la vereda, lo que los había impresionado e intrigado. Al verle los ojos a aquel hombre semidesnudo, Iskandar pensó: «Tiene los ojos de un tigre».

Iskandar se volvió y se alejó con sus hombres, echando maldiciones.

—Debimos haberlos matado —comentó «Camarón»—. Ellos dirán a los caras de mico dónde estamos.

—Según eso, tendremos que matar a cuanto ser humano encontremos a nuestro paso. Cualquiera puede informar de nosotros a los japoneses.

—A usted no le agrada matar a la gente, ¿verdad?

Tarzán meneó la cabeza en tono negativo.

—¿Ni aun a los japoneses?

—Eso es distinto. Estamos en guerra con ellos, y mientras esta dure, mataré a cuanto japonés encuentre, ya que ese es mi deber, pero ten la seguridad de que no lo haré ni por venganza ni por placer.

—¿Es decir que usted no los odia?

—El que yo los odiara no ayudaría nada. Si todos los millones de gente de los países aliados se dedicaran un año entero, exclusivamente a odiar a los japoneses, no con eso morirían ellos, ni la guerra se acortaría un solo día.

—Si los aliados lo hicieran, enfermarían de úlcera estomacal —comentó riendo Bubonovitch.

—Recuerdo —dijo Tarzán— haber sentido odio y deseos de venganza una sola vez en mi vida: fue hacia Kulunga, hijo de Bonga. Él mató a Kala, mi madre adoptiva. En aquel entonces, aparte de ser yo muy pequeño, Kala era la única persona en el mundo que me quería y a quien yo amaba. Para mí, ella era mi madre verdadera, y matar a Kulunga fue todo un placer.

Mientras hablaban, Corrie preparaba la comida. Jerry le ayudaba, aunque ella no necesitase ayuda. Estaban asando trozos de faisán y de venado en la hoguera situada en la entrada de la cueva. Bubonovitch examinaba las armas que les habían quitado a los aborígenes. Decidió quedarse con un *kris* para su uso personal, y Jerry y «Camarón» siguieron su ejemplo. Jerry le llevó un *parang* a Corrie.

—¿Por qué preguntaste a ese bandido si había visto recientemente aviadores americanos aquí en Sumatra? —preguntó Corrie a Lucas.

—Dos de los hombres de mi tripulación, Douglas, el

radiooperador, y Davis, un artillero, saltaron del avión. Los buscamos, pero no encontramos el menor rastro de ellos. Hallamos el cadáver del teniente Burham, cuyo paracaídas no se abrió, y lo más lógico es suponer que si los de los otros dos tampoco se abrieron, debimos hallar sus cadáveres. Todos saltamos de la nave a intervalos de unos cuantos segundos.

—¿Cuántos eran ustedes?

—Once. Nueve de la tripulación, el coronel Clayton y un fotógrafo. El bombardero enfermó y se quedó en la base. Nadie lo substituyó porque como el vuelo que íbamos a hacer era de reconocimiento y de fotografía, no llevábamos bombas.

—Veamos —dijo Corrie—. Hay cuatro de ustedes aquí. Con el teniente Burham suman cinco y los dos que desaparecieron son siete. ¿Qué les pasó a los otros cuatro?

—Murieron en combate.

—¡Pobres hombres! —dijo Corrie.

—Los muertos no son los que sufren más —comentó Jerry—, sino sus compañeros, amigos y familiares. Quizá estén mejor ya muertos, pues es difícil vivir en este mundo hostil. Sí, aquellos que mueren, son los más dichosos.

La muchacha puso su mano sobre las de Jerry y en tono amable trató de consolarlo.

—No debes torturarte en esa forma. Aún puede haber felicidad en este mundo, felicidad que todos podrán compartir.

—Ellos eran mis amigos —dijo Jerry—, y todos contaban con muy poca edad. Ninguno pudo sacar el provecho debido a la vida y eso no me parece razonable. Tarzán dice que no es bueno odiar, y sé que está en lo cierto, pero yo odio, no al pobre tipo que nos dispara, ni a los que nosotros les disparamos, sino a los que son responsables de que haya guerras.

—Lo sé —dijo Corrie—. Yo también los odio, pero también detesto a los japoneses, lo que muy a menudo me reprocho, porque es algo que no debería hacer. Los odio con toda mi alma por lo que me han hecho y por lo que ellos representan.

Jerry vio cómo los ojos de la muchacha reflejaban un odio intenso, y pensó en lo mucho que debía haber sufrido Corrie para que aquel sentimiento estuviera albergado en el corazón de una persona tan dulce y bondadosa como ella.

—Tú debes cambiar, Corrie —le dijo—, no naciste para odiar.

—Nunca viste morir a tu madre consumida por el agotamiento, ni viste a tu padre atravesado por las bayonetas de esas bestias amarillas. Si después de haber presenciado eso no sintieras odio, no serías un hombre.

—Creo que tienes razón —dijo él, tomándole las manos—. ¡Pobre muchacha!

—No me compadezcas —le contestó ella en un tono casi colérico —. No lloré cuando aquello ocurrió y tampoco lo he hecho desde entonces, pero si sigues teniéndome lástima y compadeciéndome, lo voy a hacer.

Al poco rato, todos se reunieron alrededor de la fogata para disponerse a comer. Unas hojas de gran tamaño les servían de plato y usaban pedazos afilados de bambú como tenedores. Empleaban unas calabazas vacías para beber agua.

Además del venado y del faisán comieron fruta y semillas de durión asadas. En esta tierra, donde todo abunda, vivían bien.

—Compadezco a nuestros compañeros que están en la base —comentó «Camarón»—. Se ven obligados a tener que comer todos los días alimentos enlatados.

—Y a beber un pésimo café —añadió Bubonovitch.

—Aun así —dijo Jerry—, yo cambiaría ahora mismo mi lugar por el de un «cara de perro».

—¿Qué es un «cara de perro»? —preguntó Corrie.

—Así designamos en tono familiar a todos los soldados de reciente ingreso al ejército, a la marina, o al cuerpo aéreo.

—Sí. Dicho en otras palabras, un recluta común y corriente —aclaró «Camarón».

—¡Qué lenguaje tan extraño! —dijo Corrie—. ¡Pensar que yo me jactaba de conocer el idioma inglés!

—Bueno. Es un inglés familiar y nadie tiene la obligación de conocerlo —comentó Tarzán.

—Sí sigues a nuestro lado, Corrie, te aseguro que dentro de muy poco tiempo mejorarás notablemente tu vocabulario —comentó Jerry.

—Yo te aconsejo que no prestes oídos a la conversación del sargento Rosetti, pues su modo de expresarse no es para las damas —dijo Bubonovitch.

—¿Qué tiene de malo mi modo de hablar? —protestó «Camarón».

—Yo creo que es muy simpático el sargento «Camarón» —comentó Corrie.

Rosetti se sonrojó, y al darse cuenta Bubonovitch de ello, le dijo:

—Dale las gracias a la señorita, «Camarón».

Rosetti estaba acostumbrado a tener que soportar toda clase de bromas pesadas y la mayoría de las veces aparentaba enojo, pero nunca había recibido un elogio de ninguna muchacha.

—Lo que pasa es que tienes envidia de mí —le dijo a Bubonovitch—. Dudo que alguien te haya dicho alguna vez que eres guapo.

Con aquella contestación, Rosetti se quedó feliz, pues supuso que su honor había quedado satisfecho.

9

Después de comer, Tarzán cortó dos grandes pedazos de la corteza de un árbol gigantesco. Aquellos trozos, de tres centímetros de espesor, eran fuertes y resistentes. Trazó dos círculos de cuarenta centímetros de diámetro y los recortó. En la circunferencia de cada uno de aquellos discos hizo seis profundas muescas, dejando cinco protuberancias entre ellas.

Jerry y sus compañeros observaban atentamente.

—¿Qué pensará hacer con esos discos? —les preguntó el piloto—. Semejan pies redondos y planos con cinco dedos.

—¡Gracias! —contestó Tarzán—. No creí que yo fuera tan buen tallador. Estos discos son para despistar al enemigo. Estoy segurísimo de que Iskandar regresará aquí acompañado de los japoneses tan rápidamente como pueda. Como creo que los aborígenes son buenos rastreadores de huellas, y además conocen las nuestras, pues ya nos localizaron y conocen nuestras sandalias, tenemos que borrar nuestro rastro.

Tarzán tomó una vara y empezó a trazar un mapa en el suelo. Luego, agregó:

—Nos internaremos en la vegetación en dirección opuesta a la que realmente tomaremos, y dejaremos un rastro para que nos identifiquen inmediatamente. Luego, tomaremos un atajo en medio de la selva, en donde no es fácil que dejemos la huella de nuestro paso, y regresaremos aquí, donde iniciaremos nuestra marcha con rumbo al sitio al que deseamos llegar. Tres de nosotros avanzaremos en fila, y cada uno pisará exactamente sobre las huellas del hombre que le anteceda. Yo llevaré a Corrie en mis brazos, ya que ella no puede dar los pasos tan abiertos como nosotros. Bubonovitch marchará al último y llevará atados estos

discos en sus pies, los cuales le servirán para borrar las huellas de nuestras pisadas. Considero que lo que le espera no es nada fácil, pues le costará trabajo caminar con esos estorbos, pero él es fuerte y podrá desempeñar el encargo. Estos discos son para simular las huellas de un elefante, y los aborígenes no descubrirán el engaño.

—Las patas de un elefante no son de ese tamaño —observó Rosetti.

—No conozco a los elefantes de esta región —admitió Tarzán—, pero la circunferencia de la pata delantera de un paquidermo africano mide la mitad de su pata, hasta el brazuelo. Por lo tanto, el diámetro de los discos indicará que el elefante tiene tres metros de altura. Desafortunadamente, Bubonovitch no pesa tanto como un paquidermo y las huellas que deje no durarán tanto tiempo impresas como yo desearía, pero confío en que los aborígenes no prestarán mucha atención a eso, y que se limitarán a buscar por otras partes las señales de nuestro paso. Pero, en el caso de que las sigan, se quedarán sorprendidos cuando se den cuenta que rastrean a un elefante de dos patas.

«Si hubiéramos estado en África —continuó explicando Tarzán —, el problema hubiera sido más complicado, a causa de que un elefante africano tiene cinco dedos en las patas delanteras y tres en las traseras. Entonces hubiera habido necesidad de hacer otros dos discos, y Jerry hubiera sido el indicado para llevarlos».

—Dicho en otras palabras —comentó «Camarón»—, el capitán hubiera sido las patas traseras del paquidermo. ¿Verdad?

—Para que vean que no soy envidioso, dejaré que Bubonovitch sea el elefante entero —comentó Jerry.

—Sugiero que «Camarón» marche al frente de la columna —dijo Bubonovitch—. Podría montarme en él.

—Será mejor que nos acostemos —dijo Tarzán.

—¿Qué hora es, Jerry?

—Las ocho.

—Tú montarás la primera guardia. A las diez y media Bubonovitch te relevará. A la una, lo relevaré a él y Corrie a mí, a las tres y media. «Camarón» vigilará de tres y media a seis. ¡Hasta mañana y buenas noches!

Al día siguiente, después de tomar un desayuno frugal, el grupo partió. Primero, dejaron el rastro falso. Luego, regresaron al

campamento y emprendieron la marcha en la dirección definitiva. Bubonovitch marchaba a la retaguardia pisando con fuerza sobre las huellas de los que le precedían. Después de un kilómetro, la distancia que Tarzán creyó necesaria para disfrazar su rastro, todos hicieron alto. Bubonovitch era un elefante cansado y se sentó en el suelo para quitarse los discos.

—¡Qué alivio! —exclamó—. Estoy muerto de cansancio. Le regalo estos discos al que quiera jugar al *elephas maximus*, del orden de los proboscidios —y sin decir otra palabra, arrojó los discos.

Tarzán los recogió y se apartó de la vereda para ocultarlos entre la vegetación. Luego, se reunió con los demás y dijo a Bubonovitch:

—Fue una misión pesada, sargento, pero usted era el único capaz de desempeñarla.

—Hubiera podido llevar a Corrie.

—Recuerda que eres casado y que tienes un hijo —le dijo «Camarón».

—Creo que el coronel sacó partido de su rango militar —dijo Jerry.

—¡Oh, no! —contestó Tarzán—. Lo que sucedió fue que no quise exponer a Corrie entre los lobos.

—Eso da fin a la discusión —comentó «Camarón».

Corrie reía. Aquellos americanos, con su extraño sentido humorístico, le eran simpáticos. A ellos no les importaba sobre quién caían sus bromas. El inglés, aunque un poco más reservado, era igual que todos los demás. Jerry le había dicho que era un vizconde, pero su personalidad le atraía a Corrie más que su título.

De repente, Tarzán levantó la cabeza y venteó el aire.

—¡Súbanse a los árboles! —les ordenó.

—¿Se acerca alguien? —preguntó Corrie.

—Sí. Uno de los parientes del sargento, pero de cuatro patas. Viene solo, pero eso no quiere decir que no represente peligro.

Levantó a Corrie por la cintura para que alcanzara una rama. Los demás corrieron y empezaron a subirse a los árboles. Parado en la vereda, Tarzán sonrió al ver con qué pericia trepaban entre las ramas.

—¿Piensa quedarse ahí? —le preguntó Jerry.

—Sí, por un momento. Los elefantes son mis amigos. En el caso de que el animal que se aproxima fuera a atacarme, lo sabría con

anticipación.

—Recuerde que no es un paquidermo africano —observó Jerry.

—Quizá él nunca haya oído hablar de Tarzán —comentó «Camarón».

—El elefante indio es menos feroz que el africano, pero como no me consta, deseo comprobarlo. Voy a hacer un experimento, y si este fracasa, me subiré al árbol. Sabré que me atacará si primero levanta las orejas, arrolla la trompa y barrita. El elefante se acerca. Les suplico que no hablen ni hagan ruido.

Los cuatro se quedaron inmóviles. Corrie temía por la suerte de Tarzán. Jerry pensaba que era absurdo que su amigo corriera riesgos innecesarios. «Camarón» suspiraba por tener una ametralladora en sus manos. Todas sus miradas estaban dirigidas hacia la vereda, en el punto por donde el paquidermo iba a aparecer.

De repente, el enorme animal estuvo ante sus ojos. Tarzán se veía diminuto a su lado. Cuando los pequeños ojos del elefante vieron al hombre semidesnudo, la bestia se detuvo. Empezó a agitar sus grandes orejas y arrolló la trompa. ¡Va a atacar!, fue el pensamiento de todos los que estaban subidos en los árboles.

Los labios de Corrie se movieron casi imperceptiblemente. Suplicaba en silencio que Tarzán trepara a un árbol.

Entonces, Tarzán habló. Le dirigió la palabra al elefante en el idioma que él creía que era común a todos los animales: el lenguaje materno de los grandes simios. Pocos podían hablarlo, pero sabía que la mayoría lo comprendía.

—¡Yo, Tantor, yo! —le dijo.

El paquidermo empezó a dar pasos laterales, pero no barritó. Lentamente, sus orejas cesaron de agitarse y su trompa se desenrolló.

—¡Yud! —ordenó Tarzán.

El enorme animal titubeó por brevísimos instantes y empezó a avanzar calmadamente hacia el hombre. Se detuvo delante de él y con la trompa lo rodeó por la cintura y comenzó a balancearlo.

Corrie se abrazaba de la rama para no caer. Ahora comprendía por qué algunas mujeres, involuntariamente, gritan o se desmayan en los momentos de gran excitación nerviosa.

Tarzán acarició la trompa del animal y, levantándole una oreja,

le susurró:

—Abu tand-nala.

El paquidermo se arrodilló lentamente. Tarzán se apoyó en la trompa al mismo tiempo que le ordenaba:

—Nala bayat.

Tantor se incorporó y levantando a Tarzán, lo sentó sobre su cabeza.

—¡Unk! —volvió a ordenarle Tarzán.

El paquidermo empezó a avanzar y pasó debajo de los árboles donde estaban sentados los otros cuatro integrantes del grupo, quienes del asombro que les había causado lo que acababan de presenciar, contenían la respiración.

«Camarón» fue el primero en romper el silencio:

—¡Eso supera todo lo que he visto! ¡Atiza! ¡Qué tipo!

—Creí que no te agradaban los ingleses —le dijo Bubonovitch en tono burlón.

«Camarón» murmuró unas palabras ininteligibles y se quedó callado.

En ese momento, Tarzán regresó solo y a pie.

—Será mejor que reanudemos la marcha —les dijo, y todos se bajaron de los árboles.

Jerry estaba enojado por lo que creía que había sido un alarde de valentía por parte del inglés y su voz reveló su enojo cuando le preguntó:

—¿Qué objeto tuvo que usted se arriesgara en esa forma, coronel?

—En las selvas pobladas por animales salvajes uno debe conocer muchas cosas si desea sobrevivir —le explicó Tarzán—. Este es un territorio extraño para mí. En mi país, los elefantes son amigos míos y en más de una ocasión me han salvado la vida. Quise conocer a los paquidermos de esta región para saber si les podía imponer mi voluntad, al igual que a los africanos. Es posible que algún día me agradezca que lo hiciera. Las probabilidades son de que nunca volveré a encontrar a ese paquidermo, pero en el caso contrario, él me reconocerá, ya que tanto Tantor como yo tenemos buena memoria para recordar a nuestros amigos y enemigos.

—Lamento haber empleado ese tono, coronel —dijo Jerry—, pero todos nosotros temíamos por su vida, en la forma como usted

la arriesgaba.

—Créanme que no me arriesgué —contestó—, pero ustedes no vayan a querer imitarme.

—¿Qué le hubiera hecho el elefante a cualquiera de nosotros? —le preguntó Bubonovitch.

—Embestirlos, pisotearlos, y una vez que estuvieran destrozados, arrojar sus restos a los cuatro vientos.

El cuerpo de Corrie se estremeció y «Camarón», muy serio, comentó:

—No volveré a darle cacahuates a ningún elefante de circo.

—Los animales que he visto aquí son de mayor tamaño y de aspecto más fiero que los de cualquier parque zoológico —dijo Bubonovitch.

—O los que hay rellenos en los museos —agregó Jerry.

—Disecados —le corrigió Bubonovitch.

Al poco rato, el grupo se internó en un bosque donde había árboles de tamaño gigantesco y a cuyos troncos estaban arrolladas enredaderas y enormes plantas trepadoras que formaban un denso pabellón sobre sus cabezas. La débil luz que alcanzaba a filtrarse por entre las ramas y los ruidos de los animales que permanecían ocultos, deprimían el espíritu de todos, excepto el de Tarzán. Todos avanzaban en silencio, con paso apresurado. Repentinamente, al llegar a una curva del sendero, la luz brillante del sol los cegó. Allí terminaba el bosque y a sus pies se abría un desfiladero.

Abajo se extendía un valle angosto, abierto por la erosión de las aguas que habían socavado el terreno calizo. En el fondo, serpenteaba un río. Aquel era un valle hermoso, cubierto de pastos verdes y numerosos árboles.

Tarzán lo examinó detenidamente. No había el menor rastro de vida humana, pero, en cambio, descubrió varios ciervos. En ese momento, su aguda vista reconoció una mancha obscura, casi imperceptible, bajo la sombra de un árbol. La señaló a los demás.

—Cuídense de él —les previno—, es mucho más peligroso que Tantor y, en algunas ocasiones, peor que un tigre.

—Es un búfalo, ¿verdad? —le dijo Jerry.

—No, es Buto, el rinoceronte. Su vista es muy mala, pero su oído y olfato son extremadamente agudos. Tiene un genio atroz y la mayoría de las veces uno no sabe a qué atenerse, pues puede

alejarse al verlo a uno, o atacar sin la menor provocación. Embiste corriendo con velocidad superior a la de un caballo y si llega a alcanzar a su presa, la mata con su cuerno curvo.

—Creo que hay un pequeño error en la descripción que de ese animal hace —le dijo Corrie—. Los rinocerontes de Sumatra tienen dos cuernos.

—Muy cierto —comentó Tarzán—. Me dejé guiar por lo que conozco de los rinocerontes africanos.

La vereda serpenteaba por la escarpada falda del desfiladero. Su descenso fue penoso y todos se sintieron aliviados cuando llegaron al fondo.

—Quédense aquí —les recomendó Tarzán—, y no hagan ruido. Buto no percibirá su olor desde aquí, y si no se mueven o hablan, tampoco los descubrirá. Daré un rodeo por la izquierda para que aquellos arbustos me oculten de la vista de los ciervos. Si consigo atrapar uno, iré río abajo hasta donde cruza la vereda. Allá nos encontraremos. Si al avanzar ustedes se dan cuenta de que Buto descubre su presencia, ya sea porque los oiga o los olfatee, quédense inmóviles, a menos que él avance hacia ustedes y los ataque; en ese caso, súbanse a un árbol.

Tarzán, agazapado, comenzó a caminar entre la hierba. El viento que soplaba del sitio en que se hallaban los ciervos hacia donde estaba el rinoceronte, no llevaba el olor de los intrusos a ninguno de los animales, mas no sería así cuando Tarzán llegara junto a los ciervos y cuando los demás miembros del grupo avanzaran hacia el río.

Tarzán desapareció de la vista de sus amigos, que se habían quedado al pie del risco. Ellos se preguntaban cómo podría mantenerse sin ser visto por los animales si no había prácticamente nada que lo ocultara. Aun así, todo parecía marchar de acuerdo con el plan. De pronto, hubo una alarma general; vieron a uno de los ciervos levantar repentinamente la cabeza y volver la vista hacia atrás. Luego, tanto él como los demás animales del rebaño emprendieron la huida, en dirección hacia donde ellos estaban.

Vieron a Tarzán incorporarse y saltar sobre un cervatillo. Su cuchillo brilló con los rayos del sol y los dos cayeron, desapareciendo entre la hierba. Los cuatro miembros del grupo estaban alelados viendo aquel drama primitivo; el de un cazador

acechando a su presa y cayendo sobre ella para matarla. Escena que apenas podían concebir que ocurriera en pleno
siglo XX
.

—Avancemos —dijo por fin Jerry.

—¡Cuidado! —exclamó «Camarón» al mismo tiempo que señalaba a Buto, que se había incorporado y miraba fijamente hacia ellos con sus diminutos ojos. Levantó las orejas y empezó a ventear con la nariz en alto.

—No se muevan —susurró Jerry.

—No hay árboles cerca —dijo «Camarón» en voz baja.

Tenía razón, pues no había ningún árbol donde poder refugiarse.

—¡Quietos! —Volvió a prevenirlos Jerry—. Solo atacará si llega a ver el menor movimiento.

—¡Allí viene! —dijo Bubonovitch.

El rinoceronte caminaba hacia ellos. Se veía más intrigado que enojado. Su escasa vista quizá había descubierto algo extraño en el paisaje. Algo que no podía oír ni olfatear. Era la curiosidad lo que le impulsaba a investigar.

Los tres hombres, de común acuerdo, se interpusieron entre Corrie y la bestia que se acercaba. Fueron momentos de angustia intensa. Si Buto atacaba, alguien quedaría herido, probablemente muerto. Todos observaron atentamente al animal y lo vieron levantar su pequeña cola, bajar la cabeza y acelerar el paso. El rinoceronte los había descubierto y avanzaba directamente hacia ellos. De pronto, empezó a galopar.

—¡Nos ataca! —exclamó Jerry.

En ese mismo instante, «Camarón» se apartó del grupo y corrió diagonalmente, para cruzarse en el camino de la bestia. Esta lo vio y se desvió para perseguirlo. «Camarón» corrió como nunca lo había hecho, pero su velocidad era muy inferior a la del rinoceronte.

Todos se quedaron paralizados por la sorpresa y sin saber qué hacer. En eso, vieron a Tarzán. Corría hacia el hombre y la bestia, tratando de salirles al paso. Todos se preguntaban qué podría hacer Tarzán. Nada parecía posible contra aquel animal salvaje que pesaba varios cientos de kilos.

La bestia estaba casi a punto de alcanzar a «Camarón», y Tarzán se encontraba a muy pocos metros de distancia. De pronto,

«Camarón» tropezó y cayó al suelo. Corrie se cubrió los ojos con las manos. Jerry y Bubonovitch, haciendo un esfuerzo, salieron de su estado de estupor y empezaron a correr hacia el lugar de los hechos.

Corrie, aun en contra de su voluntad, retiró las manos de su rostro. Vio la cabeza del rinoceronte que se agachaba para embestir al hombre caído, que estaba prácticamente debajo de sus patas.

Tarzán saltó dando un giro en el aire y cayó en el lomo del animal. Aquello fue suficiente para distraer la atención de la fiera que estaba concentrada en «Camarón». Dio un salto brusco para librarse del hombre que le había caído encima.

Tarzán se sujetó firmemente, soportó las sacudidas violentas del rinoceronte, hundió su cuchillo en la gruesa piel, abajo de la cabeza, y le cortó la espina vertebral. Paralizado, Buto cayó al suelo. Un momento después, estaba muerto.

Al poco rato, todos los del grupo rodeaban el cadáver. A la mayoría, aún les temblaba el cuerpo. Tarzán se volvió hacia «Camarón» y expresó:

—Ese fue el acto más temerario que yo he presenciado, sargento.

—No en balde ha recibido «Camarón» varias condecoraciones — comentó Bubonovitch.

10

Ahora contaban con una buena provisión de carne. Un ciervo y un rinoceronte eran más que suficientes para cinco seres humanos. Tarzán había cortado las mejores partes del ciervo y la joroba de Buto. A la orilla del río prendió una fogata sobre un hoyo que él mismo había cavado. En otra hoguera, los demás asaban los pedazos del ciervo.

—¿Piensa usted comerse eso? —le preguntó «Camarón» a Tarzán, señalando hacia el enorme pedazo de carne que aún tenía piel.

—Dentro de un par de horas tú también lo comerás —contestó el hombre-mono—, y te aseguro que te gustará.

Cuando las brasas de carbón estuvieron al rojo vivo, Tarzán las extendió en el fondo del hoyo y arrojó la joroba al agujero con la piel encima de las brasas. Luego, la cubrió con hojas y la tapó con la tierra que había sacado.

Se acercó al grupo, tomó un pedazo de carne de ciervo y se apartó para ir a sentarse en cuclillas y empezar a rasgar con sus colmillos la carne semicruda. Los demás, ya acostumbrados a los modales de Tarzán, no le prestaron atención. Todos habían probado la carne cruda, y les gustaba, pero la preferían asada: quemada por fuera y semicruda por dentro, y en la mayoría de las veces, casi cubierta de tierra. Hacía tiempo que habían dejado de ser exigentes en esa materia.

—¿En qué pensabas, «Camarón», cuando ibas corriendo delante del *Rhinoceros dicerorhinus sumatrensis*? —le preguntó Bubonovitch —. ¡Qué modo de correr el tuyo! ¡Apuesto a que corriste cien metros en menos de ocho segundos!

—Te diré en lo que pensaba: empecé a rezar el Ave María, pero

al darme cuenta de que el rinoceronte resoplaba en la parte trasera de mis pantalones, empecé a dudar de si podría terminar la oración, y en eso, tropecé. Tal vez la Virgen María me escuchó y me salvó.

—Creí que había sido el hombre-mono —comentó Bubonovitch.

—¡Por supuesto que fue él! Pero ¿quién crees que lo acercó adonde yo estaba, tonto?

—Yo creo que ante un rinoceronte, cualquier ateo se vuelve creyente —dijo Jerry.

—Yo también recé —comentó Corrie—. Le pedí a Dios que nada te pasara, ya que estabas arriesgando tu vida para salvar la nuestra. Eres un hombre muy valiente, pues sabías que no tenías la menor posibilidad de salvarte.

—Te equivocas —comentó «Camarón»—, lo que pasa es que mi cerebro no funciona muy bien. Si yo estuviera cuerdo, hubiera corrido en la dirección opuesta para huir del rinoceronte. El coronel Clayton es al que debes dar el título de valiente, ya que se necesita serlo de veras para atacar a uno de esos animales con un simple cuchillo.

Para cambiar de tema, «Camarón» señaló la carne que se asaba y comentó:

—¡Pensar que aquí abunda la carne, mientras todos nuestros conciudadanos deben entregar cupones para conseguir una mísera ración!

—Los armenios lo están pasando peor todavía —dijo Bubonovitch.

—Por lo que a mí respecta, todos ellos pueden morirse de hambre —le respondió «Camarón», y, sin decir media palabra más, tomó otro pedazo de carne y se dispuso a saborearlo.

Jerry había estado observando a Corrie de reojo. Vio cómo rasgaba la carne con sus finos y delgados colmillos. Recordaba lo que ella le había dicho acerca del odio que sentía por los caras de mico: «Los odio con toda mi alma por lo que me han hecho y por lo que ellos representan». «¿Qué clase de mujer», pensaba Jerry, «será Corrie después que la guerra termine? ¿Cambiará de modo de ser por todo lo que ha sufrido?».

Vio a Tarzán comer la carne cruda. Observó a los demás, cuyas manos y rostros estaban salpicados de la grasa del ciervo que comían y sucias por el tizne del carbón de la hoguera.

—Me pregunto cómo cambiará este mundo cuando la paz reine —dijo—. ¿Qué tipo de personas seremos? La mayoría de nosotros somos jóvenes y durante toda nuestra vida tendremos presente la guerra: asesinato, odio y sangre. Me intriga saber si podremos adaptarnos nuevamente a la vida civilizada.

—A propósito de eso —dijo Bubonovitch—, si vuelvo a sentarme detrás de un escritorio, les juro que no habrá poder humano que me quite de allí.

—Eso es lo que piensas ahora, «Vago», y espero que estés en lo cierto. Por mi parte, ignoro qué haré. Aunque a veces me repugna volar, por nada cambiaría mi profesión, que me parece emocionante y me sirve de estímulo. Si eso es en verdad lo que busco, entonces luchar y matar es lo que me gusta. Espero que no sea así, ya que será un mundo infame si todos mis compañeros piensan como yo. Tomen a Corrie de ejemplo: ella ha aprendido a odiar, aunque nunca fue educada para ello. Eso es lo que la guerra y los japoneses le han hecho. Me pregunto si el odio hace cambiar el alma y si esta, al cesar de odiar, recobra la forma que tenía; si, como un cáncer incipiente, roe las raíces de la personalidad sin que uno esté enterado de ser un enfermo canceroso.

—Yo opino que no deben preocuparse —dijo Tarzán—. El hombre se adapta rápidamente a las condiciones que se le presentan. Los jóvenes en especial, reaccionan bien ante los cambios de ambiente y de circunstancias. Ustedes volverán a ocupar el lugar que les pertenece cuando impere la paz. Solo los débiles y los malos quedarán marcados para siempre.

—Con las técnicas modernas de matar que hemos aprendido —comentó «Camarón»—, no dudo que cuando la guerra termine habrá muchos tipos que matarán por placer, y una gran ola de crímenes se desatará en todas las ciudades, sin que la policía o el ejército pueda hacer algo para suprimirla. Brotarán bandas de asesinos por todas partes y ningún habitante pacífico estará a salvo de sus fechorías. Lo digo por experiencia, pues no en balde nací y me críe en Chicago, donde ya imperaban los «gangsters».

—Opino que nadie volverá a ser lo que fue —aseveró Corrie—, después de haber sufrido los horrores de la guerra. Esta nos hizo madurar prematuramente, y eso significa que hemos perdido la mejor parte de nuestra juventud. Jerry me dijo el otro día que tiene

veintitrés años de edad, yo había supuesto que tenía más de treinta. Él ha perdido diez años de su vida. ¿Podrá ser el mismo hombre que hubiese sido de haber vivido esos diez años en paz y seguridad? No, creo que será un hombre mejor.

«Yo tengo la convicción de que seré una mujer mejor porque sé odiar, aunque Jerry y Tarzán se oponen a ese sentimiento. No me refiero al odio ciego, sino al que exalta el ánimo y produce compensaciones, como la lealtad al propio país, a los compañeros, a las amistades sinceras, que han sido creadas por un santo odio al enemigo común».

Durante un largo rato nadie habló. Todos parecían estar considerando aquella apología del odio. Fue Jerry quien rompió el silencio.

—Ese es un nuevo ángulo —dijo—. Yo nunca había pensado acerca del odio desde ese punto de vista. De hecho, no hay soldado que odie. Más bien, creo que el odio es una prerrogativa de los que no luchan.

—¡Bah! —comentó Corrie—. Esa es una pose heroica de parte de los soldados. Cuando una atrocidad japonesa los atañe, estoy segura de que se despierta en todos el odio. Cuando torturan a uno de sus compañeros o cuando se enteran de que los prisioneros aliados han sido decapitados. Eso ha ocurrido aquí, y les garantizo que los soldados holandeses han aprendido entonces a odiar, si es que no odiaban anteriormente, y es más —agregó Corrie con amargura—, yo no me considero uno de los que no luchan.

—Perdóname —le dijo Jerry sonriendo—. No creí que mis palabras fueran a herirte, ya que no las dirigí directamente a ti. Tú perteneces a nuestro grupo y todos nosotros somos soldados.

Corrie, reconciliada, le devolvió la sonrisa. Ella podía albergar hondamente el odio en su corazón, pero en aquel momento, no era el sentimiento del odio el que brillaba en sus ojos.

«Camarón» interrumpió la discusión al exclamar:

—¡Atiza! ¡Qué aroma tan exquisito se percibe! Todos volvieron la cabeza hacia donde estaba Tarzán, quien en aquel momento sacaba del improvisado horno el gigantesco trozo de carne ya asada.

—Ven, acércate a probarla —le gritó a «Camarón». Para su sorpresa, la joroba del rinoceronte era jugosa, tierna, y tenía un sabor delicioso. Mientras todos estaban comiendo, un par de ojos

los observaba detrás de unos arbustos que crecían a la orilla del risco al otro lado del río. Aquel ser que los observaba permaneció allí durante varios minutos y luego se internó en la espesura.

Esa noche, los perros salvajes se pelearon por los restos de los animales que Tarzán había matado. Ya casi al amanecer, un tigre se presentó y les hizo abandonar el banquete y quedarse aullando en las cercanías, mientras la fiera terminaba de comer.

Las guerras crean muchas palabras nuevas y la segunda guerra mundial no fue una excepción. Probablemente, el vocablo más notable que surgió durante ella fue «quintacolumnista». Las guerras también pueden alterar las palabras. La palabra «colaborador», antiguamente tenía un sentido inofensivo, pero es difícil que sobreviva a la guerra con su significado original. A nadie le agradará ser llamado un «colaborador».

Hay «colaboradores» en todos los países donde un enemigo ha sentado sus reales. Los hay en Sumatra, y uno de ellos era Amat. Era este un ser miserable que hacía reverencias a todos los soldados japoneses y buscaba a toda costa obtener favores de ellos. Era un chacal humano que se alimentaba con los desperdicios de los arrogantes invasores, quienes lo golpeaban y pisoteaban.

Así, cuando vio a los cinco blancos acampados en el pequeño valle, en la orilla del río, se relamió con anticipación del banquete que le esperaba y se apresuró a recorrer de regreso el camino que conducía a la aldea en donde un destacamento de soldados japoneses estaba temporalmente acantonado.

Tenía dos motivos para apresurarse. Uno de ellos es que estaba ansioso de comunicar al enemigo lo que había descubierto. El otro era el miedo. Se le había hecho tarde y bien sabía que la obscuridad reinaría antes que él llegara a la aldea. A esa hora, su majestad el tigre suele recorrer el bosque.

Aún le faltaban dos kilómetros para llegar a su destino cuando el corto atardecer ecuatorial llegó a su fin. Y los temores de Amat se hicieron realidad: el temible rostro de su alteza el tigre apareció ante él. Los grandes ojos, de mirada penetrante, las fauces abiertas estaban allí, a unos cuantos metros, en medio de la vereda. Si no hay unos barrotes que separen al espectador de la fiera, la cercana presencia de esta es un espectáculo tan aterrador que deja paralizado al más valiente de los humanos.

El tigre no le ocultó a Amat por mucho tiempo cuáles eran sus intenciones. Atacó. Amat dio un grito y brincó a un árbol. Sin cesar de gritar, empezó a ascenderlo. El tigre saltó y, desafortunadamente, no atrapó al fugitivo. Amat siguió subiendo más y más alto, sudoroso y jadeante. Se sujetó de una rama, aún tembloroso, y allí permaneció hasta el día siguiente.

11

—¡Cáspita! ¡Qué país! —gruñó «Camarón» mientras el grupo avanzaba por la empinada pendiente por donde se salía del valle, y a continuación agregó—: No acaba uno de arrastrarse para entrar en un agujero, cuando tiene que arrastrarse para salir de otro. Dios debió estar haciendo pruebas cuando construyó este territorio.

—Y cuando terminó de hacerlas —le contestó Bubonovitch—, tal vez hizo Chicago.

—Esa es la pura verdad —asintió «Camarón»—. Por supuesto que lo construyó, y cuando Él estaba viendo hacia otro lado, alguien hizo Brooklyn. ¡Cómo me gustaría estar en este momento en mi querida ciudad! El promontorio más elevado es el puente de Madison Street.

—Observa el paisaje y no me dirás que no es hermoso en su totalidad.

—Mis ojos saben apreciarlo, mas no mis pies. Ellos están entrenados para volar y no para que los sometan a marchas forzadas.

Todas las cosas tienen un fin, y al cabo de un rato, el grupo llegó a la cima. Tarzán examinó el sendero, y comentó:

—Aquí estuvo recientemente un aborigen. Calculo que pasó por aquí ayer en la tarde y lo más seguro es que nos haya visto. Se quedó parado en este sitio durante varios minutos y desde aquí se alcanza a ver el lugar donde estábamos acampados.

Mientras el pequeño grupo reanudaba la marcha, Amat se dirigía a toda prisa a la aldea. Aún estaba presente en su cerebro el terror que había sentido durante la noche. Iba tan excitado por la información que poseía, que se olvidó de hacerle una reverencia a un soldado japonés, descuido que le costó varios golpes y la

amenaza de ser atravesado por una bayoneta. Cuando por fin estuvo delante del teniente Kumajiro Tada, no olvidó inclinarse profundamente.

Excitado, le relató lo que había visto. Tada, que no comprendía una sola palabra del dialecto nativo, y que aquella mañana se sentía un ser superior, le dio un puntapié en la ingle a Amat, quien cayó al suelo revolcándose del dolor y dando gritos. Tada desenvainó su espada. Hacía tiempo que no la usaba, y aquel día se sentía dispuesto a decapitar a alguien antes de tomar el desayuno.

Un sargento que había escuchado el relato de Amat y que entendía el dialecto, saludó e hizo una reverencia. Con una voz siseante, le informó al honorable teniente que Amat había visto un grupo de hombres blancos y que por eso el aborigen había ido a dar parte. Malhumorado, Tada envainó la espada y escuchó la traducción que hizo el sargento del interrogatorio al que sometió a Amat.

Como a unos dos kilómetros del sitio por donde habían entrado en el bosque, Tarzán se detuvo y examinó cuidadosamente el terreno.

—Aquí —dijo—, nuestro amigo el aborigen fue atacado por un tigre. Se quedó en lo alto del árbol toda la noche y bajó hace poco rato, probablemente cuando empezó a amanecer. Ustedes mismos podrán ver las huellas del tigre sobre el tronco y, allá adelante, el aborigen saltó esta mañana para reanudar su camino.

El grupo siguió avanzando, y, minutos más tarde, llegó a una bifurcación del camino. Nuevamente Tarzán hizo alto. Les mostró el rumbo que había seguido el aborigen y, en la otra vereda, las huellas de varios hombres que habían pasado por allí, días antes.

—Estas huellas de pisadas no son de los indígenas —dijo—, ni tampoco creo que hayan sido dejadas por los japoneses. Más bien corresponden a unos hombres robustos, de estatura elevada. Sugiero que ustedes continúen por el camino que tomó el aborigen, mientras yo voy a investigar en aquella dirección. Sospecho que se trata de unos guerrilleros, y si los encontramos, podrán ayudarnos. No avancen muy de prisa para que yo pueda darles alcance.

—Si acaso llegamos a encontrar una aldea —dijo Jerry—, nos ocultaremos entre la maleza hasta que usted se reúna con nosotros para que todos juntos la rodeemos.

Tarzán asintió, y sin decir una sola palabra, subió a un árbol, y, columpiándose de los bejucos, se alejó sobre la bifurcación izquierda de la vereda. Todos lo observaron en silencio hasta que se perdió de vista.

—A ese tipo le gusta viajar por el camino más difícil —comentó «Camarón».

—No parece difícil cuando uno es un simple espectador —dijo Bubonovitch—, pero lo es cuando uno quiere imitarlo.

—Es un medio ideal de viajar, dadas las circunstancias —les explicó Jerry—, pues no deja rastro y le da todas las ventajas sobre el enemigo con que se llegue a encontrar.

—¡Con qué agilidad y gracia de movimientos avanza Tarzán! —dijo Corrie lanzando un suspiro—. Si nosotros pudiésemos imitarlo, estaríamos a salvo.

—Será mejor que me ponga a practicar —comentó «Camarón»—. Así, cuando yo regrese a Chicago, podré columpiarme de los árboles del parque Garfield los días domingo, que es el día en que mucha gente se reúne allí.

—Pero te arrestarán —dijo Bubonovitch.

—¡Por supuesto! Pero mi fotografía saldrá en la primera página de los diarios. Quizá hasta me ofrezcan un contrato para trabajar en Hollywood.

—¿Has estado fumando opio últimamente, «Camarón»? —le preguntó Bubonovitch.

—¿Yo? Nunca lo he fumado. Lo que sucede es que tú me has contagiado tus ideas.

El grupo avanzaba pausadamente por la vereda que conducía a la aldea de Amat. Bubonovitch iba adelante y Rosetti lo seguía. Jerry y Corrie cerraban la marcha, varios metros atrás. La joven se detuvo para atarse una de las cintas de la sandalia y Jerry la esperó. Los demás se perdieron de vista en un recodo del sinuoso camino.

—¿No te sientes un poco inseguro porque Tarzán no nos acompaña? —le preguntó Corrie, al mismo tiempo que se incorporaba.

De pronto, al darse cuenta de lo que acababa de decir, agregó:

—No es que yo no tenga confianza en ti, en Bubonovitch y en Rosetti, pero…

—No tienes de qué disculparte —le dijo sonriendo Jerry—. Yo

me siento igual que tú. Todos estamos fuera de nuestro medio, excepto Tarzán. Él se encuentra aquí como en su propia casa. No sé qué hubiéramos hecho sin nuestro buen amigo.

—Hubiéramos estado tan indefensos como unos niños y…

—¡Escucha! —exclamó interrumpiéndola, Jerry.

Se oyeron varias voces extrañas y unos gritos del todo incomprensibles.

—¡Son japoneses! —Y sin decir una palabra más emprendió la carrera hacia el lugar de donde provenía la algarabía. De pronto, se detuvo y regresó. La decisión que tenía que tomar era cruel en una forma o en otra: abandonar a sus dos sargentos o a la muchacha, pero estaba acostumbrado a tomar rápidamente sus decisiones. Tomó a Corrie del brazo y, tirando de ella, se internó entre los matorrales que crecían a los lados del sendero. Avanzó abriéndose paso entre la vegetación hasta que las voces se perdieron en la distancia. Cuando volvieron a escucharlas, comprendieron que los japoneses examinaban el terreno en la dirección que ellos habían tomado, y se tiraron al suelo para esconderse en medio de las plantas ecuatoriales. Cualquiera que los buscara y pasara a medio metro de donde estaban ocultos, no los hubiera encontrado.

Una docena de soldados sorprendieron y capturaron a Bubonovitch y a Rosetti, quienes ni siquiera pudieron ofrecer resistencia. Los japoneses los golpeaban y los amenazaban con las bayonetas, cuando el teniente Tada les ordenó que los dejaran en paz. Tada hablaba inglés, pues había trabajado en un hotel en Eugene para costearse sus estudios en la Universidad de Oregon. En cuanto vio a los prisioneros se dio cuenta de que eran americanos. Los interrogó y obtuvo sus nombres, rango y números de serie.

—¿Son ustedes de la tripulación del bombardero derribado? —les preguntó Tada.

—Ya le proporcionamos toda la información que nos está permitido dar.

Tada llamó a uno de sus soldados y le dio una orden. El hombre avanzó y colocó la punta de la bayoneta en el abdomen de Bubonovitch.

—¿Contestarás ahora lo que te pregunté? —inquirió Tada.

—Usted conoce los reglamentos que indican cómo se debe tratar a los prisioneros de guerra, y aunque dudo que los respetará, rehúso

contestar cualquier pregunta que me haga —contestó Bubonovitch, en tono rudo.

—¡Eres un tonto! —exclamó Tada, y volviéndose hacia Rosetti, le preguntó:

—¿Y tú? ¿Contestarás?

—¡No! —respondió Rosetti.

—Había cinco en su grupo. Cuatro hombres y una mujer. ¿En dónde están los otros tres? ¿Dónde está la muchacha? —insistió el japonés.

—Creo que usted no sabe contar. Mi compañero y yo no somos cinco y, además, ni él ni yo tenemos aspecto de mujer. Alguien le ha tomado el pelo, Tojo.

—¡Ajá! ¡Te crees muy gracioso! ¿No? Les voy a dar de plazo hasta mañana temprano para que lo piensen. Si para entonces no contestan a mis preguntas, los decapitaré con esto.

Al decir esto último, el teniente se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Qué equivocado está ese cara de mico si cree que me doblegará! —le susurró en voz baja «Camarón» a Bubonovitch.

—Cuando llegue el momento, ya veremos si no se doblegan —dijo Tada.

—¡Atiza! —exclamó Rosetti—. No creí que ese soldaducho tuviera tan buen oído.

Tada envió a dos de sus hombres para que buscaran a los otros miembros del grupo y, con el resto de sus soldados, regresó a la aldea de Amat con los dos hombres que acababa de capturar.

Jerry y Corrie habían escuchado toda la conversación y oyeron a los japoneses alejarse en la dirección por donde habían venido, pero ignoraban que dos soldados estaban buscándolos en ese mismo momento. Al creer que el peligro había pasado y que estaban a salvo, salieron de su escondite y empezaron a caminar por la vereda.

***

Tarzán, columpiándose asido a los bejucos que colgaban de los árboles, había avanzado unos dos kilómetros cuando su atención se concentró en una algarabía que provenía de un lugar cercano. Oyó

los chillidos y gruñidos, familiares a él, que hacían los grandes simios y dedujo que atacaban a un enemigo o que eran atacados por este. Como los sonidos provenían de la misma dirección que él llevaba, continuó su avance.

Al poco rato, descubrió a cuatro orangutanes adultos que se columpiaban excitadamente en las ramas de un árbol. Se balanceaban de un lado a otro, chillando y gritando. De pronto, Tarzán vio lo que había asustado a los simios: un pitón estaba enroscado en el cuerpo de un orangután joven.

De un vistazo, Tarzán se hizo cargo de la situación: el pitón aún no empezaba a constreñir a su víctima. Solo la mantenía sujeta para evitar que fuera a escapar, mientras el reptil ahuyentaba a los demás simios. Los chillidos del orangután eran prueba absoluta de que todavía estaba con vida.

Tarzán lanzó al aire su grito de combate en señal de reto a su antigua enemiga, Histah, la serpiente, y en señal de apoyo a sus amigos, los mangani, los simios.

Sin ponerse a pensar si los orangutanes lo reconocerían como amigo, o lo atacarían por creerlo su enemigo, Tarzán impulsó el bejuco con toda su fuerza hacia el árbol donde se efectuaba la lucha y se abrazó de una rama situada exactamente arriba de donde se encontraban el pitón y su víctima.

Tan atentos estaban los actores de aquel primitivo drama, que ninguno se dio cuenta de la maniobra que había hecho Tarzán, ni descubrieron su presencia hasta que él habló, preguntándose si, al igual que Tantor, los simios le entenderían.

—¡Kreegah! —gritó—. ¡Tarzán bundolo Histah!

Los orangutanes se quedaron paralizados de asombro al oír aquellas palabras proferidas por un hombre semidesnudo, y en cuya mano blandía una hoja de acero que brillaba al recibir los rayos del sol.

—¡Bundolo! ¡Bundolo! —gritaron todos al unísono—. *¡Mátalo! ¡Mátalo!*

Y Tarzán comprendió que lucharían a su lado. Se dejó caer sobre el pitón y su víctima, y sus dedos de acero sujetaron la cabeza de la serpiente al mismo tiempo que, con una pierna, rodeaba la cintura del simio. La afilada hoja se hundió en el cuerpo del reptil cerca de la cabeza. La serpiente, herida de muerte, se convulsionó, soltó su

presa e intentó enroscarse alrededor del cuerpo del que la había herido, pero al tratar de hacerlo, su cola soltó la rama de donde se sujetaba y cayó al vacío, arrastrando consigo a Tarzán. Su caída fue amortiguada por las ramas y eso evitó que el hombre-mono resultara lastimado. La serpiente, aunque herida de muerte, seguía revolviéndose y a Tarzán le era imposible darle otra cuchillada que acabara con el reptil, que en ese estado, era un enemigo más que formidable. Si Histah lograba enroscarse alrededor de Tarzán, este moriría irremisiblemente.

Los orangutanes se dejaron caer al suelo y rodearon a los combatientes, que sostenían una batalla a muerte. Chillando y gruñendo, los cuatro simios se arrojaron sobre el reptil y lo sujetaron fuertemente, arrancándolo de los brazos de Tarzán, quien en ese instante logró darle una cuchillada más.

Al rodar por los suelos la cabeza del pitón, los simios soltaron rápidamente al animal muerto y se apartaron, al igual que Tarzán, pues todos sabían que los estertores de ese cuerpo eran ahora más peligrosos que antes de que la cabeza se separara del espinazo.

Tarzán se volvió y, viendo de frente a los orangutanes, puso un pie sobre la cabeza del reptil y con el rostro echado hacia atrás, lanzó a los cuatro vientos su grito de victoria, grito que por ser tan extraño en aquella región, hizo enmudecer a todos los animales de los alrededores.

Los orangutanes se quedaron viendo al hombre semidesnudo. Toda su vida, los de su especie habían sido sus enemigos. ¿Podían considerarlo como amigo?

—¡Tarzán! —exclamó dándose golpes en el pecho.

Los animales ya no dudaron. «Tarzán», en el idioma de los grandes simios, significaba «piel blanca».

—¡Tarzán yo! ¿Mangani yo? —dijo el hombre.

—¡Mangani yo! —contestó el orangután más viejo y más grande —. *Los grandes simios son tus amigos*.

Se escuchó un ruido en los árboles, como el que produce la llegada del viento: un violento movimiento de las hojas y de las ramas. Los simios y el hombre volvieron la cabeza hacia el lugar del cual provenía el ruido. Todos ellos sabían qué lo había producido, pero Tarzán ignoraba lo que podría esperar de aquello.

Instantes después, vio aparecer diez o doce enormes cuerpos

negros columpiándose asidos a los bejucos y avanzando hacia ellos. Los simios recién llegados se descolgaron y bajaron al suelo. Habían oído el grito de Tarzán y acudían a investigar. Aquel grito bien podía haber sido lanzado por un enemigo después de vencer a uno de los de su tribu, o bien, en señal de reto.

Se quedaron viendo a Tarzán con desconfianza, algunos con los colmillos al descubierto. Era un hombre, y por lo tanto, su enemigo natural. Dirigieron su mirada de Tarzán a Uglo, el simio más viejo y corpulento de la tribu.

—¡Tarzán yo! —dijo señalando al hombre.

Luego, con el sencillo lenguaje de los simios, complementado con ademanes, les relató lo que Tarzán había hecho. Los recién llegados asintieron dando a entender que aceptaban al hombre blanco como amigo.

Pero Oju, el más corpulento de los simios jóvenes, se mostró en desacuerdo y enseñó amenazadoramente los colmillos.

—¡Oju bundolo! —gruñó—. *¡Oju matar!*

Vanda, la madre del orangután que había sido rescatado del pitón, se acercó a Tarzán y comenzó a acariciar su torso con su rugosa y peluda mano. Luego, se interpuso entre Tarzán y Oju, pero este la hizo a un lado suavemente.

Oju había lanzado un reto que Tarzán no podía pasar por alto, ya que de hacerlo, disminuiría el respeto que acababa de imponer entre la tribu. Sin pensarlo más, aunque no quería pelear, desenvainó el cuchillo y avanzó hacia Oju, que rugía con todas sus fuerzas.

Con una altura de casi dos metros y un peso aproximado de ciento cincuenta kilos, Oju era, en realidad, un temible oponente. Sus largos brazos, increíbles músculos, agudos colmillos y potentes mandíbulas eran armas tan terribles que a su lado el poderoso Tarzán parecía diminuto y débil.

Oju dio un paso hacia adelante, apoyando sus nudillos en el suelo. Uglo avanzó para interponerse entre los que estaban a punto de iniciar el combate, pero se detuvo. Uglo era el rey, pero debido a su edad, le temía a Oju. Sabía que este pronto le disputaría el trono, y de intervenir ahora lo único que conseguiría sería apresurar el momento de su destronamiento. Él se quedó inmóvil, pero Vanda protestó, e igual cosa hicieron los demás simios que habían

presenciado el salvamento del pequeño *balu* de Vanda.

Oju no se dejaba disuadir. Avanzó con paso firme y confiado hacia el debilucho que tenía frente a él. Si lograba ponerle una mano encima, la lucha llegaría en seguida a su fin. Extendió los brazos hacia adelante, y ese fue el peor error que pudo cometer.

Tarzán se dio cuenta de la lentitud de los movimientos de su rival y alteró por completo el plan que se había trazado para defenderse. Se puso el cuchillo entre los dientes para no tener en las manos nada que le estorbara. Saltó hacia adelante, sujetó con diez poderosos dedos la muñeca del orangután, giró sobre sí mismo, se agachó y arrojó al simio por encima de sus hombros. Lo tiró en esa forma para que cayera de espaldas al suelo.

Asombrado por lo repentino de la acción y lanzando rugidos de furia, Oju hizo esfuerzos por incorporarse, y cuando ya casi lo había logrado, Tarzán saltó y le cayó montado en la espalda. Sin perder un solo instante, el hombre le ciñó la cintura con sus musculosas piernas y con el brazo izquierdo empezó a oprimir el cuello del orangután. Luego, oprimió la punta del cuchillo contra el costado izquierdo, empujándolo hasta que un grito de dolor brotó de la garganta de Oju.

—¡Kagoda! —le ordenó Tarzán.

Con aquella palabra el hombre pedía al simio que se rindiera, y este sabía bien lo que le esperaba si no lo hacía.

Oju echó el brazo hacia atrás para atrapar a su oponente; el cuchillo se hundió más, un poco más profundamente en esta ocasión.

—¡Kagoda! —volvió a ordenarle Tarzán.

Entre más esfuerzos hacía Oju por librarse del enemigo que tenía montado en la espalda, más se hundía el cuchillo. Tarzán pudo haber matado fácilmente al orangután, pero no era esto lo que deseaba, ya que bien sabía que la fuerza de la tribu dependía de los jóvenes, y él por ningún motivo quería eliminar a uno de sus más fuertes integrantes.

Oju cesó dé oponer resistencia. La sangre fluía de la herida en su costado. Tarzán retiró el cuchillo, pero para encajárselo en la nuca, lo suficiente para causarle dolor y hacer brotar unas cuantas gotas de sangre.

—¡Kagoda! —exclamó Oju.

Tarzán lo soltó y se hizo a un lado. Oju, tambaleándose, se llevó una mano a la herida para calmar el dolor. Tarzán sabía que se había ganado un enemigo, pero un enemigo que le tendría miedo. Tampoco ignoraba que había cimentado su prestigio entre los miembros de la tribu y que estos lo respetarían.

Tarzán indicó a Uglo las huellas de pisadas que había en la vereda.

—¿Tarmangani? —le preguntó—. *¿Hombres blancos?*

—Sord Tarmangani —fue la respuesta de Uglo—. *Hombres blancos malos*.

Tarzán sabía que para los simios todos los hombres blancos eran malos y que, por lo tanto, no podía confiar en la opinión de Uglo. Él tenía que averiguar por sí mismo si en realidad eran malos. En caso de que no lo fueran, aquellos hombres podrían serle una gran ayuda.

Preguntó a Uglo si los hombres blancos iban avanzando o si estaban acampados en las cercanías. Uglo le contestó que el grupo había hecho alto. En seguida, señaló al sol e hizo una extraña seña con las palmas de la mano opuestas una a la otra y separadas por unos treinta centímetros de distancia.

Tarzán comprendió aquellos ademanes que hacía el orangután y con los que quería expresar que el sol recorrería en una hora la distancia que señalaba y que, por lo tanto, el campamento de los hombres blancos se hallaba como a cinco kilómetros, distancia que él sabía que los simios tardaban en recorrer, saltando de árbol en árbol, sesenta minutos.

Como en el lenguaje de los simios no hay ninguna palabra que sirva para despedirse, Tarzán subió a un árbol y, sujetándose de un bejuco, se perdió de vista en dirección del campamento de los tarmangani. Los orangutanes volvieron a sus actividades normales y Oju fue a lavarse sus heridas, gruñendo y enseñando los colmillos a todo aquel que se atrevía a acercarse a él.

12

—Me siento como un villano —se reprochó Jerry— por haber dejado que capturasen a mis amigos mientras yo me escondía. Pero no podía dejarte sola, Corrie, y exponerte a ser capturada.

—Aun si yo no hubiera estado aquí —contestó la joven—, habría estado bien hecho lo que hiciste. Si también te hubieran capturado, no podrías prestarles ninguna ayuda. Estando en libertad, podrás trazar un plan con Tarzán para librarlos de sus captores.

—¡Gracias por hacerme ver las cosas desde ese punto de vista! Sin embargo…

Jerry interrumpió lo que iba a decir y aguzó el oído.

—¡Alguien se acerca! —exclamó en voz baja y tiró de la joven, para esconderse entre la vegetación.

Desde el lugar donde se habían ocultado, veían perfectamente la vereda hasta un recodo situado como a cincuenta metros de distancia. Al poco rato, escucharon unas voces.

—¡Son japoneses! —susurró Corrie, al mismo tiempo que tomaba una flecha de su aljaba y la montaba en el arco.

Jerry sonrió y la imitó.

Un instante después, aparecieron dos soldados japoneses que avanzaban despreocupadamente y llevaban sus rifles colgados del hombro. Nada tenían que temer, o por lo menos así lo creían, en aquella comarca. Habían hecho un gesto en señal de acatamiento a la orden que el oficial les había dado de revisar el camino en busca de los tres blancos que faltaban, pero no tenían la menor prisa en localizarlos, pues sabían que podían estar esperándolos emboscados. Sus intenciones eran caminar y matar el tiempo para después regresar al campamento e informar al oficial que su búsqueda había sido infructuosa.

Corrie se acercó a Jerry y le susurró al oído:

—Tú encárgate del de la izquierda y yo del de la derecha.

Jerry asintió y levantó el arco, tomando puntería.

—Déjalos que se acerquen como a seis metros —le dijo a la joven—, y dispara al mismo tiempo que yo.

Los dos esperaron tensamente. Los japoneses se acercaban con toda lentitud. Charlaban como si estuvieran de paseo.

—Su lenguaje se parece al de los simios —comentó Jerry.

—¡Silencio! —Le previno la muchacha, quien en ese instante tensó la cuerda del arco estirándola hacia atrás. Jerry la observaba de reojo, pero no perdía de vista a los japoneses, que avanzaban hacia ellos.

—¡Dispara! —ordenó.

Los dos arcos vibraron simultáneamente y dos flechas surcaron el viento. La de Corrie fue a clavarse en el corazón del japonés que ella había escogido, y la de Jerry se clavó en la garganta del otro soldado.

El piloto abandonó rápidamente su escondite y se dirigió corriendo hacia el soldado herido, que hacía esfuerzos por empuñar su rifle. Estaba a punto de disparar cuando Jerry, de un certero golpe en la barbilla, lo derribó. Sin perder un solo segundo, y llevando desenvainado el cuchillo, se arrojó sobre el japonés y hundió dos veces en su corazón la hoja de acero. El cuerpo del japonés se convulsionó y se quedó inerte.

Jerry se incorporó y vio que Corrie quitaba el rifle al otro soldado muerto. El aspecto que presentaba la joven en aquel momento era el de una diosa vengadora. Observó cómo alzaba el arma y hundía la bayoneta repetidas veces en el pecho del japonés. El americano notó que la expresión de Corrie no estaba distorsionada por la ira, el odio o la venganza. Estaba iluminada por la luz divina de la exaltación.

—Esto es lo que yo vi que le hicieron a mi padre —dijo Corrie en tono de explicación—. Me siento desahogada y solo hubiera querido que el japonés hubiera estado vivo.

—Eres maravillosa —dijo Jerry.

Una vez que se apoderaron del otro rifle y de las cartucheras de los hombres muertos, Jerry arrastró los cadáveres para esconderlos entre la vegetación.

—Puedes hacer una muesca en la culata del rifle, Corrie, en señal de que has despachado a un hombre al otro mundo.

—No maté a un hombre, sino a un japonés —le contestó la muchacha en un tono de voz que indicaba suma contrariedad.

—Para el caso es lo mismo.

—Según tú, una mujer no debe odiar, ¿verdad? Es más, creo que a ti no te gustará una que haya odiado.

—Tú me gustas —contestó Jerry en tono solemne.

—Y tú a mí, Jerry. Todos han sido muy buenos conmigo, pero especialmente tú. No me has hecho sentirme como una niña, sino como un hombre entre los hombres.

—¡Qué ocurrencias dices! —exclamó el piloto, y los dos soltaron la carcajada.

—Te prometo que dejaré de odiar —afirmó Corrie—, en cuanto haya matado a todos los japoneses que hay en el mundo.

—¡Ah! Por lo visto quieres imitar a los «Ángeles Vengadores». ¿Sabes, acaso, quiénes fueron?

—Lo ignoro. Nunca los había oído mencionar.

—Hace tiempo, un grupo de mormones se unió y formó una banda a la que llamaron la «banda danita». Sus integrantes fueron llamados los «Ángeles Vengadores», Corrie.

—Los mormones son los miembros de la secta que permite a un hombre tener varias esposas, ¿no? ¿Eres mormón, Jerry?

—¡Ni Dios lo quiera! No soy tan valiente, como tampoco lo son los mormones de la actualidad. ¡No sé qué haría si tuviera al mismo tiempo a una esposa sargento, a una reservista y a una montadora de calderas!

—Y a un «Ángel Vengador» —agregó sonriendo Corrie.

Jerry no contestó, sino que se limitó a contemplar a la joven, la que se arrepintió de haber hecho aquel comentario.

***

Tarzán, que avanzaba columpiándose entre los bejucos, se detuvo repentinamente. Adelante, a unos cuantos metros, vio a un hombre agazapado en una plataforma construida en lo alto de un árbol y desde la cual podía vigilar, sin ser visto, la vereda que serpenteaba entre la vegetación. Aquel hombre tenía una barba

densa y estaba armado. Era blanco y no había la menor duda de que estaba de centinela y de que era el encargado de dar la alarma en el caso de que apareciera el enemigo.

Tarzán empezó a apartarse cautelosamente del sendero y se quedó asombrado de que aquel hombre civilizado no lo hubiera oído acercarse. El más estúpido de los animales de la selva lo hubiera descubierto, ya sea con la vista o con el olfato.

Tarzán hizo un rodeo para esquivar al centinela, y un minuto después llegó a la orilla de una pequeña pradera en donde estaba instalado un campamento en el cual imperaba el desorden. Alrededor de veinte hombres estaban acostados bajo la sombra de los árboles. Una botella pasaba de mano en mano y de boca en boca. Varias mujeres que, desde donde Tarzán se encontraba, parecían ser eurasiáticas, bebían con el mismo entusiasmo que los hombres. Todos los hombres tenían barba, con la excepción de un joven que estaba sentado entre ellos y que ocasionalmente bebía de la botella. Llevaban pistolas y cuchillos, y cerca de cada uno de ellos había un rifle. Aquel grupo no inspiraba mucha confianza.

Tarzán decidió que entre menos tratos tuviera con aquellos hombres sería mejor. En ese momento, la rama sobre la que estaba sentado se rompió y cayó al suelo, como a treinta metros del grupo. Tarzán se golpeó la cabeza contra un objeto duro y perdió entonces el conocimiento.

Cuando recobró el sentido, se encontró bajo un árbol, con las muñecas y los tobillos atados, y rodeado por los hombres y las mujeres. Al darse cuenta de que había vuelto en sí, uno de ellos le habló en holandés. Tarzán entendía lo que le decía, pero movió la cabeza, dando a entender que no hablaba holandés.

El hombre le había preguntado quién era y qué hacía espiándolos. Otro le hizo las mismas preguntas en francés, idioma que Tarzán conocía a la perfección por su íntimo contacto con los colonos franceses del África, pero, a pesar de esto, Tarzán volvió a negar con la cabeza y les contestó en swahili, el dialecto de una de las tribus bantús de Zanzíbar y de la costa oriental del África, sabiendo de antemano que nadie comprendería lo que decía.

—Creo que habla en japonés —dijo uno de los hombres.

—No lo es —comentó uno que hablaba ese idioma.

—Quizá sea chino —sugirió otro.

—Ese idioma tiene tan poco de chino como tú —contestó el hombre que había hablado primero.

—Tal vez sea un salvaje: va desnudo, lleva arco y flechas y además cayó de un árbol, como los simios.

—Es un espía.

—¿De qué sirve un espía si no habla ni entiende ningún idioma civilizado?

Cavilaron largo rato y llegaron a la conclusión de que el prisionero no era un espía, y como tenían otros asuntos importantes que atender, uno de ellos exclamó:

—¡Al diablo con él! Tengo mucha sed.

El hombre fornido que acababa de hablar avanzó hacia los árboles donde habían estado acostados, es decir, rumbo a la botella, y los demás lo siguieron, excepto el joven sin barba, quien se quedó cerca de Tarzán y dando la espalda a sus compañeros, que se retiraban. Cuando todos estaban distraídos con la botella, habló en voz baja:

—Estoy seguro de que usted es un americano o un inglés, y me inclino a creer que iba en el avión bombardero que fue derribado hace unos cuantos días. Si es así, confíe en mí. Yo también soy, prácticamente, un prisionero, y no es conveniente que nos vean conversar. Si usted me tiene confianza, haga una seña para indicar que me ha comprendido.

»Estamos en las manos de una banda de degolladores. Con muy contadas excepciones, todos son criminales que fueron puestos en libertad y a los que les dieron armas cuando los japoneses invadieron la isla. La mayoría de las mujeres eran también criminales que estaban cumpliendo sus condenas. El resto pertenece a la más baja ralea.

»Todos ellos huyeron a las montañas cuando los japoneses llegaron y no han hecho el menor intento por ayudar a nuestras fuerzas armadas. Solo piensan en su pellejo y no les importa lo demás. Cuando mi regimiento se rindió, yo logré escapar y me uní a esta banda creyendo que estaba integrada por guerrilleros leales. Se enteraron de mis antecedentes y, si no me mataron, fue porque dentro de la banda había un par de tipos que me conocían de años atrás. Me perdonaron la vida, pero recelan de mí».

Aquel joven hizo una pausa, se quedó pensativo unos instantes,

y después agregó:

—Hay guerrilleros leales ocultos en las montañas, que matarían a estos traidores con tanto gusto como matan a los japoneses, y estos tipos temen que yo me ponga en contacto con ellos y les revele el lugar en que está situado este campamento. Una de las peores cosas que estos tipos han hecho, es la de comerciar con el enemigo. A usted lo van a entregar a los caras de mico. Eso lo decidieron antes de que usted recobrara el conocimiento, pues, al creer que era de la tripulación del avión caído, suponen que los nipones pagarán un buen precio por usted.

»Destilan un aguardiente corriente, y la parte que no alcanzan a beberse, la cambian con los japoneses y los aborígenes. Obtienen, a cambio del aguardiente, municiones y arroz, entre otras cosas. El hecho de que los japoneses les entreguen municiones indica que están en términos amigables con ellos. Sin embargo, esto no es más que una tregua, pues ningún bando confía en el otro. Los aborígenes sirven de intermediarios para entregar el aguardiente y recibir el pago».

Tarzán, al enterarse de que iba a ser entregado a los japoneses, comprendió que nada ganaría con seguir simulando. Por otra parte, aquel joven le había causado buena impresión por su franqueza, y se decidió a otorgarle su confianza. Se volvió hacia donde estaban los demás y vio que todos estaban distraídos, presenciando una disputa surgida entre dos de sus compañeros. Observó que nadie prestaba atención a él o a aquel joven.

—Soy inglés —dijo Tarzán.

—¡Gracias por confiar en mí! —contestó el joven sonriendo—. Me llamo Tak van der Bos y soy oficial de la reserva.

—Yo soy Clayton. ¿Te gustaría escapar de estos tipos?

—Sí, pero ¿de qué serviría? No tengo a dónde ir y tarde o temprano caería en manos de los japoneses, si es que antes no me devora un tigre. Si supiera dónde está uno de los grupos de nuestros guerrilleros quizá podría salvarme, pero no lo sé.

—En mi grupo somos cinco —le dijo Tarzán—, y tratamos de llegar al extremo septentrional de la isla. Si tenemos suerte, conseguiremos una embarcación para trasladarnos a Australia.

—Es un plan muy ambicioso —comentó van der Bos—. Hay casi dos mil kilómetros de distancia entre Sumatra y el punto más

cercano del continente australiano, y aproximadamente ochocientos desde este lugar al extremo septentrional.

—Sí, lo sabemos, pero aun así vamos a arriesgarnos. Todos creemos que es preferible morir en el intento que escondernos como conejos en los bosques mientras dura la guerra.

Van der Bos se quedó pensativo unos momentos, y luego levantó la vista, y dijo:

—Sí, eso es lo más acertado. Me gustaría unirme a ustedes, pues creo serles de utilidad. Conozco las tribus aborígenes amigas y las enemigas, y sé dónde encontrar una lancha más cerca de lo que ustedes habían calculado. Lo primero que debemos hacer es escapar de aquí, y eso no será nada sencillo. Hay una sola vereda para entrar y salir de este pequeño valle, y está vigilada de día y de noche.

—Lo sé, pues vi al centinela. Si hace un rato pasé cerca de él sin que me descubriera, creo poder volver a hacer lo mismo, pero en lo que respecta a ti, dudo mucho que logres pasar sin que te vea. Ahora bien, si me consigues un cuchillo, esta noche los dos escaparemos de aquí.

—Lo intentaré. Si se emborrachan más de la cuenta, me será fácil conseguir el cuchillo, y vendré a cortarle las ligaduras.

—Yo puedo romperlas a la hora que se me antoje —le dijo Tarzán.

Van der Bos no hizo el menor comentario acerca de lo que acababa de decir Tarzán, pero pensó que este era un tipo jactancioso y demasiado seguro de sí mismo, pues bien sabía que ningún hombre, por fuerte que fuera, podría romper ligaduras semejantes a las que ataban sus pies y sus manos. El holandés empezó a pensar que quizá había cometido un error al haberle dicho a aquel tipo excéntrico y semidesnudo que lo acompañaría en su viaje.

—¿Te vigilan estrechamente de noche? —le preguntó Tarzán.

—No, para nada. Aquí abundan los tigres, ¿acaso no lo sabía usted?

—¡Por supuesto! Pero aun así, nos arriesgaremos.

13

Golpeados, escupidos y heridos con la punta de las bayonetas, Rosetti y Bubonovitch eran dos hombres furiosos aun antes de llegar al campamento. Cuando arribaron allí, fueron llevados a una choza, en donde, después de atarlos, los arrojaron al suelo en un rincón de la habitación. Allí fueron abandonados a sus propios recursos. Ellos se dedicaron a maldecir a todos los japoneses, desde Hirohito hasta el más humilde, con dedicatoria especial al teniente Kumajiro Tada.

—¡Bah! ¿De qué sirve? —exclamó finalmente Bubonovitch—. Gastamos inútilmente nuestras energías.

—Bueno. Al menos sirvió para desahogar nuestro enojo —dijo Rosetti—. Ahora comprendo cómo se siente Corrie. En este momento, nada podría impedirme que odie a los japoneses.

—Continúa odiándolos lo más que puedas, aunque dudo que sea por mucho tiempo, pues no olvides que mañana temprano nos cortarán la cabeza.

—¡Cáspita! Yo no quiero morir, «Vago».

—Ni yo tampoco, «Camarón».

—Tengo miedo.

—También yo.

—Recemos, «Vago».

—No es mala idea. La última vez que le rezaste a la Virgen, envió a Tarzán.

—Confío en que, en esta ocasión, vuelva a enviarlo.

Aquella noche, ninguno de los dos durmió. Sus ligaduras les cortaban las muñecas y los tobillos. Sus gargantas estaban secas, ya que no les habían dado agua ni comida. Aquella noche les pareció eterna, pero por fin terminó.

—¡Quisiera que todo hubiera ya acabado! —comentó Rosetti—. El solo pensar en la muerte es el peor de los suplicios.

—Para mí, ha sido una tortura pensar en mi esposa y en mi hijo. Ella y yo habíamos hecho grandes planes. Nunca sabrá cuál fue mi fin y creo que será mejor así. Lo único que sabrá, será que mi avión salió de cierta base y que nunca regresó. ¿Rezaste mucho, «Camarón»?

—Casi toda la noche.

—¿A quién le rezaste?

—A Dios y a la Virgen.

—¡Ojalá te hayan oído!

El ruido de unos pasos subiendo por la escalera llegó hasta sus oídos.

—Creo que llegó nuestra hora. ¿Podrás soportar lo que ocurra, «Camarón»?

—¡Claro!

—Bueno, ¡adiós, compañero!

—¡Adiós, «Vago»!

Dos soldados entraron en la habitación. Cortaron las ligaduras a los prisioneros y los obligaron a levantarse. Ni Rosetti ni Bubonovitch pudieron mantenerse en pie, y cayeron al suelo. Los soldados los patearon en la cabeza y en el estómago, y los gritos de dolor que lanzaban producían risa a los japoneses. Por último, los arrastraron hasta la puerta y los empujaron desde lo alto de la escalera, por la cual rodaron.

Tada se les acercó y los examinó detenidamente.

—¿Están dispuestos a contestar mis preguntas?

—¡No! —respondió Bubonovitch.

—¡Levántense! —les ordenó el japonés.

La circulación sanguínea se había reanudado en sus pies. Intentaron incorporarse y finalmente lo consiguieron, pero se tambaleaban al caminar, como si estuvieran ebrios. Fueron llevados al centro del campamento, donde los soldados y los aborígenes formaron un círculo alrededor de ellos. Tada se acercó con la espada desenvainada y los obligó a ponerse de rodillas y a doblar hacia adelante la cabeza. Bubonovitch fue el primero en hacerlo.

—Creo que Dios no te oyó, «Camarón».

—¿Qué es lo que acabas de decir? —inquirió Tada.

—¡Eso no es asunto suyo, japonés! —le contestó Bubonovitch bruscamente.

Tada levantó la espada.

***

Cuando el campamento estaba en completo silencio y la mayoría de los hombres y las mujeres dormían bajo el efecto del aguardiente, van der Bos se acercó a Tarzán.

—Tengo un cuchillo y voy a cortarle las ligaduras.

—Ya me desaté desde hace rato —le dijo Tarzán.

—¿Las rompió? —preguntó asombrado el holandés.

—Sí. Dame el cuchillo y sígueme sin hacer el menor ruido.

Los dos se internaron en el bosque y después que hubieron caminado un corto trecho, Tarzán le susurró al oído:

—Espérame aquí y no te muevas.

Instantes después, avanzó cautelosamente, deteniéndose de vez en cuando para olfatear y escuchar. Una vez que localizó al centinela, subió al árbol en el que se hallaba la plataforma y se situó en la rama que estaba exactamente arriba del hombre que vigilaba el sendero. Tarzán estudió la posición que tenía su enemigo, y cuchillo en mano cayó sobre él. Un ruido seco, producido por dos cuerpos al caer sobre la plataforma, fue lo único que se oyó. El centinela murió con el cuello cortado de oreja a oreja, sin haber lanzado el menor grito.

Tarzán arrojó el cadáver al sendero, y después de haber tomado el rifle del hombre, regresó al sitio en donde lo esperaba van der Bos.

—Sígueme —le dijo—. Ya no hay peligro de que nos descubra el centinela.

Cuando van der Bos se topó con el cadáver, no pudo menos que exclamar:

—¡No creí que fuera usted tan hábil!

—No opino lo mismo, pues su sangre me salpicó, y mientras no encuentre agua para lavarme, estaré expuesto al ataque de los tigres. Quítale la cartuchera al centinela y alejémonos rápidamente.

Tarzán avanzaba adelante del holandés, y cuando llegaron a un pequeño arroyo, los dos se lavaron, ya que también van der Bos se

había ensuciado de sangre al quitarle la cartuchera al hombre muerto.

Ningún tigre les salió al paso y en poco tiempo llegaron a la bifurcación del camino, donde Tarzán se había separado de sus compañeros.

No había rastros de ellos, pero siguieron avanzando de frente por el camino que los demás habían tomado. Empezaba a amanecer, cuando se escuchó un disparo a poca distancia y adelante de donde se encontraban.

***

Jerry y Corrie habían decidido permanecer en donde estaban para esperar a Tarzán. Creían que su amigo no demoraría mucho en regresar y por su cabeza no pasaba la menor sospecha de que algo pudiera ocurrirle. Para mayor seguridad de los dos, habían subido a un árbol y montado en una rama, situada como a seis metros del suelo, y se dispusieron a esperar. A Jerry le preocupaba la suerte que podían haber corrido Bubonovitch y Rosetti, y como la espera había sido larga y la noche mucho más, al ver que Tarzán no regresaba, decidió actuar.

—No creo que venga Tarzán —le dijo a Corrie—. Algo debe de haberle ocurrido y no pienso esperarlo ni un minuto más. Iré a tratar de localizar a Bubonovitch y Rosetti, y así, cuando llegue Tarzán, al menos sabremos dónde están. Quédate aquí hasta que yo regrese y procura no bajar del árbol, pues en esta rama estás más segura que en el suelo.

—¿Y si no regresas?

—Créeme que no fue nada fácil tomar la decisión de abandonarte para ir a buscar a mis compañeros, pero tengo que hacer algo. Espero que lo comprendas. Están en poder de los japoneses, y tú bien sabes cómo tratan a los prisioneros. Tú estás libre y tienes armas.

—Esa decisión fue la única que podías haber tomado y sabía que tarde o temprano llegarías a ella. Yo te acompañaré.

—Nada de eso. Quédate aquí donde estás.

—¿Es, acaso, una orden?

—¡Sí!

—Cuando usted esté en un avión, capitán, y dé órdenes, hasta un general debe obedecerlo, pero usted no es el capitán de este árbol. ¡Vámonos!

Al decir esto, Corrie se descolgó de la rama y tocó el suelo.

—Tú ganas —dijo Jerry siguiéndola—. Debí saber que mis órdenes no serían obedecidas por una mujer.

—Dos armas son mejores que una, y yo tengo buena puntería. Además, ya me había cansado de estar encaramada en esa rama.

Los dos avanzaron, uno cerca del otro. A menudo, sus codos se tocaban y, mientras cruzaban un tramo lodoso, Corrie resbaló, pero Jerry alcanzó a sujetarla por la cintura para evitar que cayera. «Creo que estoy enamorado de esta muchacha», pensaba Jerry, «pues acepto sin discutir todos sus caprichos».

La obscuridad imperaba y, de vez en cuando, topaban contra los árboles cuando el camino se desviaba en una curva. Adelantaban poco, ya que marchaban casi a ciegas y su única esperanza era que amaneciera pronto.

—¡Qué día hemos tenido! —exclamó Jerry—. Para que sea perfecto solo falta que nos topemos con un tigre.

—Eso es lo que menos debe preocuparnos, pues, que yo sepa, ningún felino ataca a un hombre blanco si este está armado. En el supuesto caso de que encontrásemos uno, no le haremos nada y él nos dejará en paz.

—Creo que tienes razón, pues cuando un animal ve que uno está armado, se aleja. Lo sé por experiencia, ya que cuando conducía ganado, allá en América, los coyotes no se nos acercaban si veían que llevábamos pistolas o rifle.

—El que menciones a tu país es señal inequívoca de que sientes nostalgia, y compadezco a Bubonovitch, pues sé cómo debe de sentirse sabiendo que su esposa y su hijo están al otro lado del mundo.

—La guerra es cruel —le contestó Jerry—, y si acaso llegamos a regresar a nuestra patria, haremos algo para que ni los alemanes ni los japoneses vuelvan a provocar otra guerra en mucho tiempo. Hay diez o doce millones de nosotros que estamos hartos de la guerra. Elegiremos gobernador de Oklahoma a un capitán de artillería, amigo nuestro, y luego lo enviaremos al Senado. El detesta la guerra, al igual que la mayoría de los soldados, y, si de todos los

estados envían soldados al Congreso, se podrá tener algún éxito.

—¿Es bonito Oklahoma?

—Para mí, es el mejor de los estados de la Unión.

El nuevo día empezaba a nacer y el sol no tardaría mucho en brillar en todo su esplendor, ya que cerca del ecuador la transición entre la noche y el día ocurre rápidamente. No hay atardeceres largos ni amaneceres prolongados.

—¡Qué alivio! —exclamó Corrie—. Ya estaba cansada de la obscuridad.

—¡Mira! —gritó Jerry al mismo tiempo que amartillaba el rifle y se quedaba inmóvil.

Adelante de ellos, a mitad de la vereda, estaba un tigre.

—¡No dispares! —le advirtió la joven.

—No lo haré si él no se mete con nosotros. Dudo que pudiera causarle mucho daño con este rifle japonés calibre .25. Si disparo, solo lo enojaré, y no me gustaría irritar a este animalito antes que se desayune.

—Quisiera que se fuera —dijo Corrie—. Parece hambriento.

—Quizá desconoce las armas de fuego.

El tigre, un animal macho y corpulento, se quedó observándolos durante varios segundos. Luego, dio la vuelta y se internó en la espesura.

—¡Uf! —exclamó Jerry dando un suspiro de alivio—. El corazón y el estómago se me querían salir por la boca. ¡Qué susto he llevado!

—Aún me tiemblan las piernas —dijo Corrie—. Será mejor que me siente.

—¡Escucha! —dijo Jerry—. ¡Voces!

—Sí, lo son, y provienen de allá adelante.

Los dos avanzaron cautelosamente, y al llegar a la orilla del bosque, alcanzaron a ver un *kampong* situado a unos treinta metros de donde estaban. Vieron varios soldados japoneses y muchos aborígenes.

—Aquí es donde deben de estar nuestros compañeros —dijo Jerry en voz baja.

—¡Allí están! —exclamó Corrie—. ¡Dios mío! ¡Van a matarlos!

Tada levantó la espada. El rifle de Jerry vomitó fuego y el teniente Kumajiro Tada cayó de bruces a los pies de los hombres

que había estado a punto de matar. Luego, Corrie disparó, y un soldado japonés que corría hacia los prisioneros murió. El piloto y la muchacha dispararon una andanada de balas que derribó a varios soldados y sembró el pánico en el campamento.

Tarzán, al oír el primer disparo, echó a correr, seguido de van der Bos y, en unos cuantos segundos, llegaron al lado de los tiradores, reforzando el fuego con un rifle y una pistola.

Bubonovitch y Rosetti, aprovechando la confusión que imperaba en el *kampong*, se apoderaron de los rifles y las cartucheras de dos de los soldados muertos y emprendieron la retirada hacia el bosque, disparando sin cesar mientras retrocedían.

Rosetti había recogido, además del rifle, dos granadas de mano, que se había guardado en los bolsillos.

Un sargento japonés llamó a sus hombres, y una vez que tuvo reunidos a varios, dio la orden de atacar. Se lanzaron a la carga dando gritos, y Rosetti, al verlos, les arrojó las dos granadas casi sucesivamente. Luego, él y Bubonovitch dieron media vuelta y corrieron hacia el bosque.

El fuego había cesado antes que los dos sargentos se reunieran con sus compañeros. Las granadas de Rosetti habían puesto fin a este episodio de la segunda guerra mundial. Los japoneses estaban muertos o completamente desmoralizados.

—¡Uf! ¡Sí me escucharon! —dijo Rosetti.

—¡Claro que sí! —asintió Bubonovitch.

—¿Quién los escuchó? —preguntó Jerry.

—Dios y la Virgen —le explicó Rosetti.

El pequeño grupo había estado tan ocupado disparando, que ninguno de ellos había tenido tiempo de ver a sus compañeros. Cuando todos se serenaron, empezaron a verse unos a otros. De pronto, cuando Corrie y Tak van der Bos estuvieron frente a frente, se quedaron mudos de asombro e instantes después exclamaron casi simultáneamente:

—¡Corrie!

—¡Tak!

La muchacha se arrojó a los brazos del holandés, cosa que a Jerry no le causó mucha gracia.

Después de las presentaciones de rigor, hicieron un resumen de sus aventuras. Mientras todos charlaban, Tarzán vigilaba el

kampong. Los japoneses estaban confundidos y no sabían qué hacer. Habían perdido a su oficial y a dos sargentos. Sin ellos, los soldados rasos se sentían como si no tuvieran armas.

Tarzán se volvió hacia Jerry y le dijo:

—Podríamos asaltar la aldea y acabar con el resto de los japoneses ahora que están desmoralizados y no tienen a nadie que los mande. Contamos con cinco rifles y no hay más de una docena de nipones en condiciones de hacernos frente.

—¿Qué opinan de eso? —preguntó Jerry a los demás.

—¡Ataquemos! —exclamó Bubonovitch—. ¿Qué estamos esperando?

14

La lucha fue breve y no presentó muchos problemas. Varios japoneses los ayudaron destruyéndose con sus propias granadas, que les estallaron en la mano. A Corrie la dejaron en el bosque, pero ella no permaneció allí. Jerry apenas acababa de llegar al centro del *kampong* cuando la vio peleando a su lado.

Bubonovitch y Rosetti atacaron furiosamente y sus bayonetas chorreaban sangre japonesa cuando el combate terminó. Habían aprendido a odiar.

Los aborígenes se refugiaron en sus chozas, ya que, como habían colaborado con los japoneses, esperaban lo peor, pero nadie les hizo daño. Sin embargo, Tarzán y los suyos los obligaron a que les proporcionaran comida y a que la prepararan.

Tarzán y Jerry interrogaron a varios, y Corrie y Tak sirvieron de intérpretes. Por los interrogatorios, supieron que el grupo de soldados formaba un puesto avanzado de una fuerza acampada como a veinticinco kilómetros, en dirección de la costa sudoeste, y que en uno o dos días un nuevo grupo llegaría a relevarlo.

Se enteraron, además, de que había un grupo de guerrilleros en aquella misma dirección, pero en las montañas, aunque ninguno de los aborígenes sabía el lugar exacto. Todos parecían tener un miedo atroz a dichos guerrilleros.

Amat trató de ganarse la confianza de los recién llegados. Era un tipo oportunista que hubiera hecho una gran carrera en la política. Calculaba las ventajas que le aportaría el trasladarse rápidamente al campamento japonés para informar de la presencia de estos hombres y de la matanza que habían hecho, pero abandonó sus planes al recordar que tendría que cruzar el territorio del tigre. Fue sumamente provechoso para Amat el que Bubonovitch o Rosetti no

se enteraran de la parte que él había desempeñado en su captura.

Quizá los dos sargentos lo hubieran perdonado, ya que ambos se sentían muy felices. Sus oraciones habían sido escuchadas y el milagro de que se hubieran salvado por fracciones de segundo había ocurrido. Aquello era algo para estar contento. Además, los dos se habían desahogado en aquella terrible venganza. Habían lavado con la sangre de sus enemigos los golpes, insultos y humillaciones que habían soportado.

—¡Cáspita! Estuvimos a un paso de morir, «Vago».

—Yo ignoro qué tan cerca fue —le contestó Bubonovitch—, pues estaba agachado y con la vista fija en el suelo, pero Corrie dice que el fanático japonés tenía levantada la espada cuando Jerry disparó. Pasamos un rato amargo, pero ya nos hemos desquitado.

—¿A cuántos mataste?

—Lo ignoro. Quizá tres o cuatro. Yo me limité a disparar a todo el que tenía enfrente, pero tú te llevaste las palmas al arrojar las granadas. ¡Eso fue algo digno de verse!

—¿Te diste cuenta del arrojo y la temeridad con que luchó Corrie? ¡Qué mujer!

—No irás a decirme que estás enamorado de ella.

—¡Por supuesto que no, pero no dejo de reconocer sus méritos! Nunca había visto una mujer como ella, y es más, ignoraba que existieran.

—Ya se acabó el último que odiaba a las mujeres —dijo Bubonovitch—. Jerry también las odiaba, pero cambió de opinión al conocer a Corrie.

—¿Te diste cuenta de que abrazó al holandés y de la cara que puso Jerry al ver aquello? Eso es precisamente lo malo de las mujeres. Primero hacen que un tipo se enamore de ellas y luego lo abandonan para irse a los brazos de otro. Éramos una familia feliz antes de que llegara ese tipo a sembrar la discordia.

—Quizá sea un viejo amigo de ella —sugirió Bubonovitch—. Cuando el combate estaba en todo su apogeo, vi que Corrie luchaba al lado de Jerry.

Rosetti movió la cabeza en señal de desaprobación. Él ya aceptaba a Corrie, aunque con ciertas reservas, pero su prejuicio contra las mujeres estaba profundamente arraigado en su corazón.

—¿Te arrojarías a los brazos de un viejo amigo como ella lo

hizo? —le preguntó «Camarón».

—Todo depende. Tú eres un viejo amigo, «Camarón», pero por nada del mundo te abrazaría.

—¿Te das cuenta? Tú mismo me das la razón.

—Pero si fueras Ginger Rogers…

—Ahora que la mencionas, ¿la viste actuar en la película la *Dama de negro*?

Tarzán y Jerry trazaban planes para el futuro. Corrie y Tak se relataban las aventuras que habían corrido durante los dos años anteriores.

—Me gustaría reconocer el terreno antes que emprendamos la marcha —dijo Tarzán—. Quiero hacerlo solo porque yo puedo avanzar más rápidamente que cualquiera de ustedes, pero si se quedan aquí, los japoneses de relevo pueden llegar antes que yo esté de vuelta. Serán aproximadamente unos veinte, pues ese era el número de soldados que había en esta aldea y ustedes no podrán hacer frente a tantos hombres.

—Yo correría el riesgo —contestó Jerry— sí los demás están dispuestos a correrlo. Contamos con cinco armas y, con las municiones japonesas de que disponemos, podemos sostenernos por mucho tiempo. Además, tenemos una buena cantidad de granadas de mano. Sabemos por qué camino llegarán y bastará poner un centinela para estar prevenidos cuando lleguen o para prepararles una emboscada y borrarlos del mapa con las granadas de mano. Veamos lo que opinan los demás.

Jerry se incorporó y llamó a sus compañeros. Una vez que todos estuvieron reunidos, les explicó detalladamente la situación.

—Aunque serán cuatro contra cada uno de nosotros —comentó «Camarón»—, yo opino que nos quedemos. Ya los hemos derrotado antes y los volveremos a vencer.

—¡Bien dicho! —exclamó Jerry.

—Puesto que su campamento está como a veinticinco kilómetros y no tienen la menor prisa por llegar aquí, les llevará un día, por lo menos, recorrer ese tramo —dijo Bubonovitch, y en seguida agregó —: Sugiero que nos pongamos en marcha para salirles al encuentro.

—Yo creo que lo mejor será —arguyó Jerry— que tú te sitúes como a dos kilómetros de aquí y en cuanto oigas que los caras de mico se acercan, corras y vengas a avisarnos, para darles la

bienvenida.

—Permítanme exponerles otro plan —lo interrumpió Corrie—. Aprovisionémonos con granadas de mano y tomemos posiciones en los árboles a los lados del camino. Luego, cuando los japoneses se acerquen, abriremos fuego y no les daremos la menor oportunidad de defenderse o de ofrecer resistencia.

—No está mal tu plan —le contestó Jerry.

—¡Qué sanguinaria te has vuelto, Corrie! —dijo sonriendo Tak.

—Aún no has visto nada —comentó Jerry.

—Me parece buena idea —comentó Tarzán—. Sabemos que el enemigo se acerca, pero ignoramos cuándo; por lo tanto, será mejor que estén preparados. Ustedes pueden tomar sus posiciones antes que amanezca, ya que los japoneses no avanzarán de noche, pero es conveniente que aposten un centinela que esté vigilando a todas horas.

—De acuerdo —agregó Jerry.

Una vez que todo estuvo decidido, Tarzán se alejó y desapareció entre la vegetación.

***

Hooft se despertó con una terrible jaqueca. La boca le sabía a centavo, y estaba de peor humor que de costumbre. Gritó para despertar a los demás, y en pocos minutos todo el campamento estaba en actividad. Las mujeres, perezosamente, preparaban el almuerzo para los hombres.

Hooft levantó los brazos para estirar los músculos.

Luego, echó una ojeada a su alrededor y, de pronto, exclamó:

—¿Dónde está el prisionero?

Todos buscaron sin encontrar el menor rastro de él. Uno de ellos se acercó a Hooft y le dijo:

—También el muchacho desapareció.

Hooft lanzó una sarta de maldiciones y, cuando se serenó un poco, preguntó:

—¿Quién estaba de guardia anoche?

—Hugo —contestó uno de ellos—. Debió despertarme a la medianoche para que yo lo relevara, pero no lo hizo.

—Búsquenlo y, cuando lo encuentren, tráiganlo aquí. Debe de

haberse quedado dormido. Lo desollaré vivo por permitir que los prisioneros escaparan.

Los hombres se alejaron y a los pocos minutos, cuando regresaron, uno de ellos se acercó a Hooft con una mueca en el rostro.

—Alguien se le adelantó, jefe. Hugo está muerto. Le rebanaron el cuello de oreja a oreja.

—Debe de haber sido el hombre salvaje —comentó Sarina.

—Quizá van der Bos le quitó las ligaduras —dijo Hooft—. ¡Aguarden a que le ponga las manos encima a ese traidor!

—Dudo mucho que lo consigas —opinó Sarina—, pues, sin duda alguna, en este momento se dirige hacia el campamento de los guerrilleros. Muy pronto los tendremos aquí.

Uno de los hombres caminó hacia el sitio donde había estado Tarzán y regresó con unos cordeles en la mano, que entregó a Hooft diciendo:

—No están cortados, están rotos.

—Nadie es capaz de romperlos —contestó Hooft.

—Excepto el hombre salvaje —agregó Sarina.

—¡Ya me cansé de que a cada rato lo menciones! —exclamó el jefe de la banda—. Almorcemos y pongámonos en marcha, pues pienso darles alcance. Las mujeres se quedarán aquí.

Ninguno de los forajidos le contradijo, ya que todos sabían que no era conveniente hacerlo cuando su jefe estaba de mal humor. La única que se atrevía a discutir sus órdenes era Sarina, ya que bien sabía ella que Hooft le tenía miedo. Pero en esta ocasión se quedó callada, pues no tenía la menor intención de emprender aquel día una larga caminata entre la vegetación.

Los forajidos eran buenos rastreadores y como, por otra parte, Tarzán y van der Bos no se habían preocupado en lo más mínimo por borrar sus huellas, la banda pronto localizó su rastro y lo siguió.

***

Jerry y sus compañeros reunieron todas las granadas y municiones que pudieron transportar y se internaron en el bosque al encuentro de los japoneses. Por medio de van der Bos, Jerry advirtió a los aborígenes que, si desaparecía alguno de los rifles de

los japoneses muertos, quemaría la aldea a su regreso.

Van der Bos agregó a la amenaza, por cuenta propia, que les cortarían el pescuezo después de incendiar el *kampong*. El cacique de la aldea comprendió que los hombres blancos cumplirían aquella amenaza en el caso de que los desobedecieran.

Amat también quedó impresionado por aquellas palabras. Había decidido seguir a los blancos para espiarlos, pero al darse cuenta de lo sanguinarios que eran, cambió de idea y decidió ir a buscar duriones en dirección opuesta a la que el grupo había seguido.

Tan absorto estaba Amat cortando duriones que no se dio cuenta de que Hooft se le acercaba, hasta que este, con voz imperiosa, le ordenó que bajara del árbol donde se encontraba encaramado. Amat se quedó paralizado de sorpresa al ver el aspecto de asesinos de Hooft y los de su banda.

Hooft lo interrogó, preguntándole si había visto a dos fugitivos cuyas señas le dio. Amat se sintió aliviado, pues podía darle mucha información, con lo cual podría, al menos, salvar la vida.

—Los he visto —contestó—. Llegaron a mi aldea con otros dos esta mañana. Había una muchacha entre ellos. Los cuatro rescataron a dos hombres que los japoneses tenían prisioneros; los seis mataron a todos los nipones.

—¿Dónde están ahora?

—Se internaron en el bosque por otro sendero. Ignoro para qué, pero les oí decir que regresarían esta tardé al *kampong*. ¿Puedo irme ahora?

—¿Irte para prevenirlos? ¡Oh, no, amiguito!

—Será mejor que lo mate, jefe —sugirió uno de ellos.

Al oír aquello, Amat se puso a temblar de pies a cabeza y se arrodilló a suplicar que le perdonaran la vida.

—Si haces lo que te pedimos no te mataremos —le dijo Hooft.

—Amat hará lo que le pidan —contestó el asustado aborigen—. Es más, puedo darles información adicional. Los japoneses han ofrecido una buena recompensa por la muchacha que estuvo hoy en el *kampong*. Lo sé por los japoneses que estaban en la aldea. Comentaban que a esa mujer la buscan desde hace dos años. Quizá yo pueda ayudarlos a capturarla. Haré cualquier cosa que me pidan.

Amat ignoraba cómo podría ayudarlos a capturar a Corrie, pero en aquel momento, estaba dispuesto a ofrecer cualquier cosa con tal

de ganar tiempo y esperar una oportunidad de escapar y esconderse en el bosque en espera de que aquellos forajidos abandonaran la región. Esos hombres tenían peor aspecto que el de los japoneses que lo habían golpeado y pateado.

En aquel momento se oyó un ruido de varias explosiones, proveniente de más allá del *kampong*.

—¡Fueron granadas de mano! —gritó uno de los hombres.

—Parece una batalla en toda regla —contestó Hooft, señalando en dirección del bosque.

Al ruido de las explosiones siguieron varios disparos de rifle.

—Esos son rifles japoneses calibre .25 —comentó un forajido llamado Grotius.

Por encima de las detonaciones se oían los gritos de agonía de unos hombres. Todo aquello no duró sino unos minutos. Finalmente, se oyeron disparos aislados, y luego reinó el silencio. Por el ruido percibido, cualquiera hubiera podido reconstruir la escena de la batalla. Un combate había sido librado. «¿Entre quiénes?», se preguntaban los forajidos. Los de un bando habían sido aniquilados. «¿Cuál?». Los disparos que se percibieron al último habían sido los tiros de gracia con que se dio muerte a los heridos.

Los vencedores regresarían indudablemente a la aldea. Hooft y sus hombres avanzaron hasta la orilla del bosque y se ocultaron. El pequeño valle y el *kampong* se extendían debajo de ellos y estaban al alcance de su vista.

No tuvieron que esperar mucho. Pocos minutos después, aparecieron por el sendero cuatro hombres blancos y una mujer. Todos avanzaban despacio debido al peso de las armas y municiones que cada uno llevaba. Charlaban excitadamente y sus rostros reflejaban alegría. Los hombres entraron en una de las chozas y la muchacha en otra.

Hooft trazó planes mentalmente. Él debía hallar la forma de atraer a la muchacha sin que los blancos se enteraran. Hooft era un cobarde: podía acuchillar o acribillar a un hombre por la espalda, pero no se atrevía a enfrentarse a un enemigo armado. Prefería ejecutar sus fechorías valiéndose de la astucia y de la intriga. Se volvió a Amat y le dijo:

—Quiero que vayas a la choza donde está la muchacha y le

digas que un viejo amigo suyo está esperándola aquí en el bosque. Dile que ese amigo no se atreve a acercarse a la aldea porque ignora si los blancos que la acompañan son simpatizadores de los holandeses o no. Dile que venga sola y que no tema, ya que el viejo amigo suyo también lo fue de su padre. Además, te advierto que no digas a nadie que estamos aquí. Si alguien viene, además de la muchacha, nos alejaremos, pero te aseguro que algún día volveremos a matarte. Dile también a la joven que no informe a nadie del mensaje, o no verá a su amigo. Vamos, repite lo que le dirás.

Amat obedeció y, en cuanto hubo terminado, Hooft le dio orden de que fuera a cumplir su cometido. El aborigen se sentía como un sentenciado a muerte a quien acaban de conmutar su sentencia. Avanzó silenciosamente por entre las chozas, y cuando llegó al pie de la escalera de la choza en donde Corrie estaba alojada, la llamó en voz baja. Una muchacha aborigen salió a la puerta y, al verlo, hizo una mueca de disgusto y le dijo, encolerizada:

—¡Vete de aquí, cerdo!

—Tengo un mensaje para la mujer blanca.

Corrie oyó aquello y se asomó a la puerta.

—¿De qué mensaje se trata? —le preguntó.

—Es un mensaje secreto y no puedo decirlo en voz alta.

—Sube acá.

Lara, la muchacha aborigen, hizo otra mueca cuando Amat pasó a su lado. Sabía bien que ese tipo era un ser despreciable y un mentiroso, pero como no era un asunto que le concerniera, no puso en antecedentes a Corrie.

Amat entregó el mensaje y Corrie se quedó pensando un largo rato después que el aborigen había terminado de hablar.

—¿Cuáles son las señas de ese hombre?

—Es blanco y tiene barba. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿Está solo?

Amat pensó rápidamente. Si le decía que había veinte hombres en el bosque, ella no iría y aquellos forajidos regresarían y lo matarían.

—Sí. Nadie lo acompaña —mintió Amat.

Corrie tomó el rifle, salió de la choza y descendió la escalera. Ninguno de sus amigos estaba a la vista. Estaban limpiando y

aceitando los rifles que habían quitado al enemigo. Tampoco había aborígenes fuera de las chozas. Solo Amat y Lara vieron a la muchacha blanca abandonar el *kampong* e internarse en el bosque.

15

Tarzán no había podido reunir mucha información acerca de los guerrilleros. Todos los naturales a quienes había interrogado le habían dicho que corrían rumores de que una banda tenía su campamento cerca de un volcán situado como a sesenta y cinco kilómetros, hacia el sudeste. Describieron el volcán y otras señales características del terreno para que Tarzán pudiera localizarlo fácilmente. Con esta información tan vaga, nuestro amigo había partido.

Viajó todo el día hasta que anocheció. Se acostó en las ramas de un árbol y allí pasó la noche. Solo llevaba un arco, varias flechas y un cuchillo. No había querido llevar rifle y municiones, pues sabía bien que solo le servirían de estorbo. Al día siguiente, cortó varios frutos y cazó un conejo para almorzar.

La región que recorría era completamente selvática y no había la menor huella del hombre. Nada le gustaba más a Tarzán que aquello. Le agradaba la compañía de los amigos que había dejado en la aldea, pero, a pesar de que había vivido largas temporadas en el mundo civilizado, nunca podría volverse un hombre sociable. Sus verdaderos amigos eran los animales que poblaban el bosque, la selva y las llanuras. Le fascinaba observarlos, estudiar sus costumbres, y se preciaba de conocerlos mejor de lo que ellos mismos se conocían.

Pasó cerca de unos árboles donde había varios monos, los que, al verlo, refunfuñaron, pero se calmaron cuando Tarzán les habló en su propio lenguaje. Gracias a los informes que le proporcionaron los micos, a Tarzán le fue posible continuar su camino y localizar un pequeño lago, una pradera y el cráter de un volcán inactivo que los aborígenes le habían dicho que buscara.

Cuando creyó que ya estaba cerca de su destino, preguntó a otros monos si había hombres blancos cerca del volcán. Contestaron afirmativamente y le explicaron cómo podía localizar su campamento. El más viejo de los monos exclamó:

—¡Kreeg-ah! Tarmangani sord. Tarmangani bundolo —palabras que acompañó haciendo un ademán como si empuñara y apuntara con un rifle—. *¡Hombres blancos malos! ¡Hombres blancos matar!* ¡Boo! ¡Boo! —volvió a exclamar—. *¡Cuidado! ¡Cuidado!*

Tarzán localizó el campamento en una hondonada, pero descubrió que en la entrada estaba apostado un centinela. Tarzán avanzó hacia el hombre, un holandés barbado, quien al verlo amartilló su rifle y lo dejó acercar. Cuando Tarzán estuvo como a veinticinco metros, le dio orden de que se detuviera.

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Soy inglés y quisiera hablar con su jefe.

El hombre había estado estudiando detenidamente a Tarzán y el aspecto que ofrecía el recién llegado le causó gran asombro.

—Espere ahí y no se acerque más —le ordenó.

Luego, en voz alta, dijo:

—¡De Lettenhove, aquí hay un salvaje que quiere hablar contigo!

Una sonrisa apareció en el rostro de Tarzán. Él había oído anteriormente muchas veces aquella descripción que hacían de él, y nunca le había causado enojo. Luego, recordó que se había dirigido al hombre en inglés, que le había dicho que era de nacionalidad inglesa y que el centinela había llamado a Lettenhove en holandés, creyendo que aquel «salvaje» no entendía ese idioma. Tarzán decidió dejarlo en esa creencia.

Al poco rato, tres hombres de aspecto rudo aparecieron. Todos iban bien armados y sus rostros lucían unas tupidas barbas. Sus ropas eran viejas y estaban remendadas con pedazos de pieles. Parte de sus ropas era de uniformes militares, y parte de ropas civiles. Uno de los hombres llevaba puesta una capa con dos estrellas en cada hombro, distintivo de un teniente primero del ejército. Ese hombre era de Lettenhove. Se acercó al centinela y le habló en holandés.

—¿Qué estaba haciendo ese tipo?

—Nada. Simplemente se acercó a mí. No hizo el menor intento

de esconderse. Quizá sea un orate, pero no alcanzo a comprender qué diablos busca aquí. Dice que es inglés y me habló en ese idioma.

—¿Quién es usted? —le preguntó en inglés de Lettenhove a Tarzán—. ¿Qué busca aquí?

—Me apellido Clayton y soy coronel de la Real Fuerza Aérea. Me enteré de que un grupo de guerrilleros holandeses acampaba en este sitio y quise hablar con su jefe. ¿Es usted? Como sé que también hay bandas de forajidos en las montañas, deseaba averiguar si ustedes eran guerrilleros o forajidos, y la única forma de enterarme es hablar con ustedes.

—Yo no soy el jefe —dijo de Lettenhove—. Quien nos manda es el capitán van Prins, pero hoy no se encuentra aquí. Quizá venga mañana. ¿Para qué quiere verlo? Según los japoneses y los indígenas que colaboran con ellos, somos forajidos, pero nosotros no nos tenemos por tales.

—Vine porque quiero establecer contacto con gente en quien pueda confiar, y que me informe acerca de la localización de los puestos japoneses y de las aldeas cuyos habitantes son simpatizadores de los holandeses. Deseo evitar todo encuentro con esos puestos y espero obtener la ayuda de los aborígenes. Intento llegar a la costa para conseguir una embarcación y dejar la isla.

De Lettenhove se volvió a uno de los hombres que lo acompañaban y le dijo en holandés:

—Empezaba a creer lo que este tipo decía, hasta que mencionó lo de conseguir una embarcación para escapar de Sumatra. Cree que somos unos tontos y que nos tragaremos las mentiras absurdas con las que intenta explicarnos su presencia. Sin duda alguna es un espía alemán. Lo detendremos hasta que regrese van Prins.

Luego, dirigiéndose a Tarzán, le dijo:

—¿Tiene algo que lo identifique como oficial del ejército inglés?

—No —contestó Tarzán.

—¿Podría explicarme entonces qué hace un oficial inglés en las montañas de Sumatra, semidesnudo y armado con arco, flechas y un cuchillo?

Luego, en tono irónico, añadió:

—No creo, mi amigo, que usted espere que nosotros daremos crédito a lo que dice. Usted se quedará aquí hasta que regrese el

capitán van Prins.

—¿Como prisionero? —preguntó Tarzán.

—Ni más ni menos. Venga, acompáñeme.

El campamento era limpio y bien ordenado. No había una sola mujer, y una serie de chozas alineadas con precisión militar servían de alojamiento a los guerrilleros. La bandera roja, blanca y azul de Holanda, ondeaba en un asta frente a una de las chozas. De veinte a treinta hombres estaban sentados limpiando sus armas. Sus ropas estaban desgastadas, llenas de parches y de desgarrones. Sus fusiles, en cambio, estaban perfectamente cuidados y engrasados. Tarzán se convenció de que aquel era un campo donde la disciplina imperaba. Aquellos hombres no eran forajidos, y ahora sabía que podía confiar plenamente en ellos.

Su entrada en el campamento causó sensación. Los hombres abandonaron lo que estaban haciendo para contemplarlo. Algunos se le acercaron e hicieron preguntas a los que lo acompañaban.

—¿A quién capturaron? ¿Al salvaje de Borneo? —preguntó uno de ellos.

—Según dice, es un coronel de la Real Fuerza Aérea, pero yo opino que es un espía alemán o que está loco, aunque me inclino a creer que es lo último.

—¿Habla alemán?

—Lo ignoro.

—Yo me encargaré de averiguarlo.

El hombre se acercó a Tarzán y le habló en alemán, y este, para embromarlo y confundir más la situación, contestó a lo que le preguntaban en perfecto alemán.

—Ya lo decía yo —comentó el hombre.

Tarzán, dirigiéndose a de Lettenhove, comentó:

—Le dije que yo no tenía con qué identificarme, pues no llevo mis credenciales, pero tengo amigos que me identificarán: tres americanos y dos holandeses. Quizá usted conozca a los dos últimos.

—¿Quiénes son?

—Corrie van der Meer y Tak van der Bos. ¿Los conoce?

—Los conocía muy bien, pero me informaron que los dos habían muerto.

—Ayer estaban vivos.

—Dígame —le dijo de Lettenhove—, ¿cómo llegó a Sumatra? ¿Qué hace aquí un coronel británico? ¿A qué vinieron los americanos a la isla?

Un hombre se acercó a de Lettenhove y le dijo en holandés:

—Hace varios días un bombardero americano fue derribado en la isla, y si este tipo trabaja con los japoneses, no le fue difícil enterarse de eso. Además, no creo que le haya costado trabajo averiguar los nombres de van der Meer y de Tak. Deja que continúe hablando, pues cavará su propia sepultura.

—Pregúntale cómo supo dónde estaba nuestro campamento —sugirió otro.

—¿Quién le dijo que estábamos aquí? —le preguntó de Lettenhove.

—Contestaré a todas sus preguntas: yo viajaba en el bombardero que fue derribado por los japoneses. Los tres americanos que mencioné son sobrevivientes de ese avión. Unos aborígenes me informaron ayer en dónde estaba el campamento, y les advierto que ellos colaboraban con los nipones. En su aldea estaba un destacamento japonés, al que desbaratamos en un combate.

—Usted habla un excelente alemán —dijo uno de los hombres en tono acusador.

—Hablo varios idiomas —le contestó Tarzán—, incluso el holandés.

De Lettenhove se sonrojó y le preguntó bruscamente:

—¿Por qué no me dijo todo esto desde el principio?

—Quería asegurarme de que me encontraba entre amigos. Ustedes podían ser «colaboradores». Lo digo porque hace poco tuve una experiencia desagradable con una banda de forajidos holandeses armados.

—¿Qué le hizo creer que somos dignos de confiar?

—El aspecto del campamento: no es el de una banda de forajidos indisciplinados. Además, entendí todo lo que ustedes hablaban en holandés. Oí que temían que yo fuera un espía, lo que significa que no están en buenas relaciones con los japoneses. Estoy convencido de que puedo confiar en ustedes y lamento que no tengan confianza en mí. Su ayuda habría sido de mucha utilidad para mis amigos y para mí.

—Me gustaría creerlo —le contestó de Lettenhove—, pero dejaré

que el capitán van Prins sea el que decida.

—Si él describe a Corrie van der Meer y a Tak, yo lo creeré —dijo uno de los hombres—. Si están muertos, como se ha rumoreado, no podrá describirlos. Recuerden que supimos que a Corrie la mataron en las montañas, junto con sus padres, hace aproximadamente dos años, y que Tak fue capturado por los japoneses, que lo acribillaron cuando intentaba escapar del campo de concentración. El inglés no puede conocerlos, a menos que ellos estén vivos y juntos.

Tarzán describió a sus dos amigos detalladamente y les relató unas de las muchas aventuras que ellos habían corrido en aquellos dos últimos años.

—Le creo ahora —le dijo de Lettenhove, ofreciéndole la mano en señal de amistad—. Perdóneme, pero tenemos que sospechar de todos.

—Al igual que yo —contestó Tarzán.

—Discúlpeme si lo que le voy a preguntar le parece indiscreto —dijo el teniente—, pero me gustaría saber por qué anda semidesnudo como Tarzán.

—Por la sencilla razón de que soy Tarzán.

Al darse cuenta de la incredulidad que asomaba en los rostros de los allí reunidos, Tarzán les explicó:

—Quizá ustedes recuerden que Tarzán es inglés y que se llama Clayton, apellido que di cuando llegué.

—¡Muy cierto! —exclamó uno de los hombres—. John Clayton, lord Greystoke.

—¡Observen! —dijo otro—. En la frente tiene la cicatriz que le dejó un gorila cuando peleó con él, siendo niño.

—Eso lo decide todo —comentó de Lettenhove.

Los hombres rodearon a Tarzán y le hicieron innumerables preguntas. Todos se mostraban amables y trataban de hacerle olvidar los recelos que habían tenido de él.

—¿Sigo prisionero? —le preguntó a de Lettenhove.

—No, pero quisiera que se quedara aquí hasta que el capitán regrese. Estoy seguro de que él le brindará la ayuda que usted solicite.

16

Al entrar Corrie en el bosque, vio a un hombre parado en el camino, a unos treinta metros de ella. Era Hooft, que se quitó el sombrero y la saludó, sonriendo.

—Gracias por venir —dijo—. Temía ir a la aldea, hasta asegurarme de que allí no hay enemigos.

Corrie avanzó hacia él. No lo reconoció y, aunque él sonreía, su apariencia era desagradable, por lo que ella mantuvo su rifle preparado.

—Si usted es un holandés leal —dijo—, será bien recibido por los blancos de esta aldea. ¿Qué quiere de ellos?

Ella había avanzado sobre poco más o menos quince metros cuando, de pronto, unos hombres salieron de la maleza que había a ambos lados del camino. Alguien levantó el cañón de su rifle, unas manos asieron el arma y la arrebataron de las manos de la joven.

—¡No haga ruido y no le pasará nada! —dijo uno de los hombres.

Levantaron sus pistolas hacia ella, como una advertencia de lo que pasaría si gritaba pidiendo ayuda. La joven vio que quienes la rodeaban eran holandeses, y se dio cuenta de que, probablemente, eran de la misma banda de forajidos de la que habían escapado Tak y Tarzán. Se reprochó el haberse puesto tan estúpidamente en su poder.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó.

—No vamos a hacerle daño —dijo Hooft—. Venga tranquilamente con nosotros y no la retendremos mucho tiempo.

Todos estaban ya avanzando por el camino. Los hombres iban delante y detrás de ella, y Corrie comprendió que le sería imposible escapar.

—Pero ¿qué van a hacer conmigo? —insistió.

—Lo sabrá en un par de días.

—Mis amigos nos seguirán y, cuando den con usted, usted deseará no haberme visto nunca.

—Nunca darán conmigo —dijo Hooft—. Y aun cuando lo consiguieran, ellos solo son cuatro y los aniquilaríamos en un momento.

—No los conoce —dijo Corrie—. Han matado a cuarenta japoneses hoy, y lo encontrarán, no importa dónde se esconda. Sería mejor que me dejara regresar, porque lo pagará muy caro si no lo hace.

—¡Cállese! —dijo Hooft.

Avanzaron más de prisa. La noche caía, pero ellos no se detuvieron. Corrie pensó en Jerry y los otros. Más que nada, pensaba en Jerry. Se preguntaba si ya habrían notado su ausencia, pero no dudaba de lo que harían al notarla. Sabía que la búsqueda comenzaría inmediatamente. Probablemente, ya había empezado. Se retrasó, fingiendo estar cansada, pero ellos la empujaron con rudeza, blasfemando.

En la aldea, Jerry fue el primero en extrañarse de que Corrie no se hubiera reunido con ellos cuando los indígenas preparaban la merienda. Vio a Amat, y pidió a van der Bos que lo enviara en busca de Corrie. El indígena fue a la casa que Corrie había ocupado y fingió buscarla. Después regresó a decir que no estaba ahí.

—La vi internarse en el bosque, hace un rato —dijo—. Supuse que ya había regresado, pero no está en su casa.

—¿Por dónde entró en el bosque? —preguntó van der Bos. Amat señaló un camino distinto del que Corrie había tomado.

Cuando van der Bos hubo traducido lo que Amat le dijo, Jerry tomó su rifle y entró en el bosque. Los otros lo siguieron.

—¿Por qué se le habrá ocurrido ir a pasear a estas horas por el bosque, sola? —preguntó Jerry.

—Tal vez no fue a pasear —dijo Rosetti—. Quizá ese pequeño apestoso estaba mintiendo. No me gusta ese tipo: parece una rata.

—Yo tampoco le creo a ese fulano —dijo Bubonovitch—. Corrie no hace cosas como esa habitualmente.

—Lo sé —dijo Jerry—, pero tendremos que buscarla, de cualquier manera. No podemos dejar pasar una oportunidad de

encontrarla, por pequeña que sea.

—Si ese pequeño enano amarillo estaba mintiendo y sabe qué ha sido de Corrie, le atravesaré el pecho con una bayoneta, de lado a lado —gruñó Rosetti.

Fueron hacia el bosque, llamando a Corrie por su nombre a gritos. Después se dieron cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. En la obscuridad de la noche no hubieran visto una pista en caso de que hubiese habido alguna.

—Si al menos estuviera Tarzán aquí —dijo Jerry—. ¡Dios mío! Yo me siento totalmente inútil.

—Algo sucio se está llevando a cabo —dijo Rosetti—. Creo que debíamos dar orden de regresar y registrar en la aldea.

—Tienes razón, «Camarón» —dijo Jerry—. ¡Regresemos allá!

Hicieron salir a los aborígenes de sus casas y los condujeron al centro de la aldea. Entonces van der Bos los interrogó. Los primeros en ser interrogados negaron tener conocimiento de la partida de Corrie, y de su paradero. Al llegar su tumo a Lara, Amat empezó a alejarse a hurtadillas, pero «Camarón», que había estado vigilándolo, lo sujetó por la nuca, le hizo dar media vuelta y lo empujó al centro del grupo, al mismo tiempo que le daba un rápido puntapié en los pantalones.

—Este piojo estaba tratando de huir —anunció—. Les dije que era un pillastre —y sostenía la afilada punta de su bayoneta sobre la pequeña espalda de Amat.

Van der Bos interrogó a Lara detenidamente y luego tradujo sus respuestas a los otros.

—Esta muchacha dice que Amat vino y le dijo a Corrie que un amigo de su padre estaba esperando al borde del bosque y que quería verla, pero que fuera sola, ya que él no sabía si nosotros lo recibiríamos bien. Ella entró en el bosque por ese camino —y lo señaló. No era el camino que Amat había indicado.

—¡Se lo dije! —gritó Rosetti—. Digan a ese zorrillo que rece sus plegarias, porque voy a matarlo.

—¡No, Rosetti! —dijo Jerry—. Es el único que sabe la verdad, y no podremos sacársela si está muerto.

—No puedo esperar —dijo Rosetti.

Tak van der Bos interrogó concienzudamente a Amat, mientras Rosetti mantenía la punta de una bayoneta contra el riñón

izquierdo del asustado aborigen.

—Según el relato de este hombre —dijo Tak—, fue al bosque para recoger fruta. Casi inmediatamente fue capturado por una banda de hombres blancos. Dice que eran cerca de veinte. Uno de ellos lo obligó a llevar ese mensaje a Corrie, amenazándolo con volver y matarlo si Corrie no iba sola. Dice que él estaba muy asustado y que además pensó que ese hombre quería simplemente platicar con ella. Afirma que no sabía que ellos iban a capturarla.

—¿Eso es todo? —preguntó «Camarón».

—Ese es todo su relato.

—¿Puedo matarlo ahora, capitán?

—¡No! —dijo Jerry.

—¡Oh, diablos! ¿Por qué no? Tú sabes que miente.

—Nosotros no somos japoneses, Rosetti, y tenemos otras cosas que hacer ahora.

Luego, se volvió hacia van der Bos.

—¿No te parece que esos tipos eran los mismos de quienes escaparon Tarzán y tú?

—Creo que no hay duda.

—Entonces, ¿podrías guiarnos a su campamento?

—Sí.

—¿De noche?

—Podemos partir ahora —dijo van der Bos.

—¡Bueno! —exclamó Jerry—. Partamos.

Rosetti dio a Amat un rápido piquete con su bayoneta, que hizo brotar un grito de terror al indonesio. Jerry se volvió entonces hacia el sargento.

—No lo maté, capitán, pero, por suerte, usted no me dijo que no lo pinchara.

—Me gustaría matarlo yo mismo, «Camarón» —dijo Jerry—, pero no podemos hacerlo.

—Yo sí puedo —dijo Rosetti—, si usted mira hacia otro lado por un segundo.

Pero Jerry sacudió la cabeza y partió hacia la entrada del bosque. Los otros lo siguieron. «Camarón» iba sacudiendo la cabeza y refunfuñando.

—¡Pensar que esa pobre muchacha está en poder de esos pillos! —dijo—. Si este enano apestoso nos lo hubiera dicho, la

hubiéramos rescatado antes. Por unos segundos, quisiera que fuésemos japoneses.

Bubonovitch no le hizo ninguna observación acerca de los misóginos, pues no estaba de humor para bromear, pero no pudo menos que recordar lo violentamente irritado que había estado «Camarón» cuando habían tenido que añadir una «damisela» a su grupo.

Corrie caminaba a grandes zancadas con sus captores, sin ofrecer resistencia, sabiendo que sus tácticas para retrasarlos no le acarrearían más que malos tratos.

Después, oyó tres golpes sordos adelante, como si alguien le hubiera pegado al tronco de un árbol tres veces con un instrumento pesado. Los hombres se detuvieron, y Hooft golpeó el tronco de un árbol en tres ocasiones con la culata de su rifle, dando dos golpes muy seguidos, haciendo una breve pausa y dando luego un último golpe.

Una voz de mujer preguntó:

—¿Quién es?

El jefe de los forajidos replicó:

—Hooft.

—¡Entra! —dijo la mujer—. Reconocería tu voz aunque la oyera en el infierno.

El grupo avanzó y después la mujer habló de nuevo, directamente desde arriba de ellos:

—Voy a bajar —dijo—. Pon a uno de tus hombres aquí, Hooft, pues este no es trabajo para una dama.

—¿Quién te dijo que eras una dama? —preguntó Hooft, mientras la mujer descendía de la plataforma desde la cual había estado vigilando el camino que llevaba al campamento. Era Sarina, la esposa de Hooft.

—No fuiste tú, querido —dijo la mujer.

—Ya no necesitaremos guardia aquí —dijo Hooft—. Pronto abandonaremos este lugar.

—¿Por qué? ¿Te está buscando algún inválido con un tirador de goma?

—¡Cállate! —rezongó Hooft—. Quiero que dejes de graznar.

—No me hagas reír —dijo Sarina.

—Me estoy cansando de ti —dijo Hooft.

—Yo he estado cansada de ti desde hace mucho tiempo, querido. Algún día te voy a cambiar por un orangután.

—¡Oh, cállate! —gruñó uno de los hombres—. Todos estamos cansándonos de oírlos reñir.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Hooft. Nadie replicó.

Después, entraron en el campamento y despertaron a las mujeres, tras de lo cual sobrevino una discusión áspera, cuando ellas supieron que el campamento iba a levantarse para partir, esa misma noche.

Prendieron algunas antorchas y, a su débil y parpadeante luz, la banda recogió sus escasos enseres. La luz sirvió, también, para que las mujeres descubrieran a Corrie.

—¿Quién es ese joven? —demandó una de ellas—. Este no es lugar para un muchacho simpático.

—No es un muchacho —dijo un bandolero—, sino una joven.

—¿Qué quieren de ella? —preguntó una mujer, suspicazmente.

—Los japoneses la buscan —explicó Grotius, el segundo en el mando.

—Tal vez no la encuentren —dijo Hooft.

—¿Por qué no? —preguntó Grotius.

—Quizá yo me he encaprichado con ella. Voy a regalar a Sarina a un mono.

Todos rieron, y las carcajadas de Sarina fueron más fuertes que las de los demás.

—Tú no eres guapo, ni es agradable escucharte ni vivir contigo —dijo ella—; pero hasta que encuentre otro hombre para mí, no vas a poder andar haciendo locuras con otra mujer. Y que no se te olvide esto.

Sarina era una bien formada mujer, de treinta y cinco años, ágil y musculosa. Una pistola automática colgaba siempre de su cadera y su carabina estaba siempre a su alcance. No se consideraba completamente vestida si su *parang* no estaba balanceándose en su funda, colgado de su cinturón. Pero estos eran solamente símbolos externos de la ferocidad formidable de Sarina. Era esa innata ferocidad, cuando se manifestaba, la que hacía que la temieran los asesinos y degenerados que formaban la banda de Hooft. Ella había heredado sus temibles instintos. Su abuelo materno había sido un cazador de Borneo, y su abuela materna, una caníbal. Su padre

había sido un holandés que vivió en medio de las más turbulentas aventuras en los mares del sur, complaciéndose en cometer fraudes y en practicar la piratería; murió al fin en la horca, por asesinato. Sarina, continuando con las tradiciones de su familia, aunque no había expiado sus culpas como su padre, había estado cumpliendo una condena de por vida, por asesinato, cuando fue puesta en libertad al empezar la invasión japonesa.

El hombre que ella había matado merecía haber sido asesinado mucho tiempo antes, así que nadie juzgaría a Sarina muy severamente; también es verdad que, como es frecuente en caracteres como el de Sarina, ella poseía muchas características encomiables: era generosa, leal y honesta. Por la menor causa era capaz de luchar por lo que ella creía que era justo; de hecho, no necesitaba ni siquiera esa causa. Hooft la temía.

Corrie había escuchado con miedo creciente el cambio de galanterías entre Hooft y Sarina, y no sabía a quién temer más. Sabía que podía ser entregada a los japoneses, violada por Hooft o asesinada por Sarina. No era una perspectiva agradable y solo le quedaba orar porque Jerry y los otros llegaran a tiempo.

Los forajidos salieron del campamento por un camino distinto al que recorrieron al capturar a Corrie. Hooft dio órdenes de borrar toda huella de su marcha y de dejar rastros falsos. Cuando Corrie las oyó, el último rayo de esperanza pareció extinguirse. Solo le quedaba rezar.

Durante la marcha, Sarina no se alejaba de ella. Corrie esperaba que esto mantendría apartado a Hooft. Ella temía más a él que a la mujer.

17

Tak van der Bos guío a Jerry, Bubonovitch y Rosetti a través de la obscuridad de aquel bosque ecuatorial hacia el campamento de los forajidos. Los ruidos nocturnos de la selva los rodeaban por completo; pero nada veían, ni siquiera podían verse los unos a los otros. Se guiaban solamente por los ligeros sonidos producidos por las pisadas del hombre que precedía la fila. Si van der Bos aminoraba la marcha o se detenía para seguir el rastro, ellos chocaban unos contra otros. A menudo, chocaban contra árboles o tropezaban al hallar algún obstáculo, maldiciendo en voz baja. En caso contrario, avanzaban en silencio. Nadie hablaba.

Extraños sonidos salían de la selva: incontables crujidos y, a veces, un grito de terror o de agonía. La vida y la muerte estaban a su alrededor. Algunas veces había extraños silencios, más amenazadores que los ruidos. Entonces, Bubonovitch pensaba: «La muerte está en camino. La selva está esperando su ataque. Cada criatura teme llamar la atención».

Rosetti se sentía como un hombre que camina en sueños, que por más que camina no llega a parte alguna. Era como si hubiera caminado por siempre y tuviera que seguir caminando en las sombras por toda una eternidad.

Jerry solo pensaba en lo que podría ocurrirle a Corrie, y se irritaba por la lentitud de su avance. Se preguntaba por enésima vez cuánto tiempo pasaría antes que llegaran al campamento, cuando tropezó con van der Bos. Rosetti y Bubonovitch, a su vez, tropezaron con él.

Van der Bos los reunió y susurró:

—Preparen sus armas. Nos estamos acercando al lugar donde está su centinela. Quizá podamos escurrirnos en la obscuridad. Si

grita, Jerry y yo acabaremos con él; luego, atacaremos el campamento, gritando como demonios, pero no podemos disparar hasta que hayamos localizado a Corrie. Cuando lo hayamos hecho, podremos comenzar a disparar y luego avanzaremos a través del campamento. Hay un camino al otro lado. No se separen.

—Creo que debíamos ir disparando, pero al aire —sugirió Jerry.

—Eso es mejor —aprobó van der Bos—. ¡Vamos!

No había centinela, así que ellos se arrastraron silenciosamente hasta el campamento desierto para explorarlo. El claro estaba ligeramente iluminado por la luna, y pronto descubrieron que su presa había huido. Sus reacciones por esta decepción fueron expresadas de varias maneras poco delicadas.

—¿Adónde iremos ahora? —inquirió Rosetti.

—Tendremos que esperar que haya luz, antes que podamos dar con su rastro —dijo Jerry—. Yo montaré guardia por una hora y el resto de ustedes dormirá un poco. Luego, alguien me relevará durante una hora. Para entonces ya será de día.

—Deje que yo monte guardia, capitán —dijo Rosetti—. Puedo hacerlo mejor que usted.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Jerry.

—Pues…, pues, usted ya es bastante viejo y sería mejor que descansara.

Jerry sonrió, y dijo:

—El general Stilwell era bastante más viejo que yo. Gracias de todos modos, «Camarón»; pero yo montaré la primera guardia y luego te llamaré.

Tan pronto como hubo luz, buscaron las huellas de los forajidos; pero no encontraron pista alguna que saliera del campamento. Aquello parecía inexplicable, hasta que Bubonovitch sugirió que se habían ido por el mismo camino por el que ellos llegaran y que, de este modo, el rastro de los malhechores había sido borrado por el suyo.

—Deben de haberse ido por la derecha, en la bifurcación —dijo van der Bos—. Creo que tendremos que volver hasta allí y empezar la búsqueda nuevamente.

Pero cuando llegaron a la bifurcación, no había ninguna señal de un rastro fresco que siguiera por el camino principal.

—¿Qué demonios habrá sido de ellos? —preguntó Rosetti—.

Hay algo raro en todo esto…, la gente no se esfuma así.

—Probablemente emplearon algún hechizo para desvanecerse —dijo Bubonovitch.

—Debemos de tener un poco de ese hechizo en nuestro cerebro —dijo Jerry, con tono de disgusto.

—O en nuestras narices, ojos y oídos —dijo Bubonovitch—. Tarzán tenía razón. La civilización nos ha embotado la mayoría de nuestros sentidos. Supongo que él hubiera encontrado ese rastro así… —hizo chasquear los dedos.

—Tarzán es muy astuto —dijo Rosetti—, pero ni siquiera él podría encontrar una pista donde no hay ninguna.

—Todo lo que podemos hacer —dijo Jerry—, es regresar a la aldea y esperarlo. Un puñado de zoquetes como nosotros no podría hallar la pista, y si lo intentamos podríamos perder todo contacto con Tarzán, cuando él regrese.

Un grupo abatido fue el que retornó a la aldea. Cuando Amat vio a Rosetti entrar en ella, desapareció en la selva y trepó a un árbol. Allí, el aterrorizado e infeliz colaborador permaneció hasta la llegada de la noche siguiente.

Tarzán esperó en el campamento de la guerrilla hasta que el capitán Kervyn van Prins regresó. Van Prins, de Lettenhove y Tarzán conferenciaron largamente. Tarzán les habló de la destrucción del destacamento japonés en la aldea y de los rifles y municiones sobrantes, que la guerrilla podía usar en provecho propio.

—Cuando partí ayer —dijo—, mis amigos iban a tender una celada a la partida de socorro japonesa, que se esperaba de un momento a otro. Si ha llegado, no tengo duda alguna sobre el resultado de ese encuentro; en ese caso, habrá un pequeño equipo adicional para usted si se preocupa por ir a recogerlo. Pienso que la aldea necesita una lección también. Sus habitantes están trabajando, indudablemente, con los japoneses.

—Usted dice que cree que la partida de socorro japonesa consistía en unos veinte hombres —dijo van Prins—, y sus amigos son solo cinco, contando entre ellos a una muchacha. ¿No es usted demasiado optimista al pensar que un encuentro resultaría en una victoria para sus amigos?

Tarzán sonrió.

—Usted no conoce a mi gente —dijo—. También tienen una tremenda ventaja sobre los japoneses, pues saben que estos vienen, en tanto que los japoneses ignoran que ellos están allí, esperándolos en los árboles, a ambos lados del camino, armados con rifles y granadas de mano. Y tome en cuenta la habilidad para luchar de la joven, capitán. Ella es buena tiradora y tiene en su haber varios nipones. Está impregnada de un odio hacia los japoneses que llega casi hasta la exaltación.

—¡La pequeña Corrie van der Meer! —exclamó van Prins—. Es casi increíble.

—Y dos de nuestros norteamericanos —continuó Tarzán—. Ellos fueron capturados y maltratados por los japoneses y estuvieron a punto de ser decapitados, cuando el capitán norteamericano y Corrie llegaron a salvarlos, muy a tiempo. Creo que podrán, al menos, con cinco japoneses por cabeza. Han llegado a odiarlos mucho. No, no creo que necesitemos preocuparnos por el resultado de la pelea, si hubo alguna; como dirían los norteamericanos: «Lo hicimos antes y podemos hacerlo nuevamente».

—Muy bien —dijo van Prins—, iremos con usted. Ciertamente podemos hacer uso de más rifles y municiones. Posiblemente deberíamos unir nuestras fuerzas. Podemos discutir eso cuando estemos todos juntos. ¿Cuándo quiere usted que partamos?

—Yo me voy ahora —replicó Tarzán—. Los esperaremos en la aldea.

—Podemos ir con usted —dijo van Prins.

Tarzán sacudió la cabeza.

—Temo que no, debido a mi manera de viajar. A marchas forzadas, pueden llegar allá mañana, pero yo estaré allí esta misma noche.

El holandés se encogió de hombros escépticamente; pero sonrió, y dijo:

—Muy bien. Nos veremos mañana.

Estaba amaneciendo cuando los forajidos abandonaron el bosque y entraron a un estrecho valle. Habían traído su provisión de aguardiente consigo y casi todos estaban ebrios. Por encima de todo, deseaban acostarse a dormir. Hicieron su campamento bajo unos árboles, a un lado del pequeño río que serpenteaba por el valle hacia el mar.

Hooft ordenó que las mujeres montaran guardia, ya que habían podido dormir algo la noche anterior. Como Sarina era la única mujer que no había bebido durante la noche, se ofreció voluntariamente a vigilar durante el primer turno. Pronto, las demás estuvieron tendidas y roncando. Pero Corrie no podía dormir. Varios planes de escape pasaban por su mente, ahuyentando el sueño. Vio que todos, excepto Sarina, estaban profundamente dormidos. Quizá Sarina sucumbiría a la fatiga, también, y ella podría escapar. Sabía exactamente dónde estaba, y cómo hallar el camino que conducía a la aldea. Más abajo, en el valle, encontraría probablemente los huesos del rinoceronte y el ciervo que Tarzán había matado. Un poco más allá, llegaría al camino que salía del valle y se internaba en el bosque.

Miró las armas de los hombres y mujeres dormidos. Si pudiera apoderarse de un *parang* sin que Sarina la viera…, entonces solo tendría que acercarse a la mujer. Con el tiempo, quizá Sarina se distraería, volvería la cabeza y Corrie utilizaría su afilado cuchillo. Luego, armada con rifle, pistola y *parang*, estaría muy lejos, con rumbo a la aldea, antes que los aturdidos borrachos despertaran.

Corrie ya se había acostumbrado a pensar en matar y morir. Su vida, antes tan protegida por sus padres, se había convertido en una batalla por la existencia. Si los enemigos no podían ser eludidos, debían ser muertos, y esta mujer era una enemiga. Corrie la temía tanto como a los hombres. Pensaba en ella como en una criatura terrible, enfangada en el vicio.

Sarina todavía era una mujer relativamente joven. Tenía la cálida belleza que tantas mujeres eurasiáticas poseen y el erecto y gracioso porte que caracteriza a las mujeres de Java y Sumatra, y era delgada y físicamente perfecta. Pero Corrie la veía con ojos llenos de odio y de repugnancia.

Sarina estaba observando a Corrie, con tanta atención que su entrecejo se fruncía. Parecía que nunca dejaría de mirarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Sarina.

—Van der Meer —replicó la joven.

—¿Corrie van der Meer? —Sarina sonrió—. Eso pensé: te pareces a tu madre.

—¿Conoció usted a mi madre? —inquirió Corrie—. No es posible.

Su tono sugería que la mujer había insultado la memoria de su madre con el solo hecho de decir que la había conocido.

—Pero así es —dijo Sarina—. Conocí a tu padre, también. Trabajé para ellos mientras estuviste en la escuela, en Holanda. Fueron muy buenos conmigo. Los amaba a los dos. Cuando me vi en dificultades, tu padre contrató a un magnífico abogado para que me defendiera. Pero de nada sirvió: la justicia no es para los eurasiáticos, o tal vez debería decir que la piedad no es para ellos. Yo era culpable, pero había circunstancias que hubieran contado en mi favor si yo hubiese sido blanca. Todo eso pasó; pero, como tu padre y tu madre fueron buenos conmigo y me ayudaron, yo te ayudaré.

—¿Cómo se llama? —preguntó Corrie.

—Sarina.

—Oí a mi padre y a mi madre hablar mucho de usted. Ellos la querían mucho. Pero ¿cómo puede usted ayudarme?

Sarina caminó hacia uno de los hombres dormidos y tomó su rifle y algunas municiones; se los trajo a Corrie.

—¿Sabes cómo volver a la aldea en la que te encontraron, muchacha?

—Sí.

—Entonces, vete ya. Estas bestias embriagadas dormirán largo tiempo.

—¿Cómo podré agradecérselo, Sarina? —dijo la joven, y pensó: «¡Y yo iba a matarla!».

—No me lo agradezcas a mí sino a tu padre y a tu madre, que fueron buenos con una eurasiática. ¿Sabes emplear un rifle?

—Sí.

—Entonces, ¡adiós y buena suerte!

Impulsivamente, Corrie abrazó a la mujer que había estado a punto de matar, y la besó.

—Dios la bendiga, Sarina —dijo.

Luego, se alejó por el valle. Sarina la observó alejarse, y había lágrimas en sus ojos. Tocó el lugar de la mejilla donde Corrie la había besado, casi reverentemente.

Corrie aprovechó la protección que le brindaban los árboles que crecían a lo largo de la margen izquierda del río. El camino que conducía fuera del valle estaba más lejos de lo que ella había

imaginado, y ya había pasado el mediodía cuando lo vio, serpenteando a través del valle desde el lado opuesto. Pero también vio otra cosa, que le oprimió el corazón: unos indígenas estaban levantando un campamento para esa noche, directamente en su ruta, y con ellos había dos soldados japoneses. Tendría que esperar la obscuridad para tratar de pasar sin ser vista.

Trepó a un árbol, y trató de estirarse. Estaba cansada y tenía mucho sueño, pero no se atrevía a dormir por temor a caer. Al fin encontró unas ramas en las cuales pudo acomodar su cuerpo sin peligro de caer. Estaba muy incómoda; sin embargo, se durmió, completamente exhausta.

Cuando despertó, vio que había dormido mucho tiempo, pues la luna brillaba en lo alto del cielo. Alcanzó a ver las fogatas en el campamento de los indígenas. Ahora podía deslizarse a un lado de ellos y alcanzar el camino de la aldea. Estaba preparándose a descender, cuando oyó el sordo gruñido de un tigre. Sonó muy cerca. Desde una corta distancia se elevó el ladrar y gruñir de unos perros salvajes. Corrie decidió permanecer donde estaba.

18

Era tarde cuando Tarzán llegó a la aldea. Bubonovitch, que estaba de guardia, le pidió la contraseña.

—El coronel Clayton —respondió Tarzán.

—Avance para que lo reconozca, coronel; pero, de todos modos, conozco su voz, y doy gracias al Señor de que ya esté usted de regreso.

Tarzán se acercó.

—¿Pasa algo malo, sargento? —preguntó.

—Le diré que sí pasa algo malo… Corrie ha sido secuestrada —y contó a Tarzán todo lo que sabía del asunto.

—¿Y ustedes no pudieron encontrar su rastro?

—No había rastro alguno.

—Tiene que haberlo —dijo Tarzán.

—Espero que esté usted en lo cierto, señor.

—No podemos hacer nada hasta mañana. Partiremos en cuanto haya luz.

Jerry estaba de guardia cuando Tarzán despertó, en la mañana. El norteamericano, ansioso de dar comienzo a la búsqueda, ya había hecho salir a los otros a toda prisa. Llamaron a Lara, pues ella era la única indígena en la que confiaban. Van der Bos habló con ella. Le dijo que una banda de guerrillas llegaría a la aldea en cualquier momento durante el día, y la instruyó para que les dijera lo que había ocurrido y les pidiera que permanecieran ahí hasta que los buscadores regresaran.

Cuando Corrie estuvo fuera de la vista del campamento de los forajidos, Sarina despertó a la mujer que habla resentido más los efectos de la bebida y le dijo que la relevara en la guardia. Nada dijo acerca de la fuga de la prisionera, suponiendo que el cerebro de

la mujer estaría tan confuso que no lo notaría, y tuvo razón.

La guardia fue cambiada dos veces más, antes que Hooft despertara. Cuando descubrió que Corrie había desaparecido, se puso furioso. Interrogó a todas las mujeres que habían estado de guardia. Sarina insistió en que Corrie aún estaba allí cuando ella dejó el puesto a otra. Las demás insistieron en que la prisionera no se había ido mientras ellas vigilaban, y Hooft nada consiguió en absoluto.

Había dormido todo el día. Ahora estaba obscureciendo y era demasiado tarde para empezar la búsqueda. Todo lo que pudo hacer fue maldecir a las mujeres y tratar de consolarse con una botella de aguardiente.

Mientras Tarzán y los otros salían de la aldea para buscarla, a la mañana siguiente, Corrie observaba con impaciencia el campamento de los indígenas y los dos japoneses. No se atrevía a descender mientras ellos no se hubieran ido. Los vio preparar el desayuno y comer sin prisas, pensando que nunca acabarían. Pero, después de un rato, terminaron.

Se acercaron al escondite de Corrie, y ella se ocultó en el árbol, donde el follaje era más denso. Al fin, pasaron en fila, muy cerca; y Corrie reconoció a Iskandar, el jefe de los aborígenes que una vez la había raptado, y a varios de su banda. Cuando estuvieron lejos, Corrie descendió del árbol y siguió el camino, hacia el bosque. Al fin estaba a salvo, pues todos sus enemigos habían quedado a su espalda, y ella se encontraba en un camino que conocía perfectamente y que conducía directamente adonde se hallaban sus amigos.

Iskandar continuó marchando con su grupo hasta que estuvieron a la vista de los forajidos; entonces, los dos japoneses se ocultaron, y los aborígenes se acercaron a Hooft y su gente. Hubo una breve plática entre Iskandar y Hooft; luego, el indígena envió a uno de sus hombres a decir a los japoneses que los hombres blancos eran amigos.

Después que los dos japoneses se reunieron con ellos, las botellas de aguardiente circularon mientras los hombres discutían sus planes. Los japoneses eran oficiales no comisionados del destacamento del capitán Tokujo Matsuo y, por lo tanto, estaban ansiosos por capturar a Corrie, como lo estaban Iskandar y Hooft,

pues cada quien pensaba en la recompensa, si devolvían la muchacha al oficial japonés.

Desgraciadamente para ellos, bebieron demasiado aguardiente; y, aunque partieron en la dirección correcta, no dieron con el rastro de Corrie. Cuando llegaron al camino que conducía al bosque, que Corrie había tomado, Sarina dijo que había descubierto la pista y los guío hacia el valle. Así, nuevamente, quien había conocido la bondad de sus padres, intervino para salvar a la joven.

Tarzán, Jerry y los otros se encaminaron rápidamente hacia el abandonado campamento de los forajidos. Tarzán examinó el rastro que había confundido y engañado a sus compañeros; luego, los guío por el camino que los forajidos habían tomado. Los otros dudaban, pero lo siguieron.

—Las huellas apuntan hacia el campamento —dijo Rosetti—. Vamos en una dirección equivocada, y solo estamos perdiendo tiempo.

—Me han dicho que eres un gran artillero de torre, «Camarón» —dijo Tarzán—; pero eres muy mal rastreador. La gente que buscamos pasó por este camino anoche, en la misma dirección que llevamos nosotros.

—Entonces, deben haber regresado nuevamente, coronel, pues esas pisadas apuntan hacia el lado opuesto.

—La mayoría de ellos iba avanzando —explicó Tarzán—; luego, tres hombres y una mujer caminaron hacia atrás, a espaldas de ellos, borrando el rastro de los que habían caminado adelante. Más o menos cada cien metros, otros tres hombres y otra mujer relevaban a los que borraban el rastro, porque cansa mucho caminar hacia atrás.

—No comprendo cómo puede usted decir eso —insistió Rosetti.

—Cuando uno camina hacia adelante, los talones golpean primero el suelo; luego, se impulsa uno al frente con la parte delantera de la planta del pie, al mismo tiempo que lanza polvo hacia atrás, en la dirección opuesta. Al caminar hacia atrás, la parte delantera de la planta del pie golpea primero el suelo y avanza uno apoyado en los talones, arrojando el polvo en la dirección opuesta a la que lleva. Examina el suelo cuidadosamente, y lo verás por ti mismo. Si sigues el rastro por un buen trecho, y eres suficientemente observador, verás que aproximadamente cada cien

metros hay un cambio en el tamaño de las pisadas, mostrando que otras personas toman a su cargo la tarea.

No solo Rosetti, sino los otros, se agacharon a examinar el rastro.

—¡Vaya, qué torpes somos! —exclamó Jerry.

—Debí haber sabido que era mejor no hablar —dijo Rosetti—. El coronel nunca se equivoca.

—No creas eso —dijo Tarzán—. No quiero que pienses tal cosa; pero recuerda que he seguido rastros desde que era niño, y que, innumerables veces, mi vida ha dependido de saber hacerlo. Ahora voy a adelantarme. No sería conveniente dar de manos a boca con esos sujetos.

Una hora después, el resto de la partida salió del bosque al valle abierto. Allí encontraron a Tarzán, que estaba esperándolos.

—Los forajidos pasaron por el valle hace poco tiempo —les dijo —. También he encontrado el rastro de Corrie. Ella pasó unas horas antes, sola. Evidentemente, se las arregló para escapar. Estoy seguro de que no descubrieron su pista, puesto que la que dejaron está a unos metros de la de ella, pero sin tocarla.

»Había algunos hombres y mujeres en la partida, varios indígenas y dos soldados japoneses. Al menos, dos de los hombres tenían piernas cortas y usaban *tabi* de trabajo; por eso supongo que eran japoneses. Voy a seguir adelante, siguiendo la pista de Corrie. Si tomó el camino que va hacia el bosque, haré una marca en un árbol cercano a este; si siguió hacia el valle, pondré dos marcas, y, si hago tres, ustedes sabrán que los forajidos tomaron el mismo camino que Corrie llevaba; en caso contrario, tomaron una ruta distinta.

Tarzán se volvió y se alejó al trote parejo que él podía mantener durante horas, cuando quería avanzar sobre el suelo. Ese es el paso que hizo famosos a los indios apaches.

—No sé para qué servimos —dijo Bubonovitch—. Ese hombre no nos necesita.

—Solo nos sirve de paseo —dijo Jerry.

—Creo que le estorbamos —observó van der Bos—, pero es muy paciente a ese respecto.

—Voy a practicar el descolgarme de un árbol a otro —dijo «Camarón».

—¿Y a saltar sobre los tigres? —preguntó asombrado Bubonovitch.

Al seguir Corrie lo que para ella era el camino a casa, se sentía feliz. Regresaba hacia donde estaban Tak, Jerry, Tarzán, Bubonovitch y el pequeño sargento, por quien finalmente había llegado a sentir afecto. En realidad, quería mucho a todos ellos. Desde luego, había conocido a Tak toda su vida; pero también le parecía que había conocido a los otros desde siempre. Ardía de impaciencia por verlos nuevamente y contarles sus aventuras. Tenía, asimismo, una pequeña cuenta que saldar con Amat, pero rápidamente desechó esa idea. Solo deseaba pensar en cosas muy placenteras.

Estaba concentrada en sus agradables pensamientos, algunos de los cuales concernían a Jerry, cuando repentinamente se dio cuenta de que algo se movía a través de la maleza, marchando cerca del camino. Era algo grande. Corrie preparó su rifle y puso el dedo en el gatillo, mientras miraba con atención hacia la maraña de follaje. Lo que vio alejó todo pensamiento agradable de su mente: un gran cuerpo a rayas negras y amarillas. Un tigre estaba acechándola.

¡Qué inadecuado era el rifle japonés calibre .25 que llevaba! Cuando ella se detuvo, el tigre también hizo alto. Ahora ella podía ver sus magnéticos ojos, mientras el felino estaba inmóvil, con la cabeza baja, devolviéndole la mirada. ¿Atacaría? ¿Para qué otra cosa estaría acercándose a ella?

Corrie miró a su derredor. Cerca, detrás de ella, estaba un árbol duriano, del cual pendía un fuerte bejuco. Si el tigre atacaba, podría alcanzarla antes que ella pudiese encaramarse lo suficiente para estar fuera de peligro. Si se movía demasiado rápidamente, la atacaría. Cualquier movimiento súbito de su parte significaría, sin duda alguna, una muerte terrible.

Muy cuidadosamente, inclinó su rifle contra el tronco del árbol; luego, agarró el bejuco. Observó al tigre, que no se había movido. Estaba quieto, observándola. Corrie empezó a subir muy lentamente. El tigre no dejaba de observarla. La bestia parecía fascinada. Al trepar, ella vio que sus ojos la seguían. Súbitamente, se movió hacia adelante, en su dirección.

Entonces Corrie trepó tan rápido como pudo, y el tigre atacó. Pero estaba en una posición inconveniente: tenía que correr la

mitad de la distancia alrededor del árbol y fuera del camino antes de poder recogerse sobre sí mismo para saltar y atraparla. Y, en efecto, saltó, pero falló, mientras Corrie subía gateando hasta que estuvo en lugar seguro.

Se sentó allí a horcajadas, en una rama, temblorosa, con el corazón martillando. Y el tigre se echó en el camino, al pie del árbol. Era un animal viejo y sarnoso. Probablemente porque era viejo, había sido incapaz de conseguir comida durante tanto tiempo que estaba obligado a cazar de día. Y, habiendo encontrado algo, había decidido, evidentemente, esperar hasta que su presa bajara o cayera del árbol. De vez en cuando, miraba a Corrie, con los colmillos descubiertos, y gruñía.

Corrie, aunque acostumbraba emplear un lenguaje refinado, lo insultó. La fiera había roto su sueño de volver pronto al lado de sus amigos, y yacía allí, gruñéndole ocasionalmente. Pasó una hora, y Corrie empezó a ponerse furiosa. Otra hora transcurrió, y todavía la estúpida bestia se mantenía tenazmente en su puesto. Corrie se preguntaba cuál de ellos moriría primero de hambre.

Después, varios monos saltaron al mismo árbol. También ellos gruñían al tigre y probablemente lo insultaban en el lenguaje de los monos. Entonces, Corrie tuvo una idea. Sabía que los monos eran buenos imitadores. Tomó un fruto del árbol y lo arrojó al tigre. Le pegó, con gran sorpresa de su parte, y el animal gruñó salvajemente. Ella lanzó otra fruta, y erró. Al fin, los monos captaron la idea. Era un juego, y, junto con Corrie, bombardearon al gran gato con frutos del árbol. El animal se levantó, gruñendo, y trató de alcanzar las ramas de un salto, pero cayó hacia atrás, perdió el equilibrio y rodó sobre su lomo. Un duriano le pegó de lleno en la nariz, mientras otros llovían sobre él. Finalmente, se dio por vencido y se alejó hacia la selva. Pero, por un largo rato, Corrie no se atrevió a dejar su refugio. Y estaba terriblemente asustada, cuando al fin se deslizó cautelosamente hacia abajo y recuperó su rifle.

El más leve rumor la espantaba mientras corría por el camino, rumbo a la aldea, hasta que por fin se sintió a salvo del tigre.

Una gran bestia de color negro se hallaba en un árbol, debajo del cual pasó Corrie. Ella no la vio, y el animal avanzó silenciosamente por encima de la joven, observándola. Era Oju, el

joven orangután con el que Tarzán había peleado. El rifle de Corrie lo mantenía a distancia. Oju tenía miedo de los palos negros que hacían un fuerte ruido, pero era paciente. Podía esperar.

Después, otras formas monstruosas aparecieron en los árboles y en el camino, frente a Corrie. Ella se detuvo; nunca había visto tantos orangutanes juntos. Corrie creía que no le harían daño, pero no estaba segura. Los simios le hacían muecas, y algunos hacían gestos amenazadores, pateando el suelo y dando cortas carreras hacia la muchacha. Ella mantenía el dedo en el gatillo de su rifle y retrocedía, caminando directamente debajo de Oju, que ahora estaba colgado de una rama, a unos metros de la cabeza de la joven.

Ordinariamente, los grandes monos evitan a los humanos, huyendo cuando uno aparece. Corrie se preguntaba por qué esos no se alejaban. Pensaba que lo harían después; así que esperó, sin atreverse a avanzar por el camino que algunos de ellos bloqueaban. Pensó que probablemente su gran número les dio valor para permanecer en la presencia de un ser humano. Sin embargo, no era eso; era curiosidad. Ellos querían ver qué iba a hacer Oju y no tuvieron que esperar mucho.

Oju miraba hacia abajo con los ojos inyectados de sangre, calculando la situación. Vio que la atención de la tarmangani estaba concentrada en los otros monos. Se dejó caer sobre Corrie, arrojándola al suelo; y, al mismo tiempo, le arrebató el rifle de las manos. Como el dedo de la joven estaba en el gatillo, el arma se disparó. Eso asustó a Oju, que corrió hacia un árbol y se internó en el bosque. Pero, siendo un animal obstinado, no soltó el cuerpo de Corrie, de modo que la llevó consigo.

El disparo asustó también a los otros monos que, asimismo, corrieron hacia el bosque, pero no en la misma dirección que Oju había tomado. El camino quedó tranquilo y desierto; pero Corrie no podía aprovecharlo. Estaba luchando inútilmente con los puños cerrados, descargándolos sobre el monstruoso y peludo cuerpo de su secuestrador. Esto molestó a Oju, que dio a la joven un golpe en un lado de la cabeza. Por fortuna para Corrie, fue un simple recordatorio de que a Oju no le agradaba el ser golpeado, aun cuando los golpes no le hacían el más mínimo daño. Solo dejó inconsciente a la joven. Si Oju hubiera empleado toda su fuerza, la habría matado, sin duda alguna.

Cuando Corrie recobró el sentido, lo que ocurrió poco después, pensó, al principio, que estaba teniendo una horrible pesadilla; pero eso solo duró un momento, antes de recordar lo que había ocurrido. Ahora estaba horrorizada en verdad. La enorme y peluda bestia iba a toda prisa a través de los árboles, viendo constantemente hacia atrás sobre su hombro, como si algo la persiguiera.

Corrie estaba armada con una pistola y un *parang*, pero el orangután la sostenía de tal manera que uno de sus brazos estaba cerrado sobre las dos armas, y ella no podía sacar ninguna. La bestia la llevaba hacia lo más profundo del bosque, y la joven ignoraba hacia qué horrible destino.

19

Jerry, Bubonovitch, Rosetti y van der Bos siguieron río abajo hasta que llegaron al camino que conducía, hacia la izquierda, a la salida del valle, al bosque y a la cima del risco. Allí encontraron una sola marca en el tronco de un árbol y supieron que Corrie había tomado el camino de regreso a la aldea y que sus secuestradores no la habían seguido.

Cuando llegaron a la cima del risco, escucharon el débil eco de un disparo a lo lejos, adelante de ellos. Tarzán no había llevado armas de fuego y ellos no podían saber que Corrie estaba armada. Los forajidos no habían venido por aquel camino, así que ninguno de ellos podía haber disparado el tiro. Los aborígenes habían sido advertidos de no tocar las armas japonesas que los blancos habían escondido en su aldea, y no se hubieran atrevido a armarse contra la prohibición de los japoneses, que les inspiraban un mortal terror.

Los cuatro hablaron acerca de todo ello al seguir avanzando por el camino.

—Un japonés debió de haber hecho ese disparo —dijo van der Bos—. Y donde hay un japonés debe haber otros.

—Pues quiero verlos —dijo Rosetti—. No he matado un solo japonés durante dos días.

—Tendremos que ser cuidadosos —dijo Jerry—. Me adelantaré unos cien metros y dispararé al primer japonés que vea; luego, regresaré. Ustedes escóndanse en la maleza a un lado del camino cuando escuchen mi disparo y atáquenlos cuando no puedan fallar. Dejen que ellos se acerquen.

—Pero, capitán, usted no tiene que hacer eso —dijo Rosetti—. Permita que yo lo haga.

—O yo —dijo Bubonovitch—. Ese no es trabajo para usted,

capitán.

—Bien —dijo Jerry—. Ve tú, «Camarón», y mantén el oído alerta.

—¿Por qué no te descuelgas de árbol en árbol? —inquirió Bubonovitch.

«Camarón» sonrió y se alejó corriendo.

Tarzán había seguido la pista de Corrie durante un corto trecho, cuando llegó al sitio en el que ella había tenido que subir a un árbol para salvarse del tigre. Descubrió todo lo ocurrido tan claramente como si lo hubiera leído en un libro. Hasta los frutos esparcidos le indicaron cómo había sido alejado el tigre, finalmente. Sonrió y siguió la nueva pista que indicaba que la joven había reanudado su viaje un corto rato antes. Entonces, escuchó un disparo adelante.

Trepó a los árboles y se movió rápidamente sobre el camino. Como los hombres que venían atrás de él, pensó que un japonés había hecho el disparo y, además, que Corrie había caído, sin duda alguna, en manos de un destacamento de soldados japoneses. Luego, vio un rifle tirado en el camino.

Tarzán estaba desconcertado. Los japoneses no se hubieran ido abandonando un rifle detrás de ellos. Tampoco había olor a japoneses; pero sintió el olor de los grandes monos, que era fuerte. Se dejó caer en el camino. Vio que la pista de Corrie terminaba donde se encontraba el rifle. Vio lo que parecía indicar que la muchacha había caído o había sido arrojada al suelo.

Observó, asimismo, las pisadas, de aspecto parecido al de las humanas, de los pies de un enorme orangután, impresas sobre las que había dejado Corrie; pero esas huellas estaban solamente abajo del árbol donde Tarzán se hallaba de pie.

Era claro lo que esto significaba: un orangután había saltado desde el árbol, había sujetado a Corrie y se la había llevado. Tarzán trepó al árbol y partió, siguiendo el rastro de Oju. La pista estaba clara para sus aguzados sentidos. Un escarabajo o un gusano aplastado, la falta de corteza de una rama raspada por una callosa mano o por una pata, una hebra de cabello castaño rojizo enredado en una ramita, el olor del mono y de la muchacha que aún se percibían, aunque fuese débilmente, en el perfumado aire del bosque; todo, en fin, le indicaba con claridad por dónde habían pasado.

En un pequeño claro natural, Tarzán alcanzó a su presa. Oju se había dado cuenta de que lo perseguían, y se había decidido a detenerse y luchar, si fuera necesario, en aquel espacio abierto. Todavía sujetaba a su presa, y sostenía a Corrie en tal posición que le impedía ver a Tarzán.

Ella sabía que Oju estaba haciendo frente a un enemigo, ya que el mono estaba gruñendo salvajemente, y escuchaba los gruñidos con los que le respondía su oponente, pero estos parecían provenir de un león. Desde luego, no había leones en Sumatra, pero aquella voz no era la de un tigre. La joven se preguntaba qué clase de bestia podría ser aquella.

La voz se acercaba más cada vez. Repentinamente, el orangután dejó caer a Corrie y se movió pesadamente hacia adelante. Corrie se levantó, apoyándose en las manos, y miró hacia atrás. Y, en ese instante, Tarzán se acercó a Oju. Corrie se puso de pie y sacó su pistola, pero no se atrevió a hacer fuego, por temor de herir a Tarzán. Los dos estaban trabados en un abrazo mortal.

Oju trataba de acercar su temible boca al cuello del hombre, y este detenía los amarillos colmillos con un poderoso brazo. Los dos estaban gruñendo, pero ahora en voz más baja. De pronto, Corrie creyó observar la lucha a muerte de dos fieras, por causa suya.

Tarzán estaba deteniendo las fauces de Oju lejos de su cuello, con el brazo derecho, y el izquierdo estaba pegado a su costado por uno de los del mono. Tarzán forcejeaba por librarse del abrazo y, centímetro a centímetro, estaba tirando de su brazo izquierdo para liberarlo; pero, también, centímetro a centímetro, Oju iba acercando más y más sus colmillos al cuello del hombre.

Corrie estaba horrorizada. Daba vueltas alrededor de los combatientes, tratando de hallar el momento de disparar sobre el orangután; pero los combatientes se movían con demasiada rapidez, y la joven podía herir a Tarzán tan fácilmente como a su oponente.

Los dos estaban de pie todavía, tirando y forcejeando. De repente, Tarzán echó una zancadilla al mono y se arrojó pesadamente sobre su enemigo. Oju cayó de espaldas y Tarzán sobre él. Al tratar de salvarse, el mono había soltado el brazo izquierdo del hombre. Entonces, Corrie vio brillar un cuchillo, contempló cómo entraba en el pecho del mono, y escuchó sus gritos de dolor y rabia. Una y otra vez, el cuchillo penetró en el mismo

lugar. Los gritos disminuyeron, el enorme cuerpo se estremeció y después quedó inmóvil. Oju estaba muerto.

Tarzán se levantó y colocó un pie sobre el cuerpo de su enemigo. Levantó la cara hacia el cielo y luego, repentinamente, sonrió. El grito de victoria de los grandes monos no llegó a salir de su garganta. Él mismo no sabía por qué no lo había proferido.

Corrie se sentía muy débil, sus piernas se rehusaban a sostenerla, y se sentó. Echó una mirada a Tarzán y sacudió la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó él, y Corrie asintió—. Bien, creo que tus problemas han terminado, al menos por hoy. Jerry, van der Bos y los sargentos vienen por el camino. Es mejor que volvamos a él para ir a su encuentro.

Colocó a la joven sobre su hombro y regresó por el frondoso camino por el que el mono la había traído, pero ¡qué diferente se sentía Corrie!

Cuando llegaron al camino, Tarzán lo examinó y descubrió que los otros no habían pasado todavía, de manera que se sentaron a un lado y esperaron. No hablaban. El hombre se daba cuenta de que la muchacha había pasado una terrible prueba y por eso la dejó tranquila y no la interrogó. Quería que descansara.

Pero, finalmente, la misma Corrie rompió el silencio.

—Soy muy tonta —dijo—. He tenido que emplear toda mi fuerza de voluntad para no llorar. Pensaba que mi muerte estaba muy cerca, cuando usted llegó. Fue como si hubiese brotado del aire. Supongo que esa fue la impresión que me postró. Pero ¿cómo supo usted dónde me hallaba? ¿Cómo pudo saber lo que me había ocurrido?

—No solamente en los libros se escriben historias —respondió él —. No fue difícil.

Y luego le contó cómo la había seguido.

—Yo había tenido un encuentro con ese mismo mono, hace unos días. Logré vencerlo, pero me abstuve de matarlo. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Se llamaba Oju.

—Usted nunca habló de tal cosa —dijo ella.

—No tenía importancia.

—Usted es un hombre muy extraño.

—Soy más animal que hombre, Corrie.

La joven frunció las cejas y sacudió la cabeza.

—Está usted muy lejos de ser un animal —dijo.

—Dices eso como un cumplido, porque no conoces muy bien a los animales. Ellos poseen muchas buenas cualidades que los hombres harían bien en emular. No tienen vicios. Solo el hombre los tiene, así como muchas características desagradables y criminales que las bestias no poseen. Cuando dije que yo era más animal que hombre, no quise decir que poseía todas sus nobles cualidades, sino simplemente que pensaba y reaccionaba más como una bestia que como un hombre. Tengo las reacciones de un animal salvaje.

—Bien, es posible que tenga usted razón; pero si yo fuera a un banquete, preferiría ir acompañada por un hombre que por un tigre.

Tarzán sonrió.

—Esa es una de las cosas agradables que tiene el ser animal: uno no tiene que ir a banquetes a escuchar discursos y a aburrirse soberanamente.

Corrie rio, y dijo:

—Pero alguna de las bestias que lo acompañen puede saltar sobre usted para darse un banquete.

—O un simpático hombre puede llegar y disparar sobre uno, solo por divertirse.

—Usted gana —admitió Corrie.

—Ya vienen los otros —dijo Tarzán.

—¿Cómo lo sabe?

—Usha me lo dice.

—¿Usha? ¿Quién es Usha?

—El viento. Trae tanto a mis oídos como a mi nariz la evidencia de que unos hombres vienen por el camino. Cada raza tiene un olor distinto; así, sé que esos son hombres blancos.

Un momento después, Rosetti estuvo a la vista, al salir de una curva del camino. Cuando vio a Tarzán y a Corrie, lanzó un grito de júbilo y llamó a los que venían detrás de él. Los otros se reunieron pronto con ellos. Fue una feliz reunión.

—Ahora me siento tranquilo —observó Bubonovitch.

—Parece como si hubieras estado perdida durante varias semanas, Corrie —dijo Jerry.

—Vine muy lejos, hasta el Valle de la Sombra —dijo Corrie—. Pensé que jamás volvería a ver a alguno de ustedes, y entonces,

Tarzán llegó.

Tak van der Bos se le acercó y la besó.

—Si mi cabello no se ha vuelto blanco desde que desapareciste, no son las preocupaciones las que lo encanecen. Nunca vuelvas a perderte de vista, querida.

Jerry deseó no estimar a van der Bos. Hubiera disfrutado grandemente el odiarlo. Así, Jerry se rezagó y los dejó juntos, cuando reanudaron la marcha hacia la aldea.

Tarzán se había adelantado para servir de guía. Los otros escuchaban, mientras Corrie repetía sus aventuras, hablando de la traición de Amat, de la inesperada ayuda de Sarina, de su horrorosa experiencia con Oju y de su rescate, efectuado por el hombre-mono.

—Él es magnífico —decía—. En la lucha es aterrador. Parece convertirse en una fiera salvaje, con la fuerza y la agilidad de un tigre, guiado por la inteligencia de un hombre. Ruge como un animal. Yo casi sentía miedo de él, pero cuando la lucha terminó y él sonrió, había vuelto a ser completamente humano.

—Ha añadido una deuda más a las que le debemos, y que jamás podremos pagarle —dijo Jerry.

—Es un gran sujeto —dijo Rosetti—, aunque sea inglés. Apuesto a que él no tuvo nada que ver con el tal «Jorge Toid».

—Esa es una apuesta segura, «Camarón» —dijo Bubonovitch—. También puedes arriesgar cien contra uno a que jamás tuvo relación alguna con Calígula.

Tak van der Bos pensaba que los norteamericanos eran divertidos. Le agradaban, pero a menudo no encontraba sentido en las cosas de las que hablaban.

—¿Quién fue «Jorge Toid»? —preguntó.

—Un rey de Inglaterra, de quien el alcalde Thompson dijo que lo castigaría si alguna vez iba a Chicago —explicó Rosetti.

—¿Te refieres a Jorge Tercero?

—Eso es lo que dije, pero en inglés: Jorge Toid; sin embargo, no puedo pronunciar muy bien la palabra «third», que significa tercero.

—¡Ah! —dijo van der Bos.

Bubonovitch lo estaba observando y notó que no sonreía. Le agradó por eso, ya que Bubonovitch podía reírse a costillas de «Camarón», pero no soportaría que un extranjero se burlara de él.

—Este bobo —dijo, moviendo el pulgar en dirección a Rosetti—

no sabe que la guerra de la revolución ha terminado.

—¿Te disgustan los ingleses a causa de lo que hizo Jorge Tercero? —preguntó Tak a «Camarón».

—Tú lo has dicho.

—Tal vez no pienses tan mal de ellos si recuerdas que ese rey no era inglés.

—¿Qué?

—Era alemán.

—¿No bromeas?

—No. Muchos de los ingleses de su época no lo apreciaban más que tú.

—¡Conque era alemán! Eso explica todo —dijo «Camarón».

Ahora estaba satisfecho. Podía estimar a Tarzán, sin sentirse avergonzado por ello.

Después, alcanzaron a Tarzán, que estaba platicando con dos hombres blancos barbados. Eran centinelas apostados por los guerrilleros que habían ocupado la aldea. Los otros dos caminos estaban vigilados en forma similar.

En unos cuantos minutos, la partida que regresaba había entrado en el *kampong*; y, apenas lo hicieron, Amat se marchó al bosque, por el lado opuesto de la aldea. Había alcanzado a ver la mirada de Rosetti.

20

El capitán van Prins y el teniente de Lettenhove, lo mismo que algunos otros de las fuerzas de la guerrilla, conocían tanto a Corrie como a Tak, a quienes creían muertos. Se reunieron alrededor de ellos, riendo y conversando, los felicitaron y cambiaron impresiones de las diversas aventuras que habían tenido durante más de dos años, desde que se habían conocido. Corrie y Tak pidieron noticias acerca de sus viejos amigos. De algunos se sabía que habían muerto, de otros, que habían caído prisioneros de los japoneses. Todos hablaban en su propio idioma.

Jerry, sintiéndose un mero espectador, buscó a Bubonovitch y a Rosetti. Estaban sentados debajo de un árbol, limpiando sus rifles y pistolas, pues desde que habían encontrado el equipo de los japoneses, contaban con todo lo necesario para mantener sus armas limpias y aceitadas, trabajo interminable en la húmeda atmósfera ecuatorial de las montañas de Sumatra.

Después, van Prins y de Lettenhove se reunieron con ellos para hacer planes de combate. Corrie y Tak estaban sentados a la sombra de otro árbol, a corta distancia. Corrie había notado que Jerry había estado evitando su compañía últimamente, de modo que no sugirió que se unieran a los de la conferencia. Ella se preguntaba si había hecho algo que lo hubiese ofendido, o si él estaba cansado de su compañía. Estaba resentida, y por eso redobló sus atenciones hacia Tak van der Bos. Jerry estaba atento a todo esto y se sentía desdichado. No tomó parte en la discusión que se estaba llevando a cabo. Tanto Bubonovitch como Rosetti notaron esto y se preguntaban a qué se debería el cambio que se había efectuado en él.

El resultado de la conferencia fue la decisión de que las dos

partidas reunirían sus fuerzas, al menos por el momento; pero no era aconsejable permanecer donde estaban. Cuando el destacamento que debía haber sido relevado no regresara a la base, seguramente habría una investigación, y los holandeses aún no podían enfrentarse con tropas numerosas. Ellos tenían otros planes para hostigar al enemigo.

Por lo tanto, decidieron dirigirse a una posición que conocían, más fácilmente defendible. Ello significaría, para Tarzán y los norteamericanos, volver atrás; pero van Prins les aseguró que, al final, eso aumentaría sus posibilidades de llegar a la costa sudoccidental.

—Desde donde levantaremos el campamento —explicó— hay una ruta relativamente buena, sobre la cima. Luego, ustedes pueden avanzar hacia el lado oriental de las montañas, donde, según estoy informado, hay relativamente pocos japoneses en las extensiones más elevadas; mientras que en este lado hay muchos. Les proporcionaré un mapa y les indicaré una ruta que los conducirá de regreso al lado occidental, a un punto desde donde creo que podrán mucho más fácilmente llegar a la costa, si deciden continuar lo que yo creo que es una aventura muy descabellada.

—¿Qué piensas de eso, Jerry? —preguntó Tarzán.

Jerry, al ser interrumpido en sus pensamientos, lo miró azorado.

—¿Qué pienso acerca de qué?

Tarzán lo miró con sorpresa y luego le repitió el plan.

—Lo que les parezca bien a ustedes, estará bien para mí —dijo Jerry, indiferente.

Bubonovitch y Rosetti se miraron.

—¿Qué diablos le ocurre ahora al viejo? —susurró el último.

—*Cherchez la femme* —dijo Bubonovitch, encogiéndose de hombros y mirando en dirección de Corrie y van der Bos.

—Habla claro —dijo Rosetti.

—Creo que, muy pronto, el capitán va a ser misógino nuevamente —dijo Bubonovitch.

—Ya entiendo. Me parece que es posible que yo también vuelva a ser eso otra vez. Las mujeres siempre traen problemas y solo problemas.

—¿Cuándo piensa partir? —preguntó Tarzán a van Prins.

—Creo que podemos permanecer aquí sin peligro hoy y mañana.

Los japoneses no comenzarán realmente a preocuparse acerca de ese destacamento hasta que pasen unos días, y entonces, les tomará otro día llegar a la aldea. Podemos irnos de aquí pasado mañana, muy temprano. Eso dará tiempo a mis hombres para arreglar su equipo de marcha. No puedo llamar zapatos a las cosas que están usando. El jefe de la aldea tiene mucho material y algunas de las mujeres nos están ayudando a hacer sandalias. Estábamos casi descalzos cuando llegamos a este sitio. Cuando los japoneses vengan, estaremos preparados para recibirlos. Algunos de mis hombres están abriendo un camino que sale de la aldea, paralelo al principal, hacia la base japonesa. Dispuse que lo hicieran de unos quinientos metros de largo. Si los japoneses vienen, les tendremos una sorpresa.

La conferencia terminó. Van Prins se dirigió hacia el bosque para ver el camino que abrían sus hombres. Los otros holandeses se fueron a confeccionar sandalias o a limpiar sus armas. Corrie había estado observando subrepticiamente a Jerry. Ella notó lo malhumorado que estaba y que solamente había hablado unas cuantas palabras cuando fue directamente interrogado. De pronto, pensó que podía estar enfermo. Ella había estado enojada con él, pero ese pensamiento disipó su enojo y la llenó de compasión. Caminó hacia donde él estaba sentado, solo, ensamblando la pistola japonesa que había desarmado y limpiado. Se sentó al lado de él.

—¿Qué te pasa, Jerry? —le preguntó—. No estás enfermo, ¿verdad?

—No —dijo él.

La amargura lo había invadido en tal forma que ni siquiera podía ser cortés.

Corrie lo miró con sorpresa y resentimiento. Él no vio la expresión de su rostro, porque simulaba estar concentrado en la limpieza de la pistola. La joven sabía que se estaba haciendo el desentendido, y él se odiaba a sí mismo.

«¿Qué diablos me pasa?», pensaba Jerry.

Corrie se levantó lentamente y se alejó. Jerry pensó en suicidarse. Se estaba portando como un idiota…, y lo sabía; pero era muy joven y estaba muy enamorado. Colocó de un golpe la última pieza de la pistola en su sitio y se levantó.

Corrie caminaba hacia la pequeña casa que ocupaba con la

muchacha indígena, Lara. Jerry caminó rápidamente en pos de ella. Quería decirle cuánto lo lamentaba. Cuando ella llegó al final de la escalera de mano que conducía al interior de la casa, la llamó:

—¡Corrie!

Ella no se detuvo ni miró atrás. Terminó de subir la escalera y desapareció por la puerta.

Él sabía que Corrie lo había oído y también que Tarzán, Bubonovitch y Rosetti habían presenciado todo; pero, lo peor de todo, era que también Tak van der Bos había sido testigo de lo ocurrido. Jerry pudo sentir que su cara ardía. Estuvo inmóvil por un momento, sin saber qué hacer.

—¡Al diablo con las mujeres! —dijo.

Había afrontado la muerte muchas veces, pero hacer frente a sus amigos ahora era peor. Necesitó toda su fuerza de voluntad para dar vuelta y caminar de regreso hacia ellos.

Nadie dijo nada y él se sentó en medio del grupo. Parecían estar completamente ocupados en lo que estaban haciendo. Tarzán rompió el silencio.

—Voy a ver si puedo traer carne fresca —dijo—. ¿Quiere alguien venir conmigo?

Era la primera vez que había invitado a alguno a cazar con él. Todos sabían que se refería a Jerry; así que nadie habló, esperando que lo hiciera este.

—Sí, me gustaría ir, si nadie más lo desea —dijo Jerry.

—Ven —dijo Tarzán.

Escogieron unos rifles y partieron hacia el bosque.

Bubonovitch y Rosetti estaban sentados un poco aparte de los holandeses.

—Fue un buen rasgo de Tarzán —dijo el primero—. Me siento muy apenado por Jerry. Me pregunto qué se le ha metido en la cabeza a Corrie.

—¡Oh, diablos! Todas son iguales —dijo Rosetti.

Bubonovitch sacudió la cabeza.

—Eso no fue normal de parte de Corrie, ella es diferente. Jerry debe de haber dicho algo. Él ha estado tan hueco como un oso con dolor de cabeza.

—Es ese holandés. Él y Corrie son como esto —dijo Rosetti, cruzando el dedo medio sobre el índice—. Y yo que pensé todo el

tiempo que ella se estaba enamorando del capitán. Te dije la primera vez que vimos a esa mujer que nos traería dificultades.

—Pareces sentirlo por ella, «Camarón».

—Me era muy simpática. Tal vez ella no ha hecho nada. Quizá sea el capitán quien obró mal. Ellas no tienen que hacer nada. Solo con ser mujeres causan dificultades. ¡Bah! Creo que cuando regrese a casa voy a entrar en un convento.

Bubonovitch sonrió.

—Ese sería justamente el lugar para ti, «Camarón», un hermoso convento, sin una sola mujer. Si no encuentras uno en Chicago, puedes buscar en Hollywood. Cualquier cosa que sea enredada, la tiene Hollywood.

«Camarón» sabía que Bubonovitch se estaba mofando de él, pero no sabía cómo.

—¡Sí, señor! Creo que seré monje.

Tarzán y Jerry estuvieron ausentes poco más de una hora. Regresaron a la aldea con el cadáver de un ciervo. Tarzán lo había matado. Jerry estaba contento de no haber tenido que hacerlo él mismo. Desde luego, le parecía correcto matar para comer, pero no le gustaba matar ciervos. No le importaba eliminar japoneses; eso era diferente, y tal como se sentía esa tarde, hubiera disfrutado dando muerte casi a cualquier cosa. Sin embargo, se sentía contento de no haber matado al ciervo.

Aquella tarde, Corrie comió aparte, con los holandeses. No debió hacerlo, y ella sabía que estaba obrando mal, pero fue incapaz de seguir actuando como si nada hubiese pasado. Después, deseó no haberlo hecho, pues se dio cuenta de que había agrandado la herida y de que sería difícil cerrarla otra vez. Probablemente, se haría más grande aún. Estaba muy triste, porque amaba a esos hombres con los que había pasado por tantas cosas y a los que les debía tanto. Ahora lamentaba no haber esperado a Jerry cuando él la llamó.

Cambió de idea y decidió tragarse su orgullo y dirigirse hacia ellos; pero, cuando lo hizo, Jerry se levantó y se alejó. Entonces, la joven pasó de largo y se fue a su casa. Allí, se arrojó sobre la estera donde dormía, y lloró. Por primera vez en muchos años, la muchacha lloró.

El día llegaba a su fin y Amat estaba muy cansado, cuando llegó a la base japonesa. Hizo una profunda reverencia al centinela que lo

detuvo, y, en las pocas palabras japonesas que había aprendido, trató de explicarle que tenía noticias importantes para el comandante.

El centinela llamó a un oficial no comisionado de la guardia, que casualmente había obtenido un conocimiento superficial del dialecto del país; y a él repitió Amat lo que había dicho al centinela, olvidando casi hacer la reverencia. Por lo tanto, hizo dos reverencias esa vez.

El sargento lo llevó con el ayudante, ante quien Amat hizo tres reverencias. Cuando el sargento hubo dado su informe, el ayudante interrogó a Amat, y lo que este le dijo lo excitó grandemente. No perdió tiempo en conducir a Amat ante el comandante, el coronel Kanji Tajiri, ante quien el indígena hizo cuatro reverencias.

Cuando el coronel supo que cerca de cuarenta de sus hombres habían sido muertos, se puso furioso. Amat le dijo, además, cuántos hombres blancos había en la partida que se encontraba en la aldea. Le habló de los centinelas que estaban en los caminos, y de la muchacha blanca. En una palabra, dijo todo.

Tajiri dio órdenes de que se diesen alimentos a Amat y un lugar para dormir. También ordenó que dos compañías completas se pusieran en marcha al amanecer para atacar la aldea y matar a los hombres blancos. Él mismo iría al mando, llevando a Amat consigo. Si Amat hubiese sabido esto, no habría dormido tan tranquilamente como lo hizo.

21

Durante el desayuno, a la mañana siguiente, la división se hizo más patente y definitiva. El holandés preparó su desayuno y lo comió un poco apartado de los norteamericanos y de Tarzán. El inglés sabía que eso era un gran error y una gran tontería, y que, si esa situación persistía, afectaría la moral de la compañía entera. Al mismo tiempo, aquella situación lo divertía, pues era obvio que los dos responsables estaban demasiado enamorados. Eran probablemente los únicos que no se daban cuenta de ello. Él sabía que ambos se amaban, porque solamente quienes se aman tanto pueden tratarse mutuamente en forma tan detestable.

Después que se hubieron desayunado, Tarzán y los norteamericanos fueron hacia el bosque a inspeccionar el camino que los holandeses habían cortado, y encontraron que proporcionaba un excelente escondite, invisible desde el camino principal, pero Tarzán pensó que el puesto de centinela debía estar más lejos, hacia el extremo exterior del camino.

El capitán van Prins había apostado a cuatro hombres en ese puesto, con órdenes de detener a los japoneses, tanto como fuera posible, en caso que vinieran, retrocediendo lentamente para dar tiempo a la fuerza principal de las guerrillas a salir de la aldea y a preparar una emboscada.

—Creo que debería haber colocado a un hombre más adelante —le dijo Tarzán a Jerry—, y al menos, a la mitad de sus fuerzas en esta brecha secundaria. No está preparado para una sorpresa, y no conoce la astucia de los japoneses.

—Deben de tener a un hombre de avanzada —dijo Jerry—. Estará bien disimulado, y se escurrirá a través de la selva como una serpiente. Verá a los muchachos en el puesto y luego regresará a

rendir su informe. Muy pronto, algunos más se acercarán a rastras y arrojarán unas cuantas granadas. Ese será el fin de los centinelas, y los japoneses arrasarán la aldea antes que van Prins pueda traer a sus hombres aquí para tenderles una emboscada.

—Regresemos y hablemos con él —sugirió Tarzán.

Poco antes del desayuno, Lara había buscado a Corrie.

—Acabo de descubrir —le dijo—, que Amat no regresó a la aldea anoche. Partió ayer. Lo conozco y sé que es un hombre malo. Estoy segura que fue al gran campamento japonés a informar de todo lo que ha ocurrido aquí.

Corrie estaba repitiendo esto a van Prins cuando Tarzán y Jerry regresaron. El holandés los llamó; y, cuando ellos llegaron, Corrie se alejó. Van Prins les habló del aviso de Lara, y Tarzán sugirió el plan que él y Jerry habían discutido.

—Creo que pondré la mayor parte de mi fuerza en la brecha —dijo van Prins—. Dejaré aquí solo un grupo para que los reciba en el caso de que algunos de ellos logren pasar hasta la aldea.

—Sería una buena idea retirar a los centinelas completamente —sugirió Jerry—. Entonces, los japoneses caminaran hacia la emboscada, sin previo aviso.

—Yo lo comprendo —dijo van Prins—. Pero necesito tener alguna información previa, o podríamos ser nosotros los sorprendidos.

Tarzán no estaba de acuerdo con él, pero dijo:

—Yo conseguiré la información previa para usted, mucho antes de lo que se la darían los centinelas. Me adelantaré cuatro o cinco kilómetros y, cuando los japoneses aparezcan, regresaré a informarle antes que ellos lleguen a la emboscada.

—Pero, suponga que ellos lo ven…

—No podrán.

—Usted parece muy seguro de sí mismo, señor —dijo el holandés, sonriendo.

—Lo estoy.

—Le diré lo que haremos —dijo van Prins—. Solo para estar doblemente seguros, dejaré mis centinelas en su sitio. Les diré que, cuando regrese, será usted quien les dé órdenes. ¿Qué le parece eso?

—¡Magnífico! —dijo Tarzán—. Me iré ahora y usted puede

colocar a sus hombres, disimulados en sus puestos, para la emboscada. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —dijo van Prins.

Tarzán saltó a un árbol y se alejó. El holandés movió la cabeza.

—Si tuviera un batallón con hombres como él, podría dar buena cuenta de los japoneses de esta isla —murmuró.

Jerry, Bubonovitch y Rosetti, cargados de parque y granadas de mano, precedieron a los guerrilleros hasta la emboscada. Marcharon hacia el extremo más alejado del camino secundario y prepararon un lugar para estar cómodos y, además, bien ocultos. Con hojas y bejucos, disimularon sus cabezas y hombros hasta que llegaron a parecer parte de la selva que los rodeaba. Aun cuando no hubiera varios metros de arbustos colocados entre ellos y el camino principal, un enemigo tendría que estar justamente encima de ellos antes de descubrirlos.

Los guerrilleros estuvieron muy pronto en sus sitios, ocupados en ocultarse. El capitán van Prins caminaba de un lado a otro por el camino principal, revisando el escondite de cada hombre. Finalmente, impartió sus órdenes.

—No disparen hasta que yo lo haga, a menos que sean descubiertos; en ese caso, pueden empezar a hacer fuego. Un par de hombres a la cabeza de la fila pueden usar granadas si logran arrojarlas lo bastante lejos para no poner en peligro a nuestra gente. Lo mismo deberán hacer otros dos, en el extremo opuesto, en el caso de que los japoneses nos rebasen. Traten de tener a los japoneses directamente enfrente de ustedes. Si todo marcha como yo espero, cada uno tendrá japoneses frente a sí, cuando yo dé la señal de comenzar a disparar. ¿Alguna pregunta?

—¿Los seguiremos, si se retiran? —preguntó uno de los hombres.

—No. Podríamos caer en una emboscada. Todo lo que deseo es darles un pequeño castigo y despertar en ellos el temor de los holandeses —dijo van Prins; luego, llegó cerca del centro de la fila y tomó una posición allí.

Jerry descubrió después que van der Bos estaba junto a él en la hilera. Tak había tenido una corta conversación con Corrie, poco antes.

—¿Qué ocurre entre Jerry y tú? —había preguntado.

—Yo ignoraba que ocurriera algo.

—¡Oh, claro que lo sabes! ¿Qué le pasa?

—No me interesa lo que le suceda. De hecho, no me interesa en absoluto, pues es un patán y no me interesan los patanes.

Pero Tak sabía que ella sí estaba interesada por Jerry y, de pronto, comprendió cuál era el problema. La idea vino a él repentinamente e hizo que lanzara un pequeño silbido de asombro.

—¿Por qué silbas? —había preguntado Corrie.

—Silbo de asombro, al ver que hay tantos tontos en este mundo.

—¿Te refieres a mí?

—Me refiero a ti, a Jerry y a mí mismo.

—Silba si quieres, pero no te metas en lo que no te importa.

Tak le dio un golpecito bajo la barba y sonrió; luego, se fue con van Prins hacia el bosque.

Jerry no estaba particularmente complacido de tener a van der Bos a su lado. De todas las personas en las que podía pensar, van der Bos era aquella de quien menos deseos de ser compañero tenía. Esperaba que su camarada no trataría de iniciar una conversación.

—Bien, creo que vamos a tener una larga espera —dijo van der Bos.

Jerry gruñó.

—Y sin fumar —añadió Tak.

Jerry gruñó nuevamente.

Cuando Jerry no lo estaba mirando, van der Bos se permitió una sonrisa.

—Corrie quería intervenir en la lucha —dijo; pero van Prins y yo no se lo permitimos.

—Muy bien —dijo Jerry.

—Corrie es una gran muchacha —continuó van der Bos—. Nos conocemos de toda la vida. Ella y mi esposa han sido amigas desde hace mucho tiempo. Corrie es como una hermana nuestra.

Hubo un silencio. Van der Bos estaba divirtiéndose grandemente. Todo lo contrario ocurría con Jerry. Finalmente, este habló:

—No sabía que eras casado.

—No te lo había dicho —dijo van der Bos.

—Gracias —dijo Jerry, apretando su mano—. Soy un gran idiota.

—No hay de qué —dijo van der Bos.

—¿Logró escapar de aquí tu esposa?

—Sí. Tratamos de que el viejo van der Meer enviara a Corrie y a su madre con ella; pero el viejo terco no lo hizo. ¡Y qué precio pagó! La terquedad de ese hombre era conocida en toda la isla. Se envanecía de ella. Aparte de eso, era una magnífica persona.

—¿Supones que Corrie ha heredado algo de la terquedad de su padre? —preguntó Jerry, temerosamente.

—No me sorprendería —contestó van der Bos.

Se estaba divirtiendo como nunca en su vida. El norteamericano le agradaba, pero sentía que debía castigarlo un poco.

Bubonovitch y Rosetti notaron con creciente asombro la cordialidad que existía entre Jerry y van der Bos. Al transcurrir el día, notaron también que el «viejo» estaba volviendo a ser, por momentos, el mismo de antes.

—Ya casi ha vuelto a ser humano nuevamente —murmuró Rosetti—. Lo que lo estaba devorando ha debido desaparecer.

—Probablemente murió de indigestión —dijo Bubonovitch—. Hemos conocido al «viejo» durante mucho tiempo, pero nunca lo habíamos visto como ha estado en estos días.

—Nunca lo habíamos visto con una mujer cerca de él. Yo te digo que…

—No necesitas decírmelo. Lo sé muy bien. Las mujeres son malas. No traen más que dificultades. ¡Bah! El problema contigo es que nunca conociste a una muchacha decente; al menos, hasta antes de conocer a Corrie. Y no conoces a mi esposa. Cantarías una tonada diferente si te hubieras enamorado de alguna mujer, y cuando esto te ocurra, te apuesto a que te enamorarás profundamente. A los tipos como tú siempre les ocurre eso.

—Ni lo pienses. No aceptaría ni a Dorothy Lamour, aunque ella se arrodillara para pedírmelo.

—No lo hará —dijo Bubonovitch.

Esta edificante conversación fue interrumpida por el regreso de Tarzán. Buscó a van Prins.

—Ya vienen los japoneses —le dijo—. Están como a dos kilómetros de aquí. Son dos compañías completas, según me pareció. Tienen ametralladoras ligeras y unos pequeños morteros de los que ellos usan. Un coronel está al mando. Tres de ellos vienen

en la vanguardia, explorando, y están como a cien metros tan solo. He ordenado a los centinelas que se replieguen ya.

—Ha hecho usted un excelente trabajo, señor —dijo van Prins—. No se lo puedo agradecer suficientemente —añadió, y se volvió hacia los hombres que estaban más cerca de él—. Pasen la voz de que ya no haya más plática. El enemigo estará por aquí dentro de unos treinta y cinco o cuarenta minutos.

Luego, se volvió nuevamente hacia Tarzán.

—Perdóneme, señor —le dijo—, pues nunca pensé que usted tendría tal éxito.

Groen de Lettenhove había sido dejado al mando de los guerrilleros que habían recibido orden de permanecer en la aldea, y estaba tratando de persuadir a Corrie de que buscara algún lugar seguro, por la posibilidad de que algunos de los enemigos llegaran hasta allí.

—Usted necesita todos los tiradores que pueda conseguir —le contradijo ella—; y, además, aún no he ajustado cuentas con los japoneses.

—Pero podrían herirla o matarla, Corrie.

—Lo mismo puede ocurrirle a usted y a sus hombres. Y no creo que sería mejor que todos nos fuéramos a esconder.

—Me doy por vencido —dijo él—. Debí haber sabido que nada lograría discutiendo con una mujer.

—No me considere como mujer. Soy una tiradora veterana y, además, muy buena.

Su conversación fue interrumpida por varios disparos de rifle que provenían del bosque.

22

Jerry fue el primero que vio acercarse a los japoneses; estaba en una posición que le permitía dominar cien metros del camino, hasta donde daba vuelta a la derecha, rumbo a la aldea, directamente frente a él. Eran los tres exploradores. Avanzaban con precaución, observando el camino, frente a ellos. Evidentemente, estaban tan seguros de que su ataque sería una sorpresa, que ni siquiera consideraban la posibilidad de una emboscada. No prestaban atención a la selva, a ambos lados del camino. Pasaron al lado de los hombres que yacían en el suelo, en espera del grueso de las tropas enemigas, y se detuvieron a la orilla del bosque. La aldea quedaba abajo de ellos y parecía estar desierta. Los guerrilleros, ocultos detrás y dentro de las casas, los vieron y aguardaron.

Después, Jerry vio al grueso de las compañías que se acercaban. El coronel marchaba a la cabeza de la columna con una espada de samurai en la mano. Atrás de él iba Amat, y detrás de este caminaba un soldado que dirigía la punta de su bayoneta hacia los riñones del aborigen. Evidentemente, Amat había intentado desertar en algún lugar a lo largo de la ruta. No parecía estar muy contento. «Camarón» lo vio pasar y, mentalmente, recomendó al dedo que tenía en el gatillo que se portara bien.

El camino se llenó con los hombres de la primera compañía, que se habían reunido en una masa compacta cuando la cabeza de la columna se detuvo detrás de los exploradores, a la orilla del bosque. Entonces, van Prins hizo fuego, e instantáneamente una lluvia de balas cayó sobre las filas del sorprendido enemigo. Jerry arrojó tres granadas en rápida sucesión hacia el camino, dirigidas a la segunda compañía.

Los japoneses dispararon desordenadamente contra la selva;

luego, los que no habían sido heridos se volvieron y corrieron, en retirada. Unos cuantos saltaron a la maleza, a bayoneta calada, en un esfuerzo por descubrir a los hombres blancos. «Camarón» estaba disfrutando de lo lindo. Eliminaba a los japoneses tan rápido como podía disparar, hasta que su rifle se calentó tanto que ya no pudo disparar.

En medio de todos, en la loca carrera para escapar, estaban el coronel y Amat. Milagrosamente, ambos habían escapado hasta ese momento, ilesos. El coronel gritaba en japonés, y Amat no podía entenderlo; pero había echado un vistazo tras de sí, y había advertido que el coronel tenía designios funestos para él. Al huir, Amat gritaba. Se hubiera sentido profundamente herido si hubiera llegado a saber que el coronel lo estaba acusando de haberlos guiado traidoramente a una emboscada, y que por esta razón quería matarlo.

Rosetti los vio justamente antes que se perdieran de su vista.

—¡No le hagas nada, panzón amarillo! —gritó—. Ese tipo es mío y nadie más va a matarlo, si yo puedo impedirlo.

Luego, disparó contra el coronel con su pistola, y dio en el blanco. Hizo otro disparo contra Amat y falló.

—¡Diablos! —exclamó Rosetti, cuando el aterrorizado indonesio se arrojó de cabeza en la maleza.

Completamente desorganizado, el resto de la fuerza japonesa retrocedió huyendo hacia el bosque, abandonando a sus muertos y heridos. Van Prins destacó a un grupo de hombres para que sirvieran de retaguardia, a otros para recoger las armas y el parque del enemigo, y a los restantes para que llevaran a los japoneses heridos y a los suyos hacia la aldea.

Un momento después, un japonés herido mató de un tiro al holandés que estaba tratando de ayudarlo. Al poco rato, ya no había más japoneses heridos.

Bubonovitch y Rosetti, que habían saltado al camino para disparar sobre el enemigo que huía, estaban ayudando a recoger las armas y municiones abandonadas por los japoneses. Súbitamente, Rosetti se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó.

Jerry no estaba a la vista, en lugar alguno. Los dos hombres regresaron a la carrera hacia la maleza donde lo habían visto por

última vez y allí lo encontraron, acostado de espaldas, con la camisa empapada en sangre, en el lado superior izquierdo del pecho. Ambos se dejaron caer de rodillas al lado del herido.

—No está muerto —dijo Rosetti—. Respira.

—Tiene que vivir —dijo Bubonovitch.

—Has dicho la verdad, soldado —dijo Rosetti.

Muy cuidadosamente, cargaron con él y emprendieron el camino de regreso hacia la aldea. Los holandeses traían a tres de sus muertos y a cinco heridos.

Tarzán vio a los dos sargentos que llevaban a Jerry. Se acercó a ellos y vio al hombre inconsciente.

—¿Está mal? —preguntó.

—Temo que sí, señor —dijo Bubonovitch.

Pasaron de largo, dejando a Tarzán atrás.

Cuando los hombres entraron en la aldea con su patético cargamento, los que habían quedado atrás salieron a su encuentro. Los muertos fueron colocados en fila, y cubiertos con las esteras que habían usado para dormir. Los heridos fueron depositados a la sombra de los árboles. Entre los guerrilleros había un médico. No tenía medicinas, ni desinfectantes, ni anestésicos. Simplemente, hacía lo que podía, y Corrie lo ayudaba. A la orilla de la selva, los hombres ya estaban cavando las sepulturas para los tres muertos. Unas mujeres indígenas estaban hirviendo agua para esterilizar las vendas.

Bubonovitch y Rosetti estaban sentados al lado de Jerry cuando el doctor y Corrie llegaron, finalmente, junto a ellos. Cuando Corrie vio de quién se trataba, se puso blanca y perdió el aliento por unos momentos. Tanto Bubonovitch como Rosetti la estaban observando. Su reacción les dijo más que cualquier frase, pues, a veces, las palabras se emplean para engañar.

Con la ayuda de los dos sargentos y Corrie, cada uno de los cuales trataba de hacer algo por aquel hombre a quien todos querían, el doctor le quitó la camisa a Jerry, y examinó la herida con todo cuidado.

—¿Está muy mal? —preguntó Corrie.

—No lo creo —replicó el doctor—. La bala no dio en el corazón, y estoy seguro de que tampoco lesionó los pulmones. No ha perdido mucha sangre, ¿verdad, sargento?

—No —dijo Bubonovitch.

—Sufre, sobre todo, un colapso, y la pérdida de sangre lo ha debilitado. Creo que vivirá. Ayúdenme a voltearlo, con mucho cuidado.

Había un pequeño agujero redondo en la espalda de Jerry, justamente a la derecha del omoplato izquierdo. No había sangrado mucho.

—Debe de haber nacido bajo una buena estrella —dijo el doctor —. No tendremos que hacer transfusiones, y eso es bueno, ya que no tengo instrumentos. La bala penetró en línea recta —añadió.

Luego, lavó la herida con agua hervida y la vendó holgadamente.

—Eso es todo lo que puedo hacer. Uno de ustedes debe permanecer a su lado y, cuando despierte, debe mantenerlo quieto.

—Yo me quedaré —dijo Corrie.

—Ustedes, señores, me pueden ayudar por allí, si quieren —dijo el doctor.

—Si nos necesita, señorita, llámenos simplemente —dijo Rosetti.

Corrie se sentó al lado del herido y le lavó el rostro con agua fría. No sabía qué hacer, pero sabía que quería hacer algo por él. Cualquier rencor que ella hubiera sentido hacia él, se había borrado a la vista de su sangre y de su sufrimiento.

Después, Jerry suspiró y abrió los ojos. Pestañeó algunas veces, con una expresión de incredulidad cuando vio el rostro de la joven cerca del suyo. Entonces, sonrió; y, enderezándose, oprimió suavemente la mano de la muchacha.

—Vas a ponerte bien —dijo ella.

—Ya estoy bien…, ahora —dijo él.

Él había sostenido su mano solo por un segundo. Luego, ella tomó la de Jerry y la acarició. Los dos sonrieron. Todo marchaba bien para ellos.

El capitán van Prins estaba haciendo construir camillas para los heridos. Luego, fue a ver a Jerry.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—Bien.

—¡Magnífico! He decidido que nos marchemos de aquí tan pronto como sea posible. Los japoneses regresarán aquí a hurtadillas esta noche, de eso estoy casi seguro, y este no es lugar

para defendernos exitosamente. Podemos retirarnos en dos marchas. Tan luego como las literas estén terminadas y hayan enterrado a los muertos, partiremos. Voy a quemar la aldea para darles una lección a los indígenas, pues esta gente ha estado colaborando con el enemigo y merece que se le castigue.

—¡Oh, no! —gritó Corrie—. Eso sería muy injusto. Usted estaría castigando tanto al inocente como al culpable. Considere a Lara, por ejemplo. Ella nos ha ayudado dos veces, y me ha dicho que solamente hay dos personas aquí que han querido ayudar a los japoneses: el jefe y Amat. Sería cruel quemar las casas de los leales. Recuerde que si no hubiera sido por Lara, los japoneses nos habrían tomado por sorpresa.

—Creo que tienes razón, Corrie —dijo van Prins—. De cualquier manera, me has dado una idea mejor.

Se alejó; diez minutos después, el jefe fue llevado a un lado de la aldea y fusilado por un pelotón.

Los guerrilleros se reunieron alrededor de las tumbas de los muertos. El doctor rezó una breve oración, se dispararon tres descargas y luego se llenaron las fosas. Los heridos fueron colocados en las camillas y la retaguardia marchó hacia la aldea. La pequeña compañía estaba lista para partir.

Jerry se negaba a dejarse llevar, insistiendo en que podía caminar. Bubonovitch, Rosetti y Corrie estaban tratando de disuadirlo, cuando el doctor se acercó a ellos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Ellos se lo dijeron.

—Permanezca en esa camilla, joven —le dijo a Jerry, y luego se dirigió a Bubonovitch y a Rosetti—: Si trata de bajarse de ella, átenlo.

—Me portaré bien, doctor —dijo Jerry, sonriendo—, pero detesto ocupar a cuatro hombres, cuando yo puedo caminar perfectamente.

Después del fusilamiento del cacique, los aborígenes sentían miedo. Ignoraban cuántos más iban a ser fusilados. Lara fue a ver a Corrie, justamente cuando van Prins pasaba cerca de ella. El capitán la reconoció.

—Puedes decir a tu gente —dijo— que, en gran parte, por ti y por la ayuda que nos has dado, no quemaremos la aldea, como

habíamos decidido. Solamente castigamos al cacique, porque había estado ayudando a nuestros enemigos. Cuando regresemos, castigaremos también a Amat, si se encuentra aquí. El resto de ustedes no debe sentir temor, a menos que haya dado ayuda al enemigo. Sabemos que tienen que tratarlos bien, para no ser maltratados. Comprendemos eso, pero no los ayuden más, excepto cuando sea absolutamente necesario. ¿Entendido?

Luego, echó un rápido vistazo alrededor del *kampong* y preguntó:

—¿Dónde está Tarzán?

—Sí —dijo Bubonovitch—. ¿Dónde está?

—¡Chispas! —exclamó Rosetti—. No regresó a la aldea después del combate; pero no estaba herido. Estaba perfectamente bien cuando lo vi por última vez, justamente antes que recogiésemos al capitán.

—No se preocupen por él —dijo Bubonovitch—. Puede cuidar de sí mismo y de todos nosotros al mismo tiempo.

—Puedo dejar a algunos hombres aquí para que le digan dónde vamos a acampar —dijo van Prins.

—Ni siquiera tiene que hacer eso —dijo Bubonovitch—. Él nos encontrará. Lara puede indicarle qué rumbo hemos tomado. Él nos seguirá mejor que un sabueso.

—Está bien —dijo van Prins—, partamos ya.

Cuando Tarzán vio al norteamericano herido, este parecía estar muy grave, y el hombre-mono creyó que su herida era mortal. Se sintió invadido de cólera contra los japoneses, pues estimaba al joven aviador. Sin que los otros lo notaran, trepó a los árboles y se alejó sobre la pista del enemigo.

Dio con ellos en un punto al que un capitán y dos tenientes los habían conducido; eran los únicos oficiales sobrevivientes de las dos compañías. Arriba, en los árboles, encima de ellos, una figura los observaba. Colocó una flecha en su arco. El zumbido de la cuerda del arco fue opacado por la algarabía de los japoneses y por los gritos de los oficiales que daban órdenes. El capitán se tambaleó hacia adelante, cuando la saeta de bambú le atravesó el corazón. Al caer sobre él, el dardo había pasado a través de su cuerpo, de tal manera que le salía por la espalda.

Por un momento, los japoneses quedaron mudos de asombro;

luego, empezaron a gritar nuevamente, al mismo tiempo que disparaban hacia la selva, en todas direcciones, con rifles y ametralladoras. A veinticinco metros sobre el suelo, Tarzán los observaba, y tenía ya listo otro dardo para dispararlo.

Esta vez, escogió a uno de los tenientes. Luego que soltó el proyectil, se movió calladamente hacia otra posición, a varios cientos de metros de donde se hallaba. Cuando el segundo oficial cayó, atacado misteriosamente, los japoneses comenzaron a dar muestras de pánico. Ahora hacían fuego a tontas y a locas contra la maleza y contra los árboles.

Cuando el último oficial fue muerto, los japoneses empezaron a correr por el camino, en dirección a su campamento. Ya habían tenido bastante; pero Tarzán no estaba satisfecho todavía. Los siguió hasta que sus flechas se agotaron, habiendo dejado cada una en el cuerpo de un japonés. Los heridos, gritando, tiraban de las saetas que tenían clavadas en el cuerpo. Los silenciosos muertos fueron dejados atrás, para que los tigres y los perros salvajes los devoraran.

Tarzán descolgó el rifle de su espalda e hizo una descarga sobre las deshechas filas del enemigo que huía; luego, se volvió y tomó el camino de la aldea. Su amigo norteamericano ya había sido vengado.

No siguió el camino, y ni siquiera viajó rumbo a la aldea por mucho tiempo. Vagó, internándose profundamente en el bosque primitivo, viendo antiguas maravillas que tal vez ningún ojo humano había visto antes: los gigantescos árboles patriarcas del bosque, cubiertos de musgo y carcomidos por el paso de los siglos, vestidos de enredaderas gigantes, bejucos y enormes plantas aéreas, con guirnaldas de orquídeas.

Cuando el viento cambió y una brisa errante sopló en su rostro, captó el olor humano y, después, vio una pequeña vereda, como la que forma el paso de los hombres. Se dejó caer a tierra y descubrió una trampa, como las que los cazadores primitivos colocan para la caza menor. Había venido al bosque para estar solo y alejarse de los hombres. No era antisocial; pero, ocasionalmente, anhelaba la soledad, o la amable compañía de las bestias. Hasta los parloteantes y regañones monos le parecían, a menudo, un alivio, pues eran divertidos, mientras que muy pocos hombres contaban con esa

cualidad.

Había muchos monos allí. Al principio se alejaban de él, pero, cuando él les habló en su propio idioma, cobraron ánimo y se acercaron más. Un pequeño animalillo llegó hasta sentarse en su mano. Le recordaba a la pequeña Chita, jactanciosa, peleonera y notoriamente cobarde, que tanto amaba a Tarzán y a quien, a su vez, Tarzán quería. ¡África! ¡Qué lejos estaba!

Habló con el monito como lo hubiera hecho con Chita, y eso aumentó la confianza del animalillo, que saltó al hombro de Tarzán. Como Chita, parecía sentirse seguro allí, y permaneció montado mientras Tarzán se descolgaba de árbol en árbol.

La curiosidad del hombre se despertó por el extraño rastro que había olfateado y, por eso, lo siguió. La pista lo condujo a un pequeño lago, en cuyas aguas, a lo largo de la ribera, había numerosos y burdos refugios construidos con ramas y hojas, en unas plataformas sostenidas por pilotes que habían sido clavados en el lodoso fondo del lago, a varios metros sobre el agua.

Los refugios estaban abiertos por todos lados. Sus ocupantes eran personas de muy pequeña estatura, y su piel tenía un color café olivo, mientras que su cabello era negro. Eran salvajes, totalmente desnudos, a quienes la civilización nunca había alcanzado. Gente afortunada, pensó Tarzán. Varios hombres y mujeres estaban en el agua, pescando con redes. Los hombres llevaban arcos y flechas.

El monito dijo que eran malos *gomanganis*.

—So manú (comen monos) —dijo. Luego, comenzó a gritarles y a regañarlos, sintiéndose seguro al hacerlo, en virtud de la distancia y de la presencia de su nuevo amigo. Tarzán sonrió, pues el animalillo le hacía recordar mucho a Chita.

El mono hacía tanto ruido que algunos de los indígenas se volvieron a mirarlo. Tarzán hizo el signo universal de paz, que fue corrompido y desvirtuado por los alemanes durante la guerra, pero los aborígenes lo amenazaron con sus flechas. Parloteaban y le hacían gestos, sin duda alguna indicándole que se alejara. El amo de la selva estaba lleno de simpatía por ellos y admiró su buen juicio. ¡Ojalá que siempre tuvieran éxito en mantener a los hombres blancos a distancia, para continuar disfrutando de la paz y la seguridad de su existencia ideal!

Los observó por unos cuantos minutos y luego se volvió atrás, hacia el bosque, para vagar sin rumbo, gozando de ese breve interludio en medio de su siniestra actividad guerrera. Keta, el pequeño mono, iba montado a veces en el hombro de Tarzán y, en otras ocasiones, saltaba de un árbol a otro con él. Parecía sentirse unido permanentemente al gran tarmangani.

23

El sargento Tony Rosetti se hallaba en cuclillas en la plataforma de centinelas que se hallaba sobre el camino, fuera del primer campamento de los forajidos, donde los guerrilleros habían acampado durante un día para dejar que los heridos reposaran.

Su turno de guardia casi había terminado y estaba esperando a su relevo, cuando vio a una figura que se acercaba por el camino. Era una figura delgada, juvenil; y, aun a la tenue luz de la tarde, el sargento se dio cuenta de que, a pesar de los pantalones, el rifle, la pistola, el *parang* y el cinturón de municiones que llevaba, no era un hombre.

Cuando la figura estuvo a la vista de Rosetti, se detuvo.

—¡Alto! —ordenó Rosetti, preparando su rifle.

—Ya he hecho alto —respondió la mujer en correcto inglés.

—¿Quién eres y a dónde te diriges con todo ese armamento?

—Tú debes ser el simpático sargento de quien tanto me ha hablado Corrie van der Meer, el que detesta a las mujeres y, a veces, dice cosas incomprensibles.

—¿Qué cosas incomprensibles digo yo? Y, dime, ¿quién eres tú?

—Soy Sarina. Estoy buscando a Corrie van der Meer.

—Avanza —dijo Rosetti. Luego, se dejó caer desde la plataforma, sobre el camino. Allí, se puso de pie con un dedo en el gatillo de su rifle y la punta de la bayoneta levantada. La mujer se aproximó a él y se detuvo a unos cuantos metros de distancia.

—Me gustaría que apuntaras esa arma hacia otro lado —dijo.

—No lo haré, amiga. Tú perteneces a esa banda de forajidos. ¿Cómo sé que no vienes a la vanguardia y que el resto de ellos se acerca hacia aquí? Si eso ocurre, te fusilaremos.

—Estoy sola —dijo Sarina.

—Tal vez lo estés, y tal vez no. Tira ese revólver y levanta las manos, pues te voy a registrar.

—¡Muy bien! —dijo ella.

—¡Anda, levanta las manos más alto! ¡Y hazlo de prisa!

Sarina dudó.

—No te voy a morder —dijo Rosetti—; pero tampoco voy a correr ningún riesgo. Cuando te haya quitado ese arsenal te llevaré al campamento, en cuanto llegue mi relevo.

Sarina soltó su rifle y levantó las manos. «Camarón» hizo que se volviera y luego, desde atrás, le quitó la pistola y el *parang*.

—Está bien —dijo—. Ya puedes bajarlas ahora.

Y puso las armas en un montón, detrás de sí.

Sarina se sentó en el suelo, a un lado del camino.

—Eres un buen soldado —dijo—. Me agradan los buenos soldados y, además, eres muy simpático.

—Tampoco tú estás mal —dijo Rosetti, sonriendo—. Hasta un misógino puede admirar la belleza. ¿Cómo es que andas vagando por el bosque, sola? Es decir, si estás sola…

—Claro que vengo sola. Abandoné a esa gente. Quiero estar con Corrie van der Meer. Necesita tener a una mujer consigo. Las mujeres nos cansamos mucho de ver únicamente hombres todo el tiempo. Yo velaré por ella. Está aquí, ¿verdad?

—Sí, se encuentra en el campamento; pero no necesita ninguna damisela que vele por ella. Tiene a cuatro hombres que han hecho un excelente trabajo al respecto, hasta ahora.

—Lo sé —dijo Sarina—. Ella me lo ha contado, pero se alegrará de tener la compañía de una mujer.

Después de un silencio, continuó:

—¿Crees que me permitirán quedarme?

—Si Corrie lo pide, te lo permitirán. Si eres realmente la damisela que la dejó escapar, estaremos todos a tu favor.

—Te entiendo: si yo soy realmente la mujer que ayudó a Corrie a que huyera de Hooft, te agradaré, ¿no es así?

—Exactamente eso dije, ¿no?

Un hombre que venía del campamento interrumpió su conversación. Era un holandés, que iba a relevar a Rosetti. No hablaba inglés; su expresión demostró su sorpresa cuando vio a Sarina, e interrogó a Rosetti en holandés.

—No hay novedades, amigo —dijo el norteamericano cortésmente.

—No te pide novedades —le explicó Sarina—. Te ha interrogado acerca de mí.

—¿Sabes hablar su idioma? —preguntó «Camarón».

—Sí.

—Entonces, ¿qué dijo?

—Te hizo una pregunta acerca de mí.

—Pues contéstale, y dile, además, que lleve tu armamento cuando regrese de su guardia. Yo no puedo llevar esas cosas y vigilar a un prisionero al mismo tiempo.

Sarina sonrió y tradujo. El hombre le contestó en holandés y movió la cabeza hacia Rosetti, asintiendo.

—¡Vamos! —ordenó el sargento a Sarina.

La siguió a lo largo del camino hacia el campamento y la condujo ante Jerry, que estaba acostado en una camilla, bajo un árbol.

—El sargento Rosetti se reporta, con una prisionera, señor —dijo.

Corrie, que estaba sentada al lado de Jerry, levantó la vista; y, cuando reconoció a Sarina, se puso de pie de un salto.

—¡Sarina! —gritó—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo para estar contigo. Diles que me permitan quedarme —le contestó la mujer en holandés, y Corrie tradujo su plática a Jerry.

—Hasta donde a mí me concierne, puede quedarse si quieres que así sea —dijo Jerry—; pero supongo que el capitán van Prins tendrá que decidir. Lleve a su prisionera a la presencia del capitán van Prins, sargento.

Rosetti, que no reconocía autoridad más alta que la de Jerry, no demostró su disgusto y obedeció.

—Ven conmigo, amiga —le dijo a Sarina.

—Muy bien, amigo —replicó ella—; pero no tienes que mantener esa bayoneta en mi espalda todo el tiempo. Ya sé que eres un buen soldado; sin embargo, no tienes que exagerar.

Corrie la miró con sorpresa. Era la primera vez que oía a Sarina hablar inglés. «Lo habla correctamente», pensó la joven. Se preguntó dónde lo habría aprendido su salvadora.

—Bien, querida —dijo Rosetti—. Supongo que no tratarás de

escapar ahora.

—Iré contigo —dijo Corrie—. Si yo abogo por ti, estoy segura que el capitán van Prins te permitirá permanecer con nosotros, Sarina.

Encontraron al capitán, quien escuchó atentamente todo lo que Sarina y Corrie tenían que decirle. Luego, preguntó:

—¿Por qué decidiste unirte a esa banda de forajidos y a permanecer en ella?

—Tenía que escoger entre ellos o los japoneses —dijo Sarina—. Siempre pensé dejarlos para unirme a una compañía de guerrilleros cuando encontrase alguna. Esta es la primera oportunidad que se me presenta.

—Si la señorita van der Meer aboga por ti y el capitán Lucas no tiene objeción alguna, podrás quedarte.

—Entonces, todo está arreglado —dijo Corrie—. ¡Gracias, Kervin!

Rosetti se quedó sin prisionera, pero caminó de regreso hacia donde yacía Jerry, con Corrie y Sarina. Simuló ir solamente a preguntar acerca de la herida de Jerry, pero se sentó y permaneció allí hasta que este le aseguró que estaba bien.

A corta distancia de ellos, Bubonovitch estaba limpiando su rifle. Pensó que Rosetti se reuniría pronto con él, y que entonces podría hacerle preguntas acerca de la mujer que «Camarón» había traído al campamento, pero Rosetti no se acercó. Permaneció con Jerry y las dos mujeres. Eso era algo inusitado en «Camarón»: elegía la compañía de unas «tipas», a pesar de que podía evitarla. Bubonovitch estaba desconcertado; se levantó y se reunió con los demás.

Sarina estaba hablando acerca de su encuentro con Rosetti.

—Realmente creo que no habla un inglés muy correcto —decía.

—Sí —dijo Jerry, riendo—, es que no lo aprendió precisamente en la universidad.

—¿Dónde aprendiste tú a hablar inglés, Sarina? —preguntó Corrie.

—En una escuela misional católica. Mi padre siempre nos llevó a mi madre y a mí durante todas sus travesías. Excepto los dos años que pasé en la misión de Tarawa, toda mi vida transcurrió a bordo de su goleta, hasta que cumplí veintinueve años. Mi madre murió

cuando yo era todavía muy pequeña, pero mi padre me mantuvo consigo. Era un hombre muy violento, pero siempre fue muy bueno con nosotras. Viajamos por todos los mares del sur y, cada dos años, llegábamos a las islas Gilbert, comerciando en diferentes islas a lo largo del camino, cometiendo actos de piratería y asesinatos, como negocio accesorio.

»Papá quería que yo tuviera educación; así, cuando cumplí doce años, me dejó en aquella escuela misional hasta que terminó su siguiente viaje, dos años después. Aprendí muchas cosas allí. De mi padre, había aprendido el holandés. Creo que era un hombre bien educado. Tenía una biblioteca con magníficos libros, en su barco. Nunca me dijo nada acerca de su pasado, ni siquiera su verdadero nombre. Todos lo llamaban Big Jon. Él me enseñó la navegación y, para la época en que cumplí catorce años, era su principal compañera. No era un trabajo adecuado para una muchacha, pues, usualmente, las tripulaciones de mi padre estaban formadas por los tipos más bajos de criminales. Nadie más se hacía a la mar con él. Adquirí un conocimiento superficial del japonés y el chino, gracias a algunos miembros de la tripulación. Navegábamos con hombres de todas las nacionalidades. Algunas veces, papá los embarcaba ebrios o narcotizados. Cuando se emborrachaba, yo capitaneaba el barco. Era una tarea ruda, y yo tenía que ser ruda. Podía desempeñarla con la ayuda de un par de pistolas. Nunca andaba sin ellas».

Rosetti no quitaba los ojos a Sarina. Parecía hipnotizado por ella. Bubonovitch lo observaba con algo parecido al asombro. Sin embargo, también él tenía que admitir que era agradable contemplarla.

—¿Dónde está tu padre ahora? —preguntó Jerry.

—Probablemente en el infierno. Uno de sus asesinatos provocó su captura, finalmente, y fue ahorcado. Fue después de su arresto cuando el señor y la señora van der Meer se portaron tan bien conmigo.

El grupo se deshizo un momento después, cuando el doctor llegó a revisar a Jerry. Corrie y Sarina fueron al refugio ocupado por la primera, y Bubonovitch y Rosetti fueron a sentarse enfrente del suyo.

—¡Qué mujer! —exclamó Rosetti.

—¿Quién? ¿Corrie?

«Camarón» echó una rápida mirada a Bubonovitch y alcanzó a ver que este esbozaba una sonrisa. Adivinó que se estaba burlando de él.

—No —dijo evasivamente—. Me estaba refiriendo a Eleanor Powell.

—¿Notaste que esa bala perdida está fungiendo como pilmama de Corrie? —preguntó Bubonovitch—. Ahora hay un poco de femineidad en nuestro campamento, que me ha llegado al corazón. Ya suspiraba por ella.

—Tú tienes esposa y un hijo —le recordó «Camarón» seriamente.

—Mi admiración es puramente platónica. No me gustaría que una mujer pirata se ocupara demasiado en mí. Supongo que si alguno de los caballeros que tenía por amigos la molestaba, lo hacía caminar por la plancha.

—¡Imagina a esa pequeña sola, en un barco, con un montón de piratas y su «viejo» borracho!

—Casi he adquirido la impresión de que esa mujercita puede cuidarse sola. Echa simplemente un vistazo a sus antecedentes. Recordarás que Corrie nos contó que uno de sus abuelos era cazador de cabezas y que el otro era caníbal, y ahora resulta que su padre fue un pirata asesino. Y, para que la imagen sea completamente perfecta, la misma Sarina estuvo una temporada en chirona por haber cometido un asesinato.

—A pesar de todo, es terriblemente hermosa —dijo Rosetti.

—¡Vaya! —exclamó Bubonovitch—. *Et tu, Brute!*

—No sé de qué estás hablando; pero si estás haciendo burla de esa mujer, es mejor que no sigas.

—No me estoy mofando de ella. Yo no pensaría en ofender tu sensibilidad por nada del mundo, «Camarón». Yo solamente estaba recordando una afirmación que hiciste muy recientemente. Veamos… ¿Cómo iba…? «No aceptaría ni a Dorothy Lamour aunque ella se arrodillara para pedírmelo».

—Pues bien, no lo haría. No aceptaría a ninguna de ellas. Pero ¿no puede un hombre decir que una mujer es bella sin que se burlen de él?

—«Camarón», yo vi cómo la mirabas, con los ojos extraviados, y conozco los síntomas: estás enamorado de ella.

—¡Estás loco!

24

Levantaron el campamento a la mañana siguiente y avanzaron con lentitud, llevando a los heridos en sendas camillas. Donde el camino era suficientemente ancho, Corrie caminaba al lado de la camilla de Jerry. Sarina marchaba detrás de ella, con Rosetti a su lado. Bubonovitch y varios holandeses formaban la retaguardia. Como ninguno de estos últimos hablaba inglés y Bubonovitch, a su vez, no conocía el holandés, el norteamericano tuvo tiempo de dedicarse a la meditación. Entre otras cosas, meditaba sobre el extraordinario efecto que las mujeres hacían sobre algunos hombres. La mariguana y otras drogas embrutecen a los hombres. Corrie y Sarina parecían ejercer un efecto similar sobre Jerry y Rosetti respectivamente. En el caso de Jerry no era tan extraordinario, pero ¡en el de «Camarón»! Este había confirmado que era misógino y, sin embargo, de súbito, se había trastornado por una asesina eurasiática de piel café, suficientemente vieja para ser su madre.

Bubonovitch tenía que admitir que Sarina era sumamente hermosa; eso era lo malo en este caso. Él estimaba mucho a Rosetti, y, por eso, esperaba que el pequeño sargento no llegaría demasiado lejos. No sabía mucho acerca de las mujeres, y Sarina no parecía ser el tipo de mujer del que conviene aprender mucho. Bubonovitch recordó un verso de Kipling:

Cierta noche, me acuchilló;
Pues que fuese blanca deseaba yo.
Y por ella, a las mujeres conocí.

Bubonovitch suspiró. Después de todo, pensaba, tal vez «Camarón» no estaba completamente equivocado cuando dijo: «Ellas no tienen que hacer nada. Simplemente, por ser mujeres, traen dificultades».

Abandonó esta clase de pensamientos y comenzó a preguntarse qué sería de Tarzán. Jerry también pensaba en él; y habló de sus malos presentimientos a Corrie:

—Estoy empezando a preocuparme por Tarzán —dijo—. Ha estado alejado de nosotros durante dos días, y poco después que desapareció, algunos de los hombres creyeron oír disparos a lo lejos, en el bosque, en la dirección hacia la cual se retiraron los japoneses.

—Pero ¿qué podía él estar haciendo por esos lugares? —objetó Corrie.

—Él no es como otros hombres; así que sería inútil para uno de nosotros tratar de imaginar qué podría impulsarlo a la comisión de cualquier acto. Algunas veces, como tú sabes, actúa como una fiera. Por lo tanto, debe haber estímulos que lo inciten a reaccionar y actuar como un animal salvaje. Tú sabes lo que piensa acerca de quitar la vida; sin embargo, ha dicho que era su deber matar japoneses.

—¿Y piensas que puede haberlos seguido con el propósito de matar a algunos más de ellos? —sugirió Corrie.

—Sí, y tal vez resultó muerto.

—¡Oh, no! Eso es demasiado terrible, aunque solo sea una idea tuya.

—Lo sé, pero es posible. Y si él no aparece, tendremos que seguir sin su compañía. ¡Cáspita! No me había dado cuenta cabalmente de cuánto hemos dependido de él. Ciertamente, hubiésemos tenido raciones ínfimas la mayor parte del tiempo si él no hubiera estado con nosotros para proporcionarnos alimento, cazando.

—Desde hace tiempo hubiera yo dejado de necesitar alimentos de no haber sido por él —dijo Corrie—. Todavía veo a ese tigre algunas veces, en sueños; y a Oju… ¡uf!

Guardaron silencio por un rato. Jerry iba acostado, con los ojos entornados, y movía la cabeza ligeramente de un lado a otro.

—¿Te sientes bien? —preguntó Corrie.

—Sí…, muy bien. Me pregunto qué tan lejos iremos para

acampar.

—Creo que Kervin desea acampar esta noche cerca de donde se encontraban los forajidos cuando yo escapé —dijo Corrie—. No es lejos.

Notó que el rostro de Jerry estaba muy inflamado, y colocó la mano en su frente. Luego, retrocedió y habló en susurros con Sarina, que corrió la voz por la fila, llamando al doctor. Después, regresó al lado de la camilla de Jerry.

El norteamericano estaba hablando entre dientes, incoherentemente. Ella se dirigió a él, sin obtener respuesta. El joven se agitaba sin descanso, y ella tenía que contenerlo para evitar que cayera de la camilla. Estaba terriblemente asustada.

La muchacha no habló cuando el doctor Reyd llegó al otro lado de la camilla. El estado crítico de Jerry era demasiado evidente para requerir explicación. El único instrumento propio de su profesión que el médico había rescatado era un termómetro. Cuando lo leyó, dos minutos después, sacudió la cabeza.

—¿Está mal? —preguntó Corrie.

—No se encuentra muy bien. Pero no comprendo esto; esperaba que tuviese un poco de fiebre la noche que fue herido, y no la tuvo. Yo creí que para ahora estaría casi a salvo.

—Dígame: ¿Va a…?

—No nos preocupemos por eso hasta que sea necesario —dijo el doctor, mirando a la joven por encima de la camilla, con una sonrisa—. Millones de personas han sobrevivido a heridas mucho peores y a temperaturas más elevadas.

—¿Pero no puede usted hacer algo por él?

—No tengo nada con qué hacerlo —contestó Reyd, encogiéndose de hombros—. Tal vez eso no tenga importancia. Es joven, fuerte, está en buena condición y físicamente es casi tan perfecto como puede serlo un hombre. La naturaleza es un magnífico médico, Corrie.

—Pero, permanecerá usted aquí con él, ¿verdad, doctor?

—Ciertamente. No te preocupes.

—Tres *ceros* a las dos en punto —masculló Jerry, y se incorporó.

Corrie y el doctor lo obligaron a recostarse, suavemente. Jerry abrió los ojos y miró a Corrie. Sonrió y dijo:

—Mabel.

Después permaneció acostado en silencio por un rato. Rosetti había venido y caminaba a un lado de la camilla. Había visto que tal vez Corrie y el doctor necesitaran ayuda. Sus ojos reflejaban preocupación y temor.

—¡Lucas a Melrose! ¡Lucas a Melrose! —exclamó Jerry.

Rosetti sofocó un sollozo. Melrose había sido el artillero de popa que había resultado muerto… ¡Y Jerry estaba hablando con él! Aquello aterrorizó a Rosetti, pero no perdió la cabeza.

—Melrose a Lucas —dijo—. Sin novedad en el frente occidental, capitán.

—Muy bien —dijo Jerry, y se calmó.

Corrie dio una palmada en el hombro a Rosetti.

—Eres bueno —le dijo, y «Camarón» se ruborizó—. ¿Quién es Melrose? —preguntó la joven.

—Nuestro artillero de popa. Murió antes que se estrellara la «Bella Dama». ¡Y él estaba hablándole! ¡Chispas!

Jerry se dio vuelta y se retorció. Todo lo que los tres podían hacer era mantenerlo en la camilla.

—Creo que tendremos que atarlo —dijo el doctor.

—Hagan venir aquí a Bubonovitch —dijo Rosetti, sacudiendo la cabeza—; él y yo cuidaremos del capitán, pues no le gustaría estar amarrado.

Pasaron la voz hacia atrás por la columna, llamando a Bubonovitch. Jerry estaba tratando de bajarse de la camilla cuando él llegó, y fue necesaria la fuerza combinada de los cuatro para obligarlo a recostarse. Bubonovitch maldecía suavemente, en voz baja.

—¡Malditos japoneses! ¡Bastardos amarillos! —Se volvió hacia Rosetti—. ¿Por qué diablos no me mandaste llamar antes? ¿Por qué nadie me dijo que estaba así?

—No pierdas la calma, compadre —dijo Rosetti—. Te hice venir tan pronto como fuiste necesario.

—No ha estado así por mucho tiempo —le dijo Corrie a Bubonovitch.

—Lo siento —dijo este—. Sentí miedo cuando lo vi tan mal. Nosotros apreciamos mucho al muchacho, ¿sabes?

Las lágrimas casi inundaron los ojos de Corrie.

—Creo que todos lo queremos —dijo.

—¿Está muy mal, doctor? —preguntó Bubonovitch.

—Tiene mucha fiebre —replicó Reyd—; pero no es tan elevada como para que sea peligrosa… todavía.

Habían salido del bosque hacia el valle donde iban a acampar. Ahora, fuera del angosto camino, Sarina se había acercado al lado de la camilla. En eso, Jerry gritó:

—¡Chispas! ¡No puedo conseguir que levante la nariz! ¡Salten, amigos! ¡Y háganlo aprisa!

Y trató de saltar fuera de la camilla. La mujer ayudó a mantenerlo acostado.

Corrie le tocó la frente y dijo, calmadamente:

—Todo está bien, Jerry. Acuéstate tranquilo, simplemente, y trata de reposar.

Él se incorporó y tomó la mano de la joven.

—Mabel —dijo, y suspiró.

Luego, se quedó dormido. Rosetti y Bubonovitch trataron de no mirar a Corrie. Reyd suspiró, también.

—Esa es la mejor medicina que se le puede proporcionar —dijo.

Media hora después, van Prins dio orden de hacer alto, y levantaron el campamento bajo algunos árboles, a un lado de un pequeño arroyo que corría a través del valle.

Jerry durmió durante el resto de la tarde y toda la noche siguiente. Corrie y Sarina durmieron a un lado de la camilla, mientras que Bubonovitch y Rosetti permanecieron en el otro. Establecieron turnos, quedándose despiertos para vigilar al paciente.

Cuando le tocó el turno a Corrie de estar despierta, se mantuvo pensando en Mabel. Ella nunca había oído el nombre de la muchacha de Oklahoma que se había casado con el republicano, pero ahora sabía que se llamaba Mabel. ¡Así que él todavía la amaba! Corrie trató de no darle importancia. ¿Acaso no estaba Mabel perdida para él? Ella estaba casada. Entonces, pensó que tal vez fuera alguna otra mujer llamada Mabel, y que era posible que esta no se hubiera casado. Quiso preguntarle a Bubonovitch cuál era el nombre de la joven de Oklahoma, pero su orgullo no se lo permitió.

Cuando Jerry despertó, permaneció durante varios segundos mirando hacia el frondoso pabellón que se hallaba sobre él,

tratando de obligar a su memoria a revelar sus secretos. Lentamente, recordó que la última cosa de que había sido consciente fue de que estaba muy incómodo en una camilla que era llevada a través de un angosto camino del bosque. Ahora la camilla estaba puesta en el suelo y resultaba muy confortable. Muy cerca de él escuchó el suave murmullo del arroyuelo que ondulaba entre las piedras, al dirigirse de prisa y alegremente hacia su cita con el mar.

Jerry miró hacia él y vio a Bubonovitch y a Rosetti arrodillados en la herbosa ribera, lavándose las manos y la cara. Sonrió, feliz, cuando pensó en lo afortunado que había sido al tener esos camaradas que la guerra le había proporcionado. Luchó por alejar la tristeza que le inspiraban los que no volvería a ver más. Un individuo no debe cavilar acerca de cosas como esa, que son resultados ineludibles de la guerra.

Volviendo la cabeza hacia la dirección opuesta al río, buscó a Corrie. Ella estaba sentada cerca, al lado de la camilla, con las piernas cruzadas, los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta en la palma de las manos. Su cabello era dorado nuevamente, pero todavía lo llevaba corto, por considerarlo más cómodo. Por eso, también, continuaba usando pantalones.

Jerry la miró cariñosamente, pensando que parecía ser un muchacho muy guapo y también que, gracias a Dios, no lo era. Él sabía que no lo era; porque no hubiera deseado tomar en sus brazos a un muchacho para besarlo, y eso era exactamente lo que quería hacer con Corrie en ese mismo momento, pero no tenía valor para ello. «¡Cobarde!», pensó.

—Corrie —dijo, muy suavemente.

Ella abrió los ojos y levantó la cabeza.

—¡Oh, Jerry!

Él se dio vuelta y asió una de sus manos. La joven colocó la otra en su frente.

—¡Oh, Jerry! ¡Jerry! ¡Tu fiebre ha desaparecido! ¿Cómo te sientes?

—Estoy como para comerme una vaca con pezuñas, cuernos y todo.

Corrie reprimió un sollozo. Este súbito alivio del temor y la tensión que la agobiaban rompió las barreras de la represión emocional que había sido su defensa por tanto tiempo. Corrie se

puso de pie y se alejó corriendo. Se refugió detrás de un árbol, se inclinó contra él y lloró. No podía recordar cuándo, en toda su vida, había estado tan feliz.

—¿Cuál —preguntó Rosetti a Bubonovitch— era el nombre de la damisela de Oklahoma que le dio calabazas al capitán?

—No lo sé —dijo Bubonovitch.

—Me pregunto si sería Mabel —añadió Rosetti, con curiosidad.

—Podría ser.

Jerry se preocupaba por Corrie, con las cejas fruncidas. ¿Qué diablos pasa ahora?, pensaba. Sarina, que se había unido a Corrie y a los norteamericanos, estaba preparando el desayuno cerca de ahí. El doctor Reyd, haciendo la ronda de sus pacientes, se acercó a Jerry.

—¿Cómo va eso esta mañana?

—Me siento muy bien —le contestó Jerry—. Ya no tendré que ser llevado en andas por más tiempo.

—Tal vez sea eso lo que piensas —dijo Reyd, sonriendo—; pero estás equivocado.

El capitán van Prins y Tak van der Bos se acercaron.

—¿Crees que podrás soportar otro día así? —preguntó el primero a Jerry.

—Claro que puedo.

—¡Bueno! Quiero que partamos tan pronto como sea posible. Este lugar es demasiado expuesto.

—Nos tuviste preocupados ayer, Jerry —dijo van der Bos.

—Tuve un buen médico —dijo Jerry.

—Si te hubiese atendido en mi consultorio de la ciudad —dijo Reyd—, te hubiera dado una píldora ayer; y esta mañana te habría dicho cuán cerca de las puertas de la muerte estuviste.

Corrie salió de detrás del árbol y se reunió con ellos. Jerry vio que sus ojos estaban rojos y supo por qué se había alejado.

—¿Acabas de levantarte, floja? —le preguntó Tak.

—He estado buscando una vaca —dijo Corrie.

—¡Una vaca! ¿Por qué?

—Jerry quiere una para desayunarse.

—Pues comerás arroz —dijo van Prins, sonriendo.

—Cuando salga de esta adorable isla —dijo Jerry—, si alguien me habla de arroz, será mejor que no se me acerque.

Los otros se fueron a cumplir con sus tareas, dejando solos a Corrie y Jerry.

—Debo de haber perdido el sentido por completo ayer —dijo él —. No puedo recordar una sola cosa de las que ocurrieron después de unas dos horas de marchar por el camino.

—Estabas muy enfermo, y ardiendo de fiebre. Insistías en tratar de saltar de la camilla. Fue necesario que cuatro de nosotros interviniéramos para mantenerte acostado. El doctor quería amarrarte a la camilla, pero ese amable pequeño sargento no le hizo caso. Dijo: «Al capitán no le gustaría estar amarrado»; y, así, él, Bubonovitch, el médico, Sarina y yo caminamos al lado de la camilla.

—«Camarón» es un magnífico sujeto —dijo Jerry.

—Esos muchachos te aprecian mucho, Jerry.

—Ese afecto es recíproco —replicó él—. Los miembros de una tripulación de combate deben ser amigos, pues uno no confía en alguien a quien no estima; todos tenemos bastantes preocupaciones cuando estamos volando en una misión para estar pensando en el individuo en quien no tenemos confianza. Siento haber causado molestias a todos ayer.

—No las causaste. Simplemente, todos estábamos asustados, porque pensábamos que estabas grave. Y el hecho de que estuvieras delirando hacía que pareciera peor de lo que era en realidad —dijo la joven. Hizo una pausa momentánea y luego añadió—: ¿Quién es Mabel?

—¿Mabel? ¿Qué sabes tú acerca de Mabel?

—Nada, pero preguntabas constantemente por ella.

Jerry rio.

—Así llamaba papá a mi madre. No es su nombre, pero él empezó a nombrarla de ese modo aun antes que se casaran. Tomó el nombre de una serie de cartas de la «Querida Mabel», que fueron muy populares durante la primera guerra mundial. Todos nosotros pensamos que era muy divertido decirle Mabel, también.

—Y todos nosotros nos preguntábamos quién sería ella —dijo Corrie, débilmente.

—Supongo que eso tenía a «Camarón», Bubonovitch, Sarina y el doctor terriblemente preocupados —dijo Jerry.

—Eso no tiene gracia, Jerry —dijo Corrie.

25

En la falda de un monte, donde el arroyo nacía en un pequeño manantial que borbotaba debajo de un risco de piedra caliza, había muchas cuevas, fácilmente defendibles. Allí decidió van Prins levantar un campamento para esperar la llegada de las fuerzas aliadas, que estaban bajo las órdenes del general MacArthur, pues los norteamericanos le habían informado que MacArthur estaba acercándose más cada semana. Cuando los aliados establecieran una cabeza de playa, él y otros jefes de guerrilla bajarían de las montañas para hostigar la retaguardia del enemigo y cortar las comunicaciones. Mientras tanto, todo lo que podían hacer era realizar algunas salidas ocasionales en contra de alguna avanzada japonesa.

Desde ese campamento, los norteamericanos planeaban dirigirse al otro lado de las montañas, tan pronto como Jerry estuviese completamente recuperado, y seguir un camino a lo largo del lado oriental de la región, hasta el punto en donde volverían a cruzar hacia el oeste y tratarían de abrirse paso rumbo a la costa. Tak van der Bos iría con ellos, porque se pensaba que su conocimiento de Sumatra y de la situación de las posiciones japonesas resultaría de gran valor para las fuerzas aliadas.

—En el muy dudoso caso de que ustedes logren encontrarlas —dijo van Prins.

Él tenía poca esperanza de éxito de lo que consideraba una aventura descabellada, y trató de persuadir a Corrie de que no corriera los mismos riesgos.

—Podemos ocultarte aquí en las montañas indefinidamente —le dijo a la joven—, y estarás a salvo entre tu propia gente.

Jerry no estaba tan seguro de que ella estaría a salvo.

Si los japoneses hacían en alguna ocasión un esfuerzo serio por liquidar a las guerrillas, empleando tanto la infantería como la aviación, Corrie no estaría segura. Sin embargo, no le pidió que fuera con él. Hubiera sentido mayor seguridad en las oportunidades de éxito de su aventura, si Tarzán no hubiese estado perdido para ellos.

Tak van der Bos estuvo de acuerdo con van Prins.

—Realmente, yo creo que estarías más segura aquí, Corrie —le dijo—. Y pienso que nosotros cuatro tendríamos una mejor probabilidad de escapar si…, si…

—Si no fueran estorbados por una pareja de mujeres. ¿Por qué no lo dices, Tak?

—No sabía cómo decirlo de manera que no te ofendiera, Corrie; pero eso es lo que quería decir.

—Sarina y yo no seremos una carga, sino dos tiradores más. Hemos probado que, en el camino, podemos conservar el mismo paso que cualquiera de los hombres. Me parece que ustedes admitirán que Sarina resultaría ser una combatiente más temible que cualquiera de ustedes, y yo ya he demostrado que no gritaré ni me desmayaré cuando el tiroteo dé principio. Además de todo eso, creo que Sarina conoce exactamente dónde puede encontrar una lancha para nosotros, y conseguir que nos proporcionen provisiones unos aborígenes hospitalarios. Y hay otra cosa que considerar: Sarina ha navegado por estos mares toda su vida. Ella no solamente los conoce, sino que es una navegante experimentada. Yo creo que podemos ser de gran ayuda para ustedes. En cuanto al peligro, hay las mismas probabilidades en ambos casos. Los japoneses pueden acabar con nosotros, tanto si intentamos escapar como si permanecemos en un sitio. Sarina y yo queremos ir con ustedes; pero si Jerry dice que no, nos someteremos.

Bubonovitch y Rosetti escuchaban con mucho interés la discusión. Jerry se volvió hacia ellos.

—¿Qué piensan ustedes, amigos? —preguntó—. ¿Querrían llevar a Corrie y a Sarina con nosotros, o preferirían que no nos acompañaran?

—Pues, la cosa es de este modo —dijo Bubonovitch—: si tuviéramos dos hombres que fuesen tan buenos soldados como ellas, no habría pregunta alguna. El problema está en que un hombre

duda en colocar a una mujer en peligro, si puede evitarlo.

—Así es, en efecto —dijo Jerry.

Miró con fijeza a Rosetti, el confirmado misógino, interrogativamente.

—Yo digo que vayamos todos o que todos nos quedemos. Permanezcamos juntos.

—Corrie y Sarina conocen los peligros y las penalidades que quizá tengan que desafiar —dijo Bubonovitch—. Dejemos que ellas decidan. Yo creo que ninguno de nosotros tiene derecho alguno de tomar una decisión por ellas.

—¡Bien dicho, sargento! —exclamó Corrie—. Sarina y yo ya nos hemos decidido.

—Yo creo que ustedes están locas —dijo, encogiéndose de hombros, van Prins—; pero admiro su valor, y les deseo suerte.

—¡Miren! —exclamó Rosetti, señalando con la mano—. Todo va a marchar sobre ruedas ahora.

Todos miraron en la dirección hacia la cual Rosetti estaba apuntando. Hacia ellos venía la familiar y bronceada figura por la que los norteamericanos y Corrie se sentían cada vez más apoyados, que traía montado en uno de sus hombros a un pequeño mono, en tanto que en el otro cargaba los despojos de un ciervo.

Tarzán dejó caer el ciervo a la orilla del campamento y caminó hacia el grupo que estaba reunido alrededor de la camilla de Jerry. Keta rodeó el cuello del hombre-mono con ambos brazos, lanzando chillidos hacia los extraños tarmanganis, insultándolos en su selvático idioma. El pequeño Keta estaba aterrorizado.

—Son amigos, Keta —le dijo Tarzán en su idioma común—. No tengas miedo.

—Keta no tiene miedo —chilló el mono—. Keta morderá a tarmangani.

Tarzán fue recibido con entusiasmo y, en seguida, fue hacia Jerry y se detuvo a su lado, mirándolo con una sonrisa en los labios.

—Conque no te eliminaron —dijo.

—Solamente fue un rasguño —contestó Jerry.

—La última vez que te vi, pensé que estabas muerto.

—Todos teníamos miedo de que tú estuvieses muerto. ¿Te viste en dificultades?

—Sí —replicó Tarzán—, pero los problemas no fueron míos, sino

de los japoneses. Los seguí. No importa lo que puedan hacerte en lo futuro, pues ya estás vengado.

Jerry sonrió.

—Me hubiera gustado estar allí para ver.

—No fue agradable —dijo Tarzán—; eran criaturas inanimadas presas del pánico, como robots vivientes que carecían de amos. Tuve cuidado en elegir a los jefes primero —concluyó, y sonrió abiertamente cuando lo recordó.

—Debiste seguirlos un largo trecho —dijo van Prins.

—No; pero después que acabé con ellos, vagué internándome en el bosque. Siempre siento curiosidad por todo país que no me es conocido. Sin embargo, no aprendí muchas cosas de valor. Ayer en la tarde localicé una batería enemiga de grandes cañones y, esta mañana, encontré otra. Si tienes un mapa, puedo indicarte sus posiciones en forma muy aproximada.

»El primer día, hallé una aislada aldea de indígenas. Estaba construida en las aguas poco profundas que hay cerca de la orilla de un lago, en un gran bosque que me pareció impenetrable. Esa gente estaba pescando con redes, y me amenazó con arcos y flechas después que les di la señal de paz».

—Creo que conozco la aldea —dijo van Prins—. Varios aviadores la han visto; pero, hasta donde se sabe, ningunos otros hombres civilizados la han hallado y sobrevivido. Uno o dos han tratado de llegar a ella, y es posible que lo hayan logrado, pero no regresaron. Se cree que los habitantes de esa aldea son los últimos de un pueblo aborigen del cual descienden los batacos, verdaderos salvajes y caníbales. Hasta hace poco, los modernos batacos eran antropófagos: lo que uno podría llamar caníbales idealistas. Devoraban a su propia gente de edad avanzada, en la creencia de que así ellos conferían inmortalidad a los que se comían, porque estos continuarían viviendo en sus personas. Además, el devorador adquiriría la fuerza y las virtudes de su víctima. Por esta última razón, se comían también a sus enemigos, parcialmente asados y con un poco de limón.

—Se supone, además —dijo van der Bos—, que esos habitantes del lago han descubierto el secreto de la eterna juventud.

—Eso, desde luego, es una leyenda —dijo el doctor Reyd.

—Tal vez no —afirmó Tarzán.

Reyd lo miró con sorpresa.

—¿Quiere decir que en verdad cree en una tontería como esa? ¿Eh? —preguntó.

—Naturalmente —asintió Tarzán sonriendo—, yo creo en las cosas que he visto con mis propios ojos o que he experimentado; y, en dos ocasiones, he descubierto pruebas absolutas de que la juventud perpetua se puede conseguir. Además, he aprendido, desde hace mucho tiempo, a no negar la verdad de lo que emana de las supersticiones que practican los pueblos primitivos. ¡He visto cosas extrañas en las profundidades del Continente Negro!

Dejó de hablar, evidentemente porque no quería entrar en detalles. Sus ojos, vagando por el rostro de los que lo escuchaban, se fijaron en Sarina, y preguntó:

—¿Qué está haciendo esta mujer aquí? Ella pertenece a Hooft y a su banda de forajidos.

Tanto Corrie como Rosetti trataron de darle una explicación, simultáneamente, y este último saltó en defensa de Sarina. Cuando Tarzán hubo oído la historia, quedó satisfecho.

—Si el sargento Rosetti está contento de tener a cualquier mujer cerca de él, ella no debe de tener nada criticable.

Rosetti se ruborizó, pero dijo:

—Ella nos conviene, coronel.

El doctor Reyd se aclaró la garganta.

—Lo que decías acerca de la veracidad de las supersticiones y religiones de los pueblos primitivos y de que la juventud eterna se puede conseguir, me interesa. ¿Te molestaría ser un poco más explícito?

Tarzán se sentó con las piernas cruzadas, junto a Jerry.

—En numerosas ocasiones, he conocido a médicos brujos que matan a la gente a grandes distancias de donde ellos están; y, algunas veces, después de un lapso de años. Yo no sé cómo lo hacen; simplemente sé que pueden lograrlo. Tal vez hagan brotar una idea en la mente de su víctima, que induce a esta a morir por medio de la autosugestión. La mayor parte de sus conjuros es pura charlatanería; pero, ocasionalmente, se manifiestan como una ciencia exacta.

—Sin embargo, todos podemos ser engañados fácilmente —dijo Jerry—. Toma a unos de esos sujetos que han practicado como

afición la llamada magia de salón. Ellos admiten que te embaucan con trucos; pero si tú fueses un salvaje ignorante y te dijeran que era verdadera magia, les creerías. Yo tenía un amigo en Honolulú, cuando estaba de servicio en Hickam, que era tan bueno como cualquiera de los profesionales que yo haya visto. Si pintas al coronel Kendall J. Fielder de negro, lo vistes con un taparrabo y una corona de plumas, le das algunos huesos, pedazos de madera y una cola de cebra, y lo dejas suelto en África, pondrías verdes de envidia a todos los demás médicos brujos.

»¡Y las cosas que podía hacer con barajas! Yo solía jugar a las cartas contra él, y siempre me ganaba. Él obraba sin engaños, desde luego, pero lo amedrentaba a uno antes de comenzar la partida, tal como los médicos brujos de Tarzán hacían con sus víctimas. Así, uno mismo se autosugestionaba para perder. Era humillante, también —añadió Jerry—, porque yo soy un jugador de baraja mucho mejor que él».

—Claro que cualquiera puede aprender esa clase de magia —dijo Reyd—, pero ¿qué me dices de la perpetua juventud? ¿Ha visto usted realmente ejemplos de esto, coronel?

—Cuando yo era joven —dijo Tarzán—, salvé a un negro de un león devorador de hombres. Él quedó muy agradecido, y quiso recompensarme de alguna manera. Me ofreció la juventud eterna, y yo le dije que no creía en tales cosas. Me preguntó, a su vez, qué tan viejo pensaba yo que fuese, y le dije que parecía tener de veinte a treinta años; entonces, me explicó que era un médico brujo. Todos los médicos brujos que yo había visto hasta entonces eran mucho más viejos que él; así que no presté atención a su afirmación, ni tampoco a su promesa de conferirme la juventud eterna.

»Me condujo a su aldea, donde conocí a su jefe; le pregunté a este desde cuándo lo conocía, y el jefe, que era un anciano, contestó que desde su infancia. Luego, me dijo que nadie sabía qué tan viejo era el médico brujo; pero que debía ser muy viejo, pues había conocido al abuelo de Tippoo Tib, quien había nacido, probablemente, por el año 1840, o, posiblemente, cerca de 1830; de tal manera que su abuelo pudo haber nacido en el siglo XVIII.

»Yo era muy joven y, como la mayoría de los jóvenes,

aventurero. Probaría cualquier cosa; así que permití al médico brujo que trabajara en mí. Antes que hubiese terminado su labor conmigo, comprendí por qué no confería a cualquiera la juventud eterna. Requirió un mes completo de confeccionar brebajes horribles, de observar solemnes rituales, y de la transfusión de dos cuartos de litro de la sangre del médico en mis venas. Mucho antes que acabara todo, lamenté el haberme metido en ese asunto, porque no tenía confianza alguna en sus promesas» —concluyó Tarzán, y cesó de hablar, como si hubiera terminado su historia.

—Y estaba usted en lo correcto —dijo el doctor Reyd.

—Entonces, ¿cree usted que envejeceré?

—Con toda certeza —dijo el doctor.

—¿Cuántos años cree que tengo ahora? —preguntó Tarzán.

—Entre veinte y treinta.

Tarzán sonrió.

—Lo que les he contado ocurrió hace muchos años —dijo.

—Es muy extraño —afirmó el doctor Reyd, sacudiendo la cabeza. Era evidente que no estaba convencido del todo.

—Yo nunca pensé en su edad, coronel —dijo Jerry—; pero recuerdo ahora que mi padre decía que leyó acerca de usted cuando era un muchacho. Solía mencionarlo, poniéndolo como ejemplo, y usted influyó sobre mi niñez más que nadie.

—Me rindo —dijo Reyd—. Pero dijo usted que había conocido dos ejemplos de que se había obtenido la juventud perpetua. ¿Cuál fue el otro? Ciertamente, ha despertado mi interés.

—Una tribu de fanáticos blancos, en una parte remota de África, compuso una cosa diabólica que proporcionaba juventud eterna. Quiero decir que la manera como obtenían uno de los principales ingredientes era diabólica. Secuestraban muchachas, las mataban y les quitaban ciertas glándulas.

»En el curso de la búsqueda de una pareja de muchachas a las que habían raptado, encontré su aldea. Para hacer corta una historia larga, les diré que mis compañeros y yo tuvimos éxito en rescatar a las jóvenes y conseguimos una provisión del compuesto. Aquellos que lo han tomado, incluyendo a un pequeño mono, no han dado muestras de envejecer, desde entonces».

—¡Asombroso! —dijo Reyd—. ¿Espera usted vivir para siempre?

—No lo sé.

—Tal vez —sugirió Bubonovitch—, simplemente se desbarate pieza por pieza, de repente.

—¿Querría usted vivir para siempre? —preguntó van der Bos.

—Desde luego, si jamás tuviera que sufrir los achaques de la vejez.

—Pero todos sus amigos desaparecerían.

—Uno extraña a los viejos amigos, pero constantemente hace amistades nuevas. Sin embargo, mis oportunidades de vivir eternamente son muy escasas. Cualquier día, una bala puede terminar con mis días, algún tigre, o pitón, puede darme muerte. Si sobrevivo para regresar a mi África, puedo encontrar un león esperándome, o un búfalo. La muerte tiene muchos trucos ocultos, además de la vejez. Uno puede derrotarla por algún tiempo, pero al final siempre vence ella.

26

La pequeña banda que iba a hacer el intento de llegar hasta Australia comprendía norteamericanos, holandeses, un inglés y una eurasiática; los guerrilleros la llamaban la «Legión Extranjera». Jerry decía que este nombre era aún más acertado, y llamaba la atención sobre el hecho de que Bubonovitch era ruso; Rosetti, italiano, y él mismo, un indio cherokee.

—Si el pobre anciano Sing Tai estuviese con nosotros —dijo Corrie—, las cuatro principales naciones aliadas estarían representadas.

—Si Italia no se hubiera rendido —dijo Bubonovitch—, habríamos tenido que liquidar a «Camarón». Él es el único miembro del Eje en nuestro medio.

—No soy un espía italiano —dijo Rosetti—, pero preferiría serlo antes que ser un piojoso ruso comunista.

Bubonovitch sonrió y guiñó un ojo a Corrie.

El capitán van Prins, que estaba sentado cerca de allí, con Tarzán, dijo en tono bajo:

—Es malo que haya resentimientos entre esos dos. Podrían provocar muchísimas dificultades antes que terminara esta misión.

Tarzán lo miró con sorpresa.

—Supongo que no conoce muy bien a los norteamericanos, capitán. Cualquiera de esos dos muchachos arriesgaría gustosamente su vida por el otro.

—Entonces, ¿por qué se insultan mutuamente? —preguntó van Prins—. No es esta la primera vez que los he oído.

—Si yo fuese norteamericano, tal vez podría decírselo —replicó Tarzán, encogiéndose de hombros.

El valle se hacía más angosto donde los guerrilleros habían

hecho su campamento, y terminaba en un cañón cerrado, cuyos muros de piedra caliza estaban agujereados por varias cuevas grandes a cada lado. Unos rifles y ametralladoras que dispararan desde la boca de esas cuevas desarrollarían un fuego cruzado mortal, que haría inexpugnable aquella posición. Otra ventaja radicaba en la posibilidad de esconder todo rastro de la presencia de hombres, que las cavernas ofrecían. Ocasionalmente, un avión japonés volaba sobre ella, y al primer sonido de sus motores, la compañía parecía esfumarse, entrando en las cuevas.

Un centinela, apostado en un risco sobre el campamento, tenía una vista completa del valle, tan lejos como podían alcanzar sus binoculares. Podía descubrir a cada enemigo que se aproximara y, a su señal, la defensa se organizaría en un momento.

En este campamento, por primera vez, la «Legión Extranjera» se sintió razonablemente segura. Era un alivio para la constante tensión nerviosa por la que habían estado pasando, y sus miembros se tranquilizaron y descansaron, mientras esperaban que la herida de Jerry sanase y que él recuperara su fuerza.

Tarzán se alejaba a menudo, en misiones de reconocimiento o para cazar. Era él quien mantenía al campamento aprovisionado con carne fresca, pues podía matar calladamente. El disparo de un rifle podía atraer la atención de alguna patrulla enemiga.

En algunas ocasiones, Tarzán se marchaba por varios días. En una de tales misiones, encontró el campamento de los forajidos, a lo lejos, bajando por el valle. Estaba localizado cerca del *kampong* donde el capitán Tokujo Matsuo y el teniente Hideo Sokabe se mantenían todavía, y era evidente que los malhechores estaban cooperando abiertamente con los japoneses.

Los bandoleros habían construido un alambique y hacían aguardiente, con el cual llevaban a cabo un pequeño comercio con el enemigo. Tarzán vio numerosos ebrios en ambos campamentos. Un resultado evidente de ello era el relajamiento de la disciplina y la precaución en el campamento enemigo. No había centinelas fuera de la aldea, ni en los caminos que conducían a esta. Un solo soldado estaba de guardia a un lado de un recinto cercado con alambre de púas, muy pequeño, dentro del cual, debajo de un endeble refugio, Tarzán pudo ver dos figuras, pero no logró poner en claro quiénes eran. Evidentemente, ambos eran prisioneros, pero no podía

precisar si se trataba de indígenas o japoneses. No le interesaban.

Cuando el hombre-mono se volvió para salir de la aldea y regresar al campamento de las guerrillas, el sonido de un radio surgió de una de las casas. Se detuvo un momento para escuchar; pero la voz hablaba en japonés, idioma que él no podía entender y, por lo tanto, continuó su camino.

Sin embargo, el teniente Hideo Sokabe sí lo comprendió y no le agradó lo que escuchó, en tanto que el capitán Tokujo Matsuo, que también lo entendió, estaba complacido. Él no era un borrachín de aguardiente, como Sokabe, pero la bebida aumentó el gusto con el cual recibió Matsuo el mensaje radiado desde Tokio, y se puso a hacer mucho escándalo a causa de él.

—Conque tu honorable tío ha sido despedido —se regocijó—. Ahora le puedes escribir a tu honorable tío, el general Hideki Tojo, todos los días; pero yo seguiré siendo capitán…, hasta que sea ascendido. Esta vez, la situación se ha invertido. La «Rana Cantadora» es ahora primer ministro y, aunque no sea pariente mío, es mi amigo, porque yo estuve a su servicio en el ejército de Kwantung, en Manchuria.

—Al igual que miles de campesinos —dijo Sokabe.

Así fue como la enemistad que existía entre los dos oficiales se hizo peor, cosa que no era buena para la moral y la disciplina de las tropas a su mando.

Corrie había expresado a menudo su interés acerca del destino de Sing Tai, a quien habían dejado escondido en la aldea de Tiang Umar; de modo que Tarzán decidió visitar esa aldea antes de regresar al campamento de los guerrilleros. Para esto, necesitaba dar un considerable rodeo, pero solamente en raras ocasiones el amo de la selva se preocupaba por el tiempo o la distancia. Una de las características de la civilización a la que él nunca pudo acostumbrarse era la esclavizante servidumbre del hombre civilizado a las demandas del tiempo. Algunas veces, su inconformidad con las costumbres establecidas resultaba embarazosa para otros, pero nunca para Tarzán. Él comía cuando tenía hambre, dormía cuando sentía sueño, e iniciaba sus viajes cuando el espíritu o la necesidad se lo indicaban, sin preocuparse acerca del tiempo que eso implicaría.

Avanzaba pausadamente. Cazó a un animal y, después de comer,

se acostó para pasar la noche. A media mañana, se acercó al *kampong* de Tiang Umar. A causa de la cautela inherente en las fieras, Tarzán caminaba silenciosamente a través de los árboles que rodeaban el *kampong*, para asegurarse de que ningún enemigo lo acechaba. Observó a los aborígenes, que seguían con sus pacíficas actividades normales. Después, reconoció a Alam y, un momento después, se dejó caer al suelo y caminó hacia la aldea.

Tan pronto como los indígenas lo reconocieron, lo saludaron cordialmente y se reunieron a su alrededor, haciéndole preguntas en un idioma que no podía entender. A su vez, preguntó si alguien en la aldea hablaba holandés; y un anciano replicó en ese idioma, diciendo que él lo hablaba.

Por medio del intérprete, Alam inquirió acerca de Corrie, y mostró su placer cuando se enteró de que ella estaba a salvo. Luego, Tarzán le preguntó qué había sido de Sing Tai, y en respuesta, se le dijo que todavía estaba en la aldea, pero que nunca se aventuraba a salir a la luz del día, puesto que, en dos ocasiones, las partidas japonesas de exploradores habían llegado al *kampong* sin previo aviso.

Tarzán fue llevado ante el chino, y lo encontró enteramente recuperado de su herida y en buena condición física. Su primera pregunta fue acerca de Corrie y, cuando el hombre-mono le aseguró que ella se encontraba perfectamente bien y entre amigos, se puso radiante de placer.

—¿Quieres permanecer aquí, Sing Tai? —preguntó Tarzán—, o bien, ¿deseas venir con nosotros? Pronto vamos a tratar de escapar de esta isla.

—Iré contigo —replicó Sing Tai.

—Muy bien —dijo Tarzán—. Partiremos ahora.

***

La «Legión Extranjera» se estaba poniendo inquieta. Jerry se había recuperado enteramente, había recobrado su fuerza, y estaba ansioso por partir. Solo esperaba el regreso de Tarzán, que se había ido desde hacía varios días.

—Quisiera que apareciera —dijo a Corrie—. Yo sé que él puede cuidar de sí mismo, pero algo pudo haberle pasado.

Algunos de la partida estaban reunidos bajo las protectoras ramas de un árbol. Habían estado desarmando, aceitando y ensamblando nuevamente sus armas. Todos podían realizar perfectamente estas operaciones, hasta con los ojos cerrados. Era un juego que los aliviaba de la monotonía de su incesante atención para con las armas, en la húmeda atmósfera de aquellas montañas ecuatoriales. Ocasionalmente, uno de ellos tomaba el tiempo a otro; y, para mortificación de los hombres, se descubrió que Corrie y Sarina eran quienes lo hacían con mayor rapidez.

Sarina colocó el cerrojo en su rifle, lo apuntó hacia el cielo y tiró del gatillo. Reclinó el arma contra un árbol, y escudriñó largamente el valle.

—Tony ha estado afuera por mucho tiempo —dijo—. Si no regresa pronto, iré a buscarlo.

—¿A dónde fue? —preguntó Jerry.

—A cazar.

—Hay órdenes de no cazar —dijo Jerry—. Rosetti lo sabe. No podemos correr el riesgo de atraer la atención de los japoneses con los disparos de un rifle.

—Tony llevó su arco y flechas para la caza —explicó Sarina—. No hará fuego con su rifle, más que en defensa propia.

—No podría acertar a algo más pequeño que un elefante con ese equipo de arquería —dijo Bubonovitch.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue? —preguntó Jerry.

—Demasiado tiempo —dijo Sarina—: tres o cuatro horas cuando menos.

—Yo lo buscaré —dijo Bubonovitch. Y, tomando su arma, se puso de pie.

Justamente entonces, el centinela que estaba en el risco, gritó:

—Un hombre se acerca. Parece ser el sargento Rosetti… ¡Sí! ¡Es el sargento Rosetti!

—¿Trae un elefante? —gritó Bubonovitch.

—Trae algo, pero no creo que se trate de un elefante —dijo el centinela, riendo.

Todos miraron hacia el valle y, al rato, pudieron ver a un hombre que se aproximaba. Todavía estaba muy lejos, y solo el centinela con binoculares podía haberlo reconocido. Después de un rato, Rosetti entró en el campamento. Llevaba una liebre.

—Aquí está su cena —dijo, arrojando la liebre al suelo—. Erré a tres ciervos, y luego le di a este pequeño.

—¿Estaba dormido en esos momentos, o te lo detuvo alguien? —le preguntó Bubonovitch.

—Iba corriendo como un demonio salido del infierno —dijo Rosetti, sonriendo—, cuando chocó contra un árbol.

—¡Buen trabajo, Hiawatha! —exclamó Bubonovitch.

—De todas maneras, lo intenté —dijo Rosetti—. No me senté por allí, muy tranquilamente, a esperar que otro sujeto me trajese el tocino.

—Eso es cierto, sargento Bum —dijo Sarina.

—Siempre actúo como un caballero, y no contradiré a una dama —dijo Bubonovitch—. Ahora, la pregunta es, ¿quién va a preparar la fiesta? Solo hay cincuenta personas para el banquete, y lo que sobre, podemos enviarlo a los hambrientos armenios.

—Los hambrientos armenios no tendrán un solo pedazo de este conejo, ni tú tampoco. Es todo para Sarina y Corrie.

—¡Dos personas vienen por el valle! —gritó el centinela—. No puedo identificarlos todavía. Hay algo peculiar en ellos.

Todos los ojos se esforzaron por ver hacia el valle, y los oídos por escuchar el nuevo informe del centinela. Después de algunos momentos, llegó:

—Cada uno de ellos lleva una especie de carga, y uno de los dos está desnudo.

—Debe ser Tarzán —dijo Jerry.

Y era Tarzán, en efecto, con Sing Tai. Cuando ambos llegaron al campamento, dejaron caer los despojos de un par de ciervos al suelo. Corrie se alegró mucho al ver a Sing Tai y al saber que se había recuperado completamente de su herida. Y Jerry estaba tranquilizado y contento de ver a Tarzán.

—Me da mucho gusto que estés de regreso —dijo—. Estamos dispuestos a irnos, y solamente te hemos estado esperando.

—Creo que tenemos otra tarea que realizar antes que podamos partir —dijo Tarzán—. He localizado a la banda de Hooft en el valle, lejos de aquí, y cerca de la aldea donde arrebatamos a Corrie de manos de los japoneses. Todavía siguen allí; y, mientras estaba explorando el lugar, vi a dos prisioneros detrás de una valla de alambre de púas. No pude aclarar quiénes eran, pero en el camino

de regreso hacia aquí, desde el *kampong* de Tiang Umar, Sing Tai me contó que algunos japoneses habían pasado a través de la aldea unos pocos días antes, con dos norteamericanos prisioneros. Los japoneses dijeron a los indígenas que eran aviadores, cuyo avión había sido derribado algún tiempo atrás.

—¡Douglas y Davis! —exclamó Bubonovitch.

—Puede ser —admitió Jerry—. Ellos son los dos únicos que no han aparecido.

—Vamos, capitán —dijo Bubonovitch, después que recogió su cinturón de municiones y su rifle.

Tarzán miró hacia el sol.

—Si viajamos aprisa —dijo—, podremos actuar mientras todavía sea de noche; pero debemos llevar solamente hombres que puedan caminar con rapidez.

—¿Cuántos? —preguntó van Prins.

—Veinte bastarían. Si todo marcha completamente bien, yo puedo hacer todo solo; pero si todo no sale bien, veinte hombres, sumados al factor sorpresa, harían que la situación mejorara.

—Yo iré con bastantes de mis hombres, para completar los veinte —dijo van Prins.

Todos los miembros de la «Legión Extranjera» se estaban preparando para la marcha, pero Tarzán rechazó a Corrie y a Sarina, que empezaron a discutir el asunto, pero Tarzán fue inflexible.

—Ustedes serían una responsabilidad más para nosotros —dijo—, y tendríamos que pensar en su seguridad, cuando nuestra cabeza debe estar en nada más que nuestra misión.

—El coronel tiene razón —dijo Jerry.

—Supongo que así es —admitió Corrie.

—Así se comporta un buen soldado —dijo Tak.

—Hay otra persona que no debería ir —dijo el doctor Reyd, y todos miraron a Jerry—. El capitán Lucas ha estado sumamente enfermo y, si va a participar en una larga marcha forzada ahora, no estará en condiciones de soportar el viaje hacia el sur que ustedes intentan realizar.

Jerry miró interrogativamente a Tarzán.

—Quisiera que no insistieras, Jerry —dijo el inglés.

Jerry desabrochó su cinturón de municiones y lo depositó al pie

de un árbol. Sonrió tristemente, y dijo:

—Si Corrie y Sarina pueden actuar como buenos soldados, yo también puedo; pero les aseguro que detesto perderme esto.

Diez minutos después, veinte hombres partieron por el valle, con paso rápido. Tarzán, a la cabeza de la columna con van Prins, le explicó sus planes al holandés.

***

El capitán Tokujo Matsuo y el teniente Hideo Sokabe habían estado bebiendo toda la noche y, además, peleando. También sus hombres habían bebido grandes cantidades de alcohol. Los indígenas del *kampong* habían llevado a sus mujeres hacia el bosque, para escapar de los brutales requerimientos de los soldados borrachos. Pero, ahora, un poco antes del amanecer, el silencio había caído sobre el campamento, excepto por los dos oficiales que reñían. Los otros yacían en el suelo, la mayor parte de ellos totalmente amodorrados por la borrachera.

El único guardia que se hallaba ante la prisión acababa de ocupar su puesto. Había dormido, eliminando los efectos del aguardiente que había ingerido, pero estaba todavía muy lejos de sentirse sereno. Lamentaba el haber sido despertado; así que desquitó algo de su furia en los dos prisioneros, despertándolos, a su vez, para vilipendiarlos y amenazarlos. Hablaba inglés, porque había nacido y recibido su educación en Honolulú. Era un adepto a la vituperación en ambos idiomas. Soltó un chorro de bajezas y de insultos sobre los dos hombres que estaban dentro del recinto rodeado por alambre de púas.

El sargento Carter Douglas, de Van Nuys, California, se movió en su sucia estera y se incorporó, sosteniéndose sobre un codo.

—¡Aroha, querido! —le gritó al guardia.

Esto sumió al japonés en una furia salvaje.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —inquirió el sargento Bill Davis, de Waco, Texas.

—Me parece que no le agradamos —dijo Douglas—. Antes de que despertaras, dijo que nos habría matado inmediatamente, de no ser porque su honorable capitán desea acabar con nosotros por sí mismo, en cuanto amanezca.

—Tal vez solamente está diciendo eso para asustarnos —dijo Davis.

—Podría ser —dijo Douglas—. Ese tipo está borracho. Lo que beben debe ser fuerte como un demonio. Parecía que todos los que están en el campamento se habían emborrachado.

—¿Recuerdas ese aguardiente que trataron de vendernos en Numea, a ochenta y cinco la botella? Tres tragos bastaban para animar a un soldado raso a escupir en la cara a un capitán. Tal vez sea eso lo que están bebiendo.

—Si este sujeto se ha emborrachado un poco —dijo Douglas—, podremos fugarnos esta noche.

—Si pudiéramos salir de aquí, lo pondríamos fuera de combate.

—Pero no podemos salir.

—¡Por las campanas del infierno! Yo no quiero que me corten la cabeza. ¡Qué maldito regalo de cumpleaños! ¡Bah!

—¿Por qué hablas de un regalo de cumpleaños?

—Si no he perdido la cuenta, mañana será mi cumpleaños —dijo Davis—. Cumpliré veinticinco años.

—Tú no esperas vivir por siempre, ¿verdad? No sé lo que los ancianos como tú esperan.

—¿Cuántos años tienes, Doug?

—¡Veinte!

—¡Vaya! Te han sacado justamente de la cuna. ¡Oh, diablos! —dijo Davis, después de una pausa momentánea—. Estamos tratando solamente de bromear para convencernos de que no estamos asustados, pero yo tengo mucho miedo.

—Yo estoy asustado como un demonio —admitió Douglas.

—¿De qué hablan ustedes allí? —inquirió el guardia—. ¡Cállense!

—¡Cállate tú, Tojo! —dijo Douglas—; estás totalmente borracho.

—Ahora, por eso, te mataré —gritó el japonés—. Le diré al capitán que trataste de escapar —añadió, y levantó su rifle, apuntando hacia la obscuridad del refugio donde habitaban los dos prisioneros.

Silenciosamente, a la sombra de las casas, una figura avanzó hada él, a espaldas suyas.

Matsuo y Sokabe estaban gritándose insultos mutuamente, en su habitación, en el extremo lejano del *kampong*. Súbitamente, el

primero sacó su pistola y disparó sobre Sokabe. Falló, y el teniente contestó el fuego. Estaban demasiado borrachos para atinarse uno al otro, excepto por accidente, pero seguían haciendo fuego.

Casi simultáneamente con el primer disparo de Matsuo, el guardia hizo fuego hacia el recinto que aprisionaba a los dos norteamericanos. Antes que pudiese disparar un segundo tiro, un brazo rodeó su cabeza y tiró hacia atrás. Un cuchillo casi la separó del cuerpo.

—¿Resultaste herido, Bill? —preguntó Douglas.

—No. Nos falló por kilómetros. ¿Qué pasa allí? Alguien saltó sobre él.

Despertados por los disparos que sonaban en el cuarto de los oficiales, unos soldados aturdidos, borrachos, iban tambaleándose hacia el extremo lejano de la aldea, pensando que el campamento había sido atacado. Algunos de ellos corrieron tan cerca de Tarzán al pasar, que él podía haberlos tocado con solo estirar el brazo. Se agazapó al lado del guardia muerto, esperando. Ignoraba la causa de los disparos, tanto como los japoneses. Van Prins y su partida estaban en el extremo opuesto del *kampong*; por lo tanto, él sabía que no podían ser ellos los que hacían fuego.

Cuando pensó que el último japonés había pasado, llamó a los prisioneros en voz baja:

—¿Son ustedes Douglas y Davis?

—Sí.

—¿Dónde está la puerta?

—Justamente enfrente de usted, pero está cerrada con un candado.

Van Prins, al oír los disparos, pensó que iban dirigidos a Tarzán; así que llevó a sus hombres a la aldea, a toda carrera. Ellos se desparramaron, ocultándose tras las casas.

Tarzán caminó hacia la puerta. Su marco estaba hecho por unos pequeños troncos. Douglas y Davis habían salido del refugio y estaban de pie, detrás de la puerta.

Tarzán asió con fuerza los postes, uno en cada mano.

—Cada uno de ustedes, amigos, empujará un poste —dijo—, y yo tiraré.

Y, mientras hablaba, se arrojó hacia atrás con todo su peso y su fuerza; y los postes saltaron de su sitio, antes que los prisioneros

pudieran ayudarlo. El alambre fue arrastrado al suelo, con los dos postes, y Douglas y Davis saltaron por encima de él, hacia la libertad.

El amo de la selva había oído a los hombres que corrían desde la posición ocupada por van Prins, y supuso que serían sus soldados. Llamó a van Prins y este le contestó.

—Los prisioneros están conmigo —dijo Tarzán—. ¡Sería mejor que reuniera a sus hombres para que podamos irnos de aquí!

Entonces quitó el rifle y las municiones de las manos del japonés muerto y se las dio a Davis.

Cuando la partida avanzó para salir de la aldea, todos pudieron escuchar a los japoneses que parloteaban y gritaban, al otro extremo del poblado. Ignoraban la causa de la distracción que los había ayudado en el rescate de los dos hombres, sin que hubiesen sufrido dificultad alguna, y muchos de ellos lamentaban partir sin haber disparado un solo tiro.

Bubonovitch y Rosetti no daban reposo a sus dos compañeros, preguntándoles y respondiendo innumerables preguntas. Una de las primeras que Davis hizo, fue acerca de Tarzán.

—¿Quién era ese tipo desnudo que nos sacó de la prisión? —preguntó.

—¿No recuerdas al inglés que subió a bordo antes que despegáramos? —le preguntó Rosetti—. Pues bien, ese es él; y es un magnífico sujeto. ¿Y quién creen ustedes que es?

—Tú nos lo acabas de decir: el coronel de la Real Fuerza Aérea.

—Es Tarzán de los Monos.

—¿A quién piensas que estás embromando?

—No se trata de una broma —dijo Bubonovitch—. Realmente es Tarzán.

—El «viejo» no se encuentra aquí —dijo Douglas—. ¿Acaso ha…?

—No. Está perfectamente. Resultó herido y no le permitieron venir con nosotros; pero está bien.

Los cuatro charlaron casi constantemente durante todo el camino de regreso al campamento de los guerrilleros. Habían combatido juntos en muchas misiones, y estaban unidos por lazos más fuertes aún que el de la sangre. Existía entre ellos algo que no puede ser expresado en palabras, y no hubieran pensado en tratar

de explicarlo. Tal vez Rosetti estuvo cerca de manifestarlo, cuando dio una palmada a Davis en la espalda, y le dijo:

—¡Viejo compañero!

27

Dos días después, la «Legión Extranjera», que ya contaba con diez miembros, se despidió de los guerrilleros y partió en su larga marcha hacia un destino desconocido. Douglas y Davis tomaron sus puestos en la pequeña compañía, con la sencilla adaptabilidad de los soldados norteamericanos. Douglas la llamaba la Liga de Naciones.

Al principio, los dos recién llegados se habían mostrado escépticos sobre la habilidad de las dos mujeres para resistir las penalidades y peligros de la desierta montaña, casi sin caminos, que la necesidad de evitar contacto con el enemigo los obligaba a atravesar. Pero pronto descubrieron que ellos mismos marcharían perfectamente con solo mantenerse al lado de Corrie y Sarina. También había algunas otras sorpresas.

—¿Qué le ha pasado a «Camarón»? —preguntó Davis a Bubonovitch—. Pensé que no tenía tiempo para ninguna mujer, pero siempre está al lado de esa muchacha morena. Aunque no lo culpo, pues ella es bastante bonita.

—Temo —dijo Bubonovitch—, que el sargento Rosetti se haya enamorado estúpidamente. Al principio, se mostraba apenado acerca de eso, pero ahora ha perdido absolutamente la vergüenza. Es un alcornoque.

—Y el «viejo» —dijo Davis— también. Solía ser lo que tú llamabas un misógino.

—Ese no era exactamente el nombre que yo le daba —dijo Bubonovitch—, pero tú tienes una idea general al respecto. Tal vez era así antes, pero ha cambiado.

—Es algo tonto —observó Carter Douglas—. ¿Qué saben los ancianos acerca del amor?

—Te sorprendería mucho el saberlo, pequeño —le dijo Bubonovitch.

La caminata era cruel. Con *parangs*, se abrían paso a hachazos a través de la selva virgen. Profundas cañadas y torrentes montañosos bloqueaban su avance, con desalentadora frecuencia. A menudo, los muros de un torrente descendían por cientos de metros, sin ofrecer apoyo alguno al pie o a la mano, cosa que los obligaba a dar largos rodeos. Escasamente pasaba algún día sin que cayeran aguaceros torrenciales y cegadores. Todos marchaban y dormían con las ropas empapadas. Sus zapatos y sandalias estaban podridos.

Tarzán cazaba para ellos, y los que todavía no sabían comer la carne cruda aprendieron a hacerlo. Él exploraba adelante del grupo, escogiendo las mejores ratas, informando de las avanzadas o patrullas enemigas. Por la noche, dormían muy juntos unos de otros, con una guardia apostada constantemente, temiendo el súbito y furtivo ataque de los tigres. Algunas veces, sus músculos se debilitaban, pero su ánimo no.

El pequeño Keta hacía todas las lamentaciones y quejas. Cuando Tarzán se había ido a rescatar a Davis y a Douglas, Keta había sido dejado atrás, amarrado a un árbol, y se había indignado por ello. Había mordido a tres holandeses que habían tratado de hacerse amigos de él y, desde entonces, había sido dejado solo en forma severa. Solo Tarzán era su amigo. La única excepción a esto era Rosetti. El mono trabó amistad voluntariamente con el pequeño sargento y, muy a menudo, se enroscaba en los brazos del soldado cuando la compañía no iba marchando.

—Probablemente, reconoce a «Camarón» como a un espirito afín —decía Bubonovitch—, o bien como a un pariente cercano.

—Él piensa que tú eres uno de los grandes monos que vimos, a los cuales teme.

—Te refieres, presumo, a los *Pongo pygmæus* —le dijo Bubonovitch.

«Camarón» se mostró disgustado.

—Me gustaría ser un poeta, para escribir una oda.

—¿Acerca de mí, querido?

—Has dicho algo muy cierto. Ya tengo una palabra que rima contigo.

Se habían detenido para pasar la noche, más temprano que de

costumbre, porque Tarzán había encontrado una enorme cueva seca, en la que todos ellos se podrían acomodar. Probablemente había sido ocupada muchas veces con anterioridad, ya que había algunos pedazos de madera carbonizados cerca de la entrada y una provisión de leña seca almacenada en el interior. Encendieron una fogata y se sentaron cerca de ella, a su agradable calor. Secaron tantas prendas de vestir como permitía la presencia de personas de uno y otro sexo, a pesar de que las tontas prohibiciones de la falsa modestia habían sido desechadas en gran parte, desde hacía mucho tiempo. Ahora, todos ellos formaban tan solo una compañía de «hombres aguerridos».

Jerry, Bubonovitch y Rosetti estaban mirando el burdo mapa que van Prins había dibujado para ellos.

—Aquí es donde cruzaremos hacia el lado oriental del territorio —dijo Jerry, señalando—, justamente abajo de Alahanpandjang.

—¡Vaya, qué nombre para una aldea! Esto es, si se trata de una aldea.

—Para mí es solamente una mancha en este mapa —admitió Jerry.

—Miren —continuó Rosetti—. Aquí dice que hasta el punto donde debemos cruzar nuevamente hacia el otro lado hay ciento setenta kilómetros. ¿Cuánto es eso en millas?

—Pues…, unas ciento cinco o ciento seis millas. Pero eso sería en línea recta.

—¿Cuánto piensas que estamos avanzando, Jerry? —preguntó Bubonovitch.

—Dudo que estemos haciendo cinco millas al día, de avance efectivo.

—Hoy —dijo Bubonovitch—, dudo que hayamos hecho cinco millas en cualquier clase de línea, como no sea subiendo y bajando.

—¡Chispas! —dijo Rosetti—. La «Bella Dama» nos habría llevado hasta allí en unos veinte o veinticinco minutos. En cambio, a pie, nos tomará probablemente un mes.

—Tal vez más.

—¡Qué diablo! —exclamó Rosetti—. Tenemos suerte de estar con vida.

—Y el panorama es magnífico —dijo Bubonovitch—. Cuando podemos ver a través de la maleza, parece sumamente agradable y

pacífico lo que nos rodea.

—En efecto, así es —aceptó Rosetti—. No parece que pueda haber una guerra en un país tan hermoso como este. No creo que hayan tenido contiendas aquí antes.

—Pero, en verdad, eso es lo que han tenido durante siglos, hasta los últimos cien años —dijo Tak van der Bos—. A través de todas las épocas históricas, y probablemente durante todas las eras prehistóricas, retrocediendo hasta los días del *Pithecanthropus erectus* y el *Homo modjokertensis*, la totalidad de las islas de las Indias Orientales han sido casi constantemente invadidas por guerreros: los jefes tribales, los príncipes insignificantes, los pequeños reyes, los sultanes. Los hindúes vinieron de la India, los chinos también, los portugueses, los españoles de las Filipinas, los ingleses, los holandeses y, ahora, los japoneses. Todos ellos trajeron flotas, soldados y guerra. En el siglo XIII, Kublai Khan envió una flota de mil barcos, que traía a doscientos mil soldados, para castigar a un rey de Java, el cual había arrestado a los embajadores del Gran Khan y luego los había mandado de regreso a China, con el rostro mutilado.

»Nosotros, los holandeses, fuimos a menudo culpables de crueldades y atrocidades contra los indonesios; pero ni nosotros, ni todos los demás que vinieron antes que nosotros, devastamos la tierra ni esclavizamos y diezmamos a la gente con la cruel brutalidad de sus propios sultanes. Esos borrachos, rapaces y licenciosos monstruos masacraban a sus propios súbditos, si eso satisfacía alguno de sus caprichosos antojos. Tomaban para ellos a las mujeres más adorables y a las más bellas vírgenes. Uno de ellos tenía mil cuatrocientas mujeres en su harem.

—¡Chispas! —exclamó Rosetti.

—Y si todavía estuvieran en el poder —continuó Tak, después de sonreír—, seguirían haciendo las mismas cosas. Bajo el dominio de nosotros, los holandeses, los indonesios han conocido la primera libertad, la primera paz, la primera prosperidad de su historia. Si les damos la independencia después que los japoneses sean arrojados de aquí, en otra generación habrán vuelto al punto en el que los encontramos.

—¿No tienen todos los pueblos derecho a su independencia? —

preguntó Bubonovitch.

—No te metas, comunista —dijo Rosetti, en son de burla.

—Solo aquellos pueblos que han ganado el derecho a la independencia la merecen —dijo van der Bos—. El primer contacto registrado con Sumatra se realizó durante el reinado de Wang Mang, un emperador chino de la dinastía de los Han, justamente veintitrés años antes de Cristo. La civilización indonesia ya era antigua para entonces. Si, con todos los antecedentes de cultura antigua, además de cerca de dos mil años que pasaron hasta antes que los holandeses completaran la conquista de las islas, la gente se mantiene todavía en la esclavitud, por culpa de gobernantes tiránicos, entonces, ellos no merecen aquello que tú llamas independencia. Bajo el dominio holandés, ellos tuvieron todas las libertades. ¿Qué más podían pedir?

—Simplemente, conservar su situación sin variaciones —dijo Bubonovitch, con una sonrisa—. Quisiera aclarar que yo no soy comunista. Soy un buen republicano, y me opongo a nuevo régimen; pero, aquí está mi punto de vista: yo pensaba que la libertad era una de las cosas por las cuales estamos combatiendo.

—¡Diablos! —exclamó Jerry—. Yo no creo que alguno de nosotros sepa por qué estamos combatiendo, como no sea para matar japoneses, acabar con la guerra y regresar a casa. Después que hayamos hecho eso, los retrasados políticos volverán a enredar todas las cosas, nuevamente.

—Y los que manejan sables comenzarán a preparar la tercera guerra mundial —dijo van der Bos.

—Yo no creo que harán uso de sus sables muy ruidosamente por algún tiempo —dijo Corrie.

—Lo harán justamente a tiempo de atrapar a nuestros hijos en la próxima guerra —replicó Jerry.

Hubo un silencio embarazoso. Repentinamente, Jerry se dio cuenta de la interpretación a que podía dar lugar su inocente observación y se ruborizó. Lo mismo le ocurrió a Corrie. Todos estaban mirándolos, lo cual empeoró la situación.

Finalmente, van der Bos no pudo reprimir más la risa; y todos rieron con él, inclusive Corrie y Jerry. Sing Tai, que había estado ocupado con el fuego para cocinar, alivió más la tensión, repitiendo una frase que había aprendido de Rosetti:

—¡Vengan a tomarlo!

Un puerco salvaje, gallina silvestre, frutas y nueces formaban el menú para la comida.

—Verdaderamente, vivimos bien —dijo Davis.

—Mejor que en cualquier hotel —admitió Rosetti.

—Tenemos la elección de un enorme mercado, y sin cupones de racionamiento —dijo Tarzán.

—Y sin gastar un solo centavo —añadió Rosetti—. ¡Chispas, esto es vida!

—¿Estás contento? —inquirió Bubonovitch.

—Regresa aquí después de la guerra, sargento —dijo van der Bos—, y te enseñaré una Sumatra diferente.

Bubonovitch sacudió la cabeza.

—Si regreso algún día a Brooklyn —dijo—, voy a permanecer allí. Quizá no vuelva a salir.

—Ni yo de Texas —dijo Davis.

—¿Es Texas un estado bonito? —preguntó Corrie.

—El más hermoso del país —le aseguró Davis.

—Pero si Jerry me ha dicho que el estado más bello era el de Oklahoma.

—¿Esa pequeña reservación india? —demandó Davis—. ¡Vaya! Texas es casi cuatro veces más grande. Produce más algodón que cualquier otro estado de la Unión. Es el primero en ganado vacuno, lanar y caballar. Allí se encuentra el rancho más grande del mundo.

—Y también los más grandes mentirosos —dijo Douglas—. Ahora, si realmente quieres saber cuál es el estado más hermoso de la Unión, te lo diré: es California. Simplemente, visita el viejo y magnífico Valle de San Fernando después de la guerra, y jamás querrás vivir en otra parte.

—Nada hemos oído del estado de Nueva York —dijo Jerry, sonriendo.

—Los que vivimos allí no tenemos que presumir —dijo Bubonovitch—. No padecemos ningún complejo de inferioridad.

—Va a ser difícil superarlo —dijo van der Bos.

—¿Qué me dices de tu estado, Tony? —preguntó Sarina.

Rosetti pensó por un momento.

—Bien —dijo—, Illinois tenía al enemigo público número uno.

—Todos los norteamericanos —dijo Tarzán— viven en el más

bello pueblo, del más hermoso condado, en el más bonito estado del país más agradable del mundo, y cada uno de ellos lo cree así. Y eso es lo que hace que los Estados Unidos sean un gran país, y van a conservarlo de esa manera.

—Puedes afirmar eso de nuevo —dijo Davis.

—He notado la misma cosa en su ejército —continuó el inglés—. Cada soldado está prestando servicio en «el mejor equipo de su ejército» y está queriendo luchar contra uno si lo discute. Ese sentimiento constituye un gran ejército.

—Bien —dijo Jerry—, no lo hemos hecho tan mal para ser una nación de calaveras bailarines. Creo que le hemos dado una sorpresa al mundo.

—Ciertamente, han sorprendido a Hitler y a Tojo. Si ustedes no hubiesen intervenido, primero con material y luego con hombres, la guerra habría acabado a estas fechas, y Hitler y Tojo la hubieran ganado. El mundo tiene una enorme deuda con ustedes.

—Me pregunto si la pagará —dijo Jerry.

—Probablemente no —respondió Tarzán.

28

Corrie estaba sentada con la espalda recargada contra la pared de la cueva. Jerry se le acercó y se sentó junto a ella. Sarina y Rosetti habían recorrido toda la cueva juntos, caminando una del brazo del otro.

—«Camarón» ha llegado a perder absolutamente la vergüenza —dijo Jerry—. ¿Sabes?, él odiaba realmente a las mujeres y, según creo, tú eres la primera a quien él ha tolerado en su vida. Te aprecia mucho ahora.

—Tú no eras particularmente amistoso respecto a nosotras —le recordó Corrie.

—Pues, verás, yo nunca había conocido a una muchacha holandesa.

—Eso fue agradable. Estás mejorando mucho. Pero no me digas que el estado más hermoso de la Unión no tiene a la muchacha más bella del mundo.

—Solo hay una mujer que es «la muchacha más bella del mundo», y ella no es de Oklahoma.

Corrie rio.

—Ya sé qué estás haciendo.

—¿Qué?

—Me estás «dando cuerda». ¿No es así como ustedes los norteamericanos llaman a eso?

—No estoy haciendo cosa semejante, Corrie. Tú sabes lo que yo siento por ti.

—No soy clarividente.

—Tú eres la cosa más maravillosa que jamás haya intervenido en mi vida.

—¡No me digas ahora que me estás haciendo el amor!

—Esa es la idea general que tengo en el pensamiento —dijo Jerry—, pero supongo que no soy muy ardiente al respecto.

Estaba mirando a la joven en los ojos. Sus vagas profundidades reflejaban la luz del fuego, pero abajo de la superficie brillaba otra luz, que tenía algo que él nunca antes había visto en los ojos de una mujer, y dijo:

—¡Dios! ¡Qué maravillosa eres!

Corrie sonrió.

—Eso es lo mismo que dijiste antes, pero en esa ocasión me llamaste «cosa». Me dicen que eres un magnífico piloto, capitán.

Él sabía que ella estaba divirtiéndose con él; pero no le importaba, pues todavía podía ver aquella luz en sus ojos.

—No soy un gran piloto, sino un gran cobarde. Te tengo tanto miedo que no puedo decir ni siquiera tres pequeñas palabras —dijo.

Corrie rio, y no trató de darle ayuda.

—¡Escucha! —exclamó Jerry abruptamente—. ¿Qué te parecería ir a vivir a Oklahoma?

—Me agradaría mucho —dijo la joven.

—¡Querida! —exclamó Jerry—. Tengo que besarte, y lo haría ahora mismo…, si no fuera por toda la gente que se encuentra en este sitio.

—Podríamos salir —dijo Corrie.

El sargento Rosetti sostenía a Sarina en sus brazos y su boca cubría la de la mujer. Los brazos de ella rodeaban el cuello del sargento y lo apretaban ferozmente. Corrie y Jerry, al salir de donde había luz de fuego, hacia la noche, casi chocaron con ellos, y luego caminaron una corta distancia.

—Supongo que se piensa que los sargentos no son capaces de enseñar nada a sus capitanes —dijo Corrie—; pero, entonces, el sargento Rosetti es un sujeto extraordinario —concluyó.

Ella estaba palpitando un poco, momentos después, cuando suavemente lo empujó para alejarlo de sí y dijo sofocadamente:

—¡Ustedes los misóginos!

El sargento Bubonovitch estaba sentado junto al fuego, dentro de la cueva. Había visto salir del brazo a «Camarón» y a Sarina; luego, Corrie y Jerry habían salido hacia la obscuridad.

—Debo conseguir quien me quiera —dijo Bubonovitch, tratando de trabar amistad con el pequeño Keta, pero el animalillo lo mordió

—. Nadie me ama —dijo el sargento, lleno de pena.

Día tras día, la «Legión Extranjera» luchó contra la naturaleza, avanzando con enormes trabajos, kilómetro tras kilómetro. A menudo, algunos de ellos estaban tan exhaustos al final del día, que caían dormidos sin comer siquiera. Estaban demasiado cansados hasta para platicar. Pero no había queja alguna. Corrie y Sarina se mantenían al paso con los hombres, quienes estaban muy orgullosos de ambas jóvenes.

—Son muy afortunadas al no tener mucho que llevar —observó Bubonovitch—. Las dos juntas no pesan más de lo que yo peso. Las dos juntas y, además, «Camarón». Después de la guerra, pienso contratar a los tres para formar un circo de pulgas.

—¿Sí? Pues si eres capaz de llevar tanto peso, lo que debiste hacer —dijo «Camarón»—, fue ingresar en la marina. Entonces, así hubieras podido tirar de un acorazado.

Sarina se había dedicado a corregir la manera de hablar de Rosetti, según lo que las hermanas católicas le habían enseñado, para diversión del resto de la compañía, y había obtenido buenos resultados, ya que él hablaba mejor cada vez.

Bubonovitch le había dicho una vez a Jerry:

—¡La nieta de un cazador de cabezas de Borneo enseñando a hablar correctamente a un hombre civilizado! Ahora sí que lo he visto todo.

Sarina no hacía esfuerzo alguno por respetar los sentimientos de «Camarón» y, cuando era necesario, lo corregía enfrente de cualquiera y, a menudo, a la mitad de una frase. Y el sargento nunca objetaba. Solamente sonreía y empezaba otra vez. Pero estaba mejorando. Todo esto hacía exclamar a Douglas:

—¡El amor es maravilloso!

Se estaban acercando al monte Masoerai; a corta distancia de él iban a cruzar nuevamente el territorio y empezarían a bajar rumbo al mar. Ya había transcurrido un mes desde que habían partido del campamento de los guerrilleros, y solo habían tenido que luchar contra los elementos y la selva. Nunca había estado alguno en gran peligro, ni habían visto a otros seres humanos. Y entonces, intempestivamente, el desastre ocurrió. Tarzán fue capturado por los japoneses.

Iban siguiendo un camino bien marcado, y Tarzán los precedía a

través de los árboles, a corta distancia, como de costumbre. Repentinamente, vio una patrulla de japoneses que se había detenido en el camino a descansar. Tarzán se les acercó más para determinar la fuerza del destacamento. Todavía contaba con bastante tiempo para regresar y dar aviso a sus compañeros de cualquier cosa que pudiera ocurrir. El pequeño Keta iba montado en su hombro, y el amo de la selva le previno que debía guardar silencio.

Su atención estaba concentrada en los japoneses, y no vio una amenaza que colgaba justamente encima de su cabeza. Pero Keta la vio y comenzó a dar gritos. Los japoneses levantaron la vista. Los anillos de un enorme pitón rodearon el cuerpo de Tarzán, obligándolo a entrar en acción. Su cuchillo relampagueó y la serpiente herida se retorció frenéticamente por el dolor y la rabia, soltándose de la rama que la había sostenido, y los dos cayeron sobre el camino, a los pies de los japoneses. El pequeño Keta huyó.

Los japoneses cayeron sobre la serpiente, con bayonetas y espadas, matándola rápidamente, y Tarzán quedó a merced de ellos. Eran demasiados. Una docena de bayonetas le apuntaba, a unos cuantos centímetros de su cuerpo, mientras él permanecía tirado de espaldas sobre el camino, indefenso.

Le quitaron el arco, las flechas y el cuchillo. Un oficial se acercó a él y lo pateó en el costado.

—¡Levántate! —le ordenó, en inglés.

Había sido jardinero en la ciudad de Culver. Era corto y zambo de piernas. Tenía grandes dientes y usaba gafas con arillos de cuerno. Parecía haber salido de una de las caricaturas que publicaban los diarios. Sus hombres lo apodaban «Renacuajo», debido a su estatura, pues medía un metro con sesenta y seis centímetros de altura.

—¿Quién eres? —preguntó el oficial.

—El coronel John Clayton, de la Real Fuerza Aérea.

—Eres norteamericano —dijo el japonés.

Tarzán no contestó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Fue la siguiente pregunta que hizo.

—Te he dicho todo lo que estoy autorizado a decir, y es todo lo que diré.

—Eso lo veremos —dijo el oficial.

Se volvió hacia un sargento y le dio instrucciones en japonés. El sargento dividió a sus hombres, colocando la mitad al frente y la otra mitad detrás del prisionero, y luego partieron por el camino, en la misma dirección que llevaba la «Legión Extranjera». Tarzán vio, por algunas indicaciones que se encontraban a lo largo del camino, que estaban retrocediendo sobre sus pasos, desde el punto en el cual habían hecho alto. El amo de la selva dedujo que cualquiera que hubiera sido su misión, ya la habían concluido y estaban regresando a su campamento.

El pequeño Keta huyó a través de los árboles hasta que divisó a la «Legión Extranjera»; entonces, se dejó caer al suelo y saltó al hombro de «Camarón». Arrojó ambos brazos al cuello del hombre y gritó y farfulló en su oído.

—Algo debe de haberle pasado a Tarzán —dijo Jerry—, y Keta está tratando de decírnoslo. Él no dejaría a Tarzán si todo marchara bien para él.

—¿Puedo adelantarme por el camino para echar un vistazo, capitán? —preguntó Rosetti—. Puedo viajar más rápido que el resto de ustedes.

—Sí. Vete ya. Nosotros te seguiremos.

«Camarón» avanzó a trote rápido. Keta parecía satisfecho ahora; así que el sargento estaba seguro de que Jerry había tenido razón. Tarzán estaba en dificultades. Pronto, «Camarón» escuchó voces adelante y el ruido producido por el choque de los metales de los arreos militares. Los japoneses, pensando que no había peligro, marchaban descuidadamente. Rosetti se acercó más a ellos; y, después, destacándose por encima de aquellos hombres pequeños, vio la cabeza y los hombros de Tarzán. ¡Tarzán era prisionero de los japoneses! Aquello era increíble. El corazón de Rosetti se estremeció, aun cuando, hasta hacía poco tiempo, había estado lleno de odio hacia los ingleses.

Las noticias que el sargento llevó a los otros los asombraron. La pérdida del amo de la selva sería un doloroso golpe para la pequeña compañía, pero todos pensaron primero en la seguridad de Tarzán que en la suya propia. Él había inspirado dentro del pecho de cada uno de ellos no solo respeto y admiración, sino también afecto. Por eso fue que «Camarón» había confesado cierta vez a su amigo

Bubonovitch:

—Ese tipo es decente.

—¿Cuántos japoneses había, Rosetti? —preguntó Jerry.

—Unos veinte, y nosotros somos nueve, capitán, lo cual es más que suficiente.

—Puedes estar seguro de ello —dijo Bubonovitch—. ¡Vayamos a rescatarlo!

—No podemos atacarlos desde la retaguardia en este angosto camino, sin poner en peligro a Tarzán. Tendremos que seguir el rastro de ellos hasta que encontremos un lugar más adecuado para actuar —dijo Jerry.

El camino salía del bosque al borde de un angosto cañón. Abajo de él, Tarzán vio algo que era, evidentemente, un campamento temporal. Media docena de soldados japoneses custodiaban un reducido equipo y unos cuantos animales enjaulados. El equipo estaba esparcido por todos lados, de una manera desordenada. Parte de él, probablemente provisiones de fácil descomposición, estaba cubierto con lienzos de alquitrán. No había refugio alguno y, por la apariencia de aquel campamento, Tarzán dedujo que el oficial era un incompetente. Mientras menos competente fuera, más fácil resultaría escapar de él.

El subteniente Kenzo Kaneko emitió instrucciones a un sargento, y este amarró las muñecas del prisionero a la espalda. Aunque el subteniente fuera incompetente, el sargento no lo era. Amarró las muñecas de Tarzán tan seguramente y con tantas hebras, que ni siquiera los poderosos músculos del amo de la selva hubieran podido libertarlo.

El sargento sujetó en forma similar los codos del cautivo. Una vez hecho esto, lo empujó y le metió una zancadilla, de tal manera que Tarzán cayó al suelo pesadamente. Alguien trajo un caballo, al que ajustaron una silla de montar. Luego, amarraron una cuerda a la silla, y el otro extremo, a los pies de Tarzán. El subteniente Kaneko se le acercó y se detuvo a su lado, sonriendo suavemente.

—Me molestaría tener que azotar al caballo para que corriese —le dijo—. Eso me disgustaría, pero te haría más daño a ti.

Le pusieron brida al caballo y un soldado, que llevaba una fusta, montó en él. Los otros soldados estaban parados alrededor, sonriendo. Estaban a punto de ser testigos de un espectáculo que

agradaría a sus naturalezas sádicas.

—Si contestas a mis preguntas —continuó Kaneko—, no fustigaremos al caballo y desataremos la cuerda. ¿Cuántos son en tu partida y en dónde están?

Tarzán permaneció en silencio. Kaneko dejó de sonreír. Sus facciones se convulsionaron por la ira, o quizá solamente estaba fingiendo que tenía furia para asustar a su víctima. Se le acercó más y pateó a Tarzán en el costado.

—¿Rehúsas acaso contestar? —preguntó, mirándolo fijamente.

Tarzán le devolvió la mirada al japonés. Su rostro no denotaba emoción alguna, ni siquiera el desprecio que sentía por esa grotesca caricatura de hombre. Los ojos de Kaneko bajaron ante la mirada de su prisionero. Algo en aquellos ojos lo amedrentó, y eso lo llenó de auténtica furia.

Dio una orden al hombre que montaba el caballo. El individuo se inclinó hacia adelante y levantó la fusta. De pronto, se oyó un disparo. El caballo retrocedió y cayó hacia atrás. Sonó otro disparo. El subteniente Kenzo Kaneko gritó y cayó al suelo sobre su rostro.

Entonces, se produjo una descarga de fusilería. Varios soldados cayeron en rápida sucesión. Aquellos que pudieron, escaparon valle abajo, completamente desorganizados, mientras los nueve fusileros saltaban del escarpado camino hacia el campamento.

Un japonés herido se enderezó sobre un codo e hizo fuego contra ellos. Corrie lo eliminó. Luego, Rosetti y Sarina saltaron en medio de los japoneses, usando bayonetas y *parangs*; poco después, ya no había japoneses heridos.

Jerry cortó las ataduras de Tarzán.

—Llegaron justamente a tiempo —dijo este.

—Exactamente como la caballería en las películas —dijo Bubonovitch.

—¿Qué crees que nos convenga hacer ahora? —le preguntó Jerry a Tarzán.

—Debemos tratar de terminar con el resto de ellos. Evidentemente, este es tan solo un destacamento de una fuerza mayor y, si alguno de esos soldados consigue regresar donde está esa fuerza, nos darán caza.

—¿Tienes idea de cuántos eran?

—Más o menos unos veinticinco o veintiséis. ¿A cuántos hemos

eliminado?

—A dieciséis —dijo Rosetti—. Yo acabo de contarlos ahora.

Tarzán tomó un rifle y se apoderó del cinturón de municiones de uno de los japoneses muertos.

—Que algunos regresen a la orilla del valle. Yo me adelantaré por los árboles y trataré de atajar a esos tipos. El resto de ustedes, permanezca en los límites del valle, hasta que pueda disparar contra ellos.

Medio kilómetro abajo del campamento, Tarzán alcanzó a los sobrevivientes. Eran diez, solamente. Un sargento los había reunido en un solo grupo, y, evidentemente, los había arengado para regresar a pelear. Cuando regresaban, no demasiado entusiasmados, Tarzán hizo fuego y dio muerte al sargento. Un soldado raso empezó a correr valle abajo. Tarzán disparó nuevamente, y el hombre cayó. Los otros se daban cuenta entonces de que los disparos habían venido desde el valle. Se lanzaron al suelo, buscando un refugio para aquel ataque. Tarzán dejó de disparar para no revelar su posición.

La «Legión Extranjera», habiendo oído los dos disparos, supo que Tarzán había hecho contacto con el enemigo. Avanzó corriendo entre los árboles, a la orilla del valle. Jerry avanzaba al frente. Después, vio a un japonés que se había puesto a cubierto detrás de un árbol caído. Luego, descubrió a otro, y a otro más. Los señaló a sus amigos, y el tiroteo dio principio. También Tarzán comenzó a disparar nuevamente.

Los japoneses, cercados en aquel angosto valle, sin jefe y careciendo de la suficiente inteligencia o iniciativa para defenderse, se dieron muerte a sí mismos, con sus propias granadas.

—En verdad, son hospitalarios —dijo Douglas.

—Simpáticos pequeñines —dijo Davis—; han tratado de ahorrarnos municiones.

—Voy a inspeccionar —dijo Rosetti—, por si alguno de ellos ha quedado con vida —y se deslizó, rodando hacia abajo por el escarpado risco. Sarina lo siguió de cerca.

—Esa —dijo Bubonovitch—, es la ayudante ideal.

29

Seis semanas después, la «Legión Extranjera» llegó hasta la costa, abajo de Moekemoeko. Habían sido treinta y seis arduos días, rodeados por muchos peligros. Las posiciones japonesas iban aumentando en número y los obligaban a realizar muchos rodeos, largos. Solamente la sensibilidad del amo de la selva, que marchaba muy adelante de la pequeña compañía, los había salvado del desastre en numerosas ocasiones.

Había una batería japonesa antiaérea situada cerca de un kilómetro de donde se encontraban escondidos, en la costa. Entre ellos y la batería estaba una aldea. Era en dicho poblado en donde Sarina esperaba encontrar amigos que pudieran proporcionarles un bote y provisiones.

—Si tuviese un *sarong* —dijo ella—, podría entrar simplemente en la aldea a la luz del día, aun cuando los japoneses estuvieran allí; pero este atavío puede despertar sospechas. Tendré que correr el riesgo de ir a hurtadillas, por la noche.

—Tal vez yo pueda conseguirte un *sarong* —dijo Tarzán.

—¿Entrarás en la aldea? —preguntó Sarina.

—Esta noche —replicó Tarzán.

—Probablemente, encontrarás *sarongs* que fueron lavados hoy y colgados para que se secaran.

Después que obscureció, Tarzán los dejó. Avanzaba silenciosamente a través del aire estancando de la húmeda noche tropical. En el campamento, que más propiamente era solo un escondite, los otros hablaban en susurros. Todos estaban oprimidos por el calor, la humedad y la constante sensación de ser acechados por peligros ocultos. Cuando atravesaron las montañas, habían pensado que su suerte era miserable. Ahora echaban de menos la

relativa frescura de las alturas.

—He estado en las colinas durante tanto tiempo —dijo Corrie—, que casi había olvidado lo terrible que puede llegar a ser el clima de la costa.

—Es espantoso —asintió, van der Bos.

—Los holandeses deben de estar locos —dijo Bubonovitch— para colonizar un baño turco.

—No —dijo van der Bos—; lo colonizamos para nuestro provecho, pues esta es una parte del mundo muy rica.

—Pueden tenerla —dijo Rosetti—. Yo no quiero parte alguna de ella.

—Quisiéramos que el resto del mundo pensara de esa manera —dijo van der Bos.

Tarzán trepó a un árbol desde el cual podía dominar la aldea. Una luna llena iluminaba los espacios abiertos. Las adornadas casas de los aborígenes proyectaban densas sombras. Algunos indígenas estaban sentados en cuclillas a la luz de la luna, fumando y charlando. Tres *sarongs* colgaban inmóviles de una pértiga sobre la que habían sido arrojados para que se secaran. Tarzán se dispuso a esperar que toda la gente se hubiera marchado a sus casas a pasar la noche.

Después de un rato, un hombre entró en el *kampong*, por el oeste. A la brillante luz de la luna, Tarzán podía verlo plenamente. Era un oficial japonés: el comandante de la batería antiaérea que se encontraba a corta distancia de allí. Cuando los indígenas lo vieron, se pusieron de pie, e hicieron una reverencia. Él se aproximó a ellos, pavoneándose con arrogancia, y dirigió unas cuantas palabras a una joven, que se levantó mansamente y lo siguió al interior de la casa que él había dado orden de reservar para su uso personal.

Cuando el oficial les volvió la espalda, los aborígenes le hicieron muecas y gestos obscenos. Tarzán estaba contento. Lo que él había visto le aseguraba que los indonesios serían hospitalarios para cualquier enemigo de los japoneses. Después de un rato, penetraron en sus casas y el silencio descendió sobre el *kampong*.

Tarzán se dejó caer y avanzó hacia la sombra de un edificio. Caminó furtivamente hasta un punto tan cercano a los *sarongs* como le fue posible, sin dejar que la luz de la luna lo iluminara. Allí permaneció parado por un momento, escuchando; luego, caminó

rápidamente a través del espacio que la luz lunar bañaba y se apoderó de un *sarong*.

Al regresar, casi había llegado a la sombra, cuando una mujer apareció desde detrás de la esquina de una casa. Ambos se encontraron cara a cara, iluminados por la luna. La mujer, asombrada, abrió la boca para emitir un grito, pero Tarzán se lanzó sobre ella, la sujetó y colocó una mano sobre sus labios abiertos. Después, la arrastró hacia las sombras.

—¡Silencio! —le ordenó en holandés—; no le haré daño alguno.

Esperaba que ella comprendiera ese idioma, y así fue.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Un amigo —replicó Tarzán.

—Los amigos no nos asaltan —dijo la mujer.

—Yo solo estoy tomando prestado este *sarong*. Se lo devolveré. ¿No le dirá nada al japonés acerca de esto? Él es enemigo mío también.

—No se lo diré. Nosotros no les contamos nada.

—Bien —dijo Tarzán—. El *sarong* les será devuelto mañana mismo.

Se dio vuelta y se perdió en las sombras. La mujer sacudió la cabeza, y trepó por la escalera de mano que daba entrada a su casa. Ahí, contó a su familia lo referente a la aventura que había corrido.

—Jamás verás ese *sarong* nuevamente —le dijo uno de sus familiares.

—No me preocupo por el *sarong* —replicó ella—, porque no me pertenece. Pero me gustaría volver a ver a ese salvaje. Es muy guapo.

A la mañana siguiente, Sarina entró en la aldea. La primera mujer a quien encontró la reconoció, y pronto estuvo rodeada por viejos amigos. Les aconsejó que se alejaran de ella, por temor de que pudiera haber japoneses en el poblado, que se darían cuenta, por sus saludos, de que era una recién llegada, y, si desconfiaban, podrían interrogarla. Sarina no deseaba ser interrogada por ningún japonés. Los aldeanos la comprendieron, y regresaron a sus actividades normales. Entonces, Sarina buscó a Alauddin Shah, el cacique de la aldea. Él parecía contento de verla, y le hizo muchas preguntas, la mayoría de las cuales ella evitó contestar, hasta que pudo determinar cuáles eran las relaciones del hombre con los

japoneses.

Pronto se enteró de que los odiaba. Alauddin Shah era un orgulloso anciano, un jefe hereditario. Los japoneses lo habían abofeteado, pateado y obligado a hacer reverencias hasta delante de los hombres que reclutaban. Ya satisfecha, Sarina le contó su historia, le explicó qué era lo que ella y sus compañeros necesitaban, y solicitó su ayuda.

—Será una jornada peligrosa —dijo él—. Hay muchos barcos enemigos en estas aguas, y el camino a Australia es muy largo. Pero si tú y tus amigos quieren correr ese riesgo, yo los ayudaré. Hay un barco de gran capacidad escondido en el río a unos cuantos kilómetros de la aldea, rumbo a la costa. Lo aprovisionaremos para ustedes, pero eso tomará tiempo. No nos vigilan estrechamente, porque no hemos ofrecido resistencia a los japoneses; sin embargo, ellos entran y salen del kampong casi todos los días. Un oficial duerme aquí cada noche. Debemos hacer todo con la mayor precaución.

—Si ustedes depositan provisiones diariamente en una casa cercana a la orilla del *kampong*, nosotros vendremos por la noche y las llevaremos al barco —le dijo Sarina—. De esta manera, ustedes pueden evitar que los culpen, en caso de ser descubiertos. Pueden mostrarse muy sorprendidos cuando descubran que alguien ha venido a la aldea, de noche, y ha robado comida.

Alauddin Shah sonrió.

—Realmente demuestras ser una digna hija de Big Jon —dijo.

***

Transcurrió un mes, un mes durante el cual, varias veces, estuvieron a punto de ser descubiertos, un mes de nervios atormentados; pero, al fin, el barco quedó lleno de víveres. Entonces, ellos esperaban que hubiera una noche sin luna y con vientos favorables. Los alambres de púas y los obstáculos que había en la boca del río habían sido dejados en su lugar, hasta que la nave estuviese lista. Ahora, todo eso tenía que ser quitado, lo que constituía un trabajo peligroso, en aguas infestadas de cocodrilos. Pero, finalmente, también esa tarea fue ejecutada.

Por fin llegó. La noche N, le pusieron por nombre. La marea era

favorable. No había luna, y soplaba un ligero viento desde la playa. Lentamente, empujaron el barco hacia el mar. La gran vela latina fue izada. Al salir de la playa, la nave recibió un viento ligero, pero más hacia afuera soplaba una fuerte brisa y, así, el barco adquirió velocidad.

Aunque no había luna, la noche era clara. Se dirigieron hacia el sur, considerando a la Cruz del Sur como su guía. Habían confeccionado una barquilla y una corredera, y mientras los nudos iban corriendo, trataban de calcular su velocidad. Sarina calculó que sería de doce nudos, y estaba cerca de la verdad.

—Si el viento sigue así —dijo ella—, estaremos bastante alejados del extremo sur de la isla Nassau antes de las dos de la madrugada. Luego, tomaremos rumbo hacia el suroeste. Yo quiero que salgamos de las aguas costeras de Sumatra y Java antes de enfilar hacia el sureste, rumbo a Australia. De esta manera, evitaremos ser vistos desde Engano. Entonces, solo nos faltará pasar las islas de Cocos, por lo que se refiere a las bases terrestres de los japoneses, pues no sé si tengan algún puesto allí.

—¿No son esas las mismas islas que las Keeling? —le preguntó Jerry.

—Sí, pero mi padre siempre las llamó las islas de Cocos, porque decía que Keeling era «un maldito inglés» —replicó Sarina, riendo.

Otro tanto hizo Tarzán.

—Nadie quiere a los ingleses —dijo este—; pero yo no estoy muy seguro de que Keeling fuera inglés.

—¡Veo una luz! —gritó Davis.

—Probablemente esté en Nassau —dijo Sarina—. Esperemos eso, ya que, de no ser así, se tratará de la luz de un buque; y nosotros no queremos tener relaciones con ningún barco.

—Yo no creo que sus barcos lleven luces —dijo Jerry—. Hay demasiados submarinos aliados en estas aguas.

La mañana los encontró en un océano solitario.

Parecía un vasto caldero redondo lleno de desordenadas aguas grises. El viento había refrescado, y corrían grandes olas. El sargento Rosetti estaba mareado. En medio de sus penalidades, dijo:

—Yo tenía un primo medio tonto, que ingresó en la marina.

Un rato después, dijo:

—No puedo soportar más. Este lanchón no se aquietará, y, si eso

sucede, no será tan pronto como lo necesito. Esta es la primera vez en mi vida que he deseado morir —concluyó.

Luego se inclinó sobre la baranda e hizo nuevos esfuerzos por devolver.

—Anímate, «Camarón» —dijo Bubonovitch—. No pasará mucho tiempo antes que lleguemos a tierra, en Australia… Tal vez solo sea un mes o algo por el estilo.

—¡Chispas! —gimió Rosetti.

—Te aliviarás muy pronto, Tony —le dijo Sarina.

—Algunos almirantes siempre se enferman cuando se hacen a la mar después de una misión en tierra —dijo Tarzán.

—Yo no quiero ser almirante. Yo me enrolé en la aviación y, ¿qué consigo? Durante dos o tres meses he sido un infante y ahora soy marino. ¡Chispas!

Volvió a inclinarse sobre la barandilla.

—¡Pobre Tony! —exclamó Sarina.

Los largos días pasaron. El viento soplaba hacia el sureste. El variable viento del sureste, que soplaría durante diez meses, había comenzado. Sarina daba largos cambios de rumbo, primero a estribor y luego a babor. Su avance era lento, pero su buena suerte se mantenía. Ya habían pasado las islas Keeling, sin ver señal alguna de barcos enemigos.

Douglas, que había estado desempeñando el cargo de vigía, había venido a popa.

—Es una cantidad de agua terrible —dijo—. Al volar sobre él, el Pacífico parece ser tremendamente grande; pero aquí abajo, en la superficie, parece que no hay nada en el mundo más que agua, y este es solamente el océano Índico, que no es ni siquiera una gota de agua en una cubeta, al lado del Pacífico. Esto hace que uno se sienta insignificante.

—Realmente, hay una gran cantidad de agua en el mundo —convino van der Bos.

—Tres cuartas partes de la superficie total de la Tierra son de agua —dijo Corrie.

—Y el Pacífico comprende un área mayor que la de todos los continentes juntos —dijo Jerry.

—Si fuera mío —dijo Rosetti—, lo entregaría a cambio de cualquier esquina de una vieja calle de Chicago.

—Lo que no me gusta acerca de todo esto —dijo Douglas—, es la monotonía del paisaje. Ahora, en California…

—Ya volvió a empezar —dijo Bubonovitch.

—Pero de todas maneras ha tocado un buen tema —dijo Davis —. ¡Cáspita, cómo me gustaría ver una vaca! Simplemente, una pequeña vaca roñosa, en el corazón de Texas.

—Yo me conformaré con ver tierra, cualquier tierra, ahora mismo —dijo Rosetti—. Hasta Brooklyn se vería bien. Inclusive podría establecerme allí. Ya estoy harto de viajar.

—Los viajes ilustran, «Camarón» —dijo Bubonovitch—. Mira simplemente lo que han hecho por ti. Tienes estimación por un inglés, amas a una mujer y ya has aprendido a hablar en forma más correcta, gracias a Sarina.

—Yo no me estoy cultivando mucho últimamente —objetó Rosetti—. No hemos visto otra cosa que agua, durante semanas. Me gustaría ver algo distinto.

—¡Humo, a las siete en punto! —gritó Jerry, que había ido a proa como vigía.

Sarina sonrió. El método de los aviadores para indicar novedades la divertía, pero tenía que admitir que era muy práctico.

Todos miraron en la dirección indicada, donde una espesa nube de humo negro estaba apareciendo justamente sobre el horizonte.

—Tal vez vas a ver algo, además de agua, ahora, «Camarón» —dijo Davis—. Tu deseo se hizo realidad con gran rapidez.

—Eso debe ser un barco —gritó Jerry—, y me parece que es mejor que nos alejemos de aquí.

—¿Hacia las cinco en punto? —preguntó irónicamente Sarina.

—Exactamente —dijo Jerry—, y pronto.

Todos ayudaron a soltar la vela para tomar la dirección noroeste, manteniendo la mirada fija en la amenazadora nube de humo negro.

—Podría ser británico —dijo Corrie, esperanzada.

—Podría ser —admitió Tak—, pero no podemos correr ningún riesgo. Podría ser, también, japonés.

Durante lo que les pareció un largo tiempo, no hubo cambio notable en la apariencia de aquello que observaban tan temerosamente; luego, los ojos de Tarzán distinguieron la superestructura de un barco, elevándose sobre el horizonte. La

contempló cuidadosamente durante algunos minutos.

—Su ruta va a cruzarse con la nuestra —dijo—. Pasará a popa, pero nos van a ver.

—Si es japonés —dijo Sarina—, se dirige hacia Sumatra o Java. Nuestra única oportunidad es conservar este curso y orar para que sople el viento. Si es uno de esos pequeños buques mercantes japoneses, podremos dejarlo atrás, si el viento sopla. O si conservamos la distancia tan solo hasta que anochezca, lograremos escapar.

Nunca pareció haber avanzado el barco más lentamente. Ojos ansiosos observaban crecer la amenaza, mientras el casco del buque se hacía más visible, cerca del horizonte.

—Es como un mal sueño —dijo Corrie—, donde algo horrible lo está persiguiendo a uno, y no es posible moverse. Y el viento está dejando de soplar.

—Ustedes, amigos, no están rezando lo bastante —dijo Rosetti.

—Todo lo que puedo recordar —dijo Davis—, es «ahora me acuesto a dormir», y no la puedo recordar completa.

Una súbita ráfaga de viento hinchó la gran vela, y la velocidad del barco aumentó notablemente.

—Alguien ha acertado —dijo Douglas.

Pero la extraña nave continuó acercándose a ellos.

—Ha cambiado de curso —dijo Tarzán—. Se dirige hacia nosotros.

Un momento después, continuó:

—Ahora puedo ver su bandera. Es japonés.

—Debí ir a la iglesia como mamá quería que lo hiciera —dijo Davis—. Pude haber aprendido algunas buenas oraciones. Pero si no puedo rezar tan bien, al menos puedo tirar con buena puntería.

Y al terminar la frase tomó su rifle y colocó una bala dentro de la cámara de cartuchos.

—Todos podemos disparar bien —dijo Jerry—, pero no podemos hundir un barco con lo que tenemos.

—Ese es un pequeño barco mercante armado —dijo Tarzán—. Probablemente lleva cañones antiaéreos de 20 mm y ametralladoras de calibre .30.

—Me parece que nos superan —dijo Bubonovitch, con una mueca parecida a una sonrisa.

—El alcance efectivo de los cañones de 20 mm es solamente de cerca de 1200 metros —dijo Jerry—. Nuestras armas pueden dar mejores resultados. Tal vez podamos eliminar a varios nipones antes que ellos terminen con nosotros…; eso es, si ustedes, amigos, quieren combatir —añadió, mirando a todos a su alrededor—. Podemos rendirnos o luchar. ¿Qué me dicen?

—Digo que luchemos —afirmó Rosetti.

—Piénsenlo detenidamente —aconsejó Jerry—. Si entablamos combate, pueden matamos a todos.

—Yo no pienso dejar que esos amarillos hijos de perra me atrapen nuevamente —dijo Bubonovitch—. Si el resto de ustedes no quiere pelear, yo tampoco querré. Pero no me agarrarán vivo.

—Tampoco a mí —dijo Corrie—. ¿Qué piensas tú de eso, Jerry?

—Lucharemos, desde luego —replicó este, y miró a Tarzán—. ¿Y usted, coronel?

Tarzán le sonrió.

—¿Qué piensa usted, capitán?

—¿Alguien se opone a que peleemos en lugar de rendirnos?

Nadie se opuso.

—Entonces, será mejor que revisemos nuestros rifles y los carguemos. Y yo debo decir, en conclusión, que ha sido muy agradable el haberlos conocido.

—Eso suena como un adiós definitivo —dijo Corrie—, aun cuando tú lo hayas dicho en broma.

—Temo que sea… definitivo, y no en broma.

El barco mercante se estaba acercando hacia ellos rápidamente ahora, pues después que aquella caprichosa ráfaga de viento hubo amainado hasta convertirse en brisa, esta ni siquiera hinchaba la gran vela triangular del barco.

—Hemos sido muy afortunados durante un largo tiempo —dijo Tak—. De acuerdo con la ley de probabilidades, debería haber llegado el momento de que nuestra suerte se agotara.

Hubo un destello rojo a bordo del buque japonés, seguido por una humareda. Un momento después, una bomba estalló a corta distancia de ellos.

—La dama fortuna aún va a hacer soplar el viento —dijo Rosetti.

30

—¡Hermosa artillería! —dijo Bubonovitch—. Ese pobre tipo ni siquiera conoce el alcance de su cañón.

—Probablemente tiene los dedos sarnosos —dijo Douglas.

—Yo dudo que los almirantillos coloquen a sus mejores oficiales de artillería a bordo de pequeños barcos mercantes —dijo Jerry—; de modo que quizá nuestra suerte siga en pie.

El barco estaba avanzando escasamente ahora, al levantarse y caer sobre grandes olas. La proa del buque que se acercaba surcaba las aguas a través del azul profundo del océano, tornándolas blancas, en la forma en que el borde de un arado abre la rica tierra labrantía de un campo.

El artillero disparó nuevamente. Esta granada cayó a babor, pero no tan cerca. Jerry y Corrie estaban sentados muy juntos, y él cubría con su mano una de las de la joven.

—Supongo que van Prins tenía razón —dijo Jerry—. Él dijo que estábamos locos. No debí haberte traído a este viaje, querida.

—Yo no hubiera aceptado quedarme —dijo Corrie—. Hemos pasado mucho tiempo juntos, cosa que no habría ocurrido si yo no hubiera venido contigo. Nunca he tenido una oportunidad de decir: «para bien o para mal», pero esas palabras han estado siempre en mi corazón.

Él se inclinó hacia ella, acercándosele más.

—¿Aceptas, Corrie, a este hombre como esposo?

—Sí —dijo Corrie, muy suavemente—. ¿Aceptas tú, Jerry, a esta mujer como tu esposa, para apreciarla y protegerla hasta que la muerte los separe?

—Sí —dijo Jerry, un poco roncamente. Sacó el anillo que indicaba su grado, de su dedo, y lo colocó en el dedo anular de

Corrie—. Con este anillo me desposo contigo, y te doto con todos los bienes mundanos —concluyó. Luego, la besó.

—Creo —dijo Corrie— que, en cuanto a lo que a la ceremonia se refiere, nuestros recuerdos están un poco vagos, pero tenemos la idea general, por lo menos. Y me siento muy bien casada, querido.

Un obús cercano los salpicó. Ellos no parecieron darse cuenta.

—Mi esposa —dijo Jerry—. ¡Tan joven, tan hermosa!

—¡Esposa! —repitió Corrie.

—Ese tipo está afinando la puntería —dijo Rosetti.

La aleta de un tiburón cortó el agua entre el velero y el barco japonés. El pequeño Keta la observó, sin darse cuenta de lo que podía presagiar. Tarzán elevó la mira de su rifle y disparó contra las figuras que se alineaban en la barandilla del barco enemigo. Los otros siguieron su ejemplo, y, después, diez rifles estaban arrojando fuego. Si bien no consiguieron nada más, vaciaron la barandilla de espectadores y provocaron mucha confusión a bordo del barco mercante. Pero, en realidad, sí consiguieron algo más; aguijonearon a los artilleros de los cañones antiaéreos a que entraran en acción frenéticamente. Las explosiones de las granadas marcaban con puntos el océano.

—Si su parque no se agota —dijo Rosetti—, conseguirán acertarnos aunque sea por accidente. ¡Chispas! ¡Qué asqueroso tiroteo!

Al fin, como ellos sabían que debía ocurrir, su nave recibió de lleno una bomba. Jerry vio la mitad del cuerpo de Sing Tai arrojada por los aires a cincuenta metros. La pierna derecha de Tak van der Bos fue arrancada. Toda la compañía fue lanzada al océano; luego, los japoneses avanzaron y comenzaron a hacer fuego con las ametralladoras contra ellos, que nadaban sin rumbo o se aferraban a los restos del naufragio. La puntería de los artilleros era detestable, pero Tarzán y sus amigos sabían que este era el final de la «Legión Extranjera»; que, irremisiblemente, algunas de los centenares de silbantes balas terminarían con todos ellos.

Bubonovitch y Douglas estaban sosteniendo a van der Bos, que se había desmayado. Jerry estaba tratando de mantenerse entre Corrie y las balas. Repentinamente, algo comenzó a tirar de van der Bos hacia abajo. Uno de los pies de Bubonovitch tocó un cuerpo sólido que se movía bajo la superficie.

—¡Cielos! —vociferó—. ¡Un tiburón ha prendido a Tak!

Las balas rebotaban en la superficie del agua, alrededor de ellos.

Tarzán, que había sido arrojado a cierta distancia por la explosión de la bomba, nadaba hacia Bubonovitch y Douglas cuando escuchó el aviso de aquel. Sumergiéndose rápidamente, sacó su cuchillo. Unas cuantas brazadas, rápidas y fuertes, lo llevaron cerca del tiburón. Un poderoso movimiento del brazo en que llevaba el cuchillo rasgó el vientre del enorme pez, sacándole las entrañas. El animal soltó a van der Bos y se volvió hacia Tarzán, pero el hombre eludió sus mandíbulas y lo hirió una y otra vez, con su cuchillo.

El agua estaba enrojecida de sangre cuando otro tiburón llegó y atacó a su congénere. El primer tiburón se alejó lentamente, mientras el otro lo mordía y despedazaba, Por el momento, los sobrevivientes quedaron libres de una amenaza, pero las balas seguían silbando cerca.

Con la ayuda de Tarzán, Bubonovitch y Douglas llevaron a van der Bos a una gran tabla, uno de los puntales de tope, que flotaba cerca. Tarzán rasgó una tira de lo que quedaba de los pantalones de van der Bos, y, mientras él y Douglas sostenían al hombre sobre el puntal, Bubonovitch le aplicó un torniquete. Tak respiraba todavía, pero, para su fortuna, aún estaba inconsciente.

Bubonovitch sacudió la cabeza.

—No tiene oportunidad alguna —dijo—. Y tampoco la tenemos nosotros.

—Los tiburones van a tener suficiente comida hoy —dijo Douglas.

Todos estaban mirando hacia el barco japonés. Nuevamente, la barandilla estaba ocupada por una hilera de pequeños patizambos. Algunos de ellos estaban disparando con sus pistolas contra los que se encontraban en el agua. Keta, montado sobre una pieza del naufragio, chillaba y los amenazaba.

Hubo una detonación terrorífica. Un gran estallido, y una enorme llamarada en forma de abanico se elevó a cientos de metros desde el barco mercante. Una columna de humo subió a una altura aún mayor. Siguió una segunda explosión, y el barco se partió en dos, sacando todo el casco fuera del agua. Las dos mitades se hundieron a los pocos momentos, dejando a unas pocas criaturas

quemadas gritando y debatiéndose entre el aceite hirviente.

Durante unos cuantos momentos, los sobrevivientes del naufragio observaron todo con un asombrado silencio, que fue roto por Rosetti.

—Yo sabía que ella me escucharía —dijo—. Nunca me ha fallado hasta ahora.

—Ella tendrá que realizar un verdadero milagro, sin embargo, para sacarnos del centro del océano Índico, antes que nos ahoguemos o que los tiburones nos devoren —dijo Jerry.

—Debes rezar como demonio, «Camarón» —dijo Bubonovitch.

—No creas que no lo hago, hermano —dijo Rosetti.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó Corrie, señalando con el índice.

Trescientos metros más allá del aceite hirviente, un submarino estaba subiendo a la superficie. La bandera del Reino Unido estaba pintada a un lado de la torre de observación.

—Allí tiene su milagro, capitán —dijo Rosetti—. Ella nunca me ha fallado… Quiero decir, en un aprieto verdadero.

—¿Qué piensa ahora de los ingleses, sargento? —preguntó Tarzán, sonriendo.

—Los adoro —dijo Rosetti.

El submarino describió un círculo para ponerse en la dirección del viento que soplaba contra el aceite hirviente, y avanzó hasta ponerse al lado de los restos de la embarcación amiga. De la escotilla surgieron numerosos hombres, que lanzaron cabos a los náufragos. Tarzán y Bubonovitch pasaron a van der Bos primero, pero este murió mientras lo colocaban suavemente en cubierta.

Corrie y Sarina siguieron, y luego los hombres. El teniente comodoro Bolton, capitán del submarino, estaba lleno de asombro y no cesaba de hacer preguntas. Corrie se arrodilló al lado del cuerpo de van der Bos, tratando de reprimir las lágrimas. Jerry se reunió con ella.

—¡Pobre Tak! —dijo Corrie.

No lo metieron al submarino. Fue sepultado en el mar, mientras Bolton leía la oración fúnebre. Después, todos bajaron para ponerse ropa seca y tomar café caliente. Luego, la pena y la depresión parecieron disminuir, porque todos eran jóvenes y habían presenciado demasiadas muertes.

Cuando Bolton escuchó su relato, dijo:

—Es indudable que ustedes han corrido con suerte desde el principio. Pero el hecho de que yo estuviera justamente aquí en el momento en que me necesitaban, está muy cerca de ser un milagro.

—No ha sido suerte, señor —dijo Rosetti—. Ha sido la Virgen María, Madre de Jesús, desde el principio hasta el final, incluyendo el milagro.

—Me inclino a creerlo —dijo Bolton—, porque ninguno de ustedes estaría con vida ahora, según las simples leyes de probabilidades. Nada sino la intervención divina pudo haberlos salvado. Hasta dispuso que yo guardara mis últimos dos torpedos para ese barco japonés. Normalmente, todos ustedes estarían muertos.

—La Virgen ciertamente nos sacó de un aprieto —dijo Jerry—, pero si Tarzán no hubiese estado ayudándola todo el tiempo, hubiéramos perecido hace meses.

—Bien —dijo Bolton—, no creo que tengan que pedir ayuda a Tarzán ni a la Virgen desde ahora. Tengo órdenes de ir a Sydney, y no pasará mucho tiempo antes que ustedes puedan descansar en el hotel Ushers, con un filete y un pastel enfrente.

—Y beberemos una buena cerveza —dijo Bubonovitch.

Más tarde, ese mismo día, Jerry y Rosetti se acercaron a Bolton.

—Capitán —dijo el primero—, ¿está usted autorizado para casar a la gente en el mar?

—En efecto, lo estoy.

—Entonces, tiene dos trabajos que efectuar ahora mismo, señor —dijo Rosetti.



EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, Illinois, 1.º de setiembre de 1875 - Encino, California, 19 de marzo de 1950). Tras múltiples traslados con su familia fue enviado al colegio Harvard de Chicago, donde recibió una formación clásica que inspiraría su fecunda imaginación. Apasionado de lo militar, los ranchos y la vida activa, llegó a formar parte del Séptimo de Caballería de los Estados Unidos, si bien tuvo que retirarse de esta prematuramente debido a un problema de corazón. Tras esto, pasó por múltiples empleos y se casó con su novia de siempre, Emma Centennia Hulbert, con quien tuvo tres hijos y de quien se divorció en 1939, casándose en 1940 con Florence Dearholt, aunque también se separó de esta dos años más tarde.

Mientras trabajaba en uno de sus muchos empleos fracasados se dedicó a leer algunas revistas de ficción y decidió que él podía escribir relatos mucho mejores que los que aparecían en aquellas publicaciones. Así surgió *Bajo las lunas de Marte*, bajo el pseudónimo de Norman Bean. El relato gustó tanto que su editor siguió encargándole escritos, naciendo así la popular figura de Tarzán (Tarzán de los monos), que apareció en 1914 ya en forma de libro. Burroughs seguía escribiendo a un ritmo trepidante, creando los mundos de Barsoom y Pellucidar, ambientados en Marte y en el

centro de la Tierra, respectivamente. Todas sus obras alcanzaron gran éxito (se le considera uno de los escritores más prolíficos de su tiempo), pero con la adaptación de sus novelas al cine fue cuando alcanzó realmente la notoriedad que aún hoy conserva.